

DE LOS ERRORES Y DE LA VERDAD

PRIMERA PARTE

DE LOS ERRORES Y DE LA VERDAD O LOS HOMBRES LLAMADOS AL PRINCIPIO UNIVERSAL DE LA CIENCIA

Obra en la cual, haciendo remarcar a los Observadores la incertidumbre de sus Investigaciones, y sus Errores continuos, se les indica la ruta que ellos deberían seguir, para adquirir la evidencia Física sobre el origen del Bien y del Mal, sobre el Hombre, sobre la Naturaleza material, la Naturaleza inmaterial, y la Naturaleza sagrada, sobre la base de los Gobiernos políticos, sobre la Autoridad de los Soberanos, sobre la Justicia Civil y Criminal, sobre las Ciencias, las Lenguas y las Artes.

POR UN F(ilósofo)..... DES (conocido)...

Primera Parte

EDIMBURGO
1782

.....
Traducción directa del francés al español por Alejandro Daniel Silvani Costa,
Abril 2013

Esta traducción puede ser utilizada libre de copyright.

Introducción

La Obra que yo ofrezco a los hombres no es una colección de conjeturas, no es un sistema que yo les presento, yo creo hacerles un don más útil. No es sin embargo la Ciencia misma que yo vengo a traerles: se muy bien que no es del hombre que el hombre debe esperarla: este es solamente un rayo de su propia llama que yo revivo delante de ellos, a fin que él los ilumine sobre las ideas falsas que se les ha dado de la Verdad, lo mismo que sobre las armas débiles y peligrosas que manos poco hábiles han empleado para defenderla.

Yo he sido vivamente afectado, lo confieso, al lanzar los ojos sobre el estado actual de la CIENCIA; yo he visto cuanto la han desfigurado los malentendidos, yo he visto el velo horrible con que se la ha cubierto, y por el interés de mis semejantes, yo he creído que era mi deber el de arrancarlo.

Sin duda que para una tal empresa, necesito más que recursos ordinarios; pero, sin explicarme sobre aquellos que yo empleo, es suficiente decir que ellos están en la naturaleza misma de los hombres, que ellos han sido siempre conocidos por algunos de entre ellos desde el origen de las cosas, y que ellos no fueron jamás retirados totalmente de encima de la Tierra, tanto como hubo Seres Pensantes.

Es allí donde yo obtuve la evidencia y la convicción de las verdades cuya búsqueda ocupa todo el Universo.

Luego de esta confesión, si se me acusa todavía de enseñar una Doctrina desconocida, no se podrá al menos suponerme de ser el inventor, porque si ella se encuentra en la naturaleza de los hombres, no solamente ella no viene de mí, sino aún me hubiera sido imposible establecer sólidamente ninguna otra.

Y verdaderamente, si el Lector no se pronuncia sobre la Obra, antes de haber percibido el conjunto y la ligazón, si él se da el tiempo de sentir el peso y el encadenamiento de los principios que yo le expongo, convendrá que ellos son la verdadera clave de todas las Alegorías y Fábulas Misteriosas de todos los Pueblos, la fuente primera de todas las especies de Instituciones, el modelo mismo de las Leyes que dirigen el Universo y que constituye todos los seres; es decir, que ellas sirven de base a todo lo que existe y a todo lo que se opera, sea en el hombre y por la mano del hombre, sea fuera del hombre e independientemente de su voluntad; y que por consiguiente, fuera de estos Principios, él no puede tener una verdadera Ciencia.

Además él conocerá más fácilmente todavía, porqué se ve entre los hombres una variedad universal de Dogmas y Sistemas; porqué se percibe esta multitud innumerable de Sectas Filosóficas, Políticas y Religiosas, de la que cada una está tan poco de acuerdo con ella misma, que con todas las otras Sectas; porqué a pesar de los esfuerzos que los Jefes de estas diferentes Sectas hacen todos los días para formarse una Doctrina estable sobre los puntos mas importantes, y para conciliar las opiniones particulares, ellos no pueden tener éxito jamás; porque, no ofreciendo nada de fijo a sus Discípulos, no solamente ellos no los persuaden, sino que ellos mismos los exponen a desconfiar de toda Ciencia, por no haber conocido mas que imaginarias o viciosas; porque en fin

los Profesores y los Observadores muestran sin cesar que ellos no tienen ni la regla, ni la prueba de la verdad; el Lector concluirá, dije, que si los principios de los que trato, son el único fundamento de toda verdad, es por haberlos olvidado, que todos estos errores devoran la Tierra, y que es necesario que así se los tenga generalmente desconocidos, porque la ignorancia y la incertidumbre son como universales.

Tales son los objetos sobre los cuales el hombre que busca conocer, podrá encontrar aquí para formarse ideas más sanas y más conformes a la naturaleza del germen que él lleva en sí mismo.

Sin embargo, aunque la Luz sea hecha para todos los ojos, es todavía más cierto que todos los ojos no están hechos para verla en su luminosidad. Es por eso que el pequeño número de los hombres depositarios de las verdades que yo anuncio, está dedicado a la prudencia y a la discreción por los juramentos más formales.

Así yo me he prometido usar mucha reserva en este escrito, y de envolverme frecuentemente con un velo que los ojos más ordinarios no podrán nunca penetrar, mientras que yo hablo algunas veces de cualquier otra cosa que de aquello de lo que parezco tratar.

Por la misma razón, aunque yo reuniese bajo el mismo punto de vista un número considerable de temas diferentes, apenas habré mostrado un esbozo de la gran imagen que yo puedo ofrecer; no obstante, yo he dicho bastante para dar a pensar al más grande número sin exceptuar aquellos que en fe de la Ciencia, gozan de la más alta celebridad.

Mas no teniendo por meta mas que el bien del hombre en general, y sobre todo no queriendo hacer nacer la discordia entre los individuos, yo no ataco directamente, ni ninguno de los Dogmas recibidos, ni ninguna de las Instituciones Políticas establecidas; y mismo en mis observaciones sobre las Ciencias y sobre los diferentes Sistemas, yo me he prohibido todo aquello que podría tener la menor relación con objetos muy particulares.

Además, yo he creído no tener que emplear ninguna cita, porque primeramente, yo frecuento poco las Bibliotecas, y que los Libros que yo consulto no se encuentran en estas; en segundo lugar, porque las verdades que no reposan más que sobre testimonios, no serían más verdades.

Es a propósito, yo pienso, exponer aquí el orden y el plan de esta Obra. Se verá primero algunas observaciones sobre el bien y el mal, porque los Sistemas modernos han confundido el uno y el otro, y han sido forzados por esto a negar las diferencias. Un golpe de ojo lanzado rápidamente sobre el hombre, iluminará plenamente esta dificultad, y sabrá porqué se encuentra todavía en la más profunda ignorancia, no solamente sobre lo que le rodea, sino además sobre la verdadera naturaleza. Las distinciones que se encuentran entre sus facultades, se confirmarán por aquellas que haremos remarcar aún entre las facultades de los Seres inferiores; por lo que nosotros demostraremos la universalidad de una doble ley en todo eso que está

sometido al tiempo. La necesidad de una tercera ley temporal, será todavía mas claramente probada haciendo ver la doble ley que está absolutamente en su dependencia.

Los desprecios que han sido hechos sobre todos estos objetos, develarán claramente la causa de la oscuridad, de la variedad y de la incertidumbre que se muestran en todas las obras de los hombres, lo mismo que en todas las Instituciones tanto civiles como sagradas, a las cuales ellos están encadenados; que enseñan cual debe ser la verdadera fuente de la potencia Soberana entre ellos, y aquella de todos los derechos que constituyen sus diferentes establecimientos. Nosotros haremos las mismas aplicaciones sobre los principios recibidos en las altas Ciencias, y principalmente en las Matemáticas, donde el origen y la verdadera causa de los errores aparecen con evidencia.

En fin, nosotros recordaremos al hombre aquellos de sus atributos naturales, que lo distinguen mejor de los otros Seres, y que es lo más apropiado para aproximarlos a todos los conocimientos que convienen a su naturaleza. Todos estos temas están encerrados en siete divisiones, las cuales aunque reposan todas sobre la misma base, ofrecen sin embargo cada una un tema diferente.

Si algunos tuviesen pena en admitir los principios que yo vengo a recordar a los hombres, como su embarazo no vendría porque ellos habrían seguido sus propios sentidos y no aquel de la Obra, ellos no deben esperar de mí otras explicaciones, tanto que para ellos, ellas no serían más claras que la Obra misma.

Se percibirá fácilmente, leyendo estas reflexiones, que yo me he sujetado poco a la forma, y que yo he rechazado las ventajas de la dicción; pero si el Lector es de buena fe, convendrá que yo me he ocupado mucho para que mi tema no tenga necesidad de ello.

DE LOS ERRORES Y DE LA VERDAD O LOS HOMBRES LLAMADOS AL PRINCIPIO UNIVERSAL DE LA CIENCIA

CAPITULO I

Es un espectáculo bien afligente, cuando uno quiere contemplar al hombre, verlo a la vez atormentado por el deseo de conocer, sin percibir las razones de nada, y sin embargo teniendo la audacia y la temeridad de querer darlo todo. En lugar de considerar las tinieblas que lo rodean, y de comenzar por sondear la profundidad; él avanza, no solamente como si estuviera seguro de disiparlas, mas también como si él no tubiera obstáculos entre la CIENCIA y él: pronto aún esforzándose en creer en una Verdad, él osa colocarla en el lugar de aquella que él debería respetar en silencio, y sobre la cual él no tiene casi hoy otro derecho, que el de deseirla y esperarla.

1-De la Causa de los Errores

Y en efecto, si él está absolutamente separado de la Luz, ¿cómo podría él solo encender la llama que debe servirle de guía? ¿Cómo podría él, por sus propias facultades, producir una Ciencia que quite todas las dudas? Estas luces y estas apariencias de realidad que él cree descubrir en los prestigios de su imaginación, no se desvanecen ellos por el más simple examen? Y luego de haber dado nacimiento a fantasmas sin vida y sin consistencia, ¿no se ve él forzado a reemplazarlos por nuevas ilusiones, que pronto corren la misma suerte, y lo dejan hundido en las más afrentosas incertidumbres?

Feliz, no obstante, si la debilidad fuera la única causa de sus errores! Su situación sería mucho menos deplorable, porque no podría, por su naturaleza, encontrar reposo más que en la verdad, más las pruebas serían dolorosas, más servirían ellas para devolverlo al único objetivo que se ha hecho para él.

Pero sus errores tienen además su fuente en la voluntad desarreglada; se ve que lejos de emplear en su ventaja el poco de fuerzas que le quedan, él las dirige casi siempre contra la Ley de su Ser: se ve, dije, que lejos de estar retenido por esta oscuridad que lo envuelve, es su propia mano que le pone la venda sobre los ojos. Entonces, no entreviendo más la menor claridad, la desesperación o el miedo lo llevan, y él mismo se lanza en los senderos que lo alejan para siempre de su verdadera ruta.

Es entonces por esta mezcla de debilidades y de imprudencias que se perpetúa la ignorancia del hombre; tal es la fuente de sus continuas inconsecuencias; de suerte que, consumando sus días en esfuerzos inútiles y vanos, uno poco se asombra que sus trabajos no produzcan ningún fruto, o no dejen después de ellos más que amargura.

Sin embargo, cuando ya traigo aquí las diferencias y la marcha inconsiderada de mis semejantes, yo estoy muy alejado de quererlos degradar a sus propios ojos; el más ardiente de mis votos, al contrario, sería que ellos no perdiesen

jamás de vista la grandeza de la que ellos son susceptibles. Pueda yo al menos contribuir tratando de hacer desaparecer delante de ellos, las dificultades que los detienen, ejercitando su coraje, y mostrándoles la vía que lleva al objetivo de sus deseos!

Al primer golpe de ojo que el hombre desee lanzar sobre sí mismo, él no tendrá pena en sentir, y en confesar que debe haber para él una Ciencia o una Ley evidente, desde que hay una para todos los Seres, y puesto que incluso, en medio de nuestras debilidades, de nuestra ignorancia y de nuestros errores, nosotros nos ocupamos de buscar la paz y la luz.

2-De la Verdad

Entonces, aunque los esfuerzos que el hombre hace diariamente para alcanzar el objetivo de sus investigaciones, tienen tan poco éxito raramente, no se debe creer por esto que este objetivo sea imaginario, sino solamente que el hombre se equivoca sobre la ruta que conduce, y que él está, por consecuencia, en la más grande de las privaciones, desde que él no conoce incluso el camino por el cual debe marchar.

Se puede entonces convenir ahora que la desgracia actual del hombre no es ignorar que existe una verdad, sino de equivocarse sobre la naturaleza de esta verdad; porque esos mismos que han pretendido negarla y destruirla, no han creído poder jamás tener éxito sin tener otra verdad para que la sustituya. Y en efecto, ellos han revestido sus opiniones quiméricas, de la fuerza, de la inmutabilidad, de la universalidad, en una palabra, de todas las propiedades de un Ser real y existente por sí; tanto ellos sentían que una Verdad no sabría ser tal sin existir esencialmente, sin ser invariable y absolutamente independiente, como no teniendo mas que de ella misma la fuente de su existencia; desde que, si ella la hubiese recibido de otro Principio, podría sumirlo en la nada o en la inacción de la que habría salido.

Así, aquellos que han combatido la verdad, han probado por sus propios sistemas que ellos tenían la idea indestructible de una Verdad. Repetimos entonces, en lo que se equivocan aquí abajo la mayor parte de los hombres, es menos en saber que hay una Verdad, que de saber cual es esta Verdad.

3-Del Bien y del Mal

Mas lo que trastorna este sentimiento en el hombre, y oscurece tan frecuentemente en él los rayos más vivos de esta luz, es la mezcla continua de bien y de mal, de claridad y de tinieblas, de armonía y de desórdenes que él percibe en el Universo y en él mismo. Este contraste universal lo inquieta, y esparce en sus ideas una confusión que le resulta difícil desentrañar. Afligido, tanto como sorprendido, de una mezcla tan extraña, él quiere explicarla, él se abandona a las opiniones más funestas, de suerte que cesando pronto de sentir esta misma Verdad, él pierde toda la confianza que tenía en ella. El más grande servicio que se le podría dar en la penosa situación en la que él se encuentra, sería entonces de persuadirlo que él puede conocer la fuente y el origen de este desorden que lo asombra, y sobre todo impedirle concluir en nada acerca de esta Verdad que él confiesa, que él ama, y de la que no puede prescindir.

Es cierto que considerando las revoluciones y las contrariedades que experimentan todos los Seres de la Naturaleza, los hombres han debido confesar que ella estaba sujeta a las influencias del bien y del mal, lo que los llevó necesariamente a reconocer la existencia de dos Principios opuestos. Nada, en efecto, más sabio que esta observación, y nada más justo que la consecuencia que han extraído. ¿Por qué ellos no han sido felices cuando han intentado explicar la naturaleza de estos dos Principios? ¡Por qué ellos han dado a su ciencia una base tan estrecha que los fuerza a destruir ellos mismos en todo instante, los sistemas que quieren apoyar?

4-Del Principio Bueno y del Principio Malo

Es que tras haber descuidado los verdaderos medios que ellos tenían de instruirse, ellos han sido bastante desconsiderados para pronunciarse ellos mismos sobre este objeto sagrado, como si, lejos de la mansión de la luz, el hombre pudiera asegurarse de sus juicios. Así, luego de haber admitido los dos Principios, ellos no han reconocido la diferencia.

Pronto ellos les han acordado una igualdad de fuerza y de antigüedad que los hacía rivales uno del otro, colocándolos en el mismo rango de potencia y de grandeza.

Pronto, para la verdad, ellos han anunciado el mal como siendo inferior al bien en todo género; pero ellos se han contradicho ellos mismos cuando se han querido extender sobre la naturaleza de este mal y sobre su origen. Pronto ellos no han temido colocar el mal y el bien en un solo y mismo Principio, creyendo honrar este Principio atribuyéndole una potencia exclusiva que lo hace autor de todas las cosas sin excepción, es decir, que por eso este Principio se encuentra a la vez padre y tirano, destruyendo a medida que edifica, malvado, injusto a fuerza de grandeza, y teniendo por consecuencia que castigarse él mismo para el mantenimiento de su propia justicia.

A tal fin, flotando en estas incertidumbres, sin poder encontrar una idea sólida, algunos han tomado el partido de negar uno y otro Principio; ellos se han esforzado en creer que todo marchaba sin orden y sin ley, y no pudiendo explicar lo que era el bien y el mal, ellos han dicho que no existía ni bien ni mal.

Cuando, por esta afirmación, se les ha preguntado cual era entonces el origen de todos estos preceptos universalmente esparcidos sobre la tierra, de esta voz interior y uniforme que fuerza, por así decir, a todos los pueblos a adoptarlos, y que aún, en medio de sus aberraciones, hace sentir al hombre que hay un destino bien superior a los objetos de los que se ocupa; entonces estos Observadores continuando en su ceguera, han tratado de costumbres, los sentimientos más naturales; ellos han atribuido a la organización y a las leyes mecánicas, el pensamiento y todas las facultades del hombre; de allí ellos han pretendido, que en razón de su debilidad, los grandes eventos físicos que existieron en todos los tiempos produjeron en él el temor y el espanto; que experimentando sin cesar sobre su débil individuo la superioridad de los elementos y de los Seres de los que ellos están rodeados, se había imaginado que una cierta potencia indefinible gobernaba y desorganizaba, a su voluntad, a la Naturaleza; de ahí se había extraído una serie de principios quiméricos de

subordinación y de orden, de puniciones y de recompensas, que la educación y el ejemplo habían perpetuado, pero con diferencias considerables, relativas a las circunstancias y a los climas.

5-Falsa doctrina sobre los dos Principios

Tomando luego por prueba la variedad continua de usos y costumbres arbitrarios de los pueblos, la mala fe y la rivalidad de los Profesores, así como el combate de las opiniones humanas, fruto de la duda y de la ignorancia, les ha sido fácil demostrar que el hombre no encontraba, alrededor de él, en efecto, más que incertidumbres y contradicciones, de donde ellos se han creído autorizados a afirmar de nuevo que no hay nada verdadero, lo que es decir que nada existe esencialmente; desde que, según lo que ha sido expuesto, la existencia y la verdad no son mas que una misma cosa.

He aquí sin embargo los medios que estos Maestros imprudentes han empleado para anunciar su doctrina y para justificarla; he aquí las fuentes emponzoñadas de donde han salido sobre la tierra, todos los azotes que afligen al hombre, y que lo atormentan más todavía que sus miserias naturales.

Cuanto nos habríamos entonces alejado de los errores y de los sufrimientos, si, lejos de buscar la verdad en las apariencias de la naturaleza material, ellos se hubiesen determinado a descender en ellos mismos; que ellos hubiesen querido explicar las cosas por el hombre, y no el hombre por las cosas, y que armados de coraje y de paciencia, ellos hubiesen proseguido, en la calma de su imaginación, el descubrimiento de esta luz que todos nosotros deseamos con tanto ardor. Puede ser que no halla estado en su poder el fijarla al primer golpe de ojo; pero golpeado por la iluminación que la rodea, y empleando todas sus facultades para contemplarla, ellos no hubiesen pensado en pronunciarse primero sobre su naturaleza, ni querido hacerla conocer por sus semejantes, antes de haber tomado sus rayos por guía.

Cuando el hombre, tras haber resistido valerosamente, llega a superar todo eso que repugna a su ser, él se encuentra en paz consigo mismo, y desde entonces él lo está con toda la naturaleza. Pero si, por negligencia, o cansado de combatir, él deja entrar en él la más ligera chispa de un fuego extraño a su propia esencia, él sufre y languidece hasta que sea enteramente liberado.

Es así que el hombre ha reconocido de una manera todavía más íntima, que él tenía dos Principios diferentes, y como él encontró en uno la felicidad y la paz, y cómo el otro estaba siempre acompañado de fatigas y de tormentos, él los distinguió bajo los nombres de Principio bueno y Principio malo.

6-De la diferencia de los dos Principios

Desde entonces, si él hubiese querido hacer la misma observación sobre todos los Seres del universo, le habría sido fácil fijar sus ideas sobre la naturaleza del bien y del mal, y descubrir por este medio cual es su verdadero origen. Decimos entonces que el bien es, para cada ser, la realización de su propia ley, y el mal, aquello que se le opone. Decimos que cha uno de los Seres, no teniendo mas que una sola ley, como teniendo todos una Ley primera que es

una, el bien, o la realización de esta ley, debe ser única también, es decir, ser sola y exclusivamente verdad, aunque abarque la infinidad de los Seres.

Al contrario, el mal no puede tener ninguna conveniencia con esta ley de los Seres, porque él la combate; desde entonces él no puede estar más comprendido en la unidad, porque él tiende a degradarla, queriendo formar otra unidad. En una palabra, él es falso, porque no puede existir solo; que a pesar de él la Ley de los Seres existe al mismo tiempo que él, y que no puede jamás destruirla, aunque él trate de perturbar su realización.

Yo he dicho, que aproximándose al buen Principio, el hombre estaba, en efecto, colmado de delicias, y por consecuencia, por encima de todos los males; es que entonces él estaba por entero en su gozo, que no podía tener ni el sentimiento, ni la idea de ningún otro Ser; y que así, nada de lo que viene del Principio malvado podía mezclarse con su alegría, lo que prueba que el hombre estaba allí en su elemento, y que la ley de unidad se cumplió.

Pero si él busca otro apoyo que aquel de esta ley que le es propia, su felicidad es primero inquieta y tímida; él no disfruta sino aproximándose a su felicidad, y compartiéndose un momento entre el mal que lo conduce y el bien que él ha dejado, experimenta sensiblemente el efecto de dos leyes opuestas, y él aprende por el mal ser que resulta, que no existe entonces unidad para él, porque él se ha separado de su ley. Pronto, es verdad, este goce incierto se fortifica, y aún lo domina enteramente; mas lejos de ser mas una y mas verdadera, ella produce en las facultades del hombre un desorden tanto mas deplorable, que la acción del mal siendo estéril y limitada, los transportes a los que se dedica allí, no hacen más que conducirlo más prontamente a un vacío y un abatimiento inevitable.

He aquí entonces la diferencia infinita que se encuentra entre los dos Principios; el bien tiene de sí mismo toda su potencia y todo su valor; el mal no es nada, cuando el bien reina, El bien hace desaparecer, por su presencia, hasta la idea y los menores rastros del mal; el mal, en su más grande éxito, es siempre combatido e importunado por la preferencia del bien. El mal no tiene por sí mismo ninguna fuerza, ni ningún poder; el bien tiene universales que son independientes, y que se extienden hasta sobre el mal mismo.

Así, es evidente que no se puede admitir ninguna igualdad de potencia, ni de antigüedad entre estos dos Principios; porque un Ser no puede igualar a otro en potencia, si no lo iguala también en antigüedad, porque esta sería siempre una marca de debilidad y de inferioridad en uno de los dos Seres de no haber podido existir inmediatamente que el otro. O, si anteriormente, y en todos los tiempos, el bien ha existido con el mal, ellos no habrían podido adquirir jamás ninguna superioridad, desde que, en esta suposición, el Principio malvado siendo independiente del bueno, y no teniendo por consecuencia el mismo poder, o ellos no habrían tenido ninguna acción el uno sobre el otro, o ellos se habrían mutuamente balanceado y contenido: así, de esta igualdad de potencia, habría resultado una inacción o una esterilidad absoluta en estos dos Seres, porque sus fuerzas recíprocas se encontraban sin cesar iguales y opuestas, y hubiera sido imposible, para una y la otra, producir nada.

No se dirá que para hacer cesar esta inacción, un Principio superior a esos dos habrá aumentado las fuerzas del buen Principio, como siendo más análogo a su naturaleza; porque entonces este Principio superior sería él mismo el Principio bueno del que nosotros hablamos. Uno estará entonces forzado, por una evidencia chocante, de reconocer en el Principio bueno, una superioridad sin medida, una unidad, una indivisibilidad, con las cuales él ha existido necesariamente antes que todo; lo que es suficiente para demostrar plenamente que el mal no puede haber venido mas que después del bien.

Fijar así la inferioridad del principio malvado, y hacer ver su oposición al Principio bueno, es probar que no pudo existir jamás, y que no habrá entre ellos la menor alianza, ni la menor afinidad; porque ¿podría entrar en el pensamiento, que el mal halla jamás estado comprendido en la esencia y en las facultades del bien, al cual él está tan diametralmente opuesto?

Mas esta conclusión nos conduce necesariamente a otra, también muy importante, que es la de hacernos sentir que este bien, tan potente como sea, no pudo cooperar en nada al nacimiento y a los efectos del mal; porque sería necesario, o que antes del origen del mal, hubiese habido en el Principio bueno algún germen, o facultad malvada; y avanzar esta opinión, sería renovar la confusión que los juicios y las imprudencias de los hombres han esparcido sobre estas materias; o sería necesario que desde el nacimiento del mal, el bien halla podido tener con él algún comercio y alguna relación, lo que es imposible y contradictorio. Qué es entonces la inconsecuencia de aquellos que, temiendo limitar las facultades del Principio bueno, se obstinan en enseñar una doctrina, tan contraria a su naturaleza, que es el de atribuirle generalmente todo lo que existe, aún el mal y el desorden.

7-El Mal, resultado de la Libertad

No hace falta más para hacer sentir la distancia inconmensurable que se encuentra entre los dos Principios, y para conocer aquel al cual debemos dar nuestra confianza. Porque las ideas que yo vengo de exponer, no hacen mas que llevar a los hombres a sentimientos naturales, y a una ciencia que debe encontrarse en el fondo de su corazón; esto es al mismo tiempo, hacer nacer en ellos la esperanza de descubrir nuevas luces sobre el objeto que nos ocupa; porque el hombre es el espejo de la verdad; él debe ver reflejado, en sí mismo, todos los rayos; y en efecto, si nosotros no tuviéramos nada más que alcanzar que aquello que nos prometen los sistemas de los hombres, yo no habría tomado la pluma para combatirlos.

Mas reconocer la existencia de este Principio malvado, considerar los efectos de su poder en el Universo y en el hombre, así como las falsas consecuencias que los Observadores han extraído, no es develar su origen. El mal existe, nosotros vemos todo alrededor de nosotros estos trazos horrorosos, cualquiera que sean los esfuerzos que se hagan para negar su deformidad. Porque, si este mal n viene del Principio bueno, ¿cómo entonces ha podido nacer?

8-Origen del Mal

Cierto que es esta para el hombre la pregunta más importante y aquella sobre la cual yo desearía convencer a todos mis Lectores. Mas yo no abuso del éxito, cuan ciertas sean las verdades que yo les voy a anunciar, yo no estaré sorprendido de verlas rechazadas o mal entendidas por el más grande número.

Cuando el hombre, habiéndose elevado hacia el bien, contra el hábito de estar invariablemente ligado a él, no tiene ni siquiera la idea del mal; esta es una verdad que nosotros hemos establecido, y que ningún Ser inteligente podrá razonablemente contestar. Si él tuviera el coraje y la voluntad de no descender de esta elevación para la cual él ha nacido, el mal no sería entonces jamás nada para él; y en efecto, él no siente las influencias peligrosas, mas que en proporción a que se aleja del Principio bueno; de suerte que se debe concluir de esta punición, que es necesario entonces una acción libre; porque es imposible que un Ser no libre se aparte él mismo de la Ley que es impuesta, es también imposible que él se convierta en culpable y que sea castigado; es lo que nosotros haremos concebir luego hablando de los sufrimientos de las bestias. En fin, la potencia y todas las virtudes, formando la esencia del Principio bueno, es evidente que la sabiduría y la justicia son la regla y la ley, y de allí hay que reconocer que si el hombre sufre, él debe tener el poder de no sufrir.

Sí, si el Principio bueno es esencialmente justo y poderoso, nuestras penas son una prueba evidente de nuestras equivocaciones, y por consecuencia de nuestra libertad; desde el momento en que vemos al hombre sometido a la acción del mal, podemos asegurar que es libremente que él se ha opuesto, y que él no se tiene más que a sí mismo para defenderse y mantenerse alejado; así no busquemos otra causa para sus errores que aquella de haberse apartado voluntariamente del Principio bueno, con el cual él habría gustado sin cesar de la paz y la felicidad.

Apliquemos el mismo razonamiento al Principio malo; si él se opone evidentemente a la realización de la ley de unidad de los Seres, sea en lo sensible, sea en lo intelectual, es necesario que él mismo se encuentre en una situación DESORDENADA. Si él no produce cerca de él más que la amargura y la confusión, él es sin duda a la vez, el objeto y el instrumento; lo que nos hace hacer decir que él debe estar librado sin descanso, al tormento y al horror que él esparce alrededor de él. Porque, él no sufre más que por estar alejado del Principio bueno; porque no es desde el instante en que ellos se han separado, que los Seres son infelices. Los sufrimientos del Principio malvado no pueden ser entonces más que una punición, porque la justicia siendo universal, debe actuar sobre él, como él actúa sobre el hombre; mas si él sufre una punición, es porque libremente se ha apartado de la Ley que debía perpetuar su felicidad; es entonces voluntariamente que él se hizo malvado. Esto lo que nos ocupamos en decir, que si el Autor del mal hubiese hecho un uso legítimo de su libertad, él no se habría separado jamás del Principio bueno, y el mal estaría todavía por nacer; por la misma razón, si hoy él puede emplear su voluntad en su ventaja, y dirigirla hacia el Principio bueno, él cesaría de ser malvado, y el mal no existiría mas.

9-El Mal resultado de la Libertad

No será jamás que por el encadenamiento simple y natural de todas estas observaciones, que el hombre podrá llegar a fijar sus ideas sobre el origen del mal; porque si es dejando degenerar su voluntad, que el Ser inteligente y libre adquiere el conocimiento y el sentimiento del mal, se debe estar seguro que el mal no tiene otro principio, ni otra existencia que la voluntad misma de este Ser libre; que es por esta voluntad sola, que el Principio, devenido malvado, ha dado originariamente el nacimiento al mal, y que él persevera todavía hoy: en una palabra, que es por esta misma voluntad que el hombre ha adquirido y adquiere todos los días esta Ciencia funesta el mal, la cual se hunde en las tinieblas, mientras que él no había nacido mas que para el bien y para la luz.

10-De la Libertad y de la Voluntad

Cuando se han agitado en vano tantas preguntas sobre la Libertad, y se las ha tan frecuentemente terminado por decidir vagamente que el hombre no es susceptible, es que no se han observado la dependencia y las relaciones de esta facultad del hombre con su voluntad, y que no se ha sabido ver que esta voluntad era el único agente que pudo conservar o destruir la libertad, es decir, que se busca en la libertad una facultad estable, invariable, que se manifiesta en nosotros universalmente sin cesar, y de la misma manera, que no puede ni disminuir, ni crecer, y que nosotros encontramos siempre a nuestras órdenes, cualquiera sea el uso que nosotros hayamos hecho. ¿Mas cómo concebir una facultad que está en el hombre, y que sea independiente de su voluntad, mientras que esta voluntad constituye su esencia fundamental? ¿Y no convendrá que sea necesariamente, o que la libertad no pertenezca al hombre, o que él pueda influir sobre ella, por el uso bueno o malo que él hace, adaptando más o menos bien su voluntad?

Y en efecto, cuando los Observadores quieren estudiar la libertad, ellos nos hacen ver bien que ella debe pertenecer al hombre, porque es siempre en el hombre que ellos están obligados a seguir los rasgos y los caracteres: mas si ellos continúan considerándola, sin tener en cuenta su voluntad, ¿no es exactamente como si ellos quisieran encontrarle una voluntad que estuviese en él, pero que le fuera extraña; que estuviera en él, pero sobre la cual él no tuviera ninguna influencia, ni ningún poder? ¿No hay nada más absurdo y más contradictorio? ¿No es asombroso que no encontrando nada observando de esta manera, y será esto que jamás después de búsquedas también poco sólidas, que se podrá pronunciar sobre nuestra propia naturaleza?

Si el goce de la Libertad no dependiera en nada del uso de la voluntad; si el hombre no pudiera jamás alterarla por sus debilidades y sus habituales desarreglos, yo convengo que entonces todos los actos serían fijos y uniformes, y por lo tanto no habría, como no habría tenido jamás, libertad para él.

Mas si esta facultad no puede ser tal como los Observadores la conciben y querrían exigirla, si su fuerza puede variar en todo instante, si ella puede hacerse nula por la inacción, lo mismo que por un ejercicio sostenido y por una práctica muy constante de los mismos actos, entonces no se puede negar que ella no sea para nosotros y en nosotros, y que nosotros tengamos, por

consecuencia, el poder de fortificarla o debilitarla; y esto por los solos derechos de nuestro Ser y por el privilegio de nuestra voluntad, es decir, según el empleo bueno o malo que nosotros hagamos voluntariamente de las leyes que nos son impuestas por nuestra naturaleza.

Otro error que ha hecho proscribir la libertad por estos Observadores, es que ellos habrían querido demostrar por la acción misma que la prueba; de suerte que ellos tendrían, para satisfacerlos, un acto puro a la vez, ser y no ser, lo que es evidentemente imposible, ellos han concluido que todo lo que sucede ha debido suceder necesariamente y por consecuencia, que no existe libertad. Pero ellos habrían debido observar que el acto, y la voluntad que lo ha concebido, no pueden mas que estar conformes y no opuestos; que una potencia que ha producido su acto no puede detener el efecto; que en fin, la libertad, tomada aún en la acepción vulgar, no consiste en poder hacer lo uno y lo otro alternativamente: porque, cuando esto no sería mas que en este sentido, el hombre demostraría bastante comúnmente su libertad, porque él pesa los pros y los contras en sus diferentes acciones sucesivas, y que él es el único Ser de la naturaleza que puede no marchar siempre por la misma ruta.

Pero esto sería extrañamente inducirnos al error de no concebir otra idea de la libertad; porque esta contradicción en las acciones de un Ser, prueba, es verdad, que existe el inconveniente y la confusión en sus facultades, pero no prueba por completo que él sea libre, porque siempre resta saber, si él se compromete libremente o no, tanto para el mal como para el bien; y es en parte por haber mal definido la libertad, que este punto está todavía cubierto de las más espesas tinieblas para el común de los hombres.

Yo diré entonces que la verdadera facultad de un Ser libre, es la de poder por sí mismo, mantenerse en la ley que le es prescripta, y de conservar la fuerza de su independencia, resistiendo voluntariamente a los obstáculos y a los objetos que tienden a impedirle actuar de conformidad con esta Ley; lo que entraña necesariamente la facultad de sucumbir, por que es necesario que por aquella cese la voluntad de oponerse. Entonces se debe juzgar si, en la oscuridad en la que nosotros estamos, podemos ufanarnos de llegar siempre a la meta con la misma facilidad; si no sentimos, al contrario, que la menor de nuestras negligencias aumenta infinitamente esta tarea, espesando el velo que nos cubre: luego llevando la vista por un momento sobre el hombre en general, descubrimos que si el hombre puede degradar y debilitar su libertad en todos los instantes, bien que la especie humana es menos libre actualmente que ella, no lo fue en sus primeros días, y con mas fuerte razón que ella no lo era antes de nacer.

No es entonces en el estado actual del hombre, ni en los actos diarios, que debemos tomar luces para decidir de su verdadera libertad, porque nada es más raro que ver hoy efectos puros y enteramente independientes de las causas que le son extrañas; pero sería más que insensato concluir que ella no estuvo jamás en el número de nuestros derechos. Las cadenas de un esclavo prueban, yo lo digo, que él no puede actuar más según toda la extensión de sus fuerzas naturales, pero no que él jamás lo halla podido hacer; al contrario, ellas anuncian que él lo pudo hacer todavía, si no hubiese merecido estar en la

servidumbre; porque, si no le era posible recobrar jamás el uso de sus fuerzas, su cadena no sería para él, ni una punición, ni una vergüenza.

Al mismo tiempo, puesto que el hombre es tan difícilmente, tan oscuramente y tan raramente libre hoy, no sería más razonable inferir que sus acciones sean indiferentes, y que él no está obligado a cumplir la medida del bien que le es impuesto aún en ese estado de servidumbre; porque la privación de su libertad consiste en efecto en no poder, por sus propias fuerzas, obtener el disfrute entero de las ventajas encerradas en el bien por el cual él ha sido hecho, pero no para poder aproximarse al mal sin hacerse más culpable; porque se verá que su cuerpo material no le ha sido prestado mas que para hacer continuamente la comparación de lo falso con lo verdadero, y que jamás la insensibilidad a donde lo conduce cada día su negligencia sobre este punto no podrá destruir su esencia; así, es necesario que él se halla alejado una vez de la luz a la cual él debía adherirse, para hacer inexcusable la seguidilla de sus diferencias, y para que él no tenga ningún derecho de murmurar por sus sufrimientos.

Mas, es necesario decir, si los Observadores han balbuceado tanto sobre la libertad del hombre, es que ellos no han tomado todavía la primer noción de lo que es su voluntad: nada lo prueba mejor que sus búsquedas continuas para saber cómo actúa ella: no pudiendo suponer que su principio debió estar en ella misma, ellos lo han buscado en causas extrañas, y viendo, en efecto que ella estaba aquí abajo tan frecuentemente encadenada por motivos aparentes o reales, ellos han concluido que ella no actuaba por sí misma, y que ella tenía siempre necesidad de una razón para determinarse. Pero si esto fuera así, ¿podríamos decir que tenemos una voluntad, porque, lejos de estar en nosotros, ella estaría siempre subordinada a las diferentes causas que la agitan sin cesar? ¿No es entonces estar dando vueltas en el mismo círculo, y renovar el mismo error que nosotros hemos disipado relativamente para la libertad? En una palabra, decir que no existe voluntad sin motivos, es decir que la libertad no es más que una facultad que depende de nosotros, y que nunca hemos sido maestros para conservarla. Porque, razonando así, es ignorar lo que es la voluntad que anuncia precisamente un Ser actuante por sí mismo, y sin el socorro de ningún otro Ser.

Por consecuencia, esta multitud de objetos y de motivos extraños que nos seducen y nos determinan tan frecuentemente hoy día, no prueba que no podamos querer sin ellos, y que no seamos susceptibles de libertad, sino solamente que ellos prueban tomar imperio sobre nuestra voluntad, y encadenarla cuando no nos oponemos. Porque, con buena fe, se convendrá que estas causas exteriores nos molestan y nos tiranizan; así, ¿cómo podríamos sentir las y percibir las, si no se hicieron fundamentalmente para actuar por nosotros mismos, y no por la atracción de estas ilusiones?

En cuanto a la manera en que la voluntad puede determinarse independiente de los motivos y de los objetos que nos son extraños, ya que esta verdad parecería cierta a cualquiera que quisiera olvidar todo lo que la rodea, y mirar en sí, ya que la explicación es ella misma un abismo impenetrable para el hombre y para cualquier Ser que sea, porque sería necesario para darla,

corporizar lo incorporal; esto sería de todas las búsquedas la más nociva para el hombre, y la más propia para hundirlo en la ignorancia y en el embrutecimiento, porque ella lleva a lo falso, y que ella usa en vano todas las facultades que estén en él. Así, el poco éxito que han tenido los Observadores sobre esta materia, no ha servido más que para lanzar en el desaliento a aquellos que han tenido la imprudencia de seguirlas, y que han querido buscar cerca de ellos las luces que su falsa marcha había alejado. El Sabio se ocupa en buscar la causa de las cosas que tienen una, pero es muy prudente y muy esclarecido para buscarla en aquellas que no la tienen, y la voluntad natural para el hombre es de este número, porque ella es causa de sí misma.

Por esta razón, desde que a él le queda siempre una voluntad, y que ella no puede corromperse sino por el mal uso que se hace de ella, yo continuaré mirándola como libre, aunque siendo casi siempre servil.

No es para el hombre ciego, frívolo y sin deseo, que yo expongo semejantes ideas; como él no tiene mas que sus ojos por guía, el juzga las cosas sobre lo que ellas son, y no sobre lo que ellas han sido; sería entonces inútilmente que yo le presentara verdades de esta naturaleza, porque al compararlas con sus ideas tenebrosas, y con los juicios de sus sentidos, él no encontrará más que contradicciones chocantes, que le harán negar igualmente lo que él habría ya concebido, y aquello que él haría en concebir de nuevo, para librarse enseguida al desorden de sus afecciones, y seguir la ley muerta y oscura del animal sin inteligencia.

Pero el hombre, que se encuentre bastante estimado para buscar el conocimiento, que halla vigilado sus hábitos, y que ha tomado cuidados ya para apartar el velo espeso que lo envuelve, podrá obtener algunos frutos de estas reflexiones; este hombre, dije, puede abrir este libro, yo se lo confío de buen corazón, con el objeto de que fortifique el amor que él ya tiene por el bien.

Mientras tanto cualesquiera que sean aquellos entre cuyas manos este escrito pueda caer, yo los exhorto a no buscar el origen del mal más allá que en esta fuente que he indicado, es decir, en la depravación de la voluntad del Ser o del Principio devenido malvado. Yo no temeré afirmar que en vano ellos harán esfuerzos por encontrar el mal en otra causa; porque, si hubiese una base mas firme y más sólida, esta sería eterna e invencible, como el bien; si este Ser degradado pudiera producir otra cosa que actos de voluntad, él podría formar Seres reales y existentes, él tendría la misma potencia que el Principio bueno; es entonces la negación de sus obras lo que nos hace sentir su debilidad, y que impide absolutamente toda comparación entre él y el buen Principio del cual se ha separado.

11-Estado antiguo del Principio malvado

Sería ser todavía más insensato, buscar el origen del bien más allá que en el bien mismo; porque luego de todo lo que acabamos de decir, si los Seres degradados, como el Principio malvado del hombre, tienen todavía el derecho de ser la propia causa de sus acciones, ¿como podría imputarse esta propiedad al bien, quien, como tal, es la fuente infinita de todas las propiedades, el germen mismo y el agente esencial de todo lo que es perfecto?

Sería entonces no tener más los sentidos en buen estado, para ir a buscar la causa y el origen del bien fuera de él, si ellos no son y no pueden estar mas que en él.

Yo he dicho bastante para hacer concebir el origen del mal; mientras tanto la exposición que he hecho, me obliga, primeramente, a dar algunas nociones sobre la naturaleza y el estado del Principio malvado antes de su corrupción; en segundo lugar, para prevenir una dificultad que podría detener a aquellos mismos que pasan por ser los más instruidos sobre estos temas; a saber, porqué el Autor del mal no hace ningún acto de libertad, para reconciliarse con el Principio bueno; pero yo no me detendré mas que un instante sobre estos dos objetos, para no interrumpir mi marcha, y para no alejarme de los límites que me están prescriptos,

Anunciando que el Principio del mal se había hecho malo por el solo acto de la su voluntad, yo he dado a entender que él era bueno antes de dar nacimiento a ese acto. ¿Entonces este era igual a ese Principio superior que nosotros hemos reconocido precedentemente? No, sin duda; él era bueno, sin ser su igual; él le era inferior, sin ser malvado; él había provenido de ese mismo Principio superior, y por eso él no podía igualarlo ni en fuerza, ni en potencia; pero él era bueno, porque el Ser que lo había producido, era la bondad y la excelencia misma; en fin, él le era todavía inferior, porque no teniendo su ley de sí mismo, él tenía la facultad de hacer o de no hacer aquello que le era impuesto por su origen; y por eso, él estaba expuesto a apartarse de esta ley y a convertirse en malvado, mientras que el Principio superior, llevando en sí mismo su propia ley, está en la necesidad de permanecer en el bien que él constituye, sin poder jamás tender a otro fin.

En cuanto al segundo objeto, yo he dado a conocer que si el autor del mal usara de su libertad para aproximarse al buen Principio, él cesaría de ser malo y de sufrir, y que entonces no habría más mal; pero se ve todos los días por sus obras que él está como encadenado a su voluntad criminal, de modo que no produce un solo acto que no tenga por objeto perpetuar la confusión y el desorden.

12-Estado actual del principio malvado

Es sobre este punto que las fatalidades han creído triunfar, pretendiendo que el mal lleva en sí la razón y la necesidad de su existencia; ellos lanzan así a los hombres en el descorazonamiento y la desesperación, porque, si el mal es necesario, es imposible, por siempre, evitar sus golpes, y de conservar ninguna esperanza de esta paz y esta luz que es el objeto de todos nuestros deseos y de todas nuestras búsquedas; pero guardémonos de adoptar estos errores, y destruyamos las consecuencias peligrosas que se desprenden de esto, exponiendo la verdadera causa de la duración del mal.

Descendiendo dentro de nosotros mismos, nos será fácil sentir que esta es una de las primeras leyes de la Justicia universal, que existe siempre una relación exacta entre la naturaleza de la pena y aquella del crimen, y que no se puede someter al prevaricador a los actos impotentes, semejantes a aquellos que él ha producido criminalmente, y por consecuencia opuestos a la ley de la que él

se ha apartado. He aquí por qué el Autor del mal, habiéndose corrompido por el uso culpable de su libertad, persevera en su voluntad malvada, de la misma manera que él la concibió, es decir, que él no cesa de oponerse a los actos y a la voluntad del Principio bueno, y que, en estos vanos esfuerzos, él experimenta una continuidad de las mismas confianzas, a fin que, según las leyes de la justicia, sea en el ejercicio mismo de su crimen que él encuentra su castigo. Pero añadamos todavía algunas reflexiones sobre un tema tan importante.

13-Incompatibilidad del Bien y del Mal

Si el buen Principio es la unidad esencial, si él es la bondad, la pureza y la perfección misma, él no puede sufrir en él ni división, ni contradicción, ni suciedad; resulta entonces evidente que el Autor del mal debe estar enteramente separado y rechazado por el solo acto de oposición de su voluntad a la voluntad del buen Principio; de suerte que entonces no puede quedar mas que una potencia y una voluntad malvada, sin comunicación ni participación del bien. Enemigo voluntario del buen Principio, y de la regla única, eterna e invariable, qué bien, qué ley podría haber en él fuera de esta regla, porque es imposible que un solo y mismo Ser fuese a la vez bueno y malo, que él produzca al mismo tiempo el orden y el desorden, lo puro y lo impuro. Entonces hay que convencerse, que su separación entera con el buen Principio, estando necesariamente alejado de todo bien, no le es posible conocer ni producir nada de bueno, y que a partir de ahora no pudo salir de su voluntad más que actos sin regla y sin orden, y una oposición absoluta al bien y a la verdad.

Es así que abismado en sus propias tinieblas, él no es susceptible de ninguna luz y de ningún retorno al buen Principio; porque, para que él pudiera dirigir sus deseos hacia esta verdadera luz, sería necesario previamente que el conocimiento de él le fuese dado, sería necesario que él pudiera concebir un buen pensamiento; ¿y cómo encontrará este acceso en él, si su voluntad y todos sus facultades son completamente impuras y corrompidas? En una palabra, desde que él no tiene ninguna correlación con el bien, que no está en su poder, ni conocerlo, ni sentirlo, la facultad y la libertad de retornar están siempre sin efecto para él, lo que hace tan horrible la privación a la cual él se encuentra condenado.

14-De los dos estados del Hombre

La ley de la justicia se ejecuta igualmente sobre el hombre, aunque por medios diferentes; así, ella nos proporcionará lo mismo, luces que nos guiarán en las búsquedas que nosotros habremos de hacer sobre él.

No hay persona de buena fe, y cuya razón no esté oscurecida o prevenida, que no convenga en que la vida del hombre es una privación y un sufrimiento casi continuos. Así, según las ideas que nosotros hemos tomado de la Justicia, no será sin razón que nosotros miraremos la duración de esta vida corporal como un tiempo de castigo y de expiación; pero nosotros no podemos mirarla como tal, sin pensar también que debió existir para el hombre un estado anterior y preferible a aquel en que se encuentra al presente, y nosotros podemos decir, que si su estado actual es limitado, penoso, y sembrado de disgustos, entonces

el otro debió haber sido ilimitado y lleno de delicias. Cada uno de sus sufrimientos es un índice de la felicidad que le falta; cada una de sus privaciones prueba que él estaba hecho para disfrutar; cada una de sus sujeciones le anuncia una antigua autoridad; en una palabra, sentir que él hoy no tiene nada, es una prueba secreta que antes él tuvo todo.

Por los sentimientos dolorosos de la afrentosa situación en la que nosotros lo vemos hoy, podemos formarnos la idea del estado feliz en el que ha estado precedentemente. Al presente él no es amo de sus pensamientos, y es un tormento para él tener que esperar aquellos que desea, y rechazar aquellos que teme; de esto nosotros sentimos que él fue hecho para disponer de estos mismos pensamientos, y que el podía disponerlos a su voluntad, es fácil presumir las ventajas inapreciables, adjuntas a un poder semejante. Él no obtiene actualmente algo de paz y algo de tranquilidad más que por esfuerzos infinitos y sacrificios penosos; de esto nosotros concluimos que él fue hecho para gozar perpetuamente y sin trabajo, en un estado de calma y felicidad, y que la estancia de la paz ha sido su verdadera morada.

Teniendo la facultad de verlo todo y conocerlo todo, él se arrastra no obstante en las tinieblas, pero lo hace temblando en su ignorancia y de su ceguera; ¿no es una prueba cierta que la luz es su elemento? En fin, su cuerpo está sujeto a la destrucción, y esta muerte, de la que él es el solo Ser que tiene idea de ella en la naturaleza, es el paso más terrible de su carrera corporal, el acto más humillante para él, y aquel al cual más horror le tiene; ¿porqué esta ley, tan severa y tan afrentosa para el hombre, no nos haría ella concebir que habrá de recibir un cuerpo infinitamente más glorioso, y debería gozar de todos los derechos de la inmortalidad?

¿Por qué de dónde puede provenir este estado sublime que hace al hombre tan grande y tan feliz, si no es del conocimiento íntimo y de la presencia continua del buen Principio, porque es en él solo que se encuentra la fuerza de toda potencia y de toda felicidad? ¿Y porqué este hombre languidece al presente en la ignorancia, en la debilidad y en la miseria, si no es porque él se ha separado de ese mismo Principio, que es la sola Luz y único apoyo de todos los Seres?

Es aquí que recordando lo que ya he dicho más arriba de la justicia del primer Principio, y de la libertad de los Seres provenientes de él, sentiremos perfectamente que si por una consecuencia de su crimen, el Principio del mal sufre todavía los castigos correspondientes a su voluntad rebelde, del mismo modo los sufrimientos actuales del hombre no son mas que consecuencias naturales de un primer alejamiento; lo mismo también este alejamiento no pudo provenir mas que de la libertad del hombre, que habiendo concebido un pensamiento contra la Ley suprema, adhirió a esto por su voluntad.

Según el conocimiento de las relaciones, que se encuentran entre el crimen y los sufrimientos del Principio malvado, yo podré, siguiendo su analogía, hacer presumir cual es la naturaleza del crimen del hombre original, por la naturaleza de su pena. Yo podré también, por este medio, apaciguar los murmullos que no cesan de elevarse, sobre que nosotros estamos condenados a participar de su

castigo, aunque no hayamos participado de su crimen. Pero estas verdades serían despreciadas por la multitud, y apreciadas por un tan pequeño número, que yo creo que cometería una gran falta exponiéndolos al gran público. Yo me contentaré entonces de colocar a los Lectores sobre la vía, por una tabla figurativa del estado del hombre en su gloria, y de las penas a las cuales él está expuesto, desde que él está desnudo.

15-Estado primitivo del Hombre

No existe punto de origen que sobrepase el suyo, porque él es más antiguo que ningún Ser de la Naturaleza, él existió antes del nacimiento del menor de los gérmenes, y sin embargo él no ha venido al mundo más que después de ellos. Pero lo que lo elevó bien por encima de todos esos Seres, es que ellos estaban sometidos a nacer de un padre y de una madre, mientras que el hombre no ha tenido madre. Además, su función era completamente inferior a la suya: aquella del hombre fue siempre COMBATIR para hacer cesar el desorden y reunir todo a la UNIDAD; aquella de esos Seres fue obedecer al hombre. Pero como los COMBATES que el hombre tenía que hacer, podían ser muy peligrosos para él, él se revistió de una ARMADURA impenetrable, cuyo uso él varió a su voluntad, y de las que él debió igualmente FORMAR copias iguales y absolutamente conformes a su modelo.

Además, él estaba muñido de una LANZA compuesta de cuatro METALES tan bien amalgamados, que desde la existencia del mundo, no se los ha podido separar jamás. Esta lanza tenía la propiedad de arder como el fuego mismo; además ella era tan aguda que nada era impenetrable para ella, y tan activa que ella golpeaba siempre en DOS LUGARES a la vez. Todas estas ventajas unidas a una infinidad de otras de las que el hombre había recibido al mismo tiempo, haciéndolo verdaderamente fuerte y temible.

El País donde este hombre debía COMBATIR estaba cubierto de un espeso bosque de SIETE árboles, que tenían cada uno DIECISÉIS raíces y CUATROCIENTOS NOVENTA ramas. Sus frutos se renovaban sin cesar, proveyendo al hombre el más excelente alimento, y estos árboles mismos le servían de atrincheramiento, y hacían su PUESTO como inaccesible.

16-Degradación del Hombre

Es en este lugar de delicias, la morada de la felicidad del hombre, y el trono de su gloria, donde él habría sido por siempre feliz e invencible; porque habiendo recibido orden de ocupar el CENTRO, él podía desde allí observar sin pena todo lo que sucedía alrededor de él, y tenía así la ventaja de percibir todas las astucias y todas las marchas de sus adversarios, sin ser percibido jamás; también, durante todo el tiempo que él guardó este puesto, él conservó la superioridad natural, él gozó de una paz y gustó de una felicidad que no se podría expresar a los hombres del presente; pero desde el momento en que él se alejó, cesó de ser su amo, y otro AGENTE fue enviado para tomar su lugar; entonces el hombre, después de haber sido vergonzosamente despojado de sus derechos, fue precipitado en la región de los padres y de las madres, donde él ha quedado desde ese tiempo en la pena y la aflicción de verse mezclado y confundido con todos los otros Seres de la Naturaleza.

No es posible concebir un estado más triste y más deplorable que aquel de este infeliz hombre en el momento de su caída; porque no solamente él perdió esa lanza formidable a la cual ningún obstáculo podía resistirse, sino que la misma armadura con la cual él había sido revestido desapareció para él, y ella fue reemplazada, por un tiempo, por otra armadura que, no siendo impenetrable como la primera, devino para él una fuente de peligros continuos, de suerte que estando siempre sosteniendo el mismo combate, él fue infinitamente más expuesto.

17-Pena del Hombre

Sin embargo, al castigarlo así, su padre no quiso quitarle toda esperanza y abandonarlo enteramente a la rabia de sus enemigos; conmovido de su arrepentimiento y de su vergüenza, él le prometió que él podría, por sus esfuerzos, recobrar su primer estado; pero que esto no sería sino después de haber obtenido ser puesto en posesión de esta Lanza que él había perdido, y que había sido confiada al Agente por el cual el hombre fue sustituido, en el centro mismo que él venía de abandonar.

Es entonces a la búsqueda de esta arma incomparable, que los hombres han debido ocuparse desde entonces, y que ellos deben ocuparse todos los días, porque es por ella sola que ellos pueden volver a sus derechos, y obtener todos los favores que les fueron destinados.

No hay que asombrarse de los recursos que le quedaron al hombre tras su crimen; fue la mano de un padre quien lo castigó, y es también la ternura de un padre que veló por él, incluso cuando su Justicia lo alejó de su presencia. Porque el lugar del cual ha salido el hombre, está dispuesto con tanta sabiduría, que retornando sobre sus pasos, por las mismas rutas que lo han apartado, este hombre debe estar seguro de regresar al punto central del bosque en el cual sólo él puede gozar de alguna fuerza y de algún reposo.

18-Vía de la rehabilitación

En efecto, él se ha apartado yendo de CUATRO a NUEVE, y jamás podrá regresar sino yendo de NUEVE a CUATRO. Por otra parte, sería un error quejarse de esta subyugación; tal es la Ley impuesta a todos los Seres que habitan la región de los padres y de las madres; y porque el hombre ha descendido voluntariamente, es bien necesario que él sufra toda la pena. Esta Ley es terrible, yo lo sé, mas ella no es nada comparada con la Ley del número CINCUENTA Y SEIS, Ley aterradora, espantosa para aquellos que se exponen, porque ellos no podrían llegar al SESENTA Y CUATRO, sino después de haberla sufrido en todo su rigor.

Tal es la historia alegórica de lo que ha sido el hombre en su origen, y de lo que se ha convertido al separarse de su primera Ley; yo he tratado por esta imagen, conducirlo hasta la fuente de todos sus males; e indicarle, misteriosamente es verdad, los medios para remediarlo. Yo debo añadir que, aunque su crimen y aquel del Principio malvado sean igualmente el fruto de su voluntad malvada, es necesario remarcar sin embargo que el uno y el otro de estos crímenes son de naturaleza muy diferente, y que por consecuencia, ellos no pueden sujetarse a un castigo igual, ni tener las mismas consecuencias;

pues aún la Justicia evalúa hasta la diferencia de los lugares donde sus crímenes se han cometido. El hombre y el Principio del mal tienen por lo tanto continuamente sus faltas frente a sus ojos, pero los dos no tienen los mismos auxilios, ni las mismas consolaciones.

19-Socorros acordados al Hombre

Yo he dado a entender precedentemente que el Principio del mal no puede por sí mismo más que perseverar en su voluntad rebelde, hasta que la comunicación con el bien le sea concedida. Pero el hombre, a pesar de su condenación, puede aplacar la Justicia misma, reconciliarse con la verdad, y gozar de tiempo en tiempo las DULZURAS, como si de alguna manera, él no se hubiese separado.

Es verdad decir sin embargo que el crimen del uno y del otro, no se castiga más que por la privación, y que no hay diferencia, más que en la medida de este castigo. Es bien más cierto todavía además que esta privación es la pena más terrible, y la única que puede realmente subyugar al hombre. Porque, se han equivocado pretendiendo llevarnos a la Sabiduría, por la imagen espantosa de las penas corporales en una vida por venir, esta imagen no es nada, cuando no se la siente. Sin embargo, estos Maestros ciegos no pudiendo hacernos conocer más que en una idea los tormentos que ellos imaginan, deben hacer necesariamente poco efecto sobre nosotros.

20-Trabajos del Hombre

Si al menos ellos hubiesen tenido cuidado en pintar al hombre los remordimientos que debía experimentar, cuando él es malvado, le hubiese sido más fácil de conmover, pues es posible tener aquí abajo el sentimiento de este dolor. Pero cuanto más hubiésemos sido felices, si nos hubiesen dado una idea más digna de nuestro Principio, si ellos hubiesen sido bastante sublimes para decir a los hombres, que este Principio siendo amor, no castiga a los hombres mas que por el amor, mas al mismo tiempo que no siendo sino amor, cuando él les quita su amor, no deja nada más.

Es por eso que ellos habrían iluminado y sostenido a los hombres, haciéndoles sentir que nada debería asustarlos más que de cesar de tener el amor del Principio, porque entonces ellos estarían en la nada; y ciertamente que si esta nada que podría experimentar el hombre en todo instante, si se lo pintara en todo su horror, sería para él, una idea más eficaz y más saludable que aquella de las eternas torturas, a las cuales a pesar de la Doctrina de estos Ministros de sangre, el hombre ve siempre un fin, y jamás un comienzo.

Los auxilios dados al hombre para su rehabilitación, por más preciosos que ellos sean, tienen sin embargo condiciones muy rigurosas. Y verdaderamente más los derechos que él ha perdido son gloriosos, más debe sufrir para recobrarlos; en fin, estando sujetado por su crimen a la ley del tiempo, él no puede evitar sufrir los penosos efectos, porque estando opuesto él mismo a todos los obstáculos, que el tiempo encierra, la ley quiere que él no pueda obtener nada sino en la medida en que él los experimenta, y que él los supera.

Es en el momento de su nacimiento corporal, que se ve comenzar las penas que lo acosan. Es entonces que él muestra todas las marcas de la más vergonzosa reprobación; él nace como un vil insecto en la corrupción y en el fango; él nace en medio de sufrimientos y de los gritos de su madre, como si fuera para ella un oprobio darle la luz; porque qué lección no es para él, ver que de todas las madres, la mujer es aquella que dar a luz es lo más penoso y lo más peligroso! Mas a penas comienza él mismo a respirar, que él es cubierto de lágrimas y atormentado por los males más agudos. Los primeros pasos que él da en la vida, anuncian entonces que él no viene sino para sufrir, y que él es verdaderamente el hijo del crimen y del dolor.

Si el hombre, al contrario, no hubiese sido culpable, su nacimiento habría sido el primer sentimiento de felicidad y de paz. Viendo la luz, él habría celebrado el esplendor por vivos transportes, y por tributos de alabanza hacia el Principio de su felicidad. Sin problema sobre la legitimidad de su origen, sin inquietud sobre la estabilidad de su suerte, él hubiese gustado todas las delicias, porque él habría conocido sensiblemente las ventajas. Oh hombre, vierte lágrimas amargas sobre la enormidad de tu crimen, que ha cambiado tan horriblemente tu condición; tiembla ante el funesto decreto que condena tu posteridad a nacer en los tormentos y en la humillación, mientras que ella no debía conocer mas que la gloria, y una felicidad inalterable.

Desde los primeros años de su curso elemental, la situación del hombre se hace mucho más espantosa, porque él no ha sufrido aún más que en su cuerpo, y él va a sufrir en su pensamiento. Lo mismo que su envoltura corporal ha sido hasta ahora un montón de tierra sujeto a las inclemencias de los elementos, antes de haber adquirido la menor de las fuerzas necesarias para defenderse; lo mismo su pensamiento va a ser perseguido en una edad donde no habiendo ejercido todavía su voluntad, el error puede seducirlo más agudamente, llevar por mil senderos sus ataques hasta el germen, y corromper el árbol en su raíz.

Es cierto que el hombre comienza entonces una carrera tan penosa y tan peligrosa, que si los socorros no le fuesen brindados en la misma progresión, él sucumbiría, infaliblemente; pero la misma mano que le ha dado el ser, no le niega nada para su conservación; a medida que él avanza en edad, que los obstáculos se multiplican y se oponen al ejercicio de sus facultades, a medida también que su envoltura corporal adquiere consistencia; es decir, que su nueva armadura se fortifica y se hace más poderosa contra los ataques de sus enemigos, hasta que al fin el templo intelectual del hombre estando levantado, este envoltorio deviene inútil, se destruye, dejando el edificio al descubierto y fuera de todo alcance.

21-Doble efecto del Cuerpo del Hombre

Es entonces evidente que este cuerpo material que nosotros portamos, es el órgano de todos nuestros sufrimientos; es entonces por él que se forman límites espesos para nuestra vista y para todas nuestras facultades, teniéndonos en privación y sufrimiento; yo no debo entonces disimular mas que la unión del hombre con este envoltorio grosero, es la pena misma a la cual su crimen lo ha sujetado temporalmente, para que nosotros veamos los horribles

efectos que él siente desde el momento en que es revestido con él, hasta el momento que sea despojado de este; y que es por este que comienzan y se perpetúan las pruebas, sin las cuales él no puede restablecer las relaciones que él tuvo antes con la Luz.

Mas a pesar de las tinieblas que este cuerpo material esparce alrededor de nosotros, estamos obligados de confesar también que él nos sirve de muralla y de salvaguardia contra los peligros que nos rodean, y que sin este envoltorio, nosotros estaríamos infinitamente mas expuestos.

Estos son, no lo dudamos, las ideas que los Sabios han tenido en todos los tiempos. Su primer ocupación ha sido la de preservar sin cesar las ilusiones que este cuerpo les presentaba. Ellos lo han despreciado, porque él es despreciable por su naturaleza; ellos lo han rechazado por las funestas consecuencias de los ataques a los cuales él los ha expuesto, y todos ellos han conocido perfectamente que él era para ellos la vía del error y la mentira.

22-Origen del Materialismo

Pero la experiencia les ha enseñado también que este es el canal por donde llegan, en el hombre, los conocimientos y las luces de la Verdad; ellos han sentido, que porque él nos sirve de envoltorio, y que no tenemos aún el pensamiento en nosotros, es necesario que nuestras ideas vengan todas de afuera, introduciéndose necesariamente por este envoltorio, y que nuestros sentidos corporales sean los primeros órganos.

Porque, es por este sujeto que el hombre por la prontitud o la ligereza de sus juicios, ha comenzado a librarse a errores funestos que han producido en su imaginación las ideas más monstruosas; es de donde, dije, que los Materialistas han sacado este humillante sistema de las sensaciones que degradan al hombre por debajo de la bestia, pues esta, no recibiendo jamás a la vez mas que una sola suerte de impulsión, no es susceptible, de separarse, del lugar que el hombre ha sido puesto en medio de las contradicciones, podría, según esta opinión, liberarse en paz indiferentemente para todas las impresiones de las que él sería afectado.

23-Sistema de Sensaciones

Pero luego de las luces de justicia que nosotros hemos ya reconocido en él, no puede ser que adoptemos esas opiniones degradantes. Nosotros hemos demostrado que el hombre, cargado de su conducta, es deudor de todas sus acciones; yo me guardaré bien de presentarle un privilegio tan sublime, y que lo eleva tan fuerte por encima de todas las Criaturas.

Nada me impedirá entonces asegurar a mis semejantes, que este error es la astucia más recta y la más peligrosa que halla podido ser empleada para detenerlos en su marcha, y para desviarlos. Sería para un viajero una incertidumbre de lo más desesperante, encontrar dos rutas opuestas, sin conocer el lugar donde una y la otra lo conducen. Mientras tanto, observando el camino que él habría ya hecho, recordando el punto de dónde él habría partido, y aquel al cual tiende, él podría hacer tal vez bastantes combinaciones para determinarse y poder elegir justamente; pero si alguien se presentara ante él, y

le dijera que es completamente inútil sufrir tantas penas para descubrir la verdadera ruta, que aquellas que se ofrecen a sus ojos conducen igualmente al objetivo, y que él puede seguir indiferentemente una o la otra; entonces la situación del viajero devendrá mucho más desgraciada y más embarazadora que cuando él estaba reducido a tomar consejo de sí mismo; porque en fin le sería imposible a él negar la oposición que vería entre estas dos rutas; y el primer sentimiento que debería entonces nacer en él, sería el de desconfiar de los consejos que le han dado, y de persuadirse que se le quería tender una trampa.

He aquí sin embargo cual es la posición actual del hombre, relativamente en las oscuridades que los Autores del sistema de las sensaciones han esparcido sobre su carrera. Anunciarle que no hay otras leyes que aquellas de sus sentidos, y que él no puede tener otra guía, es decirle que en vano buscará hacer una elección entre las cosas que se le presentan, porque estos sentidos mismos están sujetos a variar en su acción, y que así el hombre no pudiendo dirigir los móviles, intentará inútilmente dirigir el curso y los efectos.

Pero, así como el viajero, el hombre no puede rechazar su propia convicción; él ve bien que los sentidos llevan todo a él, pero al mismo tiempo, él está forzado a confesar que entre las cosas que le llevan, él siente que hay seres buenos, como que hay seres malvados.

¿Cuál debería ser entonces la defensa contra aquellos que le querrían desviar de hacer una elección, insinuándole que todas estas cosas son indiferentes o de la misma naturaleza? ¿No debería él sentir la más viva indignación, y ponerse en guardia contra amos tan peligrosos?

24-Peligros de este Sistema

Sin embargo esta es, yo lo repito, la más común tentativa que se hará contra el pensamiento del hombre; es al mismo tiempo la más seductora, y aquella que el Principio del mal extraerá mayor ventaja; porque si él pudiera alimentar al hombre en la persuasión de que él no tiene elección que hacer entre las cosas que le rodean, él llegaría fácilmente a tener éxito en llevar hasta él, la horrible incertidumbre y el desorden en el cual él mismo se encuentra hundido por la privación donde hay una Ley.

Pero si la Justicia vela siempre sobre el hombre, es necesario que él posea los medios para descubrir las estratagemas de su enemigo, y desconcertar, cuando el lo quiera, todas sus empresas; sin lo cual él no podría ser castigado por dejarse sorprender: estos medios debían estar fundados sobre su propia naturaleza, que no puede cambiar mas que la naturaleza misma del Principio del cual proviene; así su propia esencia siendo incompatible con la mentira, le hace conocer tarde o temprano ese abuso, y lo lleva naturalmente de vuelta a la Verdad.

Yo emplearé entonces estos mismos medios que me son comunes con todos los hombres, para mostrarles el peligro y la absurdidad de esta opinión enemiga de su felicidad, y que no es propia sino para abismarlo en el crimen y en la desesperación. Yo he probado sucintamente por nuestros sufrimientos,

que nosotros éramos libres; así yo me dirigiré a los Materialistas, y yo les preguntaré cómo ellos pueden estar tan ciegos para no ver en el hombre más que una máquina. Yo querría al menos que ellos tuviesen la buena fe de ver una máquina activa, y teniendo en ella misma su Principio de acción, porque si ella fuese puramente pasiva, ella recibiría todo y no haría nada.

25-Facultad innata en el Hombre

Entonces, desde que ella manifiesta alguna actividad, es necesario que ella tenga al menos el poder de hacer esta manifestación, y yo no creo que ninguna persona pretenda que este poder allí nos viene por las sensaciones. Yo creo al mismo tiempo que sin este poder innato en el hombre, le sería imposible adquirir ni conservar la ciencia de ninguna cosa, lo que se observa sin ninguna duda sobre los Seres privados de discernimiento. Es entonces claro que el hombre porta en él la semilla de la luz y de las verdades de las que se ofrece tan frecuentemente los testimonios. ¿Y quedaría alguna cosa más para dar vuelta estos principios temerarios por los cuales se ha pretendido degradarlo?

Yo se que a la primer reflexión, se me podrá oponer que no solamente las bestias, sino aún todos los Seres corporales, también hacen una acción exterior, de donde se podrá concluir que todos estos Seres tienen también alguna cosa en ellos, y no son simples máquinas. Entonces, me preguntarán, ¿Cuál es la diferencia de su Principio de acción con el que está en el hombre? Esta diferencia será fácilmente percibida por aquellos que quieran observarla con atención, y mis Lectores la reconocerán conmigo, fijando un momento su vista sobre la causa de este error.

26-De la antigua envoltura del Hombre

Hay seres que no son mas que inteligencias, y hay seres que son sensibles únicamente; el hombre es a la vez lo uno y lo otro. Aquí está la palabra del enigma. Estas diferentes clases de Seres tienen cada uno un Principio de acción diferente; sólo el hombre reúne los dos; y cualquiera que no los quiera confundir, podrá encontrar de seguro la solución de todas las dificultades.

Por su origen, el hombre osaba de todos los derechos de un Ser inteligente, aunque sin embargo él tenía una envoltura; porque, en la región temporal, no hay un solo ser que pueda vivir sin ella. Y aquí, habiendo ya dejado entrever bastante, yo confesaré bien que la armadura impenetrable de la que he hablado precedentemente, no era otra cosa que esta primera envoltura del hombre. ¿Más por qué era ella impenetrable? Es porque siendo una y simple, a causa de la superioridad de su naturaleza, ella no podía de ninguna manera descomponerse, y que la ley de las uniones elementarias no tenía absolutamente ninguna fuerza sobre ella.

27-De la nueva envoltura del Hombre

Desde su caída, el hombre se ha encontrado revestido de una envoltura corruptible, porque siendo compuesta, ella está sujeta a las diferentes acciones de lo sensible, que no operan mas que sucesivamente, y que por consecuencia se destruyen los unos a los otros. Mas por este sujetamiento a lo sensible, no ha perdido su cualidad de Ser inteligente; de manera que él es a la vez grande y pequeño mortal e inmortal, siempre libre en lo intelectual, pero ligado en lo

corporal por leyes independientes de su voluntad; en una palabra, siendo un ensamblaje de dos Naturalezas, diametralmente opuestas, se demuestran alternativamente los efectos, de una manera tan distinta, que es imposible equivocarse. Porque, si el hombre actual no tuviera mas que sentidos, así como los sistemas humanos lo querrían establecer, se vería siempre el mismo carácter en todas las acciones, y esta sería aquella de los sentidos; es decir, que al igual que la bestia, todas las veces que sea excitada por sus necesidades corporales, él tenderá con esfuerzo, a satisfacerlas, sin jamás resistir a ninguna de sus impulsiones, a menos que sea para ceder a una impulsión más fuerte, mas que a partir de ahí debería considerarse como actuando sola, y que naciendo siempre de lo sensible actúa en los sentidos y tiende siempre a los sentidos.

28-Dos Seres en el Hombre

¿Por qué entonces el hombre puede apartarse de la Ley de los sentidos? ¿Por qué puede él rechazar lo que ellos le demandan? ¿Por qué, presionado por el hambre, es él sin embargo capaz de rechazar las comidas más exquisitas que se le presenten, de dejarse atormentar, devorar, anularse aún por la necesidad, y eso frente a la vista de lo que sería lo más apropiado para calmarlo? ¿Por qué, dije, hay en el hombre una voluntad que él puede poner en oposición con sus sentidos, si no hay en él más de un Ser? Y dos acciones tan contrarias, aunque se muestren juntas, ¿pueden ellas provenir de la misma fuente?

En vano se me objetará, al presente, que cuando su voluntad actúa así, es que ella está determinada por algún motivo, yo he hecho entender bastante, hablando de la libertad, que la voluntad del hombre siendo causa ella misma, debía tener el privilegio de determinarse sola y sin motivo, de otra manera ella no debería llevar el nombre de voluntad. Pero suponiendo que en el caso que se trata, su voluntad está determinada en efecto por un motivo, la existencia de dos Naturalezas del hombre no sería menos evidente; porque él necesitaría siempre buscar este motivo en otra parte que en la acción de sus sentidos, porque su voluntad la contraría; puesto que, lo mismo que su cuerpo busca siempre existir y vivir, él puede querer dejarlo sufrir, escapar y extinguir. Esta doble acción del hombre es entonces una prueba convincente de que hay en él más de un Principio.

29-Lo sensible sólo en la Bestia

Al contrario, los Seres que no son más que sensibles, no pueden jamás dar pruebas que de lo que ellos son. Es necesario, es verdad, que ellos tengan el poder de hacer y de manifestar eso que las sensaciones operan sobre ellos, sin esto, todo lo que le sería comunicado, sería como nulo, y no produciría ningún efecto. Pero yo no tengo temor de equivocarme, asegurando que las más bellas afecciones de las bestias, sus acciones mejor ordenadas, no se elevan jamás por encima de lo sensible; ellas tienen como todos los Seres de la Naturaleza, un individuo a conservar, y ellas reciben con la vida, todos los poderes necesarios para este objeto, en razón de los peligros a los cuales ellas deben estar expuestas, según su propia especie, durante el curso de su vida, sea en los medios de procurarse el alimento, sea en las circunstancias que acompañan su reproducción, y en todos los otros eventos que se multiplican y varían siguiendo las diferentes clases de estos Seres, así para cada individuo.

Pero yo pregunto si jamás se ha percibido en las bestias alguna acción que no tuviese por único objetivo su bienestar corporal, y si ellas han jamás manifestado nada que fuese el verdadero índice de la inteligencia.

30-Del Ser activo en la Bestia

Lo que engaña a la mayor parte de los hombres a este respecto es ver que entre las bestias, hay muchas que son susceptibles de ser educadas en actos que no les son naturales; ellas aprenden, ellas recuerdan, ellas actúan aún con frecuencia en consecuencia de lo que ellas han aprendido, y de lo que su memoria les recuerda. Esta observación podría en efecto detenernos, sin los principios que nosotros hemos establecido.

Yo he dicho que desde que las bestias manifiestan alguna cosa fuera, sería necesario que ellas tuviesen un Principio interior y activo, sin el cual ellas no existirían; pero este Principio, yo lo he anunciado como no teniendo más que lo sensible por guía, y la conservación de lo corporal por objeto. Es por estos dos medios que el hombre llega a dirigir a la bestia; él la golpea, él le da de comer, y por eso él dirige, a su voluntad, el Principio activo del animal, que no tiende más que al mantenimiento de su Ser, realiza con esfuerzo actos que él jamás habría practicado, si se lo hubiese dejado a su propia Ley. El hombre, por el temor, o por el atractivo del alimento, lo presiona y lo obliga a expandir y aumentar su acción; es por lo tanto evidente que este Principio, siendo activo y sensible, es susceptible de recibir impresiones; si él puede recibir impresiones, él puede también conservarlas, porque es suficiente por esto, que la misma impresión se prolongue y continúe su acción. Entonces, recibir impresiones y conservarlas, es probar, en efecto, que el animal es susceptible de hábitos.

31-De los hábitos en la Bestia

Nosotros podemos entonces, sin peligro, reconocer que el Principio activo de las bestias es capaz de adquirir el hábito de diferentes actos por la industria del hombre; ya sea en los actos que la bestia produce naturalmente, sea en aquellas a las cuales ella está dirigida, no se ve ninguna marcha, ni ninguna combinación en las cuales lo sensible no sea por todo y el móvil de todo; entonces por lo tanto, algunas maravillas que la bestia muestra a mis ojos, yo la encontraré ciertamente muy admirable, pero mi admiración no llegará a reconocer en ella un Ser inteligente, mientras que yo veo más que un Ser sensible, porque en fin lo sensible no es inteligente.

Para sentir mejor la diferencia del Animal con el Ser inteligente, es necesario considerar las clases que están por debajo de este mismo Animal, tales como el vegetal y el mineral. Desde que estas clases inferiores operan actos exteriores, como el crecimiento, la fructificación, la generación y otros, nosotros no podemos dudar que ellos tienen del mismo modo que el animal, un Principio activo, innato en ellas, y de donde emanan todas estas diferentes acciones.

32-De lo Intelectual y de lo Sensible

Sin embargo, aunque nosotros percibimos en ellos una Ley viva, que tiende con fuerza a su realización, nosotros nunca le hemos visto producir los menores signos de dolor, de placer, de temor, ni de deseo, afecciones todas que son propias del Animal, de esto podemos decir, que del mismo modo entre

el Animal y los Seres inferiores, hay una diferencia considerable en los Principios, aunque ellos tengan los unos y los otros la facultad vegetativa, lo mismo que el hombre tiene de común con el Animal un Principio activo, susceptible de afecciones corporales y sensibles, pero él está esencialmente distinguido por su Principio intelectual, que aniquila toda comparación entre él y la bestia.

Es entonces únicamente por haber sido seducido por este encadenamiento universal, en el cual un Ser tiende siempre a aquello que le sigue, y a aquello que le precede, que se confunden los diferentes anillos que componen el hombre actual y que no se cree diferente de este Principio inferior y sensible, al cual no está ligado sino por un tiempo.

¿Qué confianza podemos tener nosotros entonces en los sistemas que la imaginación del hombre ha engendrado sobre estas materias, cuando nosotros los vemos posarse sobre una base evidentemente tan falsa? ¿Y qué prueba más fuerte podemos desear nosotros, que aquella del sentimiento y de la experiencia?

33-Manera de distinguir los tres Reinos

En esta ocasión, yo voy a entrar en algunos detalles sobre la distinción y el encadenamiento de los tres reinos de la naturaleza, para intentar confirmarnos en los principios que venimos de establecer sobre la diferencia de los Seres, a pesar de su afinidad. Yo prevengo sin embargo que estas discusiones deberán ser extrañas al hombre, y que es una desgracia para él tener necesidad de estas pruebas para conocerse, y para creer en su propia naturaleza; porque ella lleva en ella misma testimonios mucho más evidentes que aquellos que él puede encontrar en sus observaciones sobre los objetos sensibles y materiales.

Las ciencias humanas no proporcionan ninguna regla segura para clasificar regularmente los tres Reinos; no se podrá jamás tener éxito mas que siguiendo un orden conforme a la Naturaleza; en este caso es necesario primeramente poner en el rango de los Animales a los Seres corporales que llevan en ellos toda la extensión del Principio de su fructificación, que por consecuencia no teniendo mas que uno, no tienen necesidad de estar adheridos a la tierra, para hacerlo actuar, mas tomando su corporización por el calor de lo femenino de su especie, sea que ellos lo adquieren en el seno de esta misma femenina, o por el fuego exterior que elle le comunica, como él llega por la fructificación de los ovíparos, sea que ellos la adquieren por el calor del sol, o por aquella de cualquier otro fuego.

En segundo lugar, es necesario colocar en el rango de los Vegetales a todo Ser que, teniendo su matriz en la tierra, fructifica así por la acción de dos agentes, y manifiesta una producción, sea por fuera, sea en la misma tierra.

En fin, se debe mirar como Minerales todos los Seres, que tienen igualmente su matriz en la tierra, y tienen su crecimiento y su vegetación, pero que, proviniendo de la acción de tres agentes, no pueden dar ningún signo de

reproducción, porque ellos no son más que pasivos, y que las tres acciones que los constituyen, no les pertenecen propiamente.

Estas reglas, una vez establecidas, para saber si un Ser es Vegetal o Animal es necesario ver si él extrae su sustancia de los jugos de la tierra, o si él se nutre de sus producciones. Si él está ligado a la tierra, de manera que él muere, cuando es arrancado, él no es más que un vegetal. Si él no está ligado a esa misma tierra, aunque se nutre de sus producciones, él es un Animal, cualquiera halla sido el medio de su corporización.

La diferencia, yo lo sé, es infinitamente más difícil de hacer entre el Vegetal y el mineral, que entre el Vegetal y el Animal, porque entre las Plantas y los Minerales, hay una tan grande afinidad, y ellos tienen tantas facultades que les son comunes, que no es siempre fácil distinguirlos.

34-Progresión Cuaternaria Universal

Esta dificultad viene porque la diferencia de géneros de todos los Seres corporales es siempre en proporción geométrica Cuaternaria. Pues en el orden verdadero de las cosas, más elevado el grado de las potencias, más la potencia está debilitada, porque entonces ella está más alejada de la potencia primera, de donde todas las potencias subsecuentes son emanadas. Así, los primeros términos de la progresión, siendo más vecinos del término radical, tienen propiedades más activas, de donde resultan por consecuencia efectos más sensibles, y por eso más fáciles de distinguir: y esta fuerza, en las facultades, disminuyendo, a medida que los términos de la progresión se multiplican, es claro que los resultados de los últimos términos deben tener matices de alguna manera imperceptibles.

He aquí por qué el Mineral es más difícil de distinguir del Vegetal, que el Vegetal del Animal; porque es en el Mineral que se encuentra el último término de la progresión de las cosas creadas.

Es necesario aplicar el mismo principio a todos los Seres que parecen intermediarios entre los diferentes reinos, y que parecen obligarlos, porque la progresión del número es continua, sin límite y sin ninguna separación; mas, para conocer perfectamente la potencia de un término cualquiera de la progresión de la que se trata, sería necesario al menos conocer una de las raíces, y esta es una de las cosas que el hombre perdió, cuando él fue privado de su primer estado; en efecto, él no conoce hoy la raíz de ningún número, porque él no conoce la primera de todas las raíces, lo que se verá por lo que sigue.

Es necesario igualmente aplicar el principio de la progresión Cuaternaria, a los Seres que están por encima de la Materia, porque se debe percibir con la misma exactitud, y de una manera todavía más marcada, en que ellos se encuentran menos alejados del primer término de esta Progresión; pero pocas personas me comprenderán en la aplicación que yo podría hacer a esta Clase, también mi objetivo y mi deber me impiden de hablar abiertamente.

Si el hombre tuviera una Química, por la cual él pudiera, sin descomponer los cuerpos, conocer sus verdaderos Principios, él vería que el fuego es el propio del Animal, el agua el propio del Vegetal, y la tierra el propio del Mineral; entonces habría signos más ciertos para reconocer la verdadera naturaleza de los Seres, y no sería más complicado, discernir su Rango y su Clase.

35-Unión de los tres elementos

Yo no me detengo aquí para hacer observar que estos tres Elementos, que deben servir de signos para desenredar los diferentes Reinos, no pueden existir cada uno separadamente e independientemente de los dos otros; yo presumo que esta noción es bastante común para no recordar aquí que en el Animal, aunque el fuego domina, el agua y la tierra deben existir necesariamente, y así de los dos otros Reinos, donde el Principio dominante es de toda necesidad acompañado de los dos otros Principios. No hay, hasta el mercurio mismo, sobre que esta observación no se aplica con la misma justicia, aunque ciertos Alquimistas no encuentran el fuego; pero ellos deberían prestar atención que el mercurio mineral no ha recibido todavía la segunda operación, y que así, a pesar de lo que tiene en él, como todo Ser corporal, un fuego elemental, sin embargo este fuego no es sensible, hasta que un fuego superior viene a agitarlo, y esta es la tercer operación que yo demostraré necesaria para completar toda corporización; he aquí por qué el mercurio, aunque con un fuego elemental, es sin embargo el cuerpo de la naturaleza más frío.

Es, yo lo repito, únicamente para defender la naturaleza del hombre, que yo me he dedicado a todos estos detalles. Yo he querido mostrar a aquellos que la envilecen, confundiéndola con las bestias, que ellos caen, sobre este tema, en un desprecio que no es perdonable, mismo sobre los Seres puramente elementarios, porque de un Reino al otro, encontramos diferencias infinitas, aunque todos estos Reinos tengan paridades y similitudes fundamentales.

36-Superioridad del Hombre

Nosotros vemos que en todas las Clases, la inferior nada tiene de lo que se manifiesta de una manera particular en la superior. Así, desde que en los Seres corporales, por debajo del hombre, nosotros no hemos percibido ninguna marca de inteligencia, nosotros no podemos refutar que él no sea aquí abajo el único favorecido de esta ventaja sublime, aunque, por su forma elementaria, él se encuentra afluyendo a lo sensible, y a todas las afecciones materiales de la bestia.

Aquellos entonces que han tratado de despojar al hombre de sus más bellos derechos, fundándose sobre su sujetamiento y su ligazón al Ser corporal que lo envuelve, no han presentado, por prueba, mas que una verdad que nosotros reconocemos como ellos, porque nosotros sabemos todos que él no recibe ninguna luz que no sea por los sentidos. Pero, por no haber llevado más lejos su observación, ellos han permanecido en las tinieblas, y ellos han engañado a la multitud.

37-Del pensamiento del Hombre

En la infeliz condición del hombre actual, ninguna idea puede en efecto ser sentida en él, que no halla entrado por los sentidos; de suerte que es necesario convenir además, que no pudiendo siempre disponer objetos y Seres que accionan sus sentidos, él no puede, por esta razón, ser responsable de las ideas que nacen en él; de forma que reconociendo, como nosotros lo hemos hecho, un Principio bueno y un Principio malo, y por consecuente un Principio de pensamientos buenos y un Principio de pensamientos malvados, no debe sorprender que el hombre se encuentre expuesto a los unos y los otros, sin poder dispensarlos de sentirlos.

Es esto lo que hace creer a los Observadores que nuestros pensamientos y todas nuestras facultades intelectuales no tienen otro origen que nuestros sentidos. Pero, primeramente, habiendo confundido en uno solo a los dos Seres que componen al hombre de hoy, no habiendo percibido en él estas dos acciones opuestas, que manifiestan tan claramente los diferentes Principios, ellos no reconocen en él más que una sola suerte de sentidos, y hacen derivar todo vagamente, de su facultad de sentir. Sin embargo, luego de todo lo que hemos dicho, no habría mas que abrir los ojos, para convenir que el hombre actual teniendo en él dos Seres diferentes para gobernar, y que no pudiendo en efecto conocer las necesidades del uno y del otro mas que por la sensibilidad, es necesario concluir que esta facultad fuese doble, puesto que él mismo es doble; así que será el hombre bastante ciego, para no encontrar en él una facultad sensible relativa a lo intelectual, y una facultad sensible relativa a lo corporal? Y no es necesario convenir que esta distinción, tomada de la Naturaleza misma, habría esclarecido todos los malentendidos? Yo debo decir sin embargo, que en esta obra, yo emplearé con mas frecuencia estas palabras de sentidos y de sensible, en la acepción corporal, y que cuando yo hable del sensible intelectual, esto será de manera que no se pueda confundir el uno con el otro.

38-De los Sentidos del Hombre

En segundo lugar, bajo cualquier punto de vista que los Observadores hubiesen considerado la facultad sensible del hombre, si ellos hubiesen pesado mejor su sistema, ellos habrían visto que nuestros sentidos son bien, en verdad, el órgano de nuestros pensamientos, pero que ellos no son el origen; lo que hace sin duda una gran diferencia como para que sea excusable de no haberlo percibido.

Sí, tal es nuestra pena, que ningún pensamiento nos pueda llegar inmediatamente, y sin el socorro de nuestros sentidos que son los órganos necesarios en nuestro estado actual; pero si nosotros hemos reconocido en el hombre un Principio activo e inteligente que le distingue tan perfectamente de los otros Seres, este Principio debe tener en sí mismo sus propias facultades; pues la única, cuyo uso nos ha quedado en nuestra penosa situación, es esta voluntad innata en nosotros, de la que el hombre ha gozado durante su gloria y de la goza todavía después de su caída. Como es por ella que él se ha separado, es por la fuerza de esta voluntad sola que él puede esperar de ser restablecido en sus primeros derechos; es ella quien lo preserva absolutamente de los precipicios donde se lo quiere hundir, y de creer a esa nada a la cual se

lo querría reducir su naturaleza: es por ella, en una palabra, que no siendo capaz de impedir que el bien y el mal se comuniquen hasta él, él es sin embargo responsable del uso que él hace de esta voluntad, por relación del uno con el otro. Él no puede hacer lo que no se le ofrece, pero él puede elegir, y elegir bien; yo no daré, por el momento, otras pruebas, sino que él sufre, y que él es castigado cuando elige mal.

39-Derechos del Hombre sobre su Pensamiento

El Lector inteligente, para el que yo escribo, no puede ignorar que la pena y los sufrimientos, de los que yo quiero hablar, son de una naturaleza bien diferente de los males pasajeros, corporales o convencionales, los únicos que son conocidos de la multitud.

Todos los ataques, que se han realizado contra la dignidad del hombre, no tienen valor para nosotros, o bien sería necesario dar vuelta a los primeros y los mas firmes fundamentos de la Justicia de la que hemos expuesto precedentemente, así como las nociones invariables que sabemos son comunes a todos los hombres, y que ningún Ser inteligente y razonable podría revocar jamás por duda.

Yo no me detengo a examinar si en la conducta ordinaria del hombre, su voluntad espera siempre una razón decisiva para determinarse, o si ella es dirigida por la atracción sola del sentimiento; yo la creo susceptible de uno y otro móvil; y yo digo que para la regularidad de su marcha, el hombre no debe excluir ni uno ni el otro de estos dos medios, porque tanto la reflexión sin el sentimiento lo hacen frío e inmóvil, tanto el sentimiento sin la reflexión haría alejarse al sujeto.

Pero, yo lo repito, estas cuestiones son extrañas a mi tema, y yo los creo abusivos e infructuosos; así yo dejo a la Metafísica de la Escuela buscar cómo la voluntad se determina y cómo actúa ella; es suficiente para el hombre reconocer que esta es siempre libre, y que esta libertad es una desgracia mas para él y la razón de todos sus sufrimientos, cuando él abandona las Leyes que deben dirigirla. Volvamos a nuestro tema.

40-Grandeza del Hombre

Aunque nosotros hayamos reconocido que todos los Seres tienen alguna cosa en ellos, sin lo cual ellos no tendrían ni vida, ni existencia, ni acción, nosotros no admitiremos por eso que ellos tengan todos la misma cosa. Aunque esta Ley de un Principio innato sea única y universal, nos guardaremos bien de decir que estos Principios sean iguales y actúen uniformemente en todos los Seres, porque al contrario nuestras observaciones nos hacen conocer una diferencia esencial entre ellos, y sobre todo entre los Principios innatos en los tres Reinos materiales y el Principio sagrado con el que el hombre es el único favorecido entre todos los Seres que componen este Universo.

Por esta superioridad del Principio activo e inteligente del hombre no debe asombrarnos mas, si nosotros recordamos la propiedad de esta progresión cuaternaria que fija el rango y las facultades de los Seres, y que ennoblece su esencia, en razón de que ellos son mas vecinos del primer término de la

progresión. El hombre es la segunda Potencia de este primer término generador universal; el Principio activo de la materia no es mas que la tercera; es necesario reconocer primero que no se puede admitir absolutamente entre ellos ninguna igualdad.

41-Desprecios sobre el Hombre

La fuente de los sistemas injuriosos para el hombre viene entonces de que sus Autores no han distinguido la naturaleza de nuestras afecciones. De un lado, ellos han atribuido a nuestro Ser intelectual, los movimientos del Ser sensible, y además ellos han confundido los actos de inteligencia con impulsos materiales, limitados en sus principios como en sus efectos. No es asombroso que habiendo desfigurado así al hombre, ellos le encuentren semejanzas con la bestia, y que ellos no lo encuentren en aquella; no es asombroso, dije, que por este medio, sofocante en toda su noción, toda reflexión, lejos de esclarecer sobre el bien y el mal, ellos la tienen sin esta en la duda y en la ignorancia sobre la propia naturaleza, porque ellas borran a sus ojos las solas diferencias que podrían instruirlos.

Mas, tras haber enseñado, como lo hemos hecho, que el hombre era a la vez inteligente y sensible, nosotros debemos observar que estas dos facultades diferentes deben necesariamente anunciarse en él por signos y medios diferentes, y que las afecciones que le son particulares, no siendo de ninguna manera las mismas, no pueden de ninguna manera presentarse bajo el mismo rostro.

El principal objeto del hombre debería ser entonces observar continuamente la diferencia infinita que se encuentra entre estas dos facultades y entre las afecciones que le son propias; y como ellas están unidas en casi todas sus acciones, nada debería parecerle más importante que distinguir con precisión lo que pertenece a la una y a la otra.

42-Medios de evitar estos Desprecios

En efecto, durante el corto intervalo de la vida corporal del hombre, la facultad intelectual se encuentra unida a la facultad sensible, no pudiendo recibir absolutamente nada que no sea por medio de esta facultad sensible; y a su vez, la facultad inferior y sensible debe ser siempre dirigida por la justeza y la regularidad de la facultad inteligente. Se ve por consecuencia que en una unión así de íntima, si el hombre cesa de vigilar un instante, él no desenredará más estas dos naturalezas, y por lo tanto él no sabrá dónde encontrar los testimonios del orden y de lo verdadero.

Además, cada una de estas facultades siendo susceptible de recibir en su particularidad impresiones buenas e impresiones malas, el hombre está expuesto, a cada instante, a confundir notablemente lo sensible con lo intelectual, pero además lo que puede ser ventajoso o perjudicial para uno o para el otro.

43-Universalidad de estos Desprecios

Yo examinaré las consecuencias y los efectos de este peligro ligado a la situación actual del hombre; yo develaré los desprecios donde la negligencia para discernir sus diferentes facultades ha dado como resultado, tanto sobre el Principio de las cosas, como sobre las obras de la Naturaleza, y sobre aquellos que han salido de sus propias manos y de su imaginación; Ciencias divinas, intelectuales y físicas, Deberes civiles y naturales del hombre, Artes, Legislaciones, Establecimientos e Instituciones cualquiera, todo vuelve al objeto del que yo me ocupo. Yo no temo aún decir que yo miro este examen como una obligación para mí, porque, si la ignorancia y la oscuridad en las que estamos sobre estos puntos importantes, no son de la esencia del hombre, sino el efecto natural de sus primeras diferencias y de todas aquellas que se originan, es de su deber buscar retornar hacia la luz que él ha abandonado, y si estos conocimientos eran su herencia antes de su caída, ellos no se han perdido absolutamente para él, ya que ellos fluyen sin cesar de esta fuente inagotable donde él ha tomado nacimiento: en una palabra, si a pesar del estado de oscuridad en que él languidece, el hombre puede siempre esperar percibir la Verdad, y el requiera para aquello de esfuerzo y de coraje, sería despreciable no hacer todo lo que esté en nuestro poder para aproximarnos a ella.

44-De las Cualidades Ocultas

El uso continuo que yo hago en esta Obra, de las palabras FACULTADES, ACCIONES, CAUSAS, PRINCIPIOS, AGENTES, PROPIEDADES, VIRTUDES, revelará sin duda el desprecio y el desdén de mi siglo por las cualidades ocultas. Sin embargo sería injusto dar este nombre a esta doctrina, únicamente porque ella no ofrece nada a los sentidos. Lo que está oculto para los ojos del cuerpo, es lo que ellos no ven; lo que está oculto para la inteligencia, es lo que ellos no conciben; porque, en este sentido, yo pregunto si hay alguna cosa más oculta para los ojos y para la inteligencia, que las nociones generalmente recibidas sobre todos los objetos que yo vengo de anunciar? Ellas explican la Materia por la Materia, ellas explican al hombre por los sentidos, ellas explican al Autor de las cosas por la Naturaleza elemental.

Así los ojos del cuerpo no ven mas que reuniones buscando en vano los Principios elementales que les dijimos, y no pudiendo jamás percibirlos, es claro que ellos fueron engañados. El hombre ve en sus sentidos el juego de sus órganos, pero él no reconoce su inteligencia.

En fin la Naturaleza visible presenta a los ojos la obra de un Gran Artífice, pero no ofrece a la inteligencia la razón de las cosas, ella deja ignorar la Justicia del Maestro, la sensibilidad del Padre y todos los consejos del Soberano; de manera que no se puede negar que estas explicaciones no sean absolutamente nulas y sin verdad, porque ellas han tenido siempre la necesidad de ser remplazadas por nuevas explicaciones.

Entonces, si yo no me ocupo mas que de alejar de todos estos objetos las envolturas que los oscurecen, si yo no llevo el pensamiento de los hombres mas que a sobre el verdadero Principio en cada cosa, mi marcha es entonces menos oscura que aquella de los Observadores; y en efecto, si ellos tienen

verdaderamente repugnancia por las cualidades ocultas, ellos deberían comenzar por cambiar de rutas; porque muy ciertamente no hay nada más oculto y más tenebroso que aquello a lo cual ellos querrían conducirnos.

CAPITULO 2

1-Fuente universal de los Errores

Todo lo que yo he dicho del hombre, considerado en su origen y en su primer esplendor, de su voluntad impura que lo ha hecho decaer, y de la afligente situación en la que se halla hundido, se encuentra confirmado por las observaciones que nosotros vamos a hacer sobre su conducta y sobre las opiniones que él emite diariamente.

Se pueden hacer las mismas Observaciones sobre la pureza original, la degradación y los tormentos crueles del Principio que se ha convertido en malvado; el progreso de todas estas diferencias es uniforme; los primeros errores, aquellos que los han seguido y aquellos que seguirán han tenido y tendrán perpetuamente las mismas causas; en una palabra, es siempre a la voluntad malvada, que es necesario atribuir el paso en falso del hombre y de todo otro Ser revestido del privilegio de la Libertad; porque, ya lo he dicho, para demostrar que el principio de una acción cualquiera es legítimo, es necesario considerar las consecuencias; si el Ser es infeliz, con seguridad, él es culpable, porque él no puede ser infeliz, si él no es libre.

2-De los Sufrimientos de la Bestia

Podría haber sido, sin duda, detenido en esta proposición, oponiendo los sufrimientos de la bestia, pero la objeción no se me ha escapado; y como yo puedo aquí resolverlo sin interrumpir mi tema, yo voy a trabajar antes de entrar en materia.

Yo se que en calidad de Ser sensible, la bestia sufre, y que así podemos de alguna manera observarla como infeliz; pero yo pido que observen si el título de infeliz no pertenece con mas razón a los Seres que conocen que ellos deberían ser felices por su naturaleza, experimentan interiormente la desesperación de no serlo. En este sentido, no podría convenir a la bestia, que tiene su lugar aquí abajo, y que no tiene por otro bienestar que aquel de sus sentidos; entonces cuando ese bienestar es perturbado, ella sufre, sin duda, como Ser sensible, pero ella no ve nada más allá de sus sufrimientos; ella los soporta, ella trabaja aún para hacerlos cesar, solamente por la acción de su facultad sensible, y sin haber podido juzgar que hay para ella otro estado; es decir, que ella no tiene lo que hace la desgracia del hombre, ese remordimiento y esa necesidad de atribuirlo como él, sus sufrimientos a algo. E! ¿Cómo podría ella? Ella no actúa, se la hace actuar.

Sin embargo, resta siempre saber porqué ella sufre, y porqué ella está privada tan frecuentemente de este bienestar sensible que la haría feliz a su manera. Yo podría dar razón de esta dificultad, si me estuviera permitido extenderme sobre la ligazón de las cosas, y de hacer ver hasta dónde el mal ha ganado por los desvíos del hombre; pero este es un punto que yo no haré más que indicar, y para el presente, será suficiente decir que la Tierra no es más virgen, lo que la expone a ella y sus frutos a todos los males que entraña la pérdida de la Virginidad.

Nosotros podemos entonces decir con razón que no puede haber Ser verdaderamente infeliz mas que el Ser libre; a lo que añadiré que si es libremente que el hombre se ha hundido en las penas y en los dolores, esta misma Libertad le impone la obligación continua de trabajar para reclamar su crimen; pues cuanto más Se niegue él sobre este punto, más culpable se hará, y por consecuencia él se hará más infeliz. Retomemos nuestro tema.

Para guiarnos en el importante examen que nos hemos propuesto, y que entra esencialmente hoy en la tarea del hombre, remarcamos que la causa principal de todos nuestros errores en las Ciencias, es el de no haber observado una Ley de dos acciones distintas que e muestra universalmente en todos los Seres de la Creación, y lanza con frecuencia al hombre en la incertidumbre.

3-De la doble acción

No debemos asombrarnos, sin embargo, de ver que cada Ser aquí abajo, esté sujeto a esta doble acción, desde que nosotros hemos reconocido precedentemente dos Naturalezas muy distintas o dos Principios opuestos cuyo poder se ha manifestado desde el comienzo de las cosas, y se hace sentir continuamente en la Creación entera.

Ahora, de estos dos Principios, no puede haber más que uno que sea real y verdaderamente necesario, atendiendo a que después del UNO, no conocemos nada más. Y, el segundo Principio, aunque necesitando la acción del primero en la creación, no puede ciertamente tener ni peso, ni número, ni medida, dado que estas leyes pertenecen a la Esencia misma del primer Principio. Uno estable, permanente, posee la vida en él mismo y por él mismo; el otro irregular y sin ley, no tiene mas que efectos aparentes e ilusorios para la inteligencia que le gustaría engañar.

Y, como nosotros lo dejamos entrever, si es una razón doble que ha hecho dar el nacimiento y la vida temporal al Universo, es indispensable que los cuerpos particulares sigan la misma Ley, y no puedan, ni reproducirse, ni subsistir sin el socorro de una doble acción.

Sin embargo, la razón doble que dirige los cuerpos y toda la materia, no es la misma que esta razón doble que proviene de la oposición de los dos Principios; esta es puramente intelectual, y no toma su fuente mas que la voluntad contraria de estos dos Seres. Porque, cuando uno u otro actúa sobre lo sensible y sobre lo corporal, es siempre en las vistas intelectuales, es decir, para destruir la acción intelectual que le es opuesta. No sucede lo mismo con la doble acción que sujeta la Naturaleza; ella no está ligada más que a los Seres corporales, para servir tanto a su reproducción como a su mantenimiento; ella es pura en cuanto a que ella es dirigida por una tercer acción que la hace regular; en una palabra, es el medio necesario establecido para la fuente de todas las potencias para la construcción de todas sus obras materiales.

Sin embargo, aunque en esta razón doble ligada a todo lo que es corporal, no hay nada de impuro, y que ni uno ni el otro término tienen nada que sea malo, sin embargo en una hay algo que es fijo e imperecedero, la otra no es mas que pasajera y momentánea, y por eso mismo no es real para la inteligencia, aunque sus efectos lo sean para los ojos de los cuerpos.

Será entonces que debemos avanzar mucho para llegar a distinguir la naturaleza y los resultados de estos dos diferentes términos, o de estas dos diferentes Leyes que sostienen la creación corporal; porque si aprendemos a reconocer su acción en todas las cosas temporales, esto será un medio mas para desenredarlas en nosotros mismos. En efecto, no se concibe cuanto los desprecios que se hacen diariamente sobre nuestro Ser, siguen de cerca de aquellas que se hacen sobre los Seres corporales y sobre la Materia, y aquel que tuviera la inteligencia para juzgar los cuerpos, tendría pronto aquella que le es necesaria para juzgar al hombre.

4-De las investigaciones sobre la Naturaleza

El primer error que sabe introducirse en este género, es el de haber hecho de la Naturaleza material, una clase y un estudio aparte. Aunque los hombres hayan visto que esta rama era viviente y activa, ellos la han visto como estando separada del tronco; y a fuerza de detenerse en este peligroso examen, el tronco les ha parecido a su turno tan alejado de la rama, que ellos no han sentido la necesidad de que él exista, o por lo menos si ellos hubiesen reconocido la existencia, ellos no habrían visto en él mas que un Ser aislado cuya voz se pierde en la lejanía, y que es aún inútil de escuchar para concebir y realizar el curso y las Leyes de esta Naturaleza material.

Si nosotros nos limitamos como ellos a considerar a esta Naturaleza en ella misma y como actuando sin la mediación de un Principio exterior, nosotros podríamos bien, es verdad, percibir sus Leyes sensibles y aparentes, pero no podríamos decir que nuestra noción fuese completa, ya que nos restaría siempre conocer su Principio real que no es visible mas que a la inteligencia, por lo cual todo lo que existe es necesariamente gobernado, y cuyas Leyes sensibles y aparentes no son mas que los resultados.

Por otro lado, si durante nuestra estadía entre los Seres de esta Naturaleza material, nos quisiéramos alejar enteramente de nuestras investigaciones, para esforzarnos en alcanzar aquella del Principio invisible, temeríamos elevarnos muy alto por encima del camino que debemos seguir, y por esto de no llegar al fin de nuestros deseos, y de no obtener mas que una parte de las luces que nos están destinadas.

Nosotros debemos sentir los inconvenientes de estos dos excesos; ellos son tales, que librándonos a uno u al otro, podemos tener la seguridad de no lograr ningún éxito, y si negáramos una de las dos Leyes para buscar la otra, no podríamos tener de las dos mas que una falsa idea, porque su ligazón actual es indispensable, aunque no halla sido siempre manifestada; en fin, querer hoy elevarse al Principio primero, superior e invisible, sin apoyarse sobre la Materia, es ofender y tentar; y querer conocer la Materia excluyendo este Principio primero y las VIRTUDES que él emplea para sostenerla, es la más absurda de las impiedades.

5-De la Materia y de su Principio

No es que los hombres no estén destinados a tener un día un perfecto conocimiento del Principio primero sin estar obligados a unirse al estudio de la Materia, lo mismo que desde su caída hubo un tiempo donde ellos estuvieron

enteramente sujetos a esta Ley de la Materia, sin que ellos pudieran considerar la posibilidad de la existencia del Principio primero. Pero durante este pasaje intermediario que nos ha sido acordado, estando ubicados entre los dos extremos, no debemos perder de vista ni lo uno ni lo otro, si no nos queremos engañar.

El segundo error, es que desde que el hombre está encadenado en la Región sensible, él ha buscado, a la verdad, el Principio de la Materia, porque él no puede dudar que ella halla tenido uno; mas como en esta búsqueda él ha confundido las dos Leyes, él ha querido que el Principio de la Materia fuese tan palpable como la Materia misma. Él ha querido someter el uno y el otro a la medida de sus ojos corporales.

Ahora, una medida corporal no puede aplicarse más que sobre la Extensión: la Extensión no es más que un compuesto, y por consecuencia un Ser compuesto; y si el hombre se obstinó en creer que el Principio de la Extensión o de la Materia, es la misma cosa que la Materia, sería necesario entonces que este Principio fuese extendido y compuesto como ella; a continuación es verdad que los ojos de su cuerpo pueden calcular las dimensiones, sin embargo según los límites de sus facultades, y sin ser más avanzado. Porque para medir justo, sería necesario que él tuviese una base para sus medidas, y él no la tiene. Pero sin duda, nosotros estamos bien lejos de tener una idea semejante del Principio de la Materia, según aquella que tenemos de un Principio en general.

Todos aquellos que han querido explicar lo que es este Principio, no han podido evitar decir que él debe ser indivisible, inconmensurable y absolutamente diferente de lo que la Materia presenta a nuestros ojos. Los Matemáticos mismos y los Geómetras, aunque no actúan más que por sus sentidos, y no tienen mas que la extensión por objeto, vienen en apoyo de esta definición; porque todo lo material que dan a ese punto matemático del que hacen la base de su trabajo, ellos están obligados de revestirlo con todas las propiedades del Ser inmaterial; sin aquello, su ciencia no habría comenzado todavía.

Así, un Ser indivisible e inconmensurable, tal como nosotros sentimos que debe concebirse todo Principio, ¿Qué podría ser para nosotros mas que un Ser simple? Y, en verdad, no podemos dudar que las apariencias materiales no son al contrario divisibles y sometidas a la medida sensible; por consecuencia, la Materia no es un Ser simple; por consecuencia, ella no puede ser su Principio mismo; sería entonces absurdo querer confundir la Materia, con el Principio de la Materia.

6-De la Divisibilidad de la Materia

Yo debo, sobre este tema, hacer remarcar las obscuridades a donde esta falsa manera de considerar los cuerpos ha llevado a la multitud. El Vulgo ha creído que mutilando, dividiendo y subdividiendo la Materia, él mutiló, dividió y subdividió en efecto el Principio y la esencia de la Materia; y creyendo que los límites solos de sus órganos corporales le impedían ir tan lejos como su pensamiento en esta operación, él ha imaginado que esta división era

esencialmente posible más allá de lo que él podía operar por sí mismo, y él ha creído que la Materia era divisible hasta el infinito; por eso, él la ha visto como indestructible, y por consecuencia, como eterna.

Es absolutamente por haber confundido la Materia con el Principio de la Materia, que estos errores han sido casi universalmente adoptados. En efecto, dividir las formas de la Materia no es dividir su esencia, o, por decirlo mejor, definir las partes diversas de las que todos los cuerpos están compuestos, no es dividir, no es descomponer la Materia, porque cada una de las partes materiales proveniente de esta división, permanece intacta en su apariencia de Materia, por consecuencia en su esencia, y en el número de los Principios que constituyen toda la Materia.

Por qué extraña ceguera el hombre ha podido creer entonces que dividiendo las dimensiones de los cuerpos, él dividía realmente la Materia? ¿No es fácil de ver que todas las operaciones del hombre en este género se limitan a trasponer, desunir lo que estaba junto; y para que su mano pueda descomponer la Materia, no sería necesario que fuese él quien la hubiese hecho compuesta?

Yo no veo entonces aquí mas que la debilidad y los límites de las facultades del hombre, que es detenido por la fuerza invencible de los principios de la Materia; porque nosotros sabemos que él puede variar a su voluntad las figuras y las formas corporales, porque por estas formas no son mas que una mezcla de partículas diferentes, y no tiene por esta razón ninguna de las propiedades de la Unidad; pero en fin, no hay una sola de estas partículas que él pueda aniquilar, porque si el Principio que las sostiene no es compuesto, él no puede estar sujeto a ninguna división en su esencia; y en este sentido no solamente la Materia no es divisible hasta el infinito, según la idea común, pero no es menos posible que la mano del hombre comience u opere sobre la primera y menor de las divisiones; nueva prueba para demostrar que este Principio corporal es uno y simple, y por consecuencia que él no es Materia.

7-Límites de los Matemáticos

Lo que yo he dicho del método de los Matemáticos, ha debido hacer sentir la diferencia que existe entre su marcha y aquella de la Naturaleza. La Ciencia Matemática no ofreciendo entre sus manos mas que una copia engañosa de la verdadera Ciencia, no tiene por base y por resultado mas que relaciones, sobre las cuales habiendo una vez fijado sus suposiciones, las consecuencias se muestran justas y convenientes para el objeto que ellos se han propuesto; en una palabra, los Matemáticos no pueden engañarse, porque ellos no salen de su lugar, y ellos no hacen mas que dar vueltas sobre un pivote; entonces todos sus pasos los llevan al punto donde ellos han salido. En efecto, por más elevado que sea su edificio, se ve que él es igual en todas sus partes, y que no existe la menor distinción entre los materiales que sirven de fundamento, y aquellos con los que construyen los pisos más altos; ¿no nos lo han enseñado?

La Naturaleza, al contrario, teniendo por Principio un Ser verdadero e infinito, produce hechos que se le parecen, y aunque estos hechos sean el envoltorio con que ella se recubre a nuestros ojos, aunque ellos sean pasajeros, ellos son

tan múltiples, tan variados, tan activos, que nosotros vemos bastante claramente que la fuente debe ser inagotable. Pero se verá en la continuación de esta Obra, más amplias observaciones sobre la Ciencia Matemática, y sobre el empleo que se debería hacer para llegar al conocimiento de la Naturaleza y de lo que está por encima.

8-De las Producciones y de sus Principios

Nosotros uniremos aquí otra verdad que apoyará todas aquellas que nosotros hemos establecido para probar cuanto la Materia es inferior al Principio que le sirve de base y que la produce.

Yo ruego primero a los Observadores que examinen, si no es cierto universalmente, y en todo orden de generación cualquiera, que la producción no puede jamás ser igual a su Principio generador. Esta verdad se realiza continuamente en el orden de las generaciones materiales, aunque entonces vengan a crecer, los frutos y las producciones de esta clase, iguallen y mismo sobrepasen en fuerza y en grandeza al individuo que los ha engendrado; porque la clase de estos individuos estando sometida a la Ley del tiempo, el individuo antiguo declina al mismo tiempo que su fruto avanza hacia el término de su crecimiento y de su perfección.

Pero en el momento de la generación, este fruto es necesariamente inferior al individuo de donde él ha provenido, porque es de él que tiene su vida y su acción.

En alguna clase que nosotros hacemos nuestras investigaciones, yo no temo asegurar que encontraremos la aplicación de esta verdad; de donde nosotros podemos decir valientemente, que es con razón que la hemos anunciado como universal; por lo tanto será necesario convenir también que ella es aplicable a la Materia, relativamente a su Principio, porque si nosotros podemos ver nacer la Materia, nosotros no podemos negar que ella no ha sido engendrada; y si ella ha sido engendrada, ella es como todos los seres, inferior a su Principio generador.

Es ya estar bien adelantado haber reconocido la superioridad del Principio de la Materia sobre la Materia y de sentir que ellos no pueden ser los dos de la misma naturaleza; por esto nosotros nos encontramos a cubierto de los juicios aventurados que han osado pronunciar sobre este objeto, y que por el crédito de los Maestros que han sido los órganos, se han convertido como en una Ley para la mayor parte de los hombres: por eso se nos dispensa de creer como ellos, que la Materia es eterna e imperecedera. Distinguiendo la forma del Principio, sabemos que una puede variar sin este, mientras que la otra resta siempre la misma, y no habrá mas pena en reconocer el fin y declive de la Materia en la sucesión de hechos y de Seres que la Naturaleza expone a nuestros ojos, mientras que el Principio de esta Materia no siendo Materia, permanece inalterable e indestructible.

Esta sucesión de hechos, y esta renovación continua de Seres corporales ha conducido a los Observadores de la Naturaleza a otras opiniones tan falsas como las precedentes, y que los exponen a las mismas inconsecuencias. Ellos

han visto alterarse los cuerpos, descomponerse y desaparecer delante de ellos; pero al mismo tiempo, ellos han visto que estos cuerpos eran sin cesar reemplazados por otros cuerpos; entonces ellos han creído que estos estaban formados por los restos de los cuerpos antiguos, y que estando disueltos, las diferentes partes de las que estaban compuestos, debían entrar a su turno, en la composición de nuevas formas; de allí ellos han concluido que las formas experimentaban bien una mutación continua, pero que su Materia fundamentalmente permanecía siempre la misma.

9-De la Reproducción de las Formas

Luego, ignorando la verdadera causa de la existencia y de la acción de esta Materia, ellos no han visto porqué ella no habría estado siempre en movimiento, y porqué ella no lo estaría siempre, lo que los ha hecho decidir de nuevo que ella era eterna.

Pero si, levantando los ojos un grado, ellos hubiesen reconocido los verdaderos Principios de los cuerpos, y que ellos les hubiesen atribuido la estabilidad que ellos han creído ver en su pretendida Materia fundamental, nosotros no tendríamos que reprocharlo este nuevo desprecio; nosotros vemos como ellos las revoluciones y las mutaciones de las formas; nosotros reconocemos también que los Principios de los cuerpos son indestructibles e imperecederos; pero habiendo mostrado, como lo hemos hecho, que estos Principios no eran Materia, decir que ellos son imperecederos, no es decir que la Materia lo sea.

10-Inmutabilidad de sus Principios

Es así que distinguiendo los cuerpos con sus Principios, los Observadores habrían evitado el error peligroso que ellos se esfuerzan en vano por superar, que sería el de atribuir la eternidad y la inmortalidad al Ser material que golpea sus sentidos. Yo estoy de acuerdo con ellos sobre la marcha diaria de la Naturaleza; yo veo nacer y perecer todas las formas, y yo las veo reemplazadas por otras formas; pero yo me guardaré bien de concluir, como ellos, que esta revolución no halla tenido un punto de comienzo, y que ella no debe tener fin, porque ella no opera en efecto, y no se manifiesta mas que sobre los cuerpos que son pasajeros, y no sobre sus Principios que no reciben jamás el menor alcance. Cuando se halla concebido bien la existencia y la estabilidad de estos Principios, independientemente y separadamente de los cuerpos, será necesario convenir bien que ellos han podido existir antes de estos cuerpos, y que ellos podrán además existir después de ellos.

Yo no añadiré a este razonamiento pruebas sobre las cuales se rehusarían a creerme, pues ellas son de una naturaleza que no está mas en mi poder dudar que si yo hubiese estado presente en la formación de las cosas.

Además la Ley numérica de los Seres es un testimonio irrevocable; el UNO existe y se concibe independientemente de los otros números; y tras haberlos vivificado durante el curso de la Década él los deja detrás de él y vuelve a su Unidad.

11-De las Emanaciones de la Unidad

Los Principios de los cuerpos siendo únicos, pueden entonces concebirse solos y separados de toda forma de materia, en el lugar en que las menores partículas de esta materia no pueden subsistir, ni concebirse sin ser sostenidas y animadas por su Principio; lo mismo que nosotros concebimos la Unidad numérica, como pudiendo subsistir a parte de los otros números, aunque ninguno de los números subsecuentes a la Unidad pueda encontrar acceso en nuestro entendimiento, si no es como la emanación y el producto de esta unidad.

En una palabra, si nosotros queremos aplicar aquí la máxima fundamental que ha sido establecida antes, sobre la desigualdad que existe necesariamente entre el Ser generador y su producción, nosotros veremos, que si los Principios de la Materia son indestructibles y eternos, es imposible que la Materia goce de los mismos privilegios.

Sin embargo esta afirmación de una desigualdad necesaria entre el ser generador y su producción, habría podido dejar alguna inquietud sobre la naturaleza del hombre, quien habiendo tenido nacimiento en una fuente indestructible, debería, como inferior a su Principio, no tener la misma ventaja, y ser por consecuencia susceptible de destrucción. Pero una simple reflexión disipará esta duda.

12-De los Seres Secundarios

Aunque la Materia y el hombre tengan igualmente su Principio generador, no se desprende que deban tener el mismo. El Principio generador del hombre es la Unidad; esta Unidad poseyendo todo en sí, comunica también a sus producciones una existencia total e independiente, de modo que ella pueda bien, como jefe y príncipe, ampliar o disminuir sus facultades; pero ella no puede darle la muerte, porque sus obras siendo reales, lo que es, no pueden no ser.

No sucede así con la Materia que, siendo el producto de un Principio secundario, inferior y subordinado a otro Principio, está siempre en la dependencia de uno y del otro; de manera que el concurso de su acción mutua es absolutamente necesario para la continuación de su existencia; porque es constante que cuando uno de los dos viene a cesar, los cuerpos se extinguen y desaparecen.

Ahora, el nacimiento y el fin de estas diferentes acciones se manifiesta bastante claramente en la Naturaleza corporal, para demostrarnos que la Materia no puede ser durable. Además, reconociendo, como nosotros lo debemos hacer que la acción de la Unidad, o del Principio primero, es perpetuo e indivisible, nosotros no podríamos, sin el más grueso error, atribuir la misma perpetuidad de acción a los Principios secundarios que dan nacimiento a la Materia. Esta es la razón por la que el Autor de las cosas no puede hacer que el Mundo sea eterno como él; porque no sería hacer del Mundo eterno que de hacerle suceder de otros Mundos, como esto estará siempre en su potencia, porque cada uno de estos Mundos no pudiendo ser mas que la obra de un Principio secundario, sería por eso necesariamente perecedero.

13-De la Generación de los Cuerpos

Examinemos actualmente otro sistema relativo a nuestro sujeto. Se ha enseñado, que después de la disolución de los Seres corporales, los restos de estos cuerpos eran empleados en formar parte de la sustancia de otros cuerpos. Seguramente, los Observadores de la Naturaleza se han equivocado en esta doctrina, así como en las consecuencias que ellos han extraído. Porque, decir que los cuerpos se forman los unos de los otros, y que no son más que diversos ensamblajes sucesivos de los mismos materiales, es un error tan grande como el de pretender que la Materia es eterna. Ellos se habrían guardado bien de proponer semejantes opiniones, si ellos hubiesen tomado mas precauciones para marchar con seguridad en el conocimiento de la Naturaleza.

Los Principios universales de la Materia son Seres simples; cada uno de ellos es UNO, así como resulta de nuestras observaciones, y de la idea que nosotros hemos dado de un Principio en general: los Principios innatos de la menor partícula de materia deben entonces tener la misma propiedad; cada uno de ellos será entonces UNO y simple, como los Principios universales de esta misma Materia: no puede haber diferencia entre estos dos tipos de Principios, que en la duración y en la fuerza de su acción, que es más larga y más extendida en los Principios universales que en los Principios particulares. Porque la acción propia de un Principio simple es necesariamente simple y única ella misma, y no puede tener por consecuencia mas que un solo objetivo a cumplir; ella tiene en sí todo lo que le es necesario para la entera realización de su Ley; en fin, ella no es susceptible ni de mezcla, ni de división.

Aquella del Principio universal material tienen entonces las mismas facultades, aunque los resultados que produce, se multipliquen, se extiendan y se subdividan al infinito, es cierto que este Principio universal no tiene más que una sola obra para hacer, y mas que un solo acto para operar. Cuando su obra se ha cumplido, su acción debe cesar, y ser retirado por aquel que le había ordenado la producción; pero durante toda la duración del tiempo, él está sujeto a hacer el mismo acto y a manifestar los mismos efectos.

Esto es así en los Principios innatos de los diferentes cuerpos particulares; ellos están sometidos a la misma Ley de unidad de acción, y cuando la duración se ha realizado, ella le es igualmente retirada.

Entonces, si cada uno de estos Principios no tiene mas que una sola acción y que al final de esta acción, ellos deben todos regresar a su fuente primitiva, nosotros no podemos con razón esperar de ellos nuevas formas, y nosotros debemos concluir que los cuerpos que nosotros vemos nacer sucesivamente, obtienen su origen y su subsistencia de otros Principios, que de aquellos de los que tenemos la acción suspendida en la disolución de los cuerpos que ellos habían producido. Nosotros entonces estamos obligados a investigar más allá de la fuente de donde deben nacer estos nuevos cuerpos.

¿Pero dónde podríamos nosotros encontrarla mejor que en la fuerza y la actividad de esta doble Ley, que constituye la Naturaleza universal corporal, y

que se muestra al mismo tiempo bajo mil rostros diferentes en la producción y el progreso de los cuerpos particulares?

Nosotros sabemos, en efecto, que esta tierra que habitamos, no podría existir y conservarse, si ella no tuviera en ella un Principio vegetativo que le es propio; pero es necesario que una causa exterior, que no es otra cosa que el fuego Celeste o Planetario, reacciones sobre este Principio para que su acción se manifieste.

Sucede lo mismo con los cuerpos particulares; cada uno de estos cuerpos proviene de una simiente, en la cual reside un Germen o Principio innato, depositario de todas sus propiedades y de todos los efectos que él debe producir. Pero este Germen permanecería siempre en la inacción, y no podría manifestar ninguna de sus facultades, si él no hubiese también reaccionado por una causa exterior ígnea, cuyo calor lo pone al alcance de actuar sobre todos los Seres corporales que le rodean, los cuales, a su turno, penetran su envoltura, lo aguijonean, lo calientan, y lo disponen a sostener la acción de la causa exterior, para la manifestación de sus propios frutos y de sus propias VIRTUDES.

Y en efecto la causa exterior ígnea, operando la reacción, habría pronto superado la acción de los Principios individuales, y destruido sus propiedades, si el socorro de los Seres alimentarios no viniese a renovar su fuerza, y los pusiera en estado de resistir al calor devorante de esta causa exterior. Es por ello que si se expone al calor, a los Gérmenes privados de alimentos, ellos se consumen en su cuna, sin haber producido la menor parte de su acción; es por eso también que los Gérmenes, que han sido llevados a comenzar el curso de su crecimiento, serían todavía bastante consumidos y destruidos, si ellos viniesen a faltar de los alimentos que le son necesarios para defenderse de la actividad continua de la reacción ígnea, porque entonces esta reacción, habiendo ya penetrado hasta el germen, puede tanto mejor desplegar su fuerza destructiva.

Se ve por eso que los alimentos, de los que nosotros hemos hablado, son ellos mismos un segundo medio de reacción, que la Naturaleza emplea para el mantenimiento y la conservación de sus obras; pero se lo verá mejor a continuación.

Tal es entonces esta doble Ley universal, que preside el nacimiento y el progreso de los Seres corporales. El concurso de estas dos acciones le es absolutamente necesario, para que ellos puedan vivir sensiblemente a nuestros ojos; a saber, la primer acción innata en ellos, o la acción interior, y la acción segunda sobre el exterior, que viene a agitar y reaccionar a la primera, y jamás entre las cosas materiales, un cuerpo no es formado mas que por este medio.

Apliquemos a la constitución del Universo lo que hemos dicho de la Tierra; nosotros podemos verlo como un ensamble de una multitud infinita de Gérmenes y simientes, que tienen todos en ellos el Principio innato de sus Leyes y Propiedades, según su clase y según su especie, pero que esperan,

para engendrar y reproducirse fuera, que alguna causa exterior venga a ayudarlos y disponerlos para la generación.

Sería lo mismo, si se encontrara la explicación de un Fenómeno que asombra a la multitud, a saber porqué se encuentran gusanos en frutos sin picadura, y animales vivos en el corazón de las piedras; es porque los unos y los otros puestos por la Naturaleza, o llegados por filtraciones en estos tipos de matrices, han encontrado, y han recibido, por la misma vía de filtración, jugos apropiados para operar sobre ellos la Ley necesaria de reacción. Pero no nos alejemos de nuestro tema.

Veamos entonces al presente qué parte de los cuerpos y de los restos de los cuerpos pueden tener para la formación y el acrecentamiento de otros cuerpos; ellos pueden aumentar las fuerzas de los Seres corporales, y sostenerlos contra la reacción continua del Principio exterior ígneo; ellos pueden incluso contribuir, por su propia reacción, a la manifestación de las facultades de los Gérmenes, y hacer operar las propiedades. Pero esto sería ir contra las Leyes de la Naturaleza, y desconocer la esencia de un Principio en general, que de creer que ellos podrían interferir en la substancia de estos Gérmenes. Ellos pueden, yo lo repito, ser el sostén y el aguijón, pero jamás ellos serán una porción de su esencia. Las observaciones siguientes serán la prueba.

14-De la Destrucción de los Cuerpos

Nosotros hemos establecido precedentemente que los Principios de los cuerpos no son Materia, sino Seres simples; que en esta cualidad, ellos deben tener en ellos todo lo que es necesario para su existencia, y que ellos no tienen nada que pedir prestado a otros Seres. Ellos no tomarían prestado ni aún el socorro de esta reacción exterior, de la que acabamos de hablar, si por la inferioridad de su naturaleza, ellos no estuviesen sometidos a la doble Ley que rige todos los Seres elementarios. Porque hay una Naturaleza, donde esta doble Ley no es conocida, y donde los Seres reciben el nacimiento son el socorro de Seres secundarios, y por las solas virtudes de su Principio generador; es aquella por donde el hombre ha pasado antes. Mas, a fin que nuestra marcha sea más segura, no contamos para nada la teoría, hasta que la experiencia venga a justificarla; y primero observamos lo que sucede en la destrucción de los cuerpos.

Esta destrucción no puede tener lugar mas que por la cesación de la acción del Principio innato, productor de estos cuerpos, porque esta acción es su verdadera base y su primer apoyo; ahora este Principio no puede cesar de actuar, mas que cuando la Ley que le servía para la acción, está suspendida, porque entonces estando liberada de sus cadenas, se separa de sus producciones y regresa a su fuente original. Porque mientras esta Ley opera, jamás la envoltura podría cesar de ser bajo la forma natural e individual; y si esta forma está sujeta a descomponerse, no puede ser mas que por que la ley de la reacción siendo retirada, el Principio innato en esta forma, y que lo hace existir, ligando juntos los tres elementos de que ella está compuesta, se separa de estos elementos, y los abandona a sus propias Leyes; entonces, estas Leyes siendo opuestas las unas a las otras, los elementos que se encuentran

liberados, se combaten, se dividen, y se destruyen en fin totalmente a nuestros ojos.

Es así que insensiblemente los cuerpos mueren, desaparecen y se destruyen. Yo no veo entonces mas en un cadáver que en una materia sin vida, privada del Principio innato que lo había producido y que sostenía la existencia; yo no veo en estos restos, que partes que están todavía sostenidas por la presencia de las acciones secundarias que el Principio innato había emanado en estos cuerpos durante la duración de su propia acción; porque estas emanaciones secundarias son esparcidas en las menores partículas corporales, pero ellas se separan ellas mismas sucesivamente de sus envolturas particulares, tras que su Principio productor ha abandonado el cuerpo entero, de cuya reunión formaba el ensamblaje.

¿Cómo es entonces, que un cuerpo privado de la vida pueda en el curso de su disolución, comunicar a los nuevos cuerpos, a quien secunda el crecimiento y la formación? ¿Será este el Principio dominante? Pero él no existe mas en el cadáver; porque no es sino por la retirada de este Principio, que el cuerpo se ha convertido en un cadáver. Además cada Germen, teniendo su propio Principio innato y depositario de todas sus facultades, no tiene necesidad de la reunión de otro Principio. En una palabra, dos Seres simples no pueden reunirse jamás, ni confundir su acción; su mezcla, bien lejos de concurrir a la vida de nuevos cuerpos, no haría más que ocasionar el desorden y la destrucción, porque no es posible colocar dos centros en una circunferencia, sin desnaturalizarla.

¿Se diría que las partes materiales de los cuerpos que se disuelven, se reunifican y pasan a la esencia de los Gérmenes? Pero nosotros acabamos de ver, que cada Germen está animado por un Principio, que encierra en él todo lo que es necesario para su existencia. Además, ¿no vemos todas las partes del cadáver disolverse sucesivamente, y no dejar tras él el menor rastro? Nosotros sabemos que esta disolución particular no se opera mas que por la separación de las emanaciones secundarias, que estaban habitando en el cadáver, y que podemos considerar cada una como el centro de la parte que ella ocupaba; pero entonces no podríamos dispensarnos de reconocer que los cuerpos, que las partes de los cuerpos, que todo el Universo no es más que un ensamblaje de Centros, ya que veo por gradación a los cuerpos disiparse enteramente. Ahora, si todo es centro, y si todos los centros desaparecen en la disolución, ¿qué permanecería de un cuerpo disuelto, que pudiera ser parte de la existencia y de la vida de nuevos cuerpos?

Es entonces un error, creer que los Principios, sean generales, sean particulares, de los Seres corporales que se disuelven, vayan, después de ser separados de su envoltorio, a animar nuevas formas, y que recomenzando una nueva carrera, ellos puedan vivir sucesivamente muchas veces. Si todo es simple, si todo es uno en la Naturaleza y en la esencia de los Seres, debe ser lo mismo con su acción, y cada uno de ellos debe tener su tarea particular, simple y única como él, de otra manera habría debilidad en el Autor de las cosas, y confusión en sus obras.

15-De la Digestión

Mas, tomando la digestión animal por ejemplo, se me objetará sin duda, que en la disolución de los alimentos que se hace por esta digestión, la cantidad más grande pasa a la sangre, a la linfa y a otros fluidos del individuo, y que de allí, se transportándose en todas las partes del cuerpo, el animal recibe el sustento y la subsistencia; entonces se me preguntará cómo es posible, que estos alimentos no hiciesen mas que fortificar la acción y la vida del animal que los recibe, sin comunicar la menor parte de ellos mismos, sin que el fuego innato en ellos no penetre el Principio y la Esencia de este individuo, para unirse y sostener la existencia.

Yo respondo a esto, que muy ciertamente el único empleo de los alimentos es el de sostener la vida y la acción del individuo que los ha devorado; él no puede recibirlos como nuevos Principios para él, ni como un aumento de su Ser, sino como los agentes de una reacción que le es necesaria para desplegar sus fuerzas y conservar su acción temporal; y aunque ningún Ser corporal pueda estar sin esta reacción, no es que ella no tenga su medida; porque es una constante, que si el Principio contenido en el alimento pudiera unirse al Principio del cuerpo que está alimentando, no habría mas medida en la Ley de acción, por la cual este último habría estado constituido.

Nosotros sabemos por experiencia y por los estragos que causan en el animal las verduras crudas y las viandas mal cocidas y mal sangradas; nosotros sabemos, dije, cuanto una reacción muy viva es contraria a la vida corporal; y no podemos negar que los Animales que están destinados por su naturaleza, a devorar a otros Animales, son más feroces y mas crueles por su carácter más ávido y más destructor, que los Animales que no se alimentan más que de Vegetales. Es que los primeros experimentan una reacción excesiva, recibiendo de las carnes de que viven, una gran cantidad de Principios animales secundarios, y que ellos emplean todos los efectos de la acción innata en ellos, para operar, antes de tiempo, la disolución de las envolturas de estos Principios; pero estos no se encuentran en su menstuo natural, empleando así toda su fuerza para romper estas carnes externas, y reconstituirlas a su fuente primitiva.

16-De la Reintegración de los Cuerpos

Durante este combate, el individuo experimenta una efervescencia que lo agita y lo impulsa a actos desordenados, y él no puede llegar a un estado más tranquilo, sino después que la envoltura de estos Principios secundarios es disuelta y que ellos se han reunido con su Principio generador.

Es por este tema, que nosotros debemos culpar, al pasar, del uso de la mayor parte de las Naciones, que han creído honrar a los Muertos, sea conservando sus cadáveres, sea consumiéndolos por el fuego. Una y otra de estas prácticas es igualmente insensata y contraria a la Naturaleza. Porque el verdadero menstuo de los cuerpos, es la tierra, y la mano de los hombres no habiendo podido producir estos cuerpos, ella no debería intentar ni determinar, ni prolongar la duración, dejando a cada uno de sus Principios, el cuidado de suspender su acción, siguiendo su Ley, y de reunirse a su tiempo con su fuente.

17-De la Mujer

Yo no puedo dispensarme mas en detenerme un momento sobre esta Proposición, que EL VERDADERO MENSTRUO DE LOS CUERPOS ES LA TIERRA. Es en ella, en efecto, que debe descomponerse principalmente el cuerpo del hombre; pero el cuerpo del hombre toma su forma en el cuerpo de la mujer; cuando él se descompone, no hace mas que dar a la tierra, lo que él ha recibido del cuerpo de la mujer. La tierra es entonces el verdadero Principio del cuerpo de la mujer; porque las cosas retornan siempre a su fuente, y estos dos Seres siendo tan análogos el uno al otro, no se puede negar que el cuerpo de la mujer halla tenido un origen terrestre; nosotros recordamos enseguida que ella ha sido el primer origen corporal del hombre, nosotros veríamos sensiblemente por qué razón la mujer le es universalmente inferior.

Mas uno se encuentra igualmente perdido, cuando se ha creído llevar esta diferencia más allá de la forma o de las facultades corporales. La mujer, en cuanto al Principio intelectual, tiene la misma fuente y el mismo origen que el hombre; porque este hombre no siendo condenado mas que a la pena y no a la muerte, era necesario poner cerca de él un Ser de su naturaleza, e infeliz como él; que por sus enfermedades y su privación, le recuerde a la sabiduría, retratando a sus ojos las consecuencias amargas de sus aberraciones: además el hombre no es el padre del Ser intelectual de sus producciones, como lo han enseñado doctrinas falsas y tanto más funestas, ya que ellas se encuentran apoyadas sobre comparaciones tomadas de la Materia, tales como las inagotables emanaciones del fuego elementario; pero en todo esto hay un Misterio que yo no creería jamás bastante enterrado. Retomemos la cadena de nuestras observaciones.

18-De la Vegetación

Hay un hecho que los Naturalistas no olvidaron oponerme, es aquel de los licores coloreados que ellos hacen pasar en algunas plantas, llegando así a variar el color de las flores, y mismo a cambiar absolutamente aquel que le pertenecía por la Naturaleza. Mi respuesta será simple, y se atenderá a todo lo que ya he dicho sobre la digestión.

Toda planta tiene su Principio innato como los otros cuerpos; los jugos, que le sirven de alimento, no pueden añadir nada a este Principio; pero ellos le sirven de defensa contra la reacción de la causa exterior ígnea que sin ellos superaría y consumiría pronto, por su calor, las fuerzas y la acción de los Principios individuales. Entonces se debe sentir, por el número infinito de las substancias diferentes que pueden servir de alimento a los Seres corporales, a qué variedad de reacción ellos están expuestos. Es cierto que no hay mas que uno solo que sea realmente propio de cada especie: pero la Naturaleza de las cosas perecederas, como los cuerpos, y las revoluciones continuas a las cuales ellos están sometidos, los exponen a recibir cosas externas, que los debilitan, que constriñen sus facultades, y aún que las destruiría por completo, aunque el Principio del Ser sea indestructible.

Estas reacciones son operadas, como se hace, por Seres secundarios, que también son depositarios de un Principio que es propio. Este Principio no puede operar de reacción, sea por él mismo, sea por los Principios particulares

emanados de él, que no estén todos revestidos de sus envolturas corporales, porque todos los Seres simples no están aquí abajo mas que por esta condición. Es cierto entonces que el envoltorio de estos Principios secundarios pasa, así como ellos, a la masa corporal de las Plantas y de los Animales, para servirles de alimento, y para ayudarlos a resistir la acción de la causa exterior ígnea. Es cierto que ellos llevan también su color y todas sus propiedades. Pero, aunque ellos pasen a estos diferentes individuos, no podríamos admitir jamás que ellos se confunden, y que ellos hagan parte de su substancia.

19-De los alimentos

Para que estos envoltorios alimenticios llegaran a unirse con la sustancia del individuo que los toma, sería necesario que sus Principios pudiesen confundirse recíprocamente. Pero nosotros hemos visto que estos Principios, siendo de Seres simples, su reunión es imposible, y porque los envoltorios no tienen propiedades mas que por su Principio, la reunión de los envoltorios es entonces imposible también. Los alimentos son entonces siempre sustancias extrañas, aunque necesarias al Ser que las recibe, porque es un hecho que no le son provechosas, hasta que no se opera en ellas la disolución.

Yo pienso que no habrá ninguna dificultad en convenir que no puede haber ninguna especie de mezcla, antes de que esta disolución halla comenzado: porque si la disolución no puede operar, sin haber sido precedida del retiro de los Principios innatos, si ella no es en sí misma mas que división y destrucción, ¿cómo sería que el individuo que opera esta destrucción, pudiera confundirse con el envoltorio que él mismo destruyó?

En efecto, si los alimentos y los Principios que ellos encierran, pudiesen confundirse con la sustancia, y los principios de los Seres que ellos reaccionan, ellos podrían igualmente tener su ser sustituido, y tomar su lugar; entonces sería fácil desnaturalizar enteramente a los individuos y las especies; se obtendría que habiendo cambiado una vez la clase y la naturaleza de un Ser, si hacemos lo mismo sobre todas las clases que existen, provendría una confusión general, que impediría que nosotros estuviésemos jamás seguros del rango y de la clase que los Seres deben ocupar en el orden de las cosas.

También la Ley, por la cual la Naturaleza ha continuado sus producciones, se rehúsa absolutamente a estas tentativas quiméricas; ella ha dado a cada uno de los Seres corporales un Principio innato particular, que puede extenderse, y que extiende con frecuencia su acción más allá de la medida ordinaria, por el socorro de las reacciones forzadas, y de un matras mas favorable, pero que no puede jamás perder, ni cambiar su esencia. Este Principio, siendo el productor y el padre de su envoltorio, no puede separarse, cuando el envoltorio no entra también en la disolución, y no se destruye insensiblemente; es de toda imposibilidad, que otro Principio u otro Padre, venga a habitar este envoltorio, y le sirva de sostén, porque en la naturaleza corporal, no hay adulterios, ni Hijos adoptivos, atento a que nada es libre.

Cada Ser simple o Principio tiene entonces su existencia aparte, y por consecuencia, una acción y facultades individuales, que son también incomunicables como su existencia.

20-De la Mezcla de los Cuerpos

Que no se me objete, que en la mezcla de los licores y de los cuerpos susceptibles de ligarse, se perciben efectos únicos y simples, del que ninguno de estos cuerpos es capaz en particular; porque yo no temería asegurar, que en estas amalgamas, la acción y la reacción de los diversos Principios los unos sobre los otros no producen resultados únicos y simples que en apariencia, y a causa de la debilidad de nuestros órganos, y que estos resultados son, en efecto, combinados y producidos por la acción propia y particular de cada uno de los Principios reunidos.

Si es una mezcla de diversos cuerpos, que no son susceptibles ni de acción, ni de reacción sensible las unas sobre las otras, pero teniendo cada una para ellos su propiedad particular de dolor, sabor, u otro; resulta de su mezcla una tercer propiedad, que no es realmente mas que un producto aparente de los dos primeros, los cuales se encuentran mezclados y combinados, pero en absoluto unidos y confundidos. Por que no se me negará que en este hecho, los Principios y sus envoltorios permanecen perfectamente distintos y separados, y no es mas que la debilidad de nuestros sentidos lo que nos impide percibir separadamente las acciones propias y particulares para cada uno de estos cuerpos. No se ve aquí otra cosa que una multitud de cuerpos de la misma especie, juntos o reunidos con una multitud de cuerpos de especie diferente, pero conservando siempre su existencia, sus facultades, y su acción propia e individual.

Si es un cuerpo sólido lanzado en un fluido que le es análogo, el fluido sobrepasando la fuerza y las propiedades, él separa las partes, las divide, destruye su solidez aparente y sensible, él lo disuelve y parece aprovecharlo. Por medio de esta disolución, el fluido nos presenta, en efecto, resultados, que eran imposible de descubrir separadamente en una y otra de las substancias que han formado la amalgama. Mas se podría concluir que no se trata de ninguna mezcla de Principios, y que no es cierto que no halla mas que una simple extensión de la acción del Principio dominante sobre aquella del Principio inferior; extensión que disminuye y cesa aún, cuando el Principio superior es forzado a accionar una cantidad suficiente de cuerpos que se han expuesto a su acción, ¿no ha consumido todo el poder que estaba en él?

Si es un cuerpo sólido que se apodera de un fluido, y que lo absorbe, o dos fluidos, que por su mezcla, producen cuerpos sólidos o amalgamas indisolubles en apariencia; en fin, si son cuerpos, que primero no manifiestan en particular ni fuerza, ni propiedades, pero que, por su mezcla, producen efectos sorprendentes, llamas ardientes, fuegos, humos, colores vivos y brillantes; ¿se podría jamás demostrar que hay en ninguno de estos hechos, reunión, confusión o comunicación de un Principio con otro Principio? Porque, si la fuente del Principio dominante no ha hecho mas que suspender la acción del Principio más débil, sin destruir el envoltorio, entonces puede que el Arte llegue todavía a separarlos, y a remitirlos el uno y el otro a su primer estado; lo que es una prueba invencible de la Verdad que yo vengo de establecer.

Si, siempre sin destruir los envoltorios, el Principio superior en fuerza, no ha hecho mas que dividir mezclas, y si mientras las partes constituyentes de estas

masas tienen su libertad y tienen su tenuidad natural, él los ha rechazado solamente por evaporación, entonces los Principios individuales de una misma naturaleza, que estaban previamente reunidos, se encuentran, es cierto, dispersados aquí y allá, sobre la tierra y en los aires, pero sin haber comunicado nada, ni perdido de sus facultades, de su substancia, o de su acción.

Mas si al contrario el Principio dominante tiene para su fuerza y su potencia descompuesto el envoltorio mismo del Principio inferior; si él lo ha disuelto y destruido, entonces la acción del Principio inferior es aniquilado, y bien lejos de terminar así su carrera, este Principio ha podido unir o comunicar su acción al Principio dominante, lo que es en este hecho, la acción misma del Principio dominante que se encuentra limitado a su primer actividad, si ella no ha sido alterada, o agotada, sin retorno, por su propia victoria.

21-De la Simiente de los Insectos

En fin, la confusión y la continuidad de acción del mismo Principio en diferentes formas sucesivas, no se encuentra mas en el nacimiento de los gusanos y otros insectos que aparecen en la putrefacción de los cadáveres; el Principio de la existencia de estos animálculos está igualmente en su propia simiente: porque nuestros cuerpos, como todos aquellos de la Creación, son el ensamblaje de una multitud infinita de gérmenes destructores, y de simientes vermiculares que no esperan, para producirse y para engendrar, mas que una reacción y circunstancias convenientes.

Tanto como nuestros cuerpos subsistan en la plenitud de su vida y de su acción, el Principio dominante que los dirige tiene todo el envoltorio en equilibrio, impide la disolución, y contiene la acción de estos gérmenes destructores. Mas, cuando este Principio dominante viene a abandonar este envoltorio, entonces los principios secundarios no teniendo mas lugar, se separan naturalmente y dejan el campo abierto a todos estos animálculos; ellos aún ayudan a su nacimiento y a su crecimiento, por una reacción y un calor apropiado para hacerles atravesar su envoltorio seminal.

Entonces, los restos del cadáver sirven de pastura a estos insectos, y pasan en ellos como los alimentos pasan por la digestión en todos los cuerpos vivientes; en los unos y en los otros, la misma disolución, el mismo empleo de los Principios innatos; pero, ni en los unos, ni en los otros, el Principio del cuerpo disuelto no pasa al cuerpo viviente para animarlo; porque, yo lo he establecido bastante, cada Ser tiene vida en sí, y no tiene necesidad mas que de una causa exterior, para ponerse en acción y sostener su propio principio.

22-Unidad de acción en los Principios

Es entonces evidente que, en los actos más ocultos de los Seres corporales, tales como la formación, el nacimiento, el crecimiento y la disolución, los Principios no se mezclan y no se confunden jamás con los Principios.

Los alimentos no son entonces mas que medios de reacción apropiados para garantizar a los cuerpos vivientes del exceso de la acción ígnea que devora y disuelve sucesivamente estos Seres alimentarios, como ella disolvería sin ellos

los cuerpos vivos mismos. Así ellos no son, como lo creen los Observadores y la multitud después de ellos, materiales de los que el Ser que se forma debe estar compuesto, porque este Ser tiene todo en él con la vida, pero que los Seres alimentarios siendo disueltos no tienen; y lo que les podría quedar se pierde continuamente a medida que los Principios particulares se separan de su envoltura, y van a reunirse a su fuente original.

23-Falso sistema sobre la Materia

Así, esta mutación aparente de formas no nos debe seducir más, hasta hacernos creer que los mismos Principios recomienzan una nueva vida; pero nosotros quedaremos persuadidos que las nuevas formas que vemos sin cesar nacer y reproducirse bajo nuestros ojos, no son mas que los efectos resultantes y los frutos de nuevos Principios que no habían actuado todavía; y nosotros tendremos seguramente del autor de las cosas, la idea que le conviene, cuando diremos que todo siendo simple, todo siendo nuevo en sus obras, todo debe aparecer por primera vez.

Es por tales verdades que nosotros demostramos de nuevo, cuanto la opinión de la eternidad de la Materia es contraria a las leyes de la Naturaleza. Porque, no solamente no son los mismos Principios innatos que permanecen continuamente encargados de la reproducción sucesiva de los cuerpos; pero es cierto que un Principio cualquiera no puede tener mas que una sola acción, y por consecuencia, mas que un solo curso. Porque, es bastante visible que el curso de los Seres particulares que componen la Materia está limitado, porque no hay un instante en el que nosotros percibamos el fin, y que el tiempo no es sensible mas que por su continua destrucción.

Pero no es necesario que nos asombremos de los errores que han reinado hasta el presente sobre este tema, y si nosotros adoptáramos las opiniones de las que ellas son la consecuencia, no habría posibilidad de que nos distrajéramos. Los Observadores, habiendo apenas dado un paso para distinguir la Materia del Principio que sostiene y engendra a esta Materia, dan a una lo que no pertenece mas que a la otra. Ellos consideran su Materia primera, como siendo siempre y esencialmente la misma, recibiendo solamente y sin cesar una multitud de formas diferentes; así, confundiéndola con su Principio, agente, interior, innato, ellos nos dicen que no existe mas que una sola Esencia en la Materia, y que por eso no puede haber mas que una sola acción universal en esta Materia; y que, por consecuencia, la Materia es permanente e indestructible.

Yo les ruego profundizar lo que he dicho al comienzo de esta Obra, sobre el origen y la naturaleza del bien y del mal. Yo he hecho ver que repugna a todo hombre de sentido, admitir que propiedades diferentes tengan la misma fuente. Apliquemos entonces esto a las diferentes propiedades que la Materia manifiesta a nuestra vista, y veamos si es cierto que no hay mas que una sola esencia material.

Yo pregunto si la acción del fuego es semejante a aquella del agua; si el agua actúa como la tierra, y si nosotros no vemos en estos elementos propiedades no solamente diferentes, sino aún totalmente opuestas; sin embargo estos

elementos, aunque son numerosos, son verdaderamente la base y el fundamento de todos los envoltorios materiales. Nos resulta entonces imposible adoptar con los Observadores, que no hay mas que una sola esencia en los cuerpos, cuando vemos sus propiedades mostrarse tan diferentemente; ahora entonces, y que ellos pretenden, que la misma Materia sea continuamente empleada en la sucesiva revolución de las formas, no hay solamente dos, en las cuales se pueda razonablemente admitirlo.

24-Diversidad de las Esencias Materiales

Yo no cesaré entonces de repetir que la esencia de los cuerpos no es única, como ellos lo creen; que todas las formas son el resultado de sus Principios innatos, que no pueden manifestar su acción mas que bajo la Ley general de tres elementos, esencialmente diferentes por su naturaleza; que un resultado de cierta especie no puede ser considerado como un Principio, atento a que no siendo UNO, él está expuesto a variar, y él depende de la acción más o menos fuerte de uno u otro de estos elementos; que así la Materia no puede ser estable y permanente, ni pasar sucesivamente de un cuerpo al otro, sino que estos cuerpos provienen todos de la acción de un Principio nuevo, y por consecuencia diferente.

En una palabra, esta diferencia de todos los Principios innatos es bastante sensible, si se observa que todas las clases y todos los Reinos de la Naturaleza corporal están marcados por caracteres sorprendentes y distintivos: si se observa, dije, la oposición que reina entre la mayor parte de las clases y de las especies; de esto se tendrá que convenir que estos Principios innatos y agentes de los diversos cuerpos, son necesariamente diferentes. Ya que, para que el Principio agente, interior e innato de los cuerpos fuese el único, o el mismo, en toda la Naturaleza, sería necesario que actuara por todas partes, y que el reaparezca continuamente y de una manera uniforme en los diversos cuerpos.

Mas, después de haber reconocido esta diferencia individual de los Principios, recordemos con qué precisión y qué exactitud cada uno de ellos opera la acción particular que le es impuesta, y nosotros completaremos por eso la idea que nosotros ya teníamos de estos Principios de los Seres corporales, diciendo que ellos no pueden ser un ensamblaje, como las esencias de la materia, sino que ellos son Seres simples; es decir, Seres indestructibles, pero cuya acción sensible debe terminar, y termina en todo instante, porque ellos no son asistentes mas que para actuar en el tiempo, y por ser parte del tiempo.

25-De los Sistemas de Desarrollo

Yo no tengo mas que una ligera observación para hacer a los Observadores de la Naturaleza sobre una palabra que ellos emplean, al hablar de los cuerpos. Ellos describen el nacimiento y el crecimiento bajo el nombre de DESARROLLO. Nosotros no podemos dejar pasar esta expresión; porque, si fuera verdad que los cuerpos no hiciesen mas que desarrollarse, sería necesario que ellos estuviesen enteros en sus gérmenes o en sus Principios. Porque, si estos cuerpos estuviesen esencialmente y realmente contenidos en los Principios, ellos harían desaparecer su cualidad primitiva de Ser simple; entonces no serían mas indivisibles, ni por consecuencia revestidos de

inmortalidad, o sería necesario para la conservación de los Principios, conservar también a los Seres corporales que estarían encerrados; esto sería acordar lo que nosotros hemos negado hasta el presente, y contradecir groseramente lo que hemos establecido.

Si los Observadores no quieren exponerse a las consecuencias más absurdas, es necesario entonces que ellos se acostumbren a no considerar el crecimiento de los Seres corporales como un desarrollo, sino como la obra y la operación del Principio innato, productor de esencias materiales que los dispone y los conforma según la Ley particular que él lleva con él. Yo sé que aquellos a quienes me dirijo, están bien lejos de suponer una doctrina semejante, y que ellos estarán poco dispuestos a admitirla; porque nada es más opuesto a sus pensamientos y a la manera en que ellos han considerado la Naturaleza hasta el presente; sin embargo yo les presento estas Verdades con confianza, y en la convicción de que yo sé que ellos no pueden poner ninguna otra en su lugar.

Yo no sé cómo aún, admitiendo el crecimiento del Ser corporal por el desarrollo, ellos han podido detenerse un momento en la idea que yo he combatido más arriba, sobre el pasaje y la reunión de partes diferentes de un cuerpo en otro cuerpo; porque, si el germen no hace más que desarrollarse, es necesario entonces que él tenga en él todas sus partes; porque, ¿si él tiene todas sus partes, porqué tendría él necesidad de partes de otros cuerpos para formarse?

Pero, que no se crea poder volver el argumento contra mí, y decir que si yo niego que todas las partes cuya formación es necesaria para la corporificación completa de un Ser material, están contenidas en su germen, es convenir que él debe recibir de fuera los materiales de su acrecentamiento; lo que sería sin duda muy contrario a las Verdades que yo me ocupé de exponer sobre la Naturaleza. Esta Naturaleza es viviente en todas partes, sin tener necesidad que los gérmenes encierren en ellos el ensamblaje abreviado de todas las partes que deben un día servirles de envoltorio. A ellos no les hace falta más que la facultad de producirlas, y ellos la tienen. Por lo tanto, si ellos tienen esta facultad, todos los otros expedientes que se han inventado para explicar el crecimiento y la formación de los Seres corporales, devienen superfluos; porque los Observadores no tienen más recurso que desconocer en la Materia, el Principio innato de su vida y de su acción, y que después de haber imaginado así que ella era esencialmente muerta y estéril. Una palabra más acabará de profesar enteramente esta idea de desarrollo de los Seres corporales; es que si tuviese lugar, no habría monstruos, porque todo habría sido creado regular; y que si no hubiera más que un desarrollo, el Autor de las cosas no tendría nada más que hacer. Porque nosotros estamos lejos de creer que él pueda, ni él, ni todo lo que él produce, permanecer en la inacción.

26-Recapitulación

Limitaré aquí mis observaciones sobre la manera defectuosa que los hombres han considerado la esencia de la naturaleza corporal; yo oso creer que si ellos quieren meditar lo que les he anunciado, ellos confesarían que es por no haber distinguido la Materia de su Principio, que ellos se han equivocado tan frecuentemente; y después de lo que yo acabo de decir sobre la formación de

los Seres, la mutación continua de las formas, la distinción de las esencias con su Principio innato, las propiedades y la simplicidad de este Principio, tanto en lo particular como en lo universal, y sobre la unidad de su acción que no es ordenada mas que por un tiempo, ellos convendrían que los Principios de los diferentes Seres corporales no se confunden, ni se comunican, por la razón de que son indivisibles; que siendo indivisibles, ellos no pueden jamás disolverse; que ellos son distintos entre ellos, tanto por la naturaleza particular de su acción, como por el término de su duración; lo que se anuncia por la destrucción de los elementos que componen la Materia; que resulta de esto una infinidad de combinaciones corporales sucesivas, de donde los Observadores han concluido muy ligeramente que los cuerpos se suceden sin cesar, y que la materia que le sirve de base es imperecedera. Pero, lejos de mirarla como eterna, ellos deben convenir con nosotros, que no hay un solo instante en que ella no se destruya, porque en ella una acción toma siempre lugar después de otra. Ellos no se enorgullecen mas entonces, como los Alquimistas, de una revivificación continua que pone a ellos y a todos los cuerpos al abrigo de la disolución; porque, si la existencia de los cuerpos no tiene mas que una duración limitada, este término una vez llegado, le será imposible retardar su destrucción, sin unirse a un nuevo Principio, a aquel que está listo a separarse; nosotros hemos visto que esto no podía llegar en el orden mismo natural de las cosas; los hombres creerían que deben sus poderes superiores a la Naturaleza y a las Leyes que constituyen los Seres?

Entonces, habiendo aprendido a distinguir la Materia del Principio que la engendra, y habiendo reconocido las diferentes acciones que se manifiestan en esta Materia, ellos no creerían más en todas estas identidades quiméricas que les han hecho confundir todo insensiblemente, aún el bien y el mal. Llevemos ahora nuestra vista sobre objetos más elevados.

CAPÍTULO III

1-Encadenamientos de los Errores

Si fuese posible que un Error no fuese siempre la fuente de una infinidad de otros Errores, yo sería poco sensible a aquellos que yo acabo de combatir, concerniente al Principio y las Leyes de la Materia; porque el conocimiento de estos objetos no siendo de una gran importancia, semejantes desprecios no pueden ser muy peligrosos por ellos mismos. Pero, en el estado de las cosas, estos Errores se tienen entre ellos como las Verdades; y lo mismo que nuestras pruebas contra los falsos razonamientos de los hombres se han servido mutuamente de apoyo, lo mismo sus opiniones sobre los cuerpos, y las frágiles consecuencias que ellos han extraído, tienen en efecto para ellos, los frutos más funestos, porque ellos están esencialmente ligados con las cosas de un orden superior.

Después de haber confundido en los cuerpos particulares, la Materia con el Principio de la Materia, los hombres, perdidos en el primer paso, no han podido, ni descubrir la verdadera esencia de esta Materia, ni de discernir el Principio que la sostiene y que le da la acción y la vida; habiendo así asimilado las dos naturalezas que constituyen toda la región elementaria, ellos no han tenido la idea de buscar si había una diferente y superior.

En efecto, nosotros hemos visto que ellos se han expuesto a esta viciosa alternativa, o de dar al Principio los límites y las ataduras de la Materia, o de dar a la Materia los derechos y las propiedades del Principio. Por lo tanto el Principio de los cuerpos y las partes groseras que los constituyen, no eran para ellos mas que una sola y única cosa; ellos han llegado fácilmente, razonando de la misma manera, a confundir también estos cuerpos y su Principio, con Seres de una Naturaleza independiente de la Materia.

Así, de escalón en escalón, ellos pronto han establecido una igualdad universal entre todos los Seres, de suerte que sería necesario admitir con ellos, o que la Materia es ella misma la causa de todo lo que sucede, o que la causa que hace operar a la Materia no es mas inteligente que los Principios que nosotros hemos reconocido en esta Materia; lo que equivale absolutamente a lo mismo. Porque, dar a la Materia, como ellos lo hacen, propiedades tan extendidas, es anunciar que ella tiene todo en ella; pero, si ella tiene todo en ella, ¿qué necesidad hay que un Ser inteligente vigile sobre ella y la dirija, ya que ella puede dirigirse ella misma? Entonces, ¿qué sería de este Ser inteligente, si los hombres le rechazasen el conocimiento y la acción sobre esta Materia? Y quitarle este poder, no sería quitarle la inteligencia, porque habría alguna cosa por encima de él, que le sería desconocida, y que él no podría concebir.

He aquí el círculo estrecho en el cual hombres imprudentes querrían encerrar nuestros conocimientos y nuestras luces.

Yo se que la mayor parte de entre ellos ha percibido las consecuencias peligrosas de sus principios, y si ellos los dejan ocasionar, es menos por convicción y por gusto, que por falta de precauciones, pero ellos no son menos

censurables de ser expuestos a estas inconsecuencias. El hombre es susceptible en todo momento de perderse, sobre todo cuando él solo quiere llevar la vista sobre esos objetos cuyo exilio le oscureció el conocimiento. Sin embargo, a pesar de su privación, él tiene Errores de los que es culpable de no evitarlos. Aquellos donde él actúa son de este número, y con un poco de buena fe y los principios que hemos establecido, es imposible que los Autores de sistemas semejantes les encuentren todavía alguna real semejanza.

Yo podría atenerme a lo que ya he dicho sobre la diferencia de los Seres sensibles y de los Seres inteligentes, y a las pruebas que yo he dado que las mas raras facultades de un Ser corporal, no pueden elevarse más allá de lo sensible, así como yo lo he hecho remarcar en los Animales, que tienen el primer rango entre los tres Reinos de la Naturaleza; confrontando luego los movimientos y la marcha de los Animales, con las facultades de otro orden que nosotros hemos descubierto tan evidentemente en el hombre, no podríamos dudar ahora que este hombre no sea un Ser inteligente; no podríamos negar igualmente que existen otros Seres dotados de esta facultad de inteligencia, porque hemos visto que en el estado en que el hombre se encuentra en el presente, no hay nada en él, y que él está obligado a esperar todo del exterior hasta el menor de sus pensamientos.

Mas, recordamos que entre los pensamientos que le son comunicados, él no puede dispensarse de confesar que hay los que repugnan a su naturaleza, y otros que son análogos, de suerte que él no sabría razonablemente atribuirlos a un único y mismo Principio, nosotros habríamos probado suficientemente la existencia de los dos Principios exteriores al hombre, y por consecuencia, exteriores a la Materia, porque ella está infinitamente por debajo de él.

2-Derechos de los Seres inteligentes

Entonces, yo lo repito, no se podría rehusar la inteligencia a estos dos Principios opuestos, porque en el estado de reprobación que nosotros sufrimos, ellos son los únicos por los que podemos sentir nuestra inteligencia. Ahora, si ellos son inteligentes, es necesario que ellos conozcan y conciban todo lo que está por debajo de ellos; porque sin eso ellos no gozarían de la menor de las facultades de la inteligencia; si ellos conocen y conciben lo que está por debajo de ellos, no puede ser que, como Seres activos, ellos no se ocupen, ya sea de destruirlo, si este es el Principio maligno; ya sea para conservarlo, si es el Ser bueno.

De tal modo nosotros podríamos demostrar fácilmente que la Materia no va sola. Pero es en ella misma que es necesario buscar las pruebas, para disuadir a aquellos que le han atribuido una actividad esencial a su Naturaleza.

Nosotros hemos establecido los Principios de la Materia, tanto generales como particulares, como encerrando en ellos la vida y las facultades corporales que han de venir. Nosotros hemos añadido que, a pesar de esta propiedad indestructible e innata en estos Principios, ellos no podrían jamás producir nada, si ellos no fuesen reaccionados y reencausados por los Principios ígneos exteriores, destinados a poner en acción sus facultades, y eso en virtud de esta

doble Ley que sujeta todo Ser corporal, y que preside todas las acciones y todas las generaciones de la Materia.

3-Del Principio del Movimiento

Esta es ya sin duda una marca de debilidad y sometimiento al Principio del Ser corporal, de tener la vida en sí, y de no poder ponerla en acción por sí mismo. Sin embargo nosotros no podemos dudar que este Principio de vida innato en el germen de todo Ser corporal, no esté por debajo de los Principios ígneos exteriores, que no emplean sobre él mas que una simple reacción secundaria, sin poder comunicarle nada de esencial a su existencia. Entonces, si estos Principios ígneos son inferiores al Principio de vida que ellos vienen de poner en acción, ellos pueden entonces menos que él, colocarse ellos mismos en acción.

Sería en vano recorrer el círculo de la revolución de los Seres corporales, para encontrar el primer Principio de esta acción; y si se terminara por decir que estos Seres reaccionan mutuamente, no hay necesidad de ninguna otra causa para producir lo que está en ellos, se estaría obligado a admitir, que al principio el primer movimiento habría sido comunicado a este círculo en el cual ellos están encerrados; porque los Principios más activos entre los Principios corporales, no pueden nada, sin la reacción de otro Principio, ¿cómo aquellos que le son inferiores podrían estar sin esta reacción? Se ve por esto, que en cualquier punto del círculo en que se haga comenzar la primer acción, es de toda necesidad que esta acción comience.

Yo pregunto entonces a los Observadores de buena fe, si ellos conciben al presente que este comienzo de acción pueda encontrarse en la Materia, y pertenecer a su Naturaleza; y si al contrario, ella no le demuestra físicamente su dependencia original por esta Ley irrevocable, que somete el Principio de su reproducción diaria, al concurso y a la acción de otro Principio.

Ellos deben dudar tanto menos de esta Verdad, que los medios que ellos emplean para destruirla, son, al contrario, los que sirven mejor para apoyarla. Que se coloque, dicen ellos, tales t tales materias juntas, y se percibirá pronto la fermentación, la putrefacción y una producción: pero si estas materias pudiesen soplas aproximarse las unas a las otras, ¿sería necesario colocarlas juntas? Entonces, si estas manipulaciones particulares no pueden tener lugar, sin el socorro de una mano extraña, lo universal no será el mismo caso, porque su naturaleza no es diferente de aquella de todas las partes de la Materia, ¿no hay anda más que ellas, y no puede conducirse por otra Ley?

4-Móvil de la Naturaleza

Así, yo creo poder anunciar la necesidad de una Causa inteligente y activa por ella misma, que halla comunicado la primer acción a la Materia, como ella la comunica continuamente en los actos sucesivos de su reproducción y de su crecimiento, y en todos los efectos que ella manifiesta a nuestra vista. No solamente no se puede concebir que esta Materia no tenga su origen en una Causa que esté fuera de ella, sino que se lo mismo hoy, es necesario que ella tenga una causa que dirija sin cesar todas las acciones de esta Materia, y que

no existe un solo instante donde ella pueda vivir y sostenerse, si ella fuese abandonada a ella misma, y privada de sus Principios de reacción.

En fin, si es necesaria una Causa para dar la primer acción a la Materia, si es necesario todavía y siempre el concurso de esta Causa para mover la Materia, no es posible formarse la idea de esta Materia, sin tener a la vez aquella de su Causa, que solo la hace ser aquello que es, y sin la cual ella no podría tener un momento de existencia: y del mismo modo que yo no puedo concebir la forma de un cuerpo, sin el Principio innato que lo ha producido, lo mismo yo no puedo concebir la actividad de los Cuerpos y de la Materia sin una causa física, pero inmaterial, activa e inteligente a la vez, superior a los Principios corporales, y que le da este movimiento y esta acción que yo veo en ellos, pero que no le pertenece esencialmente.

Esto puede ser suficiente para explicar todos los Fenómenos regulares de la Naturaleza, donde reconocemos por jefe y por guía, una Causa superior, a quien no podemos negarle inteligencia, nosotros observamos el orden y la exactitud que reinan en el Universo, como un efecto y un fruto natural de la inteligencia de esta misma Causa.

Entonces, nada nos asombrará más en esta Naturaleza; todas sus operaciones y aún la destrucción de los Seres, nos parecerán simples y conformes a su Ley, porque la muerte no es una nada, sino una acción, y que el tiempo que integra esta Naturaleza, no es mas que un ensamblaje y una sucesión de acciones, a veces creadoras y a veces destructoras. En una palabra, nosotros debemos esperar por todas partes en el Universo, el carácter y los testimonios de la Sabiduría que la ha construido y que la sostiene.

5-De los Desórdenes de la Naturaleza

Pero, como esta Verdad se hace sentir en el pensamiento del hombre, así también él es golpeado por los desastres y la confusión que él percibe tan frecuentemente en la Naturaleza; ¿a qué atribuir entonces este contraste? ¿Será a esta Causa activa e inteligente, que es el verdadero Principio de la perfección de las cosas corporales? No es posible detenerse un instante en esta idea y repugna absolutamente pensar que esta Causa poderosa se agite a la vez por ella misma y contra ella misma.

Que este espectáculo deforme no le quite entonces ninguno de nuestros homenajes, y no debilita nuestra veneración por ella. Después de lo que se ha visto sobre la doble Ley intelectual, es decir, sobre la oposición de los dos Principios, nosotros debemos saber a qué se puede atribuir los males y los desórdenes de la Naturaleza, aunque no sea todavía aquí el lugar para hablar de los motivos que les hacen operar.

Pero la pueril negación de estas Verdades es uno de los obstáculos que más ha retardado el progreso de nuestros conocimientos y de la luz; esta es la principal causa de los Errores, donde las ideas de los hombres los han capacitado sobre estos temas, y de la incertidumbre de todos los razonamientos que ellos han hecho para explicar la Naturaleza de las cosas.

Si ellos se hubiesen aplicado mejor a considerar los dos diversos Principios que ellos están forzados a reconocer, ellos habrían percibido la diferencia y la oposición de sus facultades y de sus acciones, ellos habrían visto que el Mal es absolutamente extraño al Principio del bien; actuando por su propio poder sobre las producciones temporales de este Principio, con las cuales él está aprisionado, pero no teniendo ninguna acción real sobre el bien mismo, que planea por encima de todos los Seres, sostiene aquellos que por su naturaleza, no pueden sostenerse ellos mismos, y deja actuar y defenderse aquellos a quien él ha acordado el privilegio de la Libertad. Ellos habrían visto, dije, que aunque la Sabiduría halla dispuesto las cosas, de manera que el mal sea con frecuencia la ocasión del bien, aquello no impide que en el momento en que este mal actúa, él no sea el mal, y que por lo tanto no se pueda de ninguna forma atribuir su acción al Principio del Bien.

6-Causa distinta de la Materia

Así que sería esto lo que podría ayudar todavía a convencernos de la fragilidad de los sistemas de los hombres, y confirmarnos en los principios en que estamos, que no es más que distinguiendo la verdadera naturaleza y las verdaderas Propiedades de los diferentes Seres, que se puede llegar a formarse una idea justa; pero es tiempo de retornar a nuestro tema.

Si las observaciones que acabamos de hacer sobre las Leyes que dirigen la formación de los cuerpos, nos han hecho descubrir la necesidad de una Causa superior e inteligente, conocer el Principio primero, innato en los gérmenes, y el Principio secundario, operando la reacción, no son suficientes por ellos mismos, para producir la menor corporización; es la Naturaleza misma y la Razón que nos enseñan estas verdades, y no está más permitido dudarlos.

Yo debo sin embargo fortificar esta doctrina por una observación simple, que le dará mucho más peso y autoridad; yo remarcaré entonces que la causa activa superior, universal, temporal, inteligente, teniendo en esta cualidad el conocimiento y la dirección de los Seres inferiores, tiene sobre ellos una influencia que aumentará sin duda infinitamente a nuestros ojos, si observamos que es por su acción que todos los Seres corporales han tomado originalmente su forma, y que es también por esta acción que ellos se mantienen y se reproducen, como ellos se mantendrán y se reproducirán por ella durante toda la duración del tiempo.

Las facultades de un Ser tan poderoso deben seguramente extenderse a todas las obras que él dirige, él debe ser tal que pueda vigilarlo todo, presidirlo todo, es decir, abarcar todas las partes de su obra.

Nosotros debemos por lo tanto presumir que él mismo dirigió la producción de la substancia que sirve de fundamento a los cuerpos, como él ha dirigido luego la corporización de esta misma substancia; y que su poder y su inteligencia se extiende a la esencia de los cuerpos, así como a las acciones que les son formadas. Simple en su Naturaleza y en su acción, como todos los Seres simples, sus facultades deben mostrarse por todas partes bajo el mismo carácter, y aunque exista una distinción entre la producción de los gérmenes de la Materia y la corporización de las formas que se originan, no se puede sin

embargo que la ley que ha dirigido al uno y a otro, sea diferente, de otra manera habría diversidad de acción; lo que repugna absolutamente a todo lo que nosotros hemos observado.

7-De las Causas temporales

Porque nosotros hemos indicado precedentemente, que las esencias o los elementos de que los cuerpos están universalmente compuestos, eran en número de TRES, es por el número de TRES que se manifiesta la Ley que ha dirigido la producción de los elementos; es necesario entonces que sea también por el número de TRES que se manifieste la Ley que ha dirigido y que dirige la corporización de estos mismos elementos. Es la necesidad de la acción simple en un Ser simple, que comienza a hacernos sentir esta analogía; mas cuando la uniformidad de esta Ley se encuentra confirmada por el más severo examen, y por el hecho mismo, entonces ella deviene para nosotros una realidad.

Sería, en efecto, profanar la idea que se debe tener de la Causa inteligente, no reconocer su acción evidente sobre Seres que no podrían existir un instante sin ella. Porque, confundir esta Causa inteligente con las causas inferiores de todos los actos y de todos los productos corporales, es la misma cosa que excluirla; entonces, es remitir verdaderamente la Materia a la única dirección de sus causas o de sus acciones inferiores.

Ahora nosotros hemos visto que estas causas y estas acciones inferiores estaban reducidas al número de DOS, a saber aquella innata en todos los gérmenes, y aquella proveniente del agente segundo, que es empleada necesariamente en todo acto de reproducción corporal. Entonces, que se examine de nuevo si me equivoqué al decir que sería imposible de obtener ninguna producción por estas dos causas repuestas a ellas mismas.

Si ellas son iguales, ellas estarían en la inacción; si una es superior a la otra, la superior superaría a la inferior, y la haría nula; entonces no habría mas que una que podría actuar.

Pero nosotros sabemos con toda la evidencia posible, que una sola causa no puede ser suficiente para la formación de ningún Ser corporal, y que además la Acción o el Principio innato en todos los gérmenes, sería necesariamente, y sin que se pueda jamás evitar, una acción secundaria que hace operar la producción; lo mismo es necesario que esta causa secundaria las acciones durante toda su duración. Nosotros sabemos, dije, que sin el concurso de estas dos causas o de estas dos acciones, es imposible que ningún Ser corporal reciba el nacimiento y la corporización, y que conserve la vida: sin embargo vemos claramente, que si estas dos causas eran remitidas a su propia acción, nada sucedería, porque una superaría a la otra, permaneciendo sola.

No es entonces el hecho mismo que me enseña la necesidad de esta tercer causa, cuya presencia e inteligencia sirven para dirigir estas dos causas inferiores, para mantener entre ellas el equilibrio y el concurso mutuo, sobre los cuales la Ley de la Naturaleza corporal está establecida.

Me será suficiente recordar lo que yo he dicho aquí arriba. Yo he establecido que existe una Ley por la cual todos los Principios de los cuerpos estaban sometidos a la reacción de otros Cuerpos o Principios secundarios; ¿no llevé a poner a los Observadores en la entrada de reconocer a los dos agentes distintos, empujados en la corporización de todo Ser de forma? Yo he mostrado luego, que sin una causa superior e inteligente, estos dos agentes inferiores no podrían producir la menor de las corporizaciones, porque es necesaria una acción primera, y que nosotros no la hemos podido encontrar en ellas.

8-Del Ternario universal

La necesidad de un agente superior en lo temporal es entonces así demostrado; y todo nos enseña que hay una causa física, inmaterial e inteligente, que preside todos los Hechos que nos presenta la Materia, la reunión de todas estas pruebas debe operar en nosotros la más firme convicción. Volvamos al número TERNARIO por el cual esta causa ha manifestado su Ley en los elementos.

Yo sé que no se coincidirá conmigo de entrada sobre lo que yo he enseñado que los Elementos no eran más que en número de TRES, mientras que se reconoce cuatro universalmente. Se me habrá escuchado sorprendido hablar de la TIERRA, del AGUA y del FUEGO, sin decir nada acerca del AIRE. Yo debo entonces explicar porqué es necesario admitir, en efecto, solo tres Elementos, y porqué el aire no es uno de ellos.

La Naturaleza indica que no hay mas que tres dimensiones en los cuerpos; que no hay mas que tres divisiones posibles en todo Ser extendido; que no hay mas que tres figuras en la Geometría; que no hay más que tres facultades innatas en cualquier Ser que sea; que no hay mas que tres Mundos temporales; que no hay mas que tres grados de expiación para el hombre, o tres Grados en la verdadera Franc Masonería; en una palabra, que bajo cualquier rostro que se oculten las cosas creadas, es imposible encontrar nada por encima de tres.

Ahora, esta Ley, mostrándose universalmente con tanta exactitud, ¿porqué no sería ella la misma en el número de los Elementos que son el fundamento de los cuerpos? ¿Y porqué se haría ella conocer en los resultados de estos Elementos, si ellos mismos no habían sido sometidos? Es necesario entonces decir que es la fragilidad de los cuerpos que indica aquella de su base, y que se opone a esa que le da cuatro Elementos por esencia; porque, si ellos estuviesen formados de CUATRO ELEMENTOS, ellos serían indestructibles, y el mundo sería eterno; en su lugar no estando formados mas que de TRES, ellos no tienen existencia permanente, porque ellos no tienen en ellos la Unidad; lo que será muy claro para aquellos que conocen las verdaderas Leyes de los números.

Y, habiendo demostrado precedentemente el estado de imperfección y de caducidad de la Materia, es una necesidad encontrar esta misma caducidad en las sustancias que la componen, y una prueba que su número no puede ser perfecto, porque ella misma no lo es.

Yo no puedo dispensar detenerme un momento, y de prevenir aquí las alarmas que mis expresiones podrían esparcir en muchos espíritus. Yo anuncio el número TRES como frágil y perecedero; luego, ¿qué será entonces de este TERNARIO tan universalmente reverenciado, ya que han existido Naciones que jamás han contado más allá de este número?

Yo declaro que ninguna persona respeta más este TERNARIO que yo; yo sé que sin él, nada sería de lo que el hombre ve y de lo que él conoce; yo protesto que yo creo que él ha existido eternamente y que él existirá por siempre, y que no hay ninguno de mis pensamientos que no me lo pruebe; es allí mismo donde yo tomaré mi respuesta a la objeción presente, y yo oso decir a mis semejantes que, a pesar de toda la veneración que ellos tienen por este TERNARIO, la idea que ellos tienen, está todavía por debajo de la que deberían tener; yo los exhorto a ser muy reservados en sus juicios sobre este objeto. En fin, es muy cierto que hay TRES EN UNO, pero no puede haber UNO EN TRES, sin que aquel que sería tal no estuviese sujeto a la muerte. Así mi Principio no destruye nada, y yo puedo sin peligro reconocer la defectuosidad de la Materia, fundada sobre la defectuosidad de su número.

Yo exhorto todavía más a aquellos que me leyeron a hacer una distinción absoluta entre el TERNARIO sagrado, y el TERNARIO de las acciones empleadas en las cosas sensibles y temporales; es cierto que el TERNARIO empleado en las cosas sensibles no ha tomado nacimiento, no existe, y no es sostenido mas que por el TERNARIO superior; pero, como sus facultades y sus acciones son evidentemente distintas, no sería posible concebir cómo este TERNARIO es indivisible y por encima del tiempo, cuando se quiere juzgar por aquel que está en el tiempo; y como este es el único que nos está permitido conocer aquí abajo, yo no digo casi nada del otro en esta obra.

9-Del Aire

He aquí porqué sería contrario a mi intención que se infiera alguna cosa de mi exposición, y que se haga la menor aplicación sobre el más sublime objeto de mis homenajes, a menos que no sea para constatar tanto mas la superioridad y la indivisibilidad de este TERNARIO sagrado. Volvamos a los Elementos.

Ya he enseñado que el Aire no estaba en el número de los elementos, porque no se puede, en efecto, considerarlo como Elemento particular, este fluido grosero que nosotros respiramos, que infla o aprieta los cuerpos, según que él esté más o menos cargado de agua o de fuego.

Existe sin duda en este fluido un Principio que nosotros debemos llamar, AIRE. Pero él es incomparablemente más activo y más poderoso, que los Elementos groseros y terrestres de que están compuestos los cuerpos; lo que se confirma por mil experiencias. Este Aire es una producción del Fuego, no de ese Fuego material que nosotros conocemos, sino del Fuego que ha producido el Fuego y todas las cosas sensibles. El Aire, en una palabra, es absolutamente necesario para el mantenimiento y la vida de todos los cuerpos elementarios, él no subsistiría más tiempo que ellos; pero no siendo Materia, como ellos, no se lo puede considerar como Elemento, y por consecuencia, es cierto decir que no puede entrar en la composición de estos mismos cuerpos.

¿Cuál será entonces su destino en la Naturaleza? Nosotros no temeremos decir que él no ha sido puesto mas que para comunicar a los Seres corporales las fuerzas y las virtudes de este Fuego que las produce. Él es el carro de la vida de los Elementos, y no es más que por medio de su socorro que ellos pueden recibir el sostén de su existencia; porque sin él todas las circunferencias regresarían al centro de donde ellas han salido.

Pero al mismo tiempo que él coopera al máximo en el mantenimiento de los cuerpos, es necesario remarcar que él es también el principal agente de su destrucción, y esta Ley universal de la Naturaleza no nos debe asombrar más, porque la doble acción que constituye el Universo corporal, nos enseña que una de estas acciones no puede jamás dominar mas que en detrimento de la otra.

Es por eso que cuando los Seres corporales no gozan de todas sus virtudes particulares, es muy necesario preservarlas del Aire, si se los quiere conservar. Es por esto que se cubren muy ajustadamente todas las lesiones y todas las heridas, entre las cuales se encuentran algunas, a las cuales no es necesario otro remedio que preservarla de la acción del Aire; es por esto también que los Animales de todas las especies se ponen a cubierto durante el sueño, porque entonces el Aire se agita más fuertemente sobre ellos, que durante la vigilia, donde ellos tienen todas sus fuerzas para resistir sus ataques, y no retirando mas que las ventajas necesarias para su conservación.

Si, además de estas propiedades del Aire, se quiere ver además mejor su superioridad sobre los Elementos, será suficiente observar que, cuando se llega, tanto como sea posible, a separarlo de los cuerpos, él conserva siempre su fuerza y su elasticidad, a veces violentas y a veces largas que sean las operaciones que se puedan hacer sobre él; por lo tanto se lo debe reconocer como inalterable; lo que no conviene a ninguno de los otros Elementos, que caen todos en disolución, cuando son separados los unos de los otros; es entonces, por todas estas razones reunidas, que nosotros debemos colocarlo por encima de los Elementos, y no confundirlo con ellos.

Sin embargo se me podría hacer aquí una objeción; aunque yo no coloco al Aire en el número de los Elementos, yo lo añado sin embargo al mantenimiento de los cuerpos, y yo no le doy más duración que a ellos, este sería necesariamente un Principio mas en la constitución de los Seres corporales; ellos no serían más TERNARIOS como yo lo he anunciado. Examinando luego la analogía que yo he establecido entre la Ley de la constitución de los cuerpos y el número de los agentes que operan en la corporización, se podría concluir que yo estoy forzado a aumentar también el número de estos agentes.

Sin duda. Existe una Causa por encima de las tres causas temporales, de la que ya he hablado, porque es ella quien las dirige, y que les comunica su acción. Pero esta Causa que domina sobre las tres otras, no se hace conocer mas que en las manifestaciones a nuestros ojos. Ella se encierra en un santuario impenetrable a todos los Seres sujetos a lo temporal, y su morada, así como las acciones, estando absolutamente fuera de lo sensible, no la

podemos contar con las tres causas empleadas en las acciones de la corporización de la Materia y de toda otra acción temporal.

Es esta misma razón la que nos impediría además admitir al Aire en el número de los Elementos, aunque los elementos y los Cuerpos que ellos engendran no puedan vivir un instante sin él; porque, aunque su acción sea necesaria para el mantenimiento de los Cuerpos, sin embargo, él no está sometido a la vista corporal, como lo son los Cuerpos y los Elementos. En fin, en la descomposición de los Cuerpos, nosotros encontramos visiblemente el Agua, la Tierra y el Fuego, y aunque sabemos indudablemente que el Aire existe, nosotros no lo podemos ver jamás, porque su acción es de otro orden y de otra clase.

10-División del Cuerpo Humano

Así se encuentra siempre una perfecta analogía entre las acciones necesarias para la Existencia de los Cuerpos y el número de los tres Elementos constitutivos; porque el Aire está en el orden de los Elementos, es que la Causa primera y dominante está en el orden de las acciones temporales que operan la corporización; y lo mismo que esta Causa no se confunde con las tres acciones en que ella actúa, aunque ella las dirige; lo mismo el Aire no es confundido con los tres Elementos, aunque el los vivifica. Nosotros tenemos entonces buenos fundamentos para admitir la necesidad de estas tres acciones, como no podemos dispensarnos de reconocer los tres Elementos.

Yo voy a entrar en algunos detalles en este tema sobre las relaciones universales de estos tres Elementos con los Cuerpos y las facultades de los Cuerpos; lo que nos pone sobre la vía de hacer descubrimientos de otro género, y de confirmarnos en la certeza de todos los principios que yo expongo.

La distinción generalmente recibida entre los Anatomistas, es aquella que divide el Cuerpo humano en tres partes, a saber, la Cabeza, el Pecho y el Bajo Vientre. Sin duda, que es la misma Naturaleza que los ha dirigido en esta división, y que por un instinto secreto, ellos justifican lo que yo he dicho sobre el número, así como sobre las diferentes acciones de los tres diferentes Principios elementarios.

Primeramente, nosotros encontramos que es en el bajo Vientre que están contenidos y trabajan los Principios seminales, que deben servir para la reproducción corporal del hombre. Ahora, como se sabe que la acción del mercurio es la base de toda forma material cualquiera, es fácil de ver que el Vientre inferior o el bajo Vientre, nos ofrece verdaderamente la imagen de la acción del Elemento mercurial.

Segundo, el Pecho encierra el corazón o el hogar de la sangre, es decir, el Principio de la vida o de la acción de los Cuerpos. Pero se sabe también, que el fuego o el azufre es el Principio de toda vegetación y de toda producción corporal; la relación del Pecho o del segundo Vientre, con el Elemento sulfuroso, se encuentra entonces por eso bastante claramente indicado.

En cuanto a la tercer división, o la Cabeza; ella contiene la fuente y la sustancia primitiva de los nervios, que en los Cuerpos animales son los órganos de la sensibilidad; pero es conocido que la propiedad de la sal es igualmente de hacer a todo sensible; es entonces claro que hay una perfecta analogía entre sus facultades, y que así la Cabeza tiene una relación incontestable con el tercer Elemento o la sal; lo que conviene perfectamente con lo que los Fisiólogos nos enseñan sobre el asiento y la fuente del fluido nervioso.

Sin embargo aunque justas que sean estas divisiones, y algo ciertas que sean las relaciones con los tres Elementos, sería necesario tener la vista muy limitada para no percibir mas que esto. Porque, otra facultad, añadida a la Cabeza, de llevar en ella el Principio y el agente de la sensibilidad, no podría ver que ella está dotada de todos los órganos por los cuales el Animal puede distinguir los objetos que le son saludables o perjudiciales, y que así como ella está encargada especialmente de vigilar por la conservación del individuo? ¿No podríamos ver que en el Pecho, además del hogar de la sangre, se encuentra además el recipiente del agua, o esas vísceras esponjosas que juntan la humedad aérea, y la comunican al fuego o a la sangre para temperar el calor?

Entonces, sin tener necesidad de recurrir a la Cabeza para descubrir nuestros tres Elementos, se percibirán claramente a estos tres en los dos Vientres inferiores; para la Cabeza, aunque elemental ella misma, sin embargo, tanto como para los órganos de que ella está dotada, que por el rango que ella ocupa, ella se encontrará dominando sobre ellos, ocupar el centro del triángulo, y mantenerlo en equilibrio; y por ello, se evitará este error GENERAL, por el cual se confunde lo superior con lo inferior, y lo activo con lo pasivo, porque la distinción está escrita claramente hasta sobre la Materia. Pero estos temas son muy elevados, para ser enteramente expuestos a los ojos de la multitud.

He aquí lo que la Anatomía no ha observado, porque estando aislada por el hombre, como todas las otras Ciencias, aquellos que la profesan han creído poder considerar separadamente los Cuerpos y las partes de los Cuerpos, y ellos se han persuadido que las divisiones que ellos imaginaban no tenían ninguna relación con Principios de un orden superior.

Sin embargo es en la división que yo vengo de mostrar, que se encuentra una imagen sensible del CUATERNARIO, es decir, de ese número sin el cual no se puede conocer nada, porque, según como se verá pronto, él es el emblema universal de la perfección.

Pero yo no diré mas por el momento sobre este número, para no alejarme mucho de mi tema, yo me contentaré con haberlo dejado entrever, y yo voy a exponer otras Verdades relativas al arreglo de los diferentes Principios elementarios en el Cuerpo del hombre, así como en todos los otros Cuerpos.

11-El Hombre, espejo de la Ciencia

Cuando los Observadores han deseado con tanto ardor conocer el origen de las cosas, fue inútil que ellos fuesen a buscarlo fuera y lejos de ellos, es necesario lanzar la vista sobre ellos mismos, las Leyes de sus propios Cuerpos les hubiesen indicado aquellas que han dado nacimiento a todo aquello que la

ha recibido; ellos habrían visto que la acción opuesta, que ocurre en el Pecho entre el azufre y la sal, o el fuego y el agua, sostiene la vida de los Cuerpos, y que si uno u otro de estos agentes viene a faltar, los Cuerpos cesan de vivir.

Aplicando enseguida esta observación a todo lo que existe corporalmente, ellos habrían reconocido que estos dos Principios son lo mismo para su oposición y su combate, la vida y la revolución corporal de toda la Naturaleza; no es necesario más para instruirse; el hombre tiene en él todos los medios, así como todas las pruebas de la Ciencia, y él no tendría necesidad mas que de examinarse a sí mismo, para saber cómo las cosas han tenido su origen.

Pero se remarcará que es absolutamente necesario que dos agentes, también enemigos el uno del otro, tengan un Mediador que sirva de barrera a su acción, y que les impide recíprocamente de superarse, porque desde entonces todo terminaría; este Mediador, es el Principio mercurial, la base de toda corporización, y con el cual los dos otros Principios concurren al mismo objetivo, es él quien, estando esparcido por todas partes con ellos, los obliga en todas partes a actuar según el orden prescripto, es decir, a operar y mantener las formas.

12-Armonía de los Elementos

Es por esta armonía que los Cuerpos de los Animales experimentan, sin sufrir, la acción del agua por los pulmones, y la acción del fuego por la sangre, porque la Ley, de la que el mercurio es depositario, preside todas estas acciones, y mide la extensión.

Por esta misma armonía la Tierra recibe la acción de los fluidos por su superficie, y la acción del fuego por su centro, y esto, sin experimentar malestares, porque es la misma Ley que la dirige.

Yo no tengo necesidad de repetir, que en estos dos ejemplos, la verdadera propiedad del fluido es de moderar el ardor del fuego, que sin esta saldría de sus límites, como él parece en todas las efervescencias de la sangre de los Animales, y en todas las erupciones del fuego terrestre. Porque sucedería que si estos diferentes fuegos no fuesen temperados por un fluido, que penetra, hasta el mismo centro, ellos no conocerían límites para su acción, y abarcarían sucesivamente todos los Cuerpos y la Tierra entera.

Es por eso que el animal respira, y que la tierra es sujeta al flujo y reflujo de su parte acuática; porque es por la respiración, que el Animal recibe un fluido que humedece su sangre, independientemente de aquel que recibe de los alimentos y de las bebidas; y que por el flujo y reflujo, la tierra recibe en todas sus partes la humedad y la sal necesaria para regar su azufre, o su Principio de vegetación.

13-Errores de los Observadores

Yo no hablo de la manera en que las plantas y los minerales reciben su humedad; desde que ellos están adheridos a la tierra, es natural que se nutran de los alimentos, y de la digestión de su madre; lo mismo para regarlos, ¿de dónde tomarían el agua que no fuese de ella?

Dejemos a nuestros lectores hacer aquí comparaciones con todo aquello que ellos han visto sobre la causa activa e inteligente; dejémosles observar, que si todo sale de la misma mano, es de presumir que la ley intelectual y la ley corporal tienen la misma marcha, cada una en su clase y en la acción que le es propia. Dejémosles descubrir en fin que si en todas partes existe lo VOLATIL, en todas partes es necesario FIJARLO para contenerlo. Para nosotros, continuamos mostrando que tan bellas analogías son casi siempre olvidadas por los Observadores.

Es que lejos de haber discernido Agentes y Leyes de dos clases diferentes, ellos no han discernido siquiera, como nosotros lo hemos visto, los Agentes y las Leyes diferentes en la misma clase; es que separando todo, y examinando cada objeto aparte, ellos los han visto solos y aislados, y no han sido bastante sabios y bastante inteligentes, para suponer las relaciones que ellos tenían con otros objetos.

14-De las Leyes de la Naturaleza

Si, por ejemplo, ellos están sin embargo a la búsqueda de una explicación satisfactoria sobre el flujo y reflujo del que vengo de hablar, es únicamente porque ellos están siempre en este funesto hábito de dividir las ciencias, y considerar cada Ser separadamente.

Porque si ellos no hubiesen destituido a la Materia de su Principio, confundiéndolo con él; si ellos no hubiesen alejado de este mismo Principio una Ley superior, activa e inteligente, temporal y física, que debe poner en regla todo, ellos habrían visto que ningún Ser corporal podría hacerlo, estando la Tierra sometida como todos los cuerpos; ellos habrían visto que era sobre esta Tierra que se operaba en la naturaleza esta doble ley indispensable para la existencia de todo Ser corporizado materialmente.

Pero de estas dos leyes, nosotros hemos visto a una residir esencialmente en el principio corporal de todo Ser de forma, sea general, sea particular, y la segunda provenir del exterior; es necesario entonces que esta segunda ley sea exterior a la Tierra, así como para todos los cuerpos, aunque es absolutamente necesario para su existencia, como ella lo es a la suya.

Nosotros reconoceremos aquí, como en el doble movimiento del corazón del hombre animal, la presencia de dos Agentes ligados violentamente el uno al otro, dirigidos por una causa física superior, y manifestando cada uno a su turno su acción sensible a los ojos corporales. Se sabe que esta manifestación tiene lugar en las cuadraturas de la Luna, tiempo en el cual la acción ígnea Solar, se hace sentir sobre la parte salina universal.

Aunque nosotros no podamos conocer estos dos Agentes mas que por su acción sensible, como nosotros no conocemos los Principios de los cuerpos, mas que por su producción corporal o su envoltorio, nos sería inexcusable dudar de su poder, porque sus efectos lo demuestran de una manera también irrevocable.

Así este fenómeno del flujo y el reflujo no es mas que un efecto en grande de esta doble ley, a la cual todo lo que es cuerpo de materia está necesariamente sometido.

Yo añadiré que porque nosotros vemos tanta regularidad en la marcha y en todos los actos de la Naturaleza y que nosotros sentimos al mismo tiempo que los Seres corporales que la componen, no son susceptibles de inteligencia, es necesario que exista para ellos en lo temporal, una mano poderosa y esclarecida que los dirija, mano activa puesta por encima de ellos por un Principio Verdadero como ella, por consecuencia indestructible, viviente por sí, y que la ley que emana de uno y del otro, sea la regla y la medida de todas las leyes que operan en la Naturaleza corporal.

15-Rutas de la Ciencia

Yo sé que aunque completamente evidentes que sean estas verdades, desde que ellas están fuera de los sentidos, ellas encontrarán difícilmente acceso cerca de los Observadores de mi época, porque estando envueltos en lo sensible, ellos han perdido el tacto de aquello que no lo es.

Sin embargo, como la ruta que ellos toman, los ilumina sin duda mucho menos que aquella que yo les indico, yo no cesaré de exhortarlos a buscar mas bien la razón de las cosas sensibles en el Principio, que buscar el Principio en las cosas sensibles; porque si ellos buscan un Principio Verdadero y real, ¿cómo encontrarlo en la apariencia? Si ellos buscan un Principio inmaterial, ¿cómo encontrarlo en un cuerpo? Si ellos buscan un Principio indestructible, ¿cómo encontrarlo en una mezcla? En una palabra, si ellos buscan un Principio viviente por sí, ¿cómo encontrarlo en un Ser que no tiene mas que una vida dependiente, la cual debe cesar tan pronto como su acto pasajero esté cumplido?

Pero yo no tendré mas que una sola cosa que decir a aquellos que prosigan todavía una búsqueda tan quimérica: si ellos quieren absolutamente que sus sentidos comprendan, que ellos comiencen entonces por encontrar sentidos que hablen, porque este es el único medio de que ellos tengan inteligencia.

Esta prueba se convertirá enseguida en un principio fundamental, y es ella la que hará concebir a los hombres el verdadero medio de llegar a los conocimientos que deben ser el único objeto de sus deseos; pero mientras tanto, no dejaremos de lanzar los ojos sobre las diferentes partes de la Naturaleza, que podrían persuadir mejor a los Observadores, la certidumbre de las diferentes leyes que les hemos expuesto; es allí donde ellos se convencerán de la Verdad de las Causas que están por encima de sus sentidos, porque ellos verán la marcha escrita de una manera tan palpable en las cosas sensibles.

16-Del Mercurio

El Mercurio, tal como yo le he dicho más arriba, sirve universalmente de mediador al fuego y al agua, que, como enemigos irreconciliables, no podrían actuar jamás de concierto sin un Principio intermediario, porque este Principio intermediario participando de la naturaleza de uno y del otro, los aproxima al

mismo tiempo que los separa, y hace así dar vuelta todas sus propiedades para ventaja de los Seres corporales.

Así en la Naturaleza, hay, como en los cuerpos particulares, un Mercurio aéreo que separa el fuego proveniente de la parte terrestre, con el fluido que debe esparcirse sobre la Tierra, porque antes de que este fluido llegue, el Mercurio aéreo lo purifica, y le dispone a comunicar a la Tierra mas que propiedades saludables, lo que produce la cualidad benefactora del rocío, y la superioridad sobre el sereno y sobre la niebla, que no son mas que fluidos mal purificados.

Es entonces en razón de esta propiedad universal, que el Mercurio tiene en todos los cuerpos, el medio entre los dos Principios opuestos, el fuego y el agua, haciendo esto en la formación y la composición de los cuerpos, lo que la Causa activa e inteligente hace en todo lo que existe, cuando ella mantiene el equilibrio entre las dos leyes de acción y reacción que constituyen todo el Universo.

Mientras el Mercurio ocupe este lugar, el bienestar del individuo está asegurado, porque este elemento tempera la comunicación del fuego con el agua; cuando al contrario estos dos últimos Principios pueden superar o romper su barrera, y que ellos se unen, es entonces que ellos se combaten con toda la fuerza que está en su naturaleza, y que ellos producen los más grandes desórdenes, y las más grandes perturbaciones en el individuo en el que ellos forman el conjunto; porque en el choque de estos dos agentes , es necesario siempre que uno de ellos dos supere al otro, y destruye por eso el equilibrio.

17-El Trueno

El Trueno es para nosotros la imagen más perfecta de esta Verdad. Se sabe que él se forma de las exhalaciones salinas y sulfurosas de la Tierra, las cuales siendo extraídas de su morada natural por la acción del Sol, lo mismo que empujada hacia el exterior por el fuego terrestre, se eleva en los aires, donde el Mercurio aéreo se apodera y los envuelve casi como el carbón amalgama y encierra al azufre y el salitre en la pólvora artificial.

Aquí, este Mercurio aéreo no se coloca entre los dos Principios que forman la exhalación, porque él sería muy activo para estacionarse, y que siendo de una clase superior a la suya, ellos no pueden constituir juntos un cuerpo. Pero el los envuelve y los encierra por su tendencia natural a la forma esférica y circular, y por la propiedad inherente en él, de ligarlo todo, de abrazarlo todo.

Al mismo tiempo, hay otra facultad muy incomparable, es aquella de dividirse de una manera incomprensible, de forma que no hay ni el menor glóbulo de estas exhalaciones sulfurosas y salinas, que no encuentre una cantidad suficiente para servirle de envoltorio, y es el conjunto de todos estos glóbulos que forman las nubes, o la matriz de los truenos.

Ahora, en esta formación, no podemos dispensarnos de reconocer nuestros dos agentes muy perfectamente distintos, a saber, la sal y el azufre; por otro lado la imagen del agente superior, o este Mercurio aéreo que liga a los otros dos. Nosotros vemos entonces ya claramente la necesidad de todas estas

diferentes sustancias, para cooperar en una mezcla cualquiera, y es la Materia sola que nos la hace conocer.

Pero no es suficiente encontrar allí los verdaderos signos de todos los Principios que han sido establecidos sobre las leyes universales de los Seres, es necesario encontrarlas además en las diferentes acciones, y en la diversidad de los resultados que provienen de las mezclas de estas sustancias elementarias.

No consideramos por el momento las nubes donde se forma el rayo, mas que como la unión de dos fuertes vapores, los unos terrestres, los otros aéreos; porque, muy ciertamente, si ningún otro agente los calentara, y no los hiciera fermentar, jamás veríamos la explosión. Es por lo tanto de toda necesidad admitir además un calor exterior que se comunica a las dos sustancias encerradas en el envoltorio mercurial, y que divide con brillo todos los glóbulos salinos y sulfurosos, encerrados en estas nubes; este calor exterior es un testimonio sensible de todos los Principios que nosotros hemos expuesto precedentemente, y que nuestros lectores tendrán aquí fácilmente la aplicación.

Mas para hacerlo todavía más fácil, no será inútil examinar las diferentes propiedades de la sal y del azufre en la explosión del rayo, porque nosotros podremos por eso dar algunas ideas sobre las dos Leyes principales de la Naturaleza, ya que la sal y el azufre don los órganos y los instrumentos de estas dos Leyes.

El calor exterior actúa, así como se ha visto, sobre la masa de las materias que componen el rayo; este disuelve el envoltorio mercurial, que por su naturaleza es susceptible de una división considerable; entonces este se comunica con las dos sustancias interiores, que crece y rechaza con fuerza la parte salina, cuya unión con él debe ser contrario a su verdadera ley, y forma una enfermedad en la Naturaleza.

En esta explosión, el Mercurio se encuentra tan prodigiosamente dividido, que todo lo que estaba contenido se pone en libertad; en cuanto a él, después de haber recibido esta entera disolución, él cae con el fluido sobre la superficie terrestre, y es por esto que el agua de lluvia tiene más propiedades que las otras aguas, porque ella está cargada de Mercurio, y este Mercurio es infinitamente más puro que el Mercurio terrestre.

Toda la revolución se opera entonces sobre las dos otras sustancias, es decir, sobre aquellas que en la Naturaleza corporal son los signos de dos Leyes y de dos Principios incorporales. También es sobre las diferentes mezclas de estas dos sustancias que se encuentran apoyados todos los efectos que vemos producirse en el trueno.

Se sabe en efecto, que el fuego siendo el Principio de toda acción elemental, recoge los vapores terrestres y celestes, que forma el rayo; es él también quien los hace fermentar, y que a su vez opera la disolución; es entonces al fuego a quien debe atribuírsele el origen, así como la explosión del trueno.

En cuanto al ruido que proviene de la explosión del trueno, no se puede atribuir más que al choque de la parte salina sobre las columnas del aire, porque el fuego por sí mismo no puede hacer ningún ruido, lo que se ve fácilmente, cuando él actúa en Libertad; y, aunque el fuego sea el Principio de toda acción elemental, a pesar de que ninguna de estas acciones será sensible en la Naturaleza sin la sal; color, sabor, olor, sonido, magnetismo, electricidad, luz, todo se muestra y aparece por él; es por eso que nosotros no podemos dudar que él no sea también el instrumento del ruido del trueno, mientras más esté cargado el trueno con partes salinas, más violentos son sus golpes y sus explosiones.

Nosotros no podemos dudar tampoco que la sal no influya sobre el color de los rayos, que es mucho más blanco cuando él domina, que cuando es el azufre quien prevalece.

En fin, es bastante cierto que la sal es el instrumento de todos los efectos sensibles, que el azufre es mucho más peligroso cuando abunda en sales, porque su explosión siendo más violenta en proporción, opera choques más rudos y estragos más terribles.

Además, esta explosión por la abundancia de la sal se hace casi siempre en la parte inferior de la nube, como siendo la más grosera, la menos expuesta al calor, y por consecuencia la más susceptible de ser congelada; lo que produce el granizo.

Al contrario, cuando el trueno abunda en azufre, su ruido no es agudo, ni brusco; sus relámpagos son de color rojo, y su explosión llega raramente a comunicarnos sus efectos, porque ella se hace entonces comúnmente en lo alto, visto la debilidad de la nube en esta parte, y la propiedad natural del fuego, que es de subir.

He ahí porqué se desprende que el trueno cae siempre, aunque sin embargo no tengamos siempre la prueba ocular. He ahí porqué también el conocimiento de las materias del que el trueno está cargado, debe aprender sobre cuales partes de la Tierra él puede caer, porque él tiende siempre hacia las materias que le son análogas; sin que sin embargo se pueda determinar por esto, cual es el punto fijo donde él caerá, porque sería necesario conocer enteramente su dirección, y que en el choque y la oposición de todas estas materias diferentes, la dirección cambia en todos los instantes.

Es entonces allí donde nosotros vemos claramente el efecto de la doble acción de la Naturaleza. Sin embargo todos estos choques, tan confusos en apariencia, nos ofrecen, cuando son observados de cerca, así como todas las otras acciones corporales, la Ley fija de una causa que las dirige, y es en esta tendencia de las materias del trueno, hacia las materias análogas, que esta causa nos manifiesta principalmente su potencia y su propiedad.

En efecto, si la dirección del trueno fue hacia una parte de la superficie terrestre, de donde ella pudo perder su comunicación con las columnas aéreas cargadas de las mismas materias, terminaría y se extendería al lugar de su caída; cuando toda su materia sería consumida. Es por esta razón que el

trueno no se levanta jamás, cuando cae en aguas profundas, porque entonces la libre comunicación con el Aire le es interdicta, y él no encuentra allí materias que le convengan.

Mas, cuando su dirección lo conduce a columnas de aire, cargadas de materias que le son análogas, él se desliza y las sigue, aumentando más o menos sus fuerzas, según que él encuentre más o menos para nutrirse. Así él puede, por medio de todas estas columnas de que está compuesta la Atmósfera, recorrer muy rápidamente diferentes rutas, y aún las más opuestas las unas de las otras; así él debe desviarse cuando encuentra materias que le son contrarias, o un lugar donde el Aire no habría podido emitirse, porque este aire siendo impenetrable, le opone una resistencia invencible; en una palabra, él no debe detenerse mas que cuando no encuentra más de estas materias de las que pueda alimentarse; y aunque él parece estar en un momento de cesar su curso, si encuentra novedades, retoma fuerzas, y produce nuevos efectos.}

He aquí lo que hace su marcha tan irregular en apariencia, y generalmente tan incomprensible; sin embargo, en esta irregularidad misma, no se puede negar que existe una Ley, porque todos los Principios que se han visto antes, nos lo enseñan, y que todos los resultados nos lo proporcionan; no hay entonces mas que un solo momento donde esta Naturaleza esté librada a sí misma, y donde ella pueda dar un paso, sin la causa propuesta para gobernarla.

Yo no tengo mas que una palabra que decir sobre el tema que vengo de tratar. Se ha creído comúnmente que aquel que veía el rayo no debía temer nada del trueno. Veamos hasta qué punto es necesario creer en esta idea.

Si hay sólo una columna en el Aire y una sola explosión del trueno, es seguro que aquel que halla visto el relámpago no deberá temer el golpe que acompaña este rayo, porque el tiempo celeste es tan rápido que no puede ser percibido sobre la Tierra.

Mas, como las columnas aéreas, cargadas de materias análogas al trueno, son en gran número, uno puede haber evitado la explosión de la primera, y no estar a cubierto de la explosión de la segunda, ni de todas aquellas que sucesivamente serán inflamadas después que el rayo fue percibido, porque el trueno puede prolongar su curso, mientras que este encuentre columnas apropiadas para alimentarse.

Entonces un hombre que hubiese tenido tiempo de ver el relámpago, habría cometido el error de creerse seguro por esto, hasta que la cadena de todas las explosiones que deben hacerse en el golpe actual, sean recorridas.

18-Preservativo contra el Trueno

Sin embargo no es menos cierto que esta opinión tiene un fundamento real, y que hay una fase sobre la cual no se puede contestar. Ya que, lo mismo que no hay relámpago sin explosión, lo mismo, y con más fuerte razón, no hay explosión sin relámpago; puesto que, desde que el intervalo entre el uno y el otro, es casi nulo, que un hombre sea golpeado en la primer explosión o en la

última, es constante que no podrá jamás haber visto el relámpago de la explosión que lo ha golpeado.

Estas son las observaciones naturales, que por más frívolas que todas ellas sean, me han parecido sin embargo las más apropiadas para pintar a los ojos del hombre, la universalidad del Principio al cual él debe unirse, si se quiere CONOCER; yo añadiré solamente que después de todo lo que yo he expuesto al Lector, le será fácil saber cual es el medio de preservarse del trueno. Será rompiendo las columnas de aire en todos los sentidos, es decir, aquellas que son horizontales, como aquellas que son perpendiculares, y de cazar en las extremidades, la dirección del trueno, porque entonces, al estar en el centro, no se puede temer que este se enfoque.

19-Relaciones de los elementos con el Hombre

Yo no diré la razón, pues sería alejarme de mi deber, yo lo dejaré entonces descubrir a mis Lectores; pero yo les ruego que reflexionen sobre lo que acaban de leer sobre las diferentes propiedades y acciones de los Elementos, así como de las Leyes que los dirigen, incluso aún en la más grande confusión aparente; ellos concluirán sin duda, que aunque ellos no puedan percibir las causas y los agentes depositarios de las Leyes, les resulta imposible negar su existencia. Proseguiremos nuestra carrera, y probaremos por el hombre mismo la realidad de las causas superiores, o distintas de lo sensible.

Los detalles que han precedido, sobre la analogía de los tres Elementos con las tres diferentes partes del cuerpo del hombre, son susceptibles por relación a sí mismo, de explicaciones de un orden mucho más digno de él, y que deben interesar más en cuanto que ellas son directamente relativas a su Ser, y que ellas le mostrarán la diferencia de sus facultades sensibles y de sus facultades intelectuales, o si se lo quiere, de sus facultades pasivas y de sus facultades activas.

Las tinieblas que los hombres tienen generalmente sobre estos temas, no han contribuido poco a todos los Errores que nosotros les hemos hecho ver sobre su propia naturaleza, y es por no haber percibido las disparidades más sorprendentes, que ellos no tienen todavía las primeras nociones de su Ser.

20-Errores principales

Porque la verdadera razón por la cual ellos se han creído semejantes a las bestias, es, no dudamos, que ellos no han discernido sus diversas facultades. Así, habiendo confundido las facultades de la Materia, con aquellas de la inteligencia, ellos no han reconocido en el hombre mas que un solo Ser, y de esto, mas que un solo Principio y que la misma Esencia en todo lo que existe; de manera que para ellos el hombre, las bestias, las piedras, toda la Naturaleza no presenta mas que los mismos Seres, distintos solamente por su organización y por sus formas.

Yo no repetiré aquí lo que ha sido dicho al comienzo de esta obra, sobre la diferencia de las acciones innatas en los Seres, lo mismo que sobre la diferencia de toda Materia y de su Principio, de donde se ha podido conocer muy claramente, cual ha sido el Error de aquellos que han confundido todas

estas cosas. Mas yo comenzaré por rogar a mis Lectores que observen con ojos atentos, lo que sucede en las bestias, a quienes conviene, del mismo modo que al hombre animal, la división de la forma en tres partes distintas, y de ver si cada una de estas tres divisiones no podría indicarnos realmente facultades diferentes, aunque pertenecientes al mismo Ser, y aunque tengan todas lo material por objeto y por fin.

21-Del Peso, del Número y de la Medida

¿Quién no sabe en efecto que todo está constituido por PESOS, por NÚMEROS y por MEDIDAS? Pues el peso no es el número, y el número no es la medida, y la medida no es lo uno ni lo otro, y que me sea permitido decir, el NÚMERO es lo que da nacimiento a la acción, la MEDIDA es lo que la gobierna, y el PESO es lo que la opera. Pero estas tres palabras, aunque aplicables universalmente, no deben sin duda significar la misma cosa, en el Animal y en el Hombre intelectual; sin embargo es necesario que si las tres partes de los cuerpos animales están constituidas por estos tres Principios, encontraremos sobre ellos la aplicación.

También, es por medio de los órganos de la cabeza, que el Animal pone en juego el Principio de sus acciones; lo que hace que se deba aplicar el NÚMERO a esta parte.

El corazón, o la sangre, experimenta una sensación más o menos fuerte, en razón de la fuerza más o menos grande, y de la constitución del individuo; pues, es la extensión de esta sensación lo que determina la extensión de la acción en lo sensible; es entonces por ello que la MEDIDA puede convenir a la segunda división del cuerpo animal.

En fin, los intestinos operan esta misma acción, que en el Animal, según la Ley pacífica de la Naturaleza, debe limitarse a la digestión de los alimentos en el estómago, y a la fermentación de las simientes reproductivas en los riñones. Es por esta razón que el PESO debe relacionarse con esta tercera parte, que con las otras dos, constituyen esencialmente todo Animal.

Puesto que es cierto que nosotros no podemos dispensarnos de sentir la naturaleza diferente de estas tres suertes de acciones, debemos reconocer necesariamente una diferencia esencial entre las facultades que las manifiestan. Sin embargo no podemos negar que estas diferentes facultades no residen en el mismo Ser; nosotros estamos obligados de confesar, que aunque este Ser no forma mas que un solo individuo, es evidente sin embargo, que en él todo no es igual, que la facultad que vegeta no es aquella que la hace sensible; que aquella que la hace sensible, no es aquella que le hace operar y ejecutar sus acciones en razón de su sensibilidad, y que cada uno de estos actos lleva con él un carácter particular,

Apliquemos al hombre la misma observación, y nosotros podremos entonces preservarla de la confusión horrible en la que se la quiere hacer caer. Porque si se percibe que en él el peso, el número y la medida representan facultades no solamente diferentes entre ellas, sino aún infinitamente superiores a aquellas que estas tres Leyes nos han demostrado en la Materia, podremos concluir

legítimamente que el Ser que estará dotado de estas facultades, será muy diferente del Ser corporal, y entonces no será más excusable de confundir el uno con el otro.

22-Diferentes acciones en el Animal

Se convendrá seguramente sin pena, en cuanto a las funciones corporales, que las tres distinciones que hemos hecho se pueden aplicar al cuerpo del hombre, como a todo otro Animal, porque él es Animal en esta parte. Él puede, como los animales, manifestar mediante el auxilio de los órganos de la cabeza. Sus facultades y sus funciones Animales. Él experimenta, como ellos, sus sensaciones en el corazón, y como ellos él experimenta en el vientre inferior, los efectos a los cuales las Leyes corporales subyugan a todos los Animales por su apoyo y por su reproducción.

Así, en este sentido, el peso, el número y la medida le pertenecen también esencialmente y de la misma manera, que a todo otro Animal.

23-Diferentes acciones en lo Intelectual

Pero no es mas posible dudar que estos tres signos no engan en el hombre los efectos de los que todas las propiedades de la Materia no ofrecen el menor rastro.

Ya que, primeramente aunque estemos convencidos que todos los pensamientos del hombre actual no le vengan más que desde fuera, no se puede negar sin embargo que el acto interior y el sentimiento de este pensamiento, no ocurran en el interior e independientemente de los sentidos corporales. Porque es entonces en estos actos interiores que nosotros encontraremos perfectamente la expresión de estos tres signos, el peso, el número y la medida, de donde provienen luego todos los actos sensibles a los cuales el hombre se determina en consecuencia de su Libertad.

El primero de estos signos es el NÚMERO, que nosotros aplicamos al pensamiento como el Principio y el sujeto sin el cual ninguno de los actos subsecuentes tendría lugar.

Tras este pensamiento encontramos en el hombre una voluntad buena o mala, y que hace solo la regla de su conducta y de su conformidad a la justicia, así nada nos parece mejor de convenir a esta voluntad que el segundo signo, o la MEDIDA.

En tercer lugar, de este pensamiento y de esta voluntad, resulta un acto que le es conforme, y es a este acto tomado como resultado, que se le debe aplicar el tercer signo o el PESO; este acto sin embargo sucede en el interior, como el pensamiento y la voluntad; es cierto que él da nacimiento a su turno a un acto sensible, que debe hacer repetir a los ojos del cuerpo, el orden y la marcha de todo lo que sucede en la inteligencia; mas como la ligazón de este acto interior a este acto sensible que viene, es el verdadero misterio del hombre, yo no podría detenerme mucho más tiempo sin indiscreción y sin peligro; y si yo hablo en lo que sigue, cuando yo trato de las lenguas, no podré hacerlo jamás mas que con reserva.

24-De las dos Naturalezas del Hombre

Esto no impide que se reconozca conmigo en el hombre interior o intelectual, el peso, el número y la medida, imágenes de las leyes por las cuales todo está constituido, y entonces aunque hayamos también reconocido estos tres signos en la Bestia, nos guardaremos bien de hacer ninguna comparación entre ella y el Hombre, porque en la Bestia, ellos no operan únicamente y no pueden operar mas que sobre los sentidos, mientras que en el Hombre, ellos operan sobre sus sentidos y sobre su inteligencia, pero de una manera particular a cada una de estas facultades, y relativamente al rango que ellas ocupan en relación con la otra.

Si se persistiera en negar estas dos facultades en el Hombre, yo no pediría a aquellos que las contestan, mas que lanzar sus ojos por sí mismos, y ellos verían que las diferentes partes de sus cuerpos donde ellas se manifiestan, son un índice sorprendente de la diferencia de estas facultades.

25-De las dos Naturalezas universales

Cuando el Hombre quiere considerar algún objeto de razonamiento, cuando se propone la solución de alguna dificultad, ¿no es en la cabeza que se hace todo el trabajo?

Cuando al contrario, él experimenta sentimientos de cualquier naturaleza que sean, y cualquiera sea el objeto, intelectual o sensible, ¿no es en el corazón que se hace conocer todo el movimiento, toda la agitación, todas las sensaciones de gozo, placer, pena, temor, amor, y todas las afecciones de las que somos susceptibles?

¿No sentimos también, cómo los actos que suceden en cada una de estas partes, son opuestos, y que si ellos fuesen aproximados por un lazo superior, ellos serían por sí mismos irreconciliables?

Es entonces por esta diferencia manifiesta que debe de nuevo convencer al hombre que tiene en él más de una naturaleza.

Porque si el hombre, a pesar de su estado de reprobación, encuentra todavía en él una naturaleza superior a su naturaleza sensible y corporal, porqué no querría admitir una semejanza en el sensible universal, mas igualmente distinta y superior al Universo, a pesar de operar particularmente para gobernarlo.

26-Sede del Alma corporal

Es también allí donde nosotros aprendemos lo que debemos pensar de una cuestión que inquieta comúnmente a los hombres; a saber, en qué parte del cuerpo el Principio activo, o alma, está ubicado, y cual es el lugar que le es fijado para ser la sede de todas sus operaciones.

En los Seres corporales y sensibles, el Principio activo está en la sangre, que, como el fuego, es la fuente de la vida corporal; entonces después de lo que ha sido dicho, hablando de las diferentes facultades de los Seres, nosotros no podemos negar que su sede principal no sea en el corazón desde donde ella extiende su acción en todas las partes del cuerpo.

Que no sea mas detenido por la dificultad de aquellos que han dicho que si el alma corporal estaba en la sangre, ella se dividiría, y se escaparía en parte, cuando el animal perdiera sangre; porque ella se debilita solamente por su acción, en lo que ella pierde los medios de ejercerla; pero ella no sufre en sí misma ninguna alteración, porque siendo simple, ella es necesariamente indivisible.

Lo que denominamos, la muerte de los cuerpos, no es entonces otra cosa que el fin total de esta acción que se encuentra privada de sus vehículos secundarios, como en los agotamientos; o muy limitada, como en las enfermedades de humores; o en fin muy libre, y por eso siendo interceptada o interrumpida, como en las heridas que atacan las partes indispensablemente necesarias para la vida del cuerpo.

27-Sede del Alma intelectual

Aunque yo anuncio que la vida, o el alma corporal, reside en la sangre, sin embargo yo debo al pasar, hacer remarcar que la sangre es insensible; observación que podrá hacer conocer a los hombres la diferencia que hay entre las facultades de la Materia, y las facultades del Principio de la Materia, y que les impedirá confundir dos seres tan distintos.

El hombre siendo semejante a los animales por su vida corporal y sensible, todo lo que se viene de ver sobre el Principio activo animal, puede convenirle en cuanto a esta parte solamente. Mas en cuanto a su principio intelectual, como él no fue hecho para habitar la Materia, este es uno de los más grandes errores que los hombres han hecho, que es el de buscar su nacimiento en la Materia, o de querer asignarle una morada fija y un lugar tomado de ensamblajes corporales, como si una porción de materia impura y perecedera pudiera servir de barrera a un Ser de esta naturaleza.

Es mucho más evidente que en calidad de Ser inmaterial, no es más que con un Ser inmaterial que él puede tener ligazón y afinidad, y se concibe que con todo otro Ser la comunicación será impracticable.

28-Ligazón de lo intelectual a lo sensible

También es sobre el Principio inmaterial corporal del hombre, y no en cualquier porción de su materia, que reposa su Principio intelectual: es allí que él está ligado por un tiempo por la mano superior que lo ha condenado; mas por su naturaleza, él domina sobre el Principio corporal, como el Principio corporal domina sobre el cuerpo, y no debemos dudar, en lo que es la parte superior, o en la cabeza, que hemos mostrado anteriormente que él manifestaba todas sus facultades; en una palabra, él se sirve de este Principio para la ejecución sensible de estas mismas facultades; y tal es el medio de discernir claramente la sede y el empleo de los dos diferentes Principios del hombre.

Sin embargo, aunque por su Naturaleza y por su lugar, el Principio corporal sea inferior, es por la ligazón con él que el hombre experimenta en su Ser intelectual tantos sufrimientos, tantas inquietudes, tantas privaciones, y esta terrible oscuridad que hace nacer tantos Errores. Es por esta ligazón que él es

forzado de sufrir la acción de los sentidos de este Principio corporal, a través del cual le es hoy absolutamente necesario, para obtener el disfrute de las verdaderas afecciones que son hechas por él.

Mas, como esta vía es variable e incierta, y que ella no proporciona siempre la luz en toda su claridad, el hombre no retira las ventajas y las satisfacciones de que la naturaleza le hace susceptible.

29-De las Deformidades y de las Enfermedades

De esto viene que las perturbaciones, sean naturales, sean accidentales, que el Principio sensible y corporal puede experimentar, son muy perjudiciales al Principio intelectual, en que ellos debilitan a la vez, el instrumento de sus acciones, y el órgano de sus afecciones.

Estos hechos han parecido tan favorables a los Materialistas, que ellos han creído poder darles como un apoyo sólido a su sistema, es decir, que habiendo fundado las facultades intelectuales del hombre sobre su continuación corporal, ellos les han hecho depender absolutamente del bueno o del mal estado, donde su cuerpo pudiera estar según el curso variable de la Naturaleza.

Mas después de todo lo que se ha visto sobre la Libertad del hombre, y sobre la diferencia de los dos Seres que lo componen, estas objeciones no tienen ningún valor; el hombre no puede tener el disfrute entero de todas las facultades que podrían pertenecer a su Naturaleza intelectual, ya que, por su origen mismo, todos los hombres no reciben la misma medida, y porque mil eventos independientes de su voluntad, pueden molestar en todo instante, su constitución corporal; pero él es culpable cuando deja languidecer por su falta las facultades que le son acordadas. Todos no han nacido para tener el mismo Dominio, pero todos responden del empleo de aquel que les es asignado.

Así, alguna perturbación, alguna irregularidad que un hombre experimenta en su constitución corporal y en las facultades intelectuales, no creo que por eso esté al abrigo de la justicia, porque, por pequeño que sea el número y el valor de las facultades que le restan, él deberá tener siempre en cuenta, que no es el hombre mas que en su locura, que la verdadera Justicia no pueda exigir nada, porque entonces esta Justicia lo tiene ella misma bajo su régimen.

No creo con nuestros adversarios que estas perturbaciones y estas irregularidades corporales, no tienen otro Principio que la Ley ciega por la cual ellos pretenden explicar la Naturaleza. Nosotros mostraremos ahora cuanto la conducta del hombre, en su vida corporal, se extiende justo hasta su posteridad; nosotros mostraremos además en su lugar, que ellas son las inmensas facultades del Principio o de esta causa temporal ligada de toda necesidad a la dirección del Universo.

Así, reflexionando sobre la naturaleza de esta causa temporal universal, que no solamente preside esencialmente a los cuerpos, sino que debería aún también estar siempre la brújula sola de las acciones de los hombres, será fácil de ver si nada en esta región corporal puede llegar que no tenga un motivo y un objetivo.

Nosotros creeremos bien pronto que todas estas deformidades, todos estos accidentes a los cuales nosotros estamos expuestos, tanto en nuestro Ser corporal, como en nuestro Ser intelectual, tienen incontestablemente un principio; pero que nosotros no la conocemos siempre, porque se la busca en la Ley muerta de la Materia, en lugar de buscar en las Leyes de la Justicia, en el abuso de nuestra voluntad, o en las aberraciones de nuestros Ancestros.

Yo dejo al hombre ciego y ligero, murmurar sobre esta Justicia, que extiende la punición de las aberraciones de los padres sobre su posteridad. Yo no le aportaré como prueba esta Ley física, por la cual una fuente impura comunica su impureza a sus producciones, porque esta Ley tan conocida, es falsa y abusiva, cuando se la aplica a lo que no tiene cuerpo. Se vería entonces menos que si esta Justicia puede afligir a los Hijos por los Padres, ella puede también blanquear y lavar a los Padres por los Hijos; lo que debería ser suficiente para suspender todos nuestros Juicios sobre ella, ya que no seremos admitidos a su Consejo.

Esta mirada prudente, justa y saludable, es una de las recompensas de la Sabiduría misma; ¿cómo la daría entonces a aquellos que creen poder estar sin su luz, y que se persuaden de no tener necesidad de otra guía que sus propios sentidos, y las nociones groseras de la multitud?.

30-Efectos de la Amputación

La cuestión que yo vengo de tratar sobre el lugar que el alma ocupa en el cuerpo, me lleva naturalmente a otra ruta también interesante sobre el Principio corporal, y que ocupa igualmente a los Observadores; es el de saber porqué cuando un hombre es privado, por accidente, de uno de sus miembros, él experimenta durante algún tiempo sensaciones que parecen estar en el miembro que ya no posee.

Si el alma o el Principio corporal fuese divisible, como sería necesario inferir de las opiniones de los Materialistas, es cierto que después de la amputación de un miembro, jamás un hombre podría sufrir en esta parte, porque las porciones del Principio corporal, que habrían sido separadas al mismo tiempo que el miembro amputado, no conservarían ninguna ligazón con su fuente, se extinguirían ellas mismas, y no podrían dar ningún testimonio de sensibilidad.

Es todavía menos en este miembro amputado que debemos buscar el Principio de esta sensibilidad, ya que al contrario, desde el instante de su separación, él no es nada más para el

Es entonces únicamente en el Principio corporal mismo, que nosotros podremos encontrar la causa del hecho del que se trata, y recordando todas las Verdades que hemos establecido, nosotros diremos que en el conjunto del hombre actual, de la misma manera que su Principio corporal sirve de instrumento y de órgano a las facultades de su Ser intelectual, su cuerpo sirve de órgano y de instrumento a las facultades de su Principio corporal.

Nosotros hemos visto que si este Principio corporal experimenta malestares en los órganos principales del cuerpo, que son fundamentalmente necesarios para

el ejercicio de las facultades intelectuales, se podría concluir que el Principio intelectual sufre; pero no se creará, yo lo espero, que este sufrimiento pueda llegar justo hasta alterar la Esencia de este Principio intelectual, ni a dividirlo de ninguna manera; se sabe que por su naturaleza de Ser simple él permanece siempre el mismo; todo eso que se le ve experimentar entonces, es un malestar en sus facultades, y esto, porque el órgano que debe servirle para ejercitarlas y hacerle llegar a la reacción intelectual exterior de la que no puede pasar, no estando en su estado de perfección, la acción de estas facultades intelectuales deviene nula, o refluye sobre el Ser intelectual mismo.

En el primer caso, es decir, cuando la acción de las facultades deviene nula, el Ser intelectual no demuestra mas que la privación; lo que es el comienzo de la imbecilidad y de la demencia, pero no hay pena entonces, también se reconoce que la locura no hace sufrir.

En el segundo caso, es decir, cuando esta acción refluye sobre el Principio, muestra confusión, desorden, y un mal ser que es un verdadero sufrimiento intelectual, porque este Principio, que no tiende mas que a ejercer su acción, se encuentra limitado y encerrado en el empleo de sus facultades.

Sucede absolutamente lo mismo para el sufrimiento corporal en el caso de la privación de un miembro. El cuerpo debe servir de órgano al Principio corporal que lo anima, si este cuerpo recibe alguna mutilación considerable, es cierto que el órgano estando truncado, el Principio corporal no puede hacer ejecutar sus facultades en toda su extensión, porque la acción de la facultad que tenía necesidad del miembro amputado para tener su efecto, no encontrando más de agente que corresponde con ella, deviene nulo, o refluye sobre ella misma; es entonces que ella ocasiona una confusión y dolores muy sensibles en el Principio corporal de donde ella ha emanado, mientras que la amputación de un miembro da entrada a acciones exteriores y destructivas, que rechazan con todavía más prontitud la acción del Principio corporal, y la hacen retornar hacia su centro.

A pesar de este sufrimiento, no debemos admitir el desmembramiento en el Principio corporal, ni en ninguna suerte de Principios, y nosotros reconoceremos simplemente que todo Ser corporal teniendo necesidad de órganos para hacer ejecutar su acción, debe sufrir cuando estos órganos son perturbados, porque entonces ellos no pueden producir el efecto que les es propio.

No es del todo inútil remarcar que esto no puede tener lugar mas que sobre los cuatro miembros exteriores, o sobre las cuatro correspondencias del cuerpo; porque de las tres partes principales que componen el busto, ninguna puede ser suprimida sin que el cuerpo perezca.

31-De las tres Acciones temporales

Retomemos en pocas palabras los diversos objetos que yo vengo de tratar. Yo hice ver por las diferentes propiedades de los Elementos, muchas acciones diferentes en la composición de los cuerpos; yo hice ver que además de las dos acciones opuestas e innatas en estos cuerpos, había una Ley superior por

la cual ellas estaban regidas, aún en sus más grandes choques y en su más grande confusión; yo he hecho ver luego que esta Ley superior se encontraba aún hoy en el hombre, en que ella era distinta de lo sensible, aunque estando ligada a lo sensible; no podemos negar entonces que hay tres acciones necesariamente empleadas para conducir las cosas temporales, en similitud de los tres elementos de que los cuerpos están compuestos.

De estas tres acciones ordenadas por la Causa primera, para dirigir la formación de los Seres corporales, UNA ES ESTA Causa temporal, inteligente y activa que determina la acción del Principio innato en los gérmenes, por medio de una acción secundaria, o de una reacción sin la cual nosotros hemos reconocido que no habría ninguna reproducción; y sin duda, todo lo que se ha visto, ha hecho sentir bastante claramente la existencia y la necesidad de esta Causa inteligente, cuya acción superior debe dirigir las dos acciones inferiores.

32-Fuente de la Ignorancia

¿Cómo sucedió entonces que los hombres hayan desconocido, y que ellos hayan creído poder marchar sin ella en el conocimiento de la Naturaleza? Se ve ahora la razón. Es que ellos han desnaturalizado los números que constituyen estas acciones, como ellos han desnaturalizado aquellos que constituyen los Elementos; pues de un lado, en lo que es TRES, ellos no reconocen mas que DOS; por otro lado, ellos han creído ver CUATRO, en lo que es solo TRES; es decir, que considerando las dos acciones pasivas de los cuerpos, ellos han perdido de vista la Causa activa e inteligente, de suerte que ellos han asimilado y confundido la acción y las facultades de esta causa con aquellas de las dos acciones inferiores, como ellos han asimilado la facultad pasiva de los tres Elementos a la facultad activa del aire, que es uno de los más fuertes Principios de su reacción. Por lo tanto estos números siendo así desfigurados, los Observadores no han percibido la relación que se encontraba entre el ternario de los Elementos y el ternario de las acciones que operan la corporización universal y particular.

Como esta relación se les ha escapado, y habiéndose así convertido en nula para ellos, ellos no sintieron mas la necesidad y la superioridad de esta acción de la causa inteligente sobre las dos acciones inferiores que sirven de base a toda producción corporal; ellos han tomado los unos por los otros, todas estas causas y estas acciones diferentes, o mas bien ellos no han hecho mas que una.

33-Necesidad de una tercer Causa

¿Y cómo habrían podido ellos preservarse de este error, puesto que habiendo comenzado por confundir la Materia con el Principio de la Materia, y que dando a esta Materia todas las propiedades de su Principio, no les ha costado más atribuirle también todas las propiedades y las acciones de las Causas superiores que son indispensablemente necesarias para su existencia.

Pero Se debe ver al presente, que desconocer la potencia y la necesidad de una tercer causa, es privarse del único apoyo que queda a los hombres para explicar la marcha de la Naturaleza; es darle otras Leyes que aquellas que ella ha recibido; es atribuirle lo que no está en ella; en una palabra, es admitir,

aquello que no solamente no es probable, sino que está fuera de toda posibilidad.

También, ¿Quién ignora eso que los hombres han puesto en lugar de esta Causa indispensable? ¿Quién no conoce los pueriles razonamientos que ellos han empleado para explicar sin ella las Leyes de la Materia, y para sentar el sistema del Universo? Ciegos sobre el origen de las cosas, sobre el objeto de la Creación, sobre su duración, sobre su acción, todas las explicaciones que ellos han dado, son el lenguaje de la duda y de la incertidumbre, y toda su doctrina es menos una Ciencia que una cuestión continua.

Cuando, por la sola fuerza de su razón, ellos han podido hacer ellos mismos estas observaciones, y percibir el deber indispensable de un Principio que sirve de guía a la Naturaleza; o ellos han buscado este Principio en el Ser primero mismo, y no han temido tragarlo a nuestros ojos, separando su acción de aquellas de las cosas sensibles; o ellos se han aferrado a un sentimiento ligero sobre la necesidad de un agente intermediario entre este Ser primero y la Materia, y no habiéndose dado tiempo de considerar qué podría ser esta causa intermediaria, ellos han designado confusamente bajo el nombre de causa ciega, fatalidad, azar y otras expresiones, que siendo despojadas de vida y de acción, no pueden jamás sino aumentar las tinieblas donde el hombre está hundido hoy.

34-Del Azar

Ellos no han visto que eran ellos mismos la fuente de todas estas oscuridades; que este azar al fin era engendrado por la sola voluntad del hombre, y no tenía lugar mas que en su ignorancia: porque él no puede negar que las Leyes que constituyen todos los Seres, deberían tener efectos invariables y una influencia universal; pero cuando se perturba la realización en las clases sometidas a su poder, o cuando él se ciega a sí mismo, él no ve mas estas leyes indestructibles, y por eso él concluye que ellas no existen.

Sin embargo, no será jamás en los actos y en las obras de la Causa primera que se podrá admitir el azar, porque esta causa siendo la fuente única e inagotable de todas las leyes y de todas las perfecciones, es necesario que el orden que reina alrededor de ella sea invariable como su propia esencia.

No será mas en las obras de la Causa temporal inteligente, que este azar podría concebirse, porque estando cargado especialmente de la obra temporal de la Causa primera, es imposible que esta obra no tienda sin cesar hacia su objetivo, y no supere todos los obstáculos.

Esto no puede ser mas que en los asuntos particulares de la Naturaleza corporal, así como en los actos de la voluntad del hombre que nosotros podemos cesar de ver la regularidad y resultados siempre infalibles y siempre previstos. Pero si el hombre no olvidó jamás cuanto estos hechos particulares y su voluntad están íntimamente ligados, si él vio siempre presente en el pensamiento que él ha establecido para reinar sobre él mismo y sobre la región sensible, se convendrá que cumpliendo su destino, no solamente podrá descubrir estas Leyes universales que gobiernan las regiones superiores y que

él ha desconocido tan frecuentemente; mas aún él sentiría que el poder de estas Leyes por siempre imperecederas, se extendía hasta su Ser, así como los hechos particulares de su región tenebrosa, es decir, que no habría más azar para él, ni para ninguno de los hechos de la Naturaleza.

Entonces, cuando él percibe perturbaciones en los actos particulares de esta Naturaleza, o cuando él ignora las causas que las hacen operar, y las reglas que las dirigen, él no podría atribuir mas este desorden y esta ignorancia, mas que a su negligencia y al uso falso de su voluntad que no habrá empleado todos sus derechos, o que habrían tenido valor de criminales.

Mas para adquirir la inteligencia de estas verdades es necesario tener más confianza que la que tienen los Observadores en la grandeza del hombre y en el poder de su voluntad, es necesario creer que si él está por encima de los Seres que le rodean, sus vicios, como sus virtudes deben tener una relación y una influencia necesaria sobre todo su Imperio.

Convenimos entonces que la ignorancia y la voluntad desarreglada del hombre, son las solas causas de estas dudas en los que los vemos flotar todos los días. Es así que habiendo dejado eliminar en él la idea de un orden y de una ley que embarace todo, él la ha sustituido por la primer quimera que le ha presentado su imaginación; es en su ceguera misma que él ha buscado siempre un móvil para la Naturaleza; es así que él renueva sin cesar este error culpable, por el cual, tras haber voluntariamente sembrado la incertidumbre y el azar alrededor de él, es bastante injusto y bastante lamentable que se lo impute a su Principio.

Esos mismos que no han negado que las cosas corporales hallan tenido un comienzo, no les han dado otra causa que el azar; no sabiendo que hubo una razón primera para su existencia, o no presumiendo aún mas que una causa fuera de ellas, habría podido ocuparse bastante para hacerle operar: y sin embargo convencidos que esta existencia había comenzado, ellos han encerrado todo a la vez en las únicas propiedades de los cuerpos, la virtud activa e innata en ellos que los anima, y la ley superior que les ha ordenado nacer.

Ellos han seguido el mismo orden en la explicación que ellos han dado de la Ley que sostiene la existencia de estos mismos Seres corporales; y esto debía ser así. Luego de haber establecido el origen sobre una base imaginaria y falsa, fue necesario que el resto de la obra estuviese conforme; así según ellos, los cuerpos viven por ellos mismos, como también que es por ellos mismos que ellos han nacido.

En cuanto a aquellos que pretenden que la Materia y los Seres corporales han existido siempre, su error es infinitamente más grosero y más escandaloso para la Verdad. Estas dos Doctrinas han desconocido igualmente la Ley y la razón primera de las cosas, pero una solamente ha enseñado que se podía estar sin una causa activa e inteligente para explicar su origen, la otra ha envilecido esta Causa, igualando el Principio activo de los Seres corporales, y no creyéndolo superior, ni más antiguo que la Materia.

Los Observadores no se han detenido allí; porque tras haber puesto Principios tan oscuros sobre la marcha y la naturaleza de las cosas, tras haber encerrado en un círculo tan estrecho, ellos se han visto como forzados a reunir todos los fenómenos y todos los sucesos que vemos aparecer en el Universo. Es, según ellos, un Ser sin inteligencia y sin objetivo, que ha hecho todo, y que hace todo continuamente; y como no hay mas que dos causas que sean los instrumentos de lo que opera, desde que ellos han encontrado estas dos causas en los Seres corporales, ellos se han considerado dispensados de buscar una superior.

Es bueno que la Naturaleza no se someta al pensamiento de los hombres; completamente ciega como ellos la suponen, ella los deja razonar, y ella actúa. Es también a la vez una felicidad inapreciable para ellos, y el más bello carácter de la grandeza del Ser físico y temporal que los gobierna, que la marcha de esta Naturaleza sea tan cerrada y tan intrépida; porque siendo impenetrable a los sistemas de los hombres, y demostrándoles la debilidad por su constancia a seguir su Ley, ella los forzaría tal vez un día confesar sus errores, de salir de los senderos oscuros donde ellos se encuentran, y de buscar la Verdad en una fuente más luminosa.

35-De la tercer Causa

Mas para prevenir la inquietud de mis semejantes, que podrían creer que esta Causa activa e inteligente de la que yo hablo, es un Ser quimérico e imaginario, yo les diré que hay hombres que lo han conocido físicamente, y que todos lo conoceremos de la misma manera, si ellos colocan su confianza en ella, y que ellos tengan más cuidado en purificar y fortificar sus voluntades.

Yo debo advertir sin embargo que yo no tomo por esta palabra FÍSICA, en la acepción vulgar que no atribuye realidad y existencia mas que a los objetos palpables a los sentidos materiales. Las menores reflexiones sobre todo lo que está contenido en esta Obra, serán suficientes para hacer cuanto se han alejado de conocer el sentido de la palabra FÍSICA, cuando se aplica a las apariencias materiales.

36-Observaciones sobre los dos Principios

Antes de pasar a otro tema, yo me detendré un momento para aplanar una dificultad que podría nacer, aunque yo ya la he resuelto de alguna manera. Yo he anunciado, en el comienzo de esta Obra, la existencia de dos Principios opuestos que se combaten el uno al otro, y aunque yo he demostrado bastante la inferioridad del Principio malvado en relación con el Principio bueno, se podría deducir que después de las observaciones que se acaban de ver sobre la naturaleza corporal, se ha de creer que estos dos Principios son necesarios para la existencia el uno del otro, como se ha visto que las dos causas inferiores encerradas en los Seres corporales, eran absolutamente necesarias para hacerles operar una producción.

Para evitar este error, será suficiente recordar que yo anuncié que todo producto, toda obra, todo resultado en la Naturaleza corporal, así como en toda otra clase, era siempre inferior a su Principio generador. Esta inferioridad sujeta la naturaleza corporal para no poder reproducirse, sin la acción de estas dos

causas que hemos reconocido en ella, y que anuncian su debilidad y su dependencia.

Porque, si esta creación temporal extrae su origen del Principio superior y bueno, como nosotros no podemos dudar, este Principio debe mostrar su superioridad en todo, y uno de sus atributos principales, es el de tener absolutamente todo en él, excepto el mal, y de no tener necesidad mas que de sí mismo y de sus propias facultades para operar todas sus producciones. Cual será entonces el estado del Principio malvado, si no es el de servir para manifestar la grandeza y la potencia del Principio bueno, que todos los esfuerzos de este Principio malvado no podrían jamás quebrantar.

37-Encadenamiento de las Verdades

Así no es posible decir que el Principio malvado halla sido y sea universalmente necesario para la existencia y para la manifestación de las facultades del Principio bueno; aunque como influyendo sobre la existencia del tiempo, este Principio malvado sea necesario para ocasionar el nacimiento de todas las manifestaciones temporales; porque como hay manifestaciones que no están en el tiempo, y que el Principio malo no puede salir de lo temporal, es bien claro que el Principio bueno actúa sin él; lo que se verá más en detalle a continuación.

Que los hombres aprendan entonces aquí a distinguir de nuevo, las Leyes y las facultades del Principio único, universalmente bueno, y viviente por él mismo, con aquellas del Ser inferior material que no tiene nada de sí, y que no puede vivir mas que por lo exterior.

Yo creo haber hecho entrever suficientemente a mis semejantes, el poco fundamento de las opiniones humanas sobre todos los puntos en los que yo me he ocupado hasta el momento. Tras haberlos puesto sobre la ruta para enseñarles a distinguir los cuerpos con el Principio innato en estos cuerpos; tras haber fijado sus ojos sobre la simplicidad, la unidad y la inmaterialidad de este Principio indivisible, incomunicable, que no sufre ninguna mezcla, y que permanece siempre el mismo, aunque la forma que él produce y con la que él se envuelve esté sometida a una continua variación, ellos podrán reconocer con evidencia que la Materia estando en una dependencia incontestable, y sin embargo actuando por leyes regulares, las dos causas inferiores que operan su reproducción y todos los actos de su existencia, no pueden absolutamente estar sin la acción de una Causa superior e inteligente, que los dirige para hacerlos actuar, y que los dirige para hacerlos actuar con éxito.

Por consecuencia ellos confesaron que las dos causas inferiores deben ser sometidas a las leyes de la Causa superior e inteligente, para que los tiempos y la uniformidad sean observados en todos sus actos; para que los resultados de todas sus diferentes acciones no sean nulas, informes e inciertas, y para que nosotros podamos dar razón del orden que reina universalmente.

Ellos no tendrían dificultad en convenir luego que esta Causa superior no estando sujeta a ninguna de las leyes de la Materia, aunque ella esté propuesta para conducirla, debe ser enteramente distinta; que el medio de

llegar al conocimiento de una y de la otra, es el de considerarlas a cada una en su clase; de estudiar las facultades particulares; de reunir las en la misma tabla, pero para desenredar las diferencias y no para confundirlas; de hacer esta distinción sobre todos los otros Seres de la Naturaleza, y sobre estas menores partes, donde los ojos del cuerpo y de la inteligencia nos enseñan que hay siempre dos seres juntos, y que es la violencia que los ha reunido; pero sin embargo sin jamás perder de vista que este lazo no los une el uno al otro más que por un tiempo; y de no mirar esta unión como habiendo siempre existido, y como debiendo existir por siempre, porque al contrario nosotros la vemos cesar todos los días.

Todas estas son observaciones que hacen al hombre prudente y sabio, y que le impiden abandonarse a la insensatez en senderos desconocidos, de donde él no puede más que retroceder; o abandonándose a la desesperación, cuando él siente que está muy avanzado y que el tiempo le falta. Esto es lo que les hará evitar la trampa en que la mayor parte de los hombres caen, cuando estando solos y en las tinieblas, ellos osan pronunciarse sobre su propia naturaleza y sobre aquella de la Verdad. Nosotros veremos a continuación, las frecuentes caídas, que han sido hechas, y que suceden todos los días. Nosotros veremos que la mayor parte de sus sufrimientos han tomado allí su fuente, lo mismo que es para ser privado de su primer estado de esplendor, que ellos están expuestos hoy a hundirse más y más en el oprobio y en la miseria.

CAPITULO 4: TABLA ALEGÓRICA

1-Imprudencias de los Observadores

Algunos hombres criados en la ignorancia y en la pereza habiendo llegado a la edad madura, intentaron recorrer un gran Reino; pero como ellos no estaban conducidos mas que por una vana curiosidad, ellos hicieron pocos esfuerzos por conocer los verdaderos medios por los cuales este país estaba gobernado. Ellos no tuvieron bastante coraje, ni bastante crédito para introducirse entre los Grandes del Estado, que habrían podido descubrirles los resortes ocultos del Gobierno; así ellos se contentaron en errar de villa en villa, y posar sus miradas inciertas en los sitios y los lugares públicos, donde veían al pueblo tumultuosamente reunido, y como abandonado a sí mismo, ellos no tenían ninguna idea del orden y de la sabiduría de las leyes que vigilaban secretamente por la seguridad y la felicidad de los habitantes: ellos creyeron que todos los ciudadanos eran ociosos, y vivían en una entera independencia.

En efecto, lo que ellos habían percibido, no presentaba ni regla, ni ley, a su espíritu poco esclarecido; de manera que no consultando mas que a sus ojos, ellos estuvieron bien lejos de conocer que hombres superiores por sus rangos y por sus poderes gobernaban esta multitud que se agitaba confusamente delante de ellos; ellos se persuadieron que no había Leyes en el país que recorrían, y que no había jefe; o que si había uno, él era sin autoridad y sin acción.

Infatuados de esta independencia, y no previendo ninguna consecuencia peligrosa a sus acciones, ellos las consideraron pronto como arbitrarias e indiferentes y creyeron poder abandonarse a sus caprichos; pero ellos no tardaron en ser las víctimas de sus Errores y de sus Juicios inconsiderados; porque los vigilantes Administradores del Estado, instruidos de sus desórdenes, los privaron de la Libertad, y los encerraron tan estrechamente que ellos languidecieron en la más profunda oscuridad, sin saber si jamás la luz les sería devuelta.

He aquí exactamente cual ha sido la conducta y la suerte de aquellos que han osado por ellos mismos de juzgar al Hombre y a la Naturaleza; siempre ocupados en estudios inútiles y frívolos, su vista está restringida por el hábito, y no pudiendo recorrer toda la extensión de la carretera, ellos se han detenido en las apariencias de los objetos; de suerte que limitándola a su mirada, ellos han ignorado, o negado todo lo que ellos no han podido percibir. Ellos no han visto en los cuerpos que sus envolturas, y ellos las han transformado en principios. Ellos no han visto en las Leyes de estos cuerpos más que dos acciones , o dos causas inferiores, y ellos se han apurado en rechazar a la Causa superior activa e inteligente, de la que ellos habían confundido las operaciones con aquellas de las dos otras causas.

Luego, creyéndose bien seguros de sus consecuencias, ellos han hecho de todo un Ser material hipotético, sobre el cual ellos han tenido la imprudencia de medir todos los Seres de la Naturaleza que ellos habían desfigurado

enteramente; y es sobre este modelo, tan mutilado, que ellos han osado definir al Hombre.

Y verdaderamente, no se puede dudar más que ellos hayan hecho a su respecto, los mismos desprecios que ellos habían realizado antes sobre toda la Naturaleza. No solamente ellos no han distinguido mejor en su cuerpo, que en los otros Seres corporales, el Principio con la apariencia o el envoltorio, y no han conocido mejor, ni seguido la marcha y las Leyes; pero, tras haber tomado el cambio sobre este punto, ellos han confundido todavía esta envoltura corporal del hombre con su Ser intelectual y pensante, como ellos habían confundido el Principio innato en todos los cuerpos, con la causa activa e inteligente que los dirige.

2-Peligro de los Errores sobre el Hombre

Así, no habiendo desentrañado primero la Causa superior con las facultades innatas en el Ser corporal; habiendo luego confundido las facultades de los dos diferentes Seres que componen al hombre de hoy, les ha sido imposible de reconocer la acción de esta misma Causa activa e inteligente, que al mismo tiempo que ella comunica todos los poderes a la Naturaleza, da al hombre por su inteligencia, todas las nociones del bien que él ha perdido. Es por lo tanto con esta ignorancia que no solamente ellos han sido bastante temerarios para pronunciarse sobre la esencia y la Naturaleza del hombre, mas todavía, que ellos han querido explicar todos los contrastes que él presenta, y establecer la base de sus obras.

Cuando el hombre no se había equivocado mas que sobre la Naturaleza elementaria, hemos visto que sus Errores no tenían mas que ligeras consecuencias; porque sus opiniones no pudiendo influir sobre la marcha de los Seres, sus Leyes invariables se ejecutan sin cesar con la misma precisión, aunque el hombre halla desnaturalizado y desconocido el Principio. Pero no será jamás así con su desconocimiento de sí mismo, y este le será siempre inevitablemente funesto, porque siendo depositario de su propia Ley, él no puede tener un mal entendimiento de ella, ni olvidarla, porque ella actúa directamente contra él mismo, y que él no tenga un prejuicio manifiesto; en una palabra, si es cierto que él es feliz, cuando reconoce y sigue las Leyes de su Principio, sus males y sus sufrimientos son una prueba evidente de sus Errores y de los pasos en falso que han sido dados en consecuencia.

Veamos entonces lo que resultará de este Ser así desfigurado, y si él podrá sostenerse, estando privado de su principal apoyo?

Nos será fácil presumir las consecuencias de este examen, si recordamos lo que hemos dicho del estado donde estaría la Naturaleza, dejada a la acción pasiva de los dos Seres inferiores, que son necesarios en toda reproducción corporal. Estos dos Seres, se sabe, no siendo mas que pasivos, no pueden jamás producir nada por ellos mismos, si la causa activa e inteligente no les da la orden y el poder de operar lo que ellos tienen en ellos.

Porque, si fuera posible suponer en estos agentes inferiores una voluntad, dejándolos siempre en la misma impotencia, es evidente que ellos pretenderán

poner esta voluntad en acción, sin el concurso de la Causa activa de la que ellos dependen necesariamente, y sus obras serían informes, y no anunciarían mas que una confusión chocante.

Ahora, lo que no podríamos decir de estos agentes inferiores, que están desprovistos de voluntad, se aplica al hombre que tiene una en él, y aprendemos a descubrir mejor todavía los infelices efectos de los errores que nos hemos propuesto combatir.

El hombre al presente está compuesto de dos Seres, uno sensible, el otro inteligente. Nosotros hemos sugerido que en su origen él no estaba sujeto a esta unión, y que gozando de las prerrogativas del Ser simple, él tenía todo en él, y no tenía necesidad de nada para sostenerse, porque todo estaba encerrado en los dones preciosos que él tenía de su Principio.

Nosotros hemos hecho ver luego cuales eran las condiciones severas e irrevocables a las cuales la Justicia había añadido la rehabilitación del hombre criminal por el falso uso de su voluntad; nosotros hemos visto, dije, cuales son las trampas horribles y sin número, de las que está amenazado sin cesar, habitando la región sensible que es tan contraria a su verdadera naturaleza. Al mismo tiempo hemos reconocido que el cuerpo que él lleva al presente, siendo de la misma clase de las cosas sensibles, forma en efecto alrededor de él un velo tenebroso, que oculta a su vista la verdadera luz, y que es a la vez la fuente continua de sus ilusiones y el instrumento de sus nuevos crímenes.

En su origen, el hombre tenía entonces por Ley reinar sobre la región sensible, como él lo hace todavía hoy, pero, como él estaba entonces dotado de una fuerza incomparable, y no tenía ningún impedimento, todos los obstáculos desaparecían ante él.

Hoy, él no tiene ni con mucho las mismas fuerzas, ni la misma Libertad, y sin embargo él está infinitamente más cerca del peligro, de forma que en el combate que él sostiene ahora, no se puede expresar la desventaja a la cual él está expuesto.

Sí, tal es la afrentosa situación del hombre actual. Cuando el Decreto fulminante fue pronunciado contra él, no le quedó de todos los dones que había recibido, mas que una sombra de Libertad, es decir, una voluntad casi siempre sin fuerza y sin imperio. Todo otro poder le fue eliminado, y su reunión con un Ser sensible le redujo a no ser mas que un conjunto de dos causas inferiores, en similitud de aquellas que gobiernan todos los cuerpos.

Yo digo en similitud y no en igualdad, porque el objeto de las dos naturalezas del hombre es mas noble, y sus propiedades bien diferentes; pero, en cuanto al acto y al ejercicio de sus facultades, ellas experimentan la una y la otra absolutamente la misma Ley, y las dos causas inferiores que componen al hombre de hoy, no tienen, por decir así, más fuerza por ellas mismas, que las dos causas inferiores corporales.

El hombre, es cierto, en calidad de Ser intelectual, ha tenido siempre sobre los Seres corporales la ventaja de sentir una necesidad que les es desconocida; pero él no puede mejor que ellos procurarse el consuelo: él no puede mas que por él mismo vivificar sus facultades intelectuales, que ellas no han podido animar su Ser; es decir, que él no puede mas que ellos estar sin la causa activa e inteligente, sin la cual nada de lo que está en el tiempo puede actuar eficazmente.

¿Qué frutos el hombre podría entonces producir hoy, si en la impotencia que nosotros le conocemos, él creía no tener otra Ley que su propia voluntad, y si él se esforzaba en marchar sin ser guiado por esta Causa activa e inteligente de la que él depende a pesar de sí mismo, y de la cual él debe esperar todo, así como los Seres corporales entre los cuales él está tan tristemente confundido?

Es cierto que entonces sus propias obras no tendrían ningún valor, ni ninguna fuerza, porque ellas estarían destituidas del único apoyo que podría sostenerlas; y las dos causas inferiores de las que él se encuentra actualmente compuesto, combatiéndose sin cesar en él, no harían mas que agitarlo, y abismarlo en la más adversa incertidumbre.

Semejante a las dos líneas de un ángulo cualquiera, que pueden bien moverse cada una en sentido contrario, alejarse, aproximarse, confundirse, y colocarse una sobre la otra, pero que no pueden jamás producir ninguna especie de figura, si no se le une una tercer línea; porque esta tercer línea es el medio necesario que fija la inestabilidad de los dos primeros, que determina su posición, que las distingue sensiblemente una de la otra, que constituye en fin una figura, y sin contradicho la más fecunda de todas las figuras.

He aquí sin embargo cuales son diariamente las falsas tentativas del hombre, es la de trabajar en una obra imposible, es decir, de querer formar una figura con dos líneas, concentrándose en la acción de las dos causas inferiores que componen hoy su naturaleza, y esforzándose continuamente en excluir esta Causa superior, activa e inteligente, de la que no puede prescindir absolutamente. Así, a pesar de la evidencia de la necesidad que él tiene, él va alejándose de ella, de ilusión en ilusión, sin poder jamás encontrar el punto que debe fijarla, porque no hay obra perfecta sin el concurso de este tercer Principio; y si se quiere saber la razón, es que desde el instante que se está en TRES, se está en CUATRO.

3-De las diversas instituciones

Reflexionando entonces sobre la incertidumbre adversa en la que él se encuentra, él se asombra del desorden que acompaña todos sus pasos, y pronto niega la Existencia de este Principio de orden y de paz que él ha desconocido por negligencia o por mala fe.

Mas algunas veces también, impulsado por la fuerza de la Verdad, él murmura contra este mismo Principio que él había primero rechazado, y por esto nos demuestra él mismo la certeza de todo lo que nosotros hemos dicho sobre las

variaciones y las inconsecuencias de todo Ser, cuyas facultades no están reunidas o fijadas por su lazo natural.

Lejos de creer que todos los errores del hombre produzcan el menor daño a esta Causa de la cual él se aleja, nosotros debemos estar actualmente bastante instruidos sobre su naturaleza, para saber que él sufre solo por sus errores; porque en calidad de Ser libre, él solo es el culpable; nosotros debemos saber que cuando esta Causa inalterable en sus facultades como en su Esencia, extiende sus rayos hasta el hombre, ellos lo purifican y no son ensuciados.

Nosotros entonces vamos a proseguir nuestra marcha, y a esclarecer las dificultades que detienen a los Observadores, cuando ellos quieren solos y sin guía, lanzar sus ojos sobre todas las instituciones de la Tierra, sea aquellas que los hombres han establecido ellos mismos, sea aquellas a los que ellos atribuyen un origen más elevado. Es bien por esto que estos hombres ciegos, no sabiendo desenredar lo que hay de arbitrario, y lo que hay de real, han hecho de lo uno y de lo otro un monstruoso ensamblaje, capaz de oscurecer las nociones más luminosas. Este es también, no lo dudamos, uno de los objetos más interesantes para el hombre, y en el cual le interesa esencialmente no cometer errores, porque es allí dónde él debe aprender a dominar las facultades que la componen.

4-Fuente de las falsas Observaciones

Examinemos porqué, por las observaciones que los hombres han hecho sobre las diferentes prácticas, usos, costumbres, leyes, religiones, cultos, que han variado en todos los tiempos entre las diferentes Naciones, ellos han sido inducidos a pensar que no había nada de verdadero, y que todo siendo arbitrario y convencional entre los hombres, sería una ilusión admitir deberes a cumplir, y algún orden natural y esencial que le deba servir de antorcha.

Si fuera verdad que todo fuese convencional, como ellos lo pretenden, ellos tendrían razón de extraer esta consecuencia, porque entonces, no teniendo para ellos mismos ninguna distinción entre el bien y el mal, todos sus pasos devendrían indiferentes, y ninguna persona estaría obligada a seguir reglas de conducta. Pero si el error viene de que los Observadores no han desentrañado en el hombre las dos facultades que le constituyen; si ellos han confundido en él lo intelectual y lo sensible, y que ellos hallan aplicado al primero todas las variaciones y las disparidades a las cuales el segundo se encuentra sujeto; si ellos han puesto el complemento a estos errores, confundiendo la misma Causa activa e inteligente con las facultades particulares del hombre, ¿podríamos dar alguna creencia a una doctrina tan poco profunda, y tan falsa?

Tal es sin embargo la marcha que ellos han seguido; es decir, que ellos no han casi nunca llevado su vista más allá de lo sensible; porque esta facultad sensible estando limitada, y privada del poder necesario para dirigirse ella misma, no presentará jamás mas que pruebas reiteradas de variedad, de dependencia y de incertidumbre; es entonces por ella únicamente, y por su renuncia a su propia Ley, que deben introducirse todas las diferencias que nosotros podemos remarcar aquí abajo.

En efecto, todas las ramas del orden civil y político que reunieron los diferentes Pueblos, ¿no tienen ellas otro objetivo que la Materia? La parte moral misma de todos sus establecimientos, ¿no se eleva más allá de este orden humano y visible? No existen instituciones por más virtuosas que sean que no se hallan reducido ellas mismas a reglas sensibles, y a Leyes exteriores, porque en todas estas cosas, los Institutores habiendo marchado solos y sin guía, es el único término donde ellos hubiesen podido llevar sus pasos.

5-De la Institución Religiosa

La facultad intelectual del hombre no está entonces para nada en estos hechos, y menos todavía en las observaciones de las que ellas han sido el objeto tan frecuente. Así nosotros debemos precavernos bien de adoptar los juicios que se originan, antes de haber examinado hasta dónde se extienden sus consecuencias, y si ellos son aplicables a todo. Porque sin eso, nos sería imposible admitirlos, porque una Verdad debe ser universal.

Comencemos por observar la Institución más respetada y la más universalmente esparcida entre todos los Pueblos, aquella que ellos observan con razón como no debiendo ser la obra de sus manos. Es bien claro, por el celo con el cual toda la tierra se ocupa de este objeto sagrado, que todos los hombres tienen en ellos la imagen y la idea. Nosotros percibimos entre todas las Naciones una uniformidad entera sobre el Principio fundamental de la Religión; todas reconocen un Ser superior, todas reconocen que es necesario orarle, todas le oran; todas sienten la necesidad de una forma para orarle; todas le han dado una; y jamás la voluntad del hombre ha podido negar esta verdad, ni poner otra en su lugar.

6-De las falsas Religiones

Sin embargo los cuidados que los diferentes Pueblos se dan para honrar al primer Ser, vemos, como todas las otras instituciones, diferencias y cambios sucesivos y arbitrarios, en la práctica como en la teoría; de suerte que entre todas las Religiones, no se conocen dos que lo honren de la misma manera. Porque, yo lo pregunto, esta diferencia ¿podría ella haber tenido lugar, si los hombres hubiesen tomado la misma guía, y que ellos no hubiesen perdido de vista la sola luz que podía iluminarlos, y conciliarlos? Y esta luz ¿es ella otra cosa que esta Causa activa y superior que debería tener el equilibrio entre sus facultades sensibles e intelectuales, y sin la cual le resulta imposible dar un solo paso con exactitud?

Es entonces ella quien debe nutrir en el hombre la idea primitiva de un Ser único y universal, así como el conocimiento de las Leyes a las cuales este Ser sujeta la conducta de los hombres hacia él, cuando le permite aproximarse. Es entonces alejándose de esta luz, que el hombre se encuentra librado a sus propias facultades, y entonces estas facultades mismas se debilitan, y se borran casi enteramente en él; la oscuridad los recubre con un velo espeso, que sin el socorro de una mano benefactora, él no podría liberarse jamás.

Y sin embargo, aunque el hombre esté entonces abandonado a sí mismo, él está siempre obligado a VIAJAR. Esto es lo que hace, que en medio de esta terrible ignorancia, estando siempre atormentado por la idea y la necesidad de

este Ser, del que se siente separado, él torna hacia él ojos inciertos, y lo honra según su pensamiento; y aunque él no sepa más que el homenaje que ofrece, es verdaderamente lo que este Ser exige, él prefiere darle uno tal como él lo concibe, a la secreta inquietud y al lamento de no darle nada.

Tal es en parte, el Principio que ha formado las falsas religiones, y que ha desfigurado aquella que toda la tierra tendría que seguir; entonces podríamos ser sorprendidos de ver tan poca uniformidad en los usos piadosos del hombre y en su culto; de verlo producir todas estas contradicciones, todas estas prácticas opuestas, todos estos ritos que se combaten, y que en efecto no presentan nada de verdadero para el pensamiento. ¿No es allí donde la imaginación del hombre no teniendo mas freno, todo es la obra de su capricho y de su ciega voluntad? ¿No es por eso, por consecuencia, donde todo debe parecer indiferente a la razón, porque ella no ve mas relación entre el Culto, y el Ser al cual los Institutores y sus partisanos quieren aplicarla?

Mas yo pregunto si la mayor parte de estas diferencias, y aún de estas contrariedades palpables, caen sobre otra cosa que sobre lo que está sometido a los ojos corporales del hombre, es decir, sobre lo sensible. Entonces, ¿qué se podría concluir contra el Principio, cuando ellas no se ocupan del mismo? Este Principio no sería por completo también inalterable y también intacto, cuando el pensamiento tenebroso del hombre introdujo variedades hasta en la teoría y en los dogmas; porque, mientras que el hombre no está iluminado mas que por su sola llama, y sostenido de su solo apoyo, él no puede tener más certidumbre de la pureza de su doctrina, que de la justicia de sus acciones; y en fin, de cualquier naturaleza que sean sus errores, ¿podrían ellos nada jamás contra la Verdad?

Si el error continúa en los Observadores y los hace ciegos, es entonces siempre una falla distinguir el hombre así desmembrado, y que no emplea mas que una parte de sí mismo, con el hombre que le se sirve de todas sus facultades; es una falta distinguir la fuente desfigurada de donde el hombre extrae sus producciones informes, con aquella que él habría debido poseer, que nos lo anuncia como incapaz de conocer nada de fijo y de seguro.

7-Verdades independientes del Hombre

Veamos sin embargo hasta dónde el poder particular del hombre puede extenderse, cuando se da a sí mismo; no le acordemos mas que los derechos que le pertenecen, y examinemos si no hay nada más allá de lo que hace y de lo que conoce.

Primeramente, nosotros hemos visto, que a pesar de todos sus razonamientos sobre la Naturaleza, los hombres estaban obligados a someterse a sus Leyes; nosotros hemos hecho conocer bastante que las Leyes de esta Naturaleza eran fijas e invariables, aunque por una seguida de las dos acciones que están en el Universo, su realización fuese con frecuencia trastornada.

He aquí entonces ya una verdad sobre la cual toda la arbitrariedad el nombre no tiene el menos asidero. No hay más tiempo para objetarme estas sensaciones, estas impresiones de toda especie, que hacen los diferentes cuerpos sobre

nuestros sentidos, y que varían en cada individuo, de donde la multitud se cree fundada a negar que hubiese alguna regla en la Criatura. Nosotros hemos prevenido la objeción anunciando que la Naturaleza no podía actuar mas que por relación.

Nosotros podríamos todavía fortificar este principio, diciendo que esta Ley de relación no está mas sometida a la arbitrariedad del hombre que de la Naturaleza ella misma, y que no somos los amos para cambiar nada de los efectos; porque desviarlos y prevenirlos, no es cambiarlos por completo, es al contrario confirmar tanto mas su estabilidad.

Nosotros sabemos entonces ya con evidencia, que hay en la Naturaleza corporal, una Potencia superior al hombre, y que lo sujeta a sus Leyes; nosotros no podemos dudar de su existencia, aunque los cuidados que el hombre ha tomado para conocer y explicar esta potencia, le hayan hecho obtener tan raramente luces y éxitos benéficos.

En segundo lugar, recordemos cómo hemos demostrado la debilidad y la enfermedad de la Naturaleza, relativa a los Principios de donde ella ha sacado su origen, y de donde ella saca diariamente su subsistencia y su reacción, nosotros vemos entonces que si el hombre está sometido a esta Naturaleza, con mas fuerte razón lo estará a los Principios superiores que la dirigen y que la sostienen; y aunque halla también concebido poco su potencia que aquella de la Naturaleza, su propia razón le impediría negarle existencia, cuando su sentimiento no vendría a apoyarlo.

¿Qué producirá entonces todo esto que él podría hacer, imaginar, decir, instituir contra las Leyes de estos Principios superiores? Ahora aunque ellos sean lo más ligeramente alterados, ellos no hacen mas que mostrar mas su fuerza y su potencia, dejando al hombre que se aleje, librado a sus propias dudas y a las incertidumbres de su imaginación, y sujetándolo a rastrear tanto como él quiera desconocerlas.

No es necesario nada más que estas observaciones para probar la insuficiencia del hombre que no tiene más que lo sensible por regla y por guía; porque, si la impotencia que nosotros observamos en la Naturaleza corporal, nos impide absolutamente atribuirle los hechos que ella opera: si el hombre por su propia razón pueda llegar a sentir la necesidad indispensable del concurso de una Causa activa, sin la cual los Seres corporales no tendrían ninguna acción visible, no hay entonces necesidad más que de él mismo para confesar la existencia de esta Causa activa e inteligente, y para llegar más allá a la Causa primera y única, que para producir fuera de ella todas las causas temporales destinadas a la realización de sus obras, y a la ejecución de sus voluntades.

Yo he anunciado esta Causa activa e inteligente como teniendo una acción universal, tanto sobre la Naturaleza corporal como sobre la Naturaleza pensante. Esta es, en efecto, la primera de las causas temporales, y aquella sin la cual ninguno de estos Seres existentes en el tiempo, puede subsistir; ella actúa sobre ellos por la Ley misma de su esencia, y por los derechos que él le

da su destino en el Universo. También, sea que los Seres que habitan este Universo lo conciban o no, no hay uno solo que no reciba de su socorro, y porque ella es activa e inteligente, es necesario que los Seres pensantes participen de sus favores, como los Seres que no lo son.

He aquí entonces porqué yo he dicho que todos los Pueblos de la tierra habían reconocido necesariamente un Ser superior. Ellos no han hecho todas las distinciones que yo vengo de establecer entre las diferentes causas; ellos no han distinguido esta Causa activa e inteligente, de la Causa primera que es absolutamente separada de lo sensible y del tiempo; del mismo modo con frecuencia ellos han confundido con las causas inferiores de la Creación, a las cuales ellos han algunas veces dirigido sus homenajes; también ellos no han recibido de su culto los socorros que ellos habrían podido esperar, si su marcha hubiese sido más iluminada. Pero este tema nos llevaría mucho más lejos.

Limitémonos entonces a hacer observar que la acción de esta Causa activa e inteligente, habiendo sido universal, el hombre a debido, por el sentimiento y por la reflexión, llegar a reconocer la necesidad; y de cualquier manera que lo halla propuesto, él no ha podido equivocarse más que sobre la verdadera naturaleza de esta Causa, pero jamás sobre su existencia.

Habiendo hecho el hombre esta confesión, no ha podido dispensarse de proseguir su marcha; su sentimiento y sus propias reflexiones lo han dirigido en el segundo paso, como ellos lo habían hecho en el primero; aunque conduciéndose todavía por él mismo en este nuevo sendero, él no ha podido encontrar mas que certeza, ni luces más evidentes.

Pero en fin, cualesquiera que hayan sido sus descubrimientos, tras haber reconocido una Causa superior en la Naturaleza, tras haber aún reconocido que ella era superior a su pensamiento, él no ha podido dejar de confesar que debían haber Leyes por las cuales ella actuaba sobre eso que le estaba sometido, y que si los Seres que debían esperar todo de ella no cumpliesen estas Leyes, él no podría esperar ninguna luz, ninguna vía, ningún sostén.

Él fue llevado a estas consecuencias, por sus observaciones sobre la marcha de la Naturaleza corporal misma, a la cual él está ligado; él vio, por ejemplo, que si se transgredían estas Leyes, por los tiempos y los procedimientos de la cultura, la tierra no le daba más que productos imperfectos y malsanos; él vio que si no observaba el orden de las Estaciones, y una precisión exacta en todas sus combinaciones, los resultados eran sin fruto y sin éxito. Es por eso que él se instruyó sensiblemente que esta Naturaleza corporal estaba dirigida por Leyes, y que estas Leyes tenían esencialmente a la Causa activa e inteligente, de la cual todos los hombres sienten la necesidad.

8-De la diversidad de las Religiones

Haciendo enseguida la misma reflexión por relación a su Ser pensante, él se ha dado cuenta que no podía hacer nada sin la Causa primera, era de su interés, de poner todos sus cuidados para hacerla favorable; él ha concebido que ya que esta Causa podía velar sobre él e interesarse en su propio bien, ella debió haber establecido medios para preservarlo del mal; que por consecuencia, los

actos que eran ventajosos a los hombres, debían complacer a esta Causa, y que aquellos que podían perjudicarlo, no estaban conformes a su Ley, que es la de hacer felices a todos los Seres, para que ellos no puedan hacer nada mejor que actuar siempre según su deseo y su voluntad.

Pero el hombre no pudiendo solo profundizar si el culto que él imaginaba, tenía una relación cierta, tanto con él mismo, como con el Ser primero que él quería honrar, cada uno adoptó a su voluntad los medios que creía más apropiados para hacerlo favorable, y todos los Pueblos, que no se conducen mas que por ellos mismos en la búsqueda de esta institución, han establecido aquella que su imaginación, o alguna circunstancia particular han hecho nacer en su pensamiento.

He aquí la razón por la cual todas las naciones de la tierra han estado divididas, sea en las ceremonias de su culto, sea en la idea y la imagen que ellas se han formado de aquel que debía ser el objeto de este culto. He aquí también porqué, a pesar de su división sobre las formalidades de este mismo culto, ellas están todas de acuerdo sobre la necesidad de darle una; y esto, porque todos han conocido la existencia de un Ser superior, y que todas han sentido la necesidad y el deseo de tenerla por apoyo.

9-Del cielo sin Luz

Si los hombres así librados a ellos mismos, hubiesen podido aportar tanto de virtud y buena fe como de celo, en sus establecimientos, cada uno de ellos hubiese seguido en paz el culto que hubiese adoptado, sin deprimir aquellos donde él hubiese percibido diferencias. Mas como el cielo sin luz no hace mas que llevarnos rápidamente al error, ellos han dado exclusivamente la preferencia a su obra; el mismo principio que los había hecho marchar solos para establecer un culto, los ha conducido a considerar este culto como el único verdadero; ellos han creído cumplir mejor los deberes, no dejando subsistir ningún otro; ellos han hecho un mérito con su ídolo, el combatirse y perseguirse mutuamente, porque en sus puntos de vista tenebrosos, ellos habían unido su propia causa a la suya, y no existe casi ninguna Nación que no halla creído honrar al Ser superior, proscribiendo los cultos diferentes de aquel que ella había elegido.

Esta es, como se sabe, una de las causas principales de las guerras, sean generales, sean particulares, y los desórdenes que se ve todos los días perturbar las diversas clases que componen los Cuerpos políticos, y aún tirar abajo los Imperios mejor establecidos, aunque hay en ellos una infinidad de otras causas de división bastante comunes y muy sutiles para que yo me ocupe de hacer, ni la enumeración, ni el examen en esta Obra.

Ahora, todos estos errores y todos estos crímenes que los hombres han hecho en nombre de su Religión, vienen ellos de otra fuente que de aquella que se ha puesto en lugar de la mano esclarecida que debía conducirlos, y que ellos han creído ser guiados por un Principio verdadero, mientras que ellos no lo eran mas que por ellos mismos.

Es necesario entonces concluir primero de lo que acaba de preceder, que todos los hombres, por el único socorro de sus reflexiones, y por la voz de su sentimiento interior, no han podido impedir reconocer la existencia de un Ser superior cualquiera, lo mismo que la necesidad de un culto hacia él; esta es una idea que el hombre no puede borrar enteramente en él mismo, aunque ellos se oscurece tan frecuentemente en la mayor cantidad de personas.

Y ciertamente, debemos sorprendernos poco, si han dejado extinguir en ellos la idea misma de su Ser, y que las facultades interiores se encuentren debilitadas, que ellos se hayan creído mortales y perecederos.

10-Del móvil del Hombre

Mas es necesario concluir igualmente que si esta idea de la existencia de un Ser superior y de la necesidad de un culto, está en la esencia del hombre, es también el último término a donde él puede llegar completamente solo aquí abajo; estos son los únicos frutos que pueden provenir de su facultad sensible, y de su facultad intelectual librada a sus propios esfuerzos. Este sentimiento es un germen fundamental en el hombre; pero si ninguna potencia viene a reaccionar en este germen, él no puede manifestar nada sólido, y de repente sobre sus producciones no habría ninguna consistencia, lo mismo que los gérmenes de los Seres corporales permanecerían sin acción y sin producción, si una Causa activa e inteligente no dirigiera la reacción y generalmente todos los actos que le conciernen.

Nos persuadiremos mucho más todavía de la verdad de este pensamiento, cuando nosotros reflexionemos sobre la naturaleza y las propiedades de la Causa inteligente y activa; ella es distinta de la Causa primera, ella es el primer agente, ella no da los gérmenes a los Seres corporales, pero ella los anima; ella no da las facultades intelectuales y sensibles al hombre, pero ella los dirige y los ilumina. En una palabra, siendo la primera, y la soberana de todas las Causas temporales, ella está cargada sola de conducir las, y no hay una que pueda estar sin su socorro, y que lo sea sometida.

Así que si es por ella exclusivamente que las cosas se manifiestan, nada sin ella podría devenir sensible; ahora, no pudiendo conocer aquí abajo mas que por lo sensible, cómo tendríamos éxito nosotros, si esta misma Causa activa e inteligente no actuara ella misma con nosotros, y no operara lo que ella sola puede operar en el Universo?

Nosotros vemos entonces cual es la necesidad absoluta de que las dos facultades del hombre sean siempre guiadas y sostenidas por esta Causa temporal, universal; ella no dará al hombre la idea del Ser primero del cual ella es la primera Causa actuante, pero ella hará conocer al hombre las facultades de este Ser primero, manifestándolas mediante producciones sensibles; ella no dará mas al hombre la idea de un culto hacia este Ser primero, sino que ella iluminará sus ideas sobre este objeto, y haciéndole sensibles las facultades de este Ser primero, ella lo hará igualmente sensible los medios seguros de honrarlo.

Aquí es donde yo veo cesar todas las dudas del hombre, y todas las variaciones que son su consecuencia: esta Causa activa e inteligente siendo propuesta para actuar y dirigir todo, no puede faltar de conciliarlo todo, cuando su poder sea empleado; y el solo y único medio que el hombre tiene de no equivocarse, es el de no excluir ninguno de sus actos, ninguna de sus instituciones, ninguno de sus establecimientos, como ella no está excluida de ninguno de los actos regulares de la Naturaleza. Entonces el hombre estará seguro de conocer las verdaderas relaciones de lo que busca; no habrá más disparidad entre las Religiones de los Pueblos; porque ellas tendrán todas la misma luz; no habrá entre ellos dificultades sobre los dogmas, ni sobre el culto, porque ellos conocerán la razón primera de las cosas; en una palabra, todo estará de acuerdo, porque cada uno marchará según la verdadera Ley.

11-De la Unidad en el Culto

Nosotros no podemos dudar mas de que la razón de todas estas diferencias que las naciones nos ofrecen en sus dogmas y en su culto, no vienen mas que de sus instituciones, ellas no están apoyadas por esta Causa activa e inteligente que solo debe conducir las, y que puede sola reunir las; nosotros no podemos dudar mas, dije, que su Luz no sea el único punto de reunión; que fuera de ella no hay otra esperanza que el error y el sufrimiento, y que no sea para ella a quien conviene esencialmente y por naturaleza, esta verdad invencible que fuera de su centro no tiene nada donde fijarse.

No se supondrá, yo espero, tras esta exposición, de querer establecer la igualdad y la indiferencia entre los diversos cultos que están en uso entre los Pueblos de la tierra, y mucho menos todavía de querer enseñar la inutilidad de un culto. Al contrario, yo anuncio que no hay un Pueblo que no halla sentido la necesidad, yo anuncio además que este culto debió existir tanto tiempo como hubo hombres sobre la tierra; pero que como ellos no estuvieron sostenidos por un apoyo que le sea común, es inevitable que ellos estén divididos, y por consecuencia, será imposible que ellos alcancen el objetivo que se habían propuesto. Así, no solamente yo mantengo la necesidad de un culto, sino que hago ver además claramente la necesidad de un solo culto, porque es un solo Jefe, o una sola Causa que debe dirigirla.

No se me debe preguntar actualmente , cual es aquel de todos los cultos establecidos, el que es el verdadero culto; el principio que yo vengo de exponer debe servir de respuesta a todas las preguntas sobre este tema. El culto que será dirigido por esta Causa activa e inteligente, será necesariamente justo y bueno: el culto donde ella no presida, será ciertamente nulo o malo: he aquí la regla. Es a aquellos que, entre las diferentes naciones, están encargados de instruir a los hombres y conducirlos en la carrera, a confrontar sus estatutos y su marcha con la Ley que nosotros les presentamos; nuestro objetivo no es juzgar los cultos establecidos, sino de poner a los Jefes y los Ministros en estado de juzgarse ellos mismos.

Yo debo esperar una objeción muy natural, relativa a esta Causa activa e inteligente que yo he hecho conocer como Clave principal y única de todo lo que debe operar generalmente en el Universo. Los hombres pueden bien convenir la necesidad de la acción de esta Causa sobre los Seres corporales;

ellos mismos no pueden dudar que ella no tenga lugar, por la regularidad y la uniformidad de los resultados que provienen: pero, se me dirá, cuando del mismo modo ellos vengán a convenir también en la necesidad de la acción de esta Causa, para dirigir toda la conducta de los hombres, ¿qué medios tendrían ellos para saber cuando ella preside o no? Porque sus dogmas y sus establecimientos en este género, no tienen la menor uniformidad, les es necesario absolutamente otra Ley que aquella de la opinión, para asegurarse que ellos están en el verdadero camino.

12-Incertidumbre del Hombre

Es aquí que el hombre muestra su debilidad y su impotencia, y es al mismo tiempo por eso que él da tanta más fuerza a aquello que nosotros hemos dicho; porque, si el hombre puede por sí mismo elegir y fijar su culto, el poder de la Causa activa e inteligente, que yo reconozco como indispensable, se convertirá entonces en superflua por este objeto.

Sin embargo, si esta Causa activa e inteligente no puede ser jamás conocida sensiblemente por el hombre, él no podría jamás estar seguro de haber encontrado la mejor ruta, y de poseer el verdadero culto, porque es esta Causa que debe operarlo todo, y manifestarlo todo; es necesario entonces que el hombre pueda tener la certidumbre de la que hablamos, y que no sea el hombre quien la ha dado; es necesario que esta Causa misma ofrezca claramente a la inteligencia y a los ojos del hombre, los testimonios de su aprobación; es necesario en fin, si el hombre puede ser engañado por los hombres, que él tenga medios de no engañarse a sí mismo, y que él tenga bajo la mano recursos de donde él pueda esperar socorros evidentes.

13-Regla del Hombre

Los Principios que yo he tan frecuentemente establecido, nos prueban bastante la certeza de lo que yo digo. ¿No hemos ya reconocido muchas veces que el hombre era libre? Como tal, ¿no es él responsable de los efectos buenos o malos que deben resultar de su elección entre los pensamientos buenos o malos que le llegan? ¿Sería él responsable, si no tuviera la facultad de desenredarlos son error? Nosotros vemos entonces que de todos los actos que él produce, no hay ninguno que no sea tenido esencialmente para confrontarse con su regla, y que, tanto como él no quiera la conformidad con esta regla, él no estará absolutamente seguro de nada.

Porque, cual puede ser esta regla, sino la confesión y la adhesión de la Causa activa e inteligente, que siendo propuesta para dirigir todos los Seres sometidos al tiempo, debe visiblemente poner el equilibrio entre las diferentes facultades del hombre, como lo puso entre las diferentes acciones de los Seres corporales, o de la Materia.

Porque, si ella está propuesta para dirigir las facultades del hombre, ¿no ha de dirigir las acciones con mas fuerte razón? Y, entre estas acciones, cierto, la menos indiferente es aquella por la cual se debe observar fielmente las Leyes que pueden conciliarlo con el primer Principio, y aproximarle a este Ser al cual él siente universalmente que le debe homenajes. Y, si la Causa activa e inteligente es el sostén infalible que debe apoyar al hombre en todos sus

pasos, si ella es la luz segura que debe dirigir todos sus actos de su Ser pensante, resulta de toda necesidad que esta guía universal viene a preceder la institución del culto del hombre, como a todas sus otras acciones , y que él preside de una manera que pone su voz y su testimonio al abrigo de toda incertidumbre.

La cuestión no está todavía resuelta, yo lo sé; y decir que es la necesidad que la Causa activa e inteligente fija ella misma las Leyes de nuestros homenajes hacia el primer Principio, no es probar que ella lo haga. Pero, tras haber anunciado de dónde el hombre debe extraer esta prueba, no se puede esperar otras indicaciones de mi parte. Yo no citaré siquiera mi propia y personal experiencia, por alguna confianza que yo debo aportar. Hubo un tiempo en que yo no habría añadido ninguna fe a las verdades que yo podría certificar hoy. Yo sería entonces injusto e inconsecuente de querer persuadir a mis Lectores; no, yo no temo repetirlo, yo deseo sinceramente que ninguno de ellos crea en mi palabra, porque, como hombre, yo no tengo derecho a la confianza de mis semejantes; pero yo estaría en el colmo de mi gozo, si cada uno de ellos pudiera tomar una idea bastante grande de él mismo y de la Causa que vela por él, para esperar que por su perseverancia y sus esfuerzos, le sería posible asegurarse de la verdad.

Yo sé que por métodos sabios y fuera de la mirada del vulgo, los Jefes y los Ministros de casi todas las religiones han anunciado los dogmas con prudencia, y sobre todo con una reserva que no se puede alabar bastante; penetrados sin duda de la sublimidad de sus funciones, ellos han sentido cuanto la multitud debía permanecer alejada, y es seguramente por eso, que siendo depositarios de la clave de la Ciencia, ellos han querido mejor llevar a los Pueblos a tener por ella una veneración tenebrosa, antes que exponer los secretos a la profanación. Si es cierto que estos han sido sus motivos, yo no los puedo condenar. La sombra y el silencio son los asilos que la verdad prefiere; y aquellos que la poseen, no pueden tomar muchas precauciones para conservarla en su pureza; pero no puedo dejar de imaginar que ellos han temido también impedir su expansión, que ellos se han ocupado de hacerla fructificar, para dedicarse a defenderla, y no para enterrarla; en fin, que encerrándola con mucho cuidado, ¿no sería faltar a su objetivo, que es el de extenderla y triunfar?

14-De los Dogmas Misteriosos

Yo creería entonces que ellos habrían actuado muy sabiamente, si ellos hubiesen profundizado mas esta palabra MISTERIO, de la que ellos han hecho una muralla para sus religiones. Ellos podrían extender bien velos sobre los puntos importantes, anunciando el desenvolvimiento como el precio del trabajo y de la confianza, y experimentar para sus prosélitos , ejerciendo a la vez su inteligencia y su celo; pero ellos no debían hacer estos descubrimientos tan impracticables que el Universo fuese descorazonado; ellos no debían hacer inútiles las más bellas facultades del Ser pensante, que habiendo tomado nacimiento en la estancia de la luz, era ya bastante infeliz de no habitar cerca de ella, sin que se le ocurriera todavía la esperanza de percibirla aquí abajo; en una palabra, yo habría en su lugar, anunciado un Misterio como una verdad

revelada, y no como una verdad impenetrable, y yo tengo la felicidad de tener la prueba de que esta definición habría valido mejor.

Nada me impedirá entonces perseverar en los principios que yo me esfuerzo en recordar a los hombres, y de asegurar a mis semejantes que no solamente la Causa activa e inteligente debe necesariamente dirigirlos en todos sus actos, y por consecuencia en aquellos que tienen relación al culto, pero todavía, que está en su poder el asegurarse por ellos mismos, y aquello de una manera que no da lugar a dudas.

En efecto, no hay más que observar la conducta de las diferentes Naciones, para percibir cuales han mirado su culto como estando fundado sobre la base que yo vengo de establecer. ¿No es así con qué ardor ellas han defendido sus ceremonias y sus dogmas religiosos? ¿Cada una de ellas no ha sostenido su religión, con tanto celo e intrepidez, como si ella hubiese tenido la certeza que la verdad misma la había establecido?

Más aún, este nombre de verdad ¿no es la muralla de todas las Sectas y de todas las Opiniones? ¿No se ha visto a los mismos Ministros de las más grandes abominaciones, envolverse con este nombre sagrado, sabiendo bien que por eso ellos se impondrían más seguramente a los Pueblos? ¿Por qué entonces esta obra sería ella tan universal, si el Principio no estuviese en el hombre? Por qué, aún en sus errores, buscaría apoyarse en un nombre que impone, si él no conociese interiormente que este nombre es poderoso, y que él tiene necesidad? Y al mismo tiempo, porqué anunciaría que sus pasos están dirigidos por la verdad, si él no sintiese que ellos lo podrían ser?

Nosotros creemos estas observaciones suficientes, para convencer a nuestros Lectores de la necesidad y de la posibilidad del concurso de una Causa activa e inteligente en todas las acciones de los hombres, y principalmente en el conocimiento y la práctica de las Leyes que deben dirigir sus homenajes hacia el primer Ser, que ninguno de entre ellos puede desconocer de buena fe.

Así, desde que por su naturaleza, la Ley les es impuesta de no marchar nunca sin este apoyo, y que luego de todos los Principios que se vienen de ver, le es posible obtener, es claro que ellos erraron sin cesar, y estarán expuestos a todo tipo de peligros, los cuales querrán actuar por ellos mismos. Entonces ellos serán mucho más condenables todavía de anunciarse a los otros hombres, como siendo guiados por esta verdadera luz, cuando ellos no tendrían la certeza.

Mas, cuales sean a este sujeto sus Errores o su mala fe, algunas bizarrías que ellos podrían introducir en sus instituciones religiosas, nosotros debemos reconocer bastante al presente, como ya lo he dicho, que no se puede concluir que no haya ni regla, ni verdad para el hombre. Nosotros debemos ver mas bien, que los errores de los hombres en este género, no pueden caer sobre otros objetos, que sobre lo exterior y lo sensible de sus Religiones, y que siendo inferiores y absolutamente subordinados al Ser primero, todas las opiniones y todas las contradicciones que ellos podrían dar lugar, no le harán jamás el menor daño.

Esta es la primer consecuencia que se debe inferir de todo lo que se viene de leer sobre la diversidad de las Religiones y de los cultos. Por eso el hombre sabio y acostumbrado a atravesar el envoltorio de las cosas, no debe dejarse seducir por la variedad de establecimientos de esta especie, ni ser agitado por las contradicciones universales de los hombres sobre este objeto. Él debe ver realmente cual es la fuente, y no dudar que si el hombre lleva en él la idea del primer Ser, él debe también tener un medio fijo y uniforme de testimoniarle que él lo conoce y que él le rinde homenaje, medio que debe ser uno y también inalterable como este Ser mismo, aunque los hombres se entienden mal cada día sobre la naturaleza de uno y del otro.

15-De la moral

Es allí al mismo tiempo donde nosotros podemos ver lo poco de confianza que merecen aquellos que pretenden probar una Religión por la Moral, y cuantos de ellos son dignos del poco éxito que ellos tienen ordinariamente. Porque la Moral, aunque siendo uno de los primeros deberes del hombre actual, no ha sido siempre enseñada por los Maestros bastante esclarecidos para aplicarla justo; ella casi siempre ha sido limitada al sensible corporal, y por lo tanto ella ha debido variar según los lugares, y según los diferentes hábitos en los cuales el hombre habrá hecho consistir su virtud: además esta Moral no siendo jamás mas que el accesorio de la Religión, incluso cuando ella es la más perfeccionada, quererla emplear para probar, es anunciar a la fe, y que no se conoce por las verdaderas pruebas, y hay necesariamente quienes llevan este título.

Yo no creo inútil, no mas, de hacer observar que es por eso que pecan las Doctrinas modernas, que reducen todas las Leyes del hombre a la Moral, y toda su religión a los actos de humanidad, o al alivio de las infelicidades en el orden material, es decir, a esta virtud tan natural y tan poco remarcable, de la que mi siglo intenta justificar sus sistemas, y que concentrando en el hombre en sus obras puramente pasivas, no es mas que un velo a la ignorancia, y pierde todo su valor a los ojos del Sabio. Esta virtud esta sin duda en el número de nuestras obligaciones, y ninguna persona debe ser negligente bajo ningún pretexto; pero no limitaríamos exclusivamente todos nuestros deberes, a actos temporales y sensibles, si no se estuviera persuadido que las cosas sensibles y el hombre son del mismo rango y de la misma naturaleza.

Tras el resultado que nosotros venimos de percibir, debemos esperar un segundo, que nos puede ayudar a combatir y a reversar otro error, al cual los Observadores se dejan llevar sobre el mismo tema y que tiene naturalmente la misma fuente.

En efecto, si según ellos, el conocimiento de un Ser superior, objeto de un culto, así como aquella de la necesidad de este culto, no fueran innatos en el hombre, se deduciría que el origen y nacimiento de las instituciones religiosas serían completamente indecisas; habría además una dificultad irremontable de saber de qué manera, o en qué tiempo, ellas hubieron sido imaginadas, porque entonces los hombres no teniendo por regla y por Ley mas que las revoluciones continuas de la Naturaleza, o los impulsos de su capricho y de su

voluntad, cada instante habría podido ser la época de una nueva religión, como cada instante habría podido negar las más antiguas, y sucesivamente destruir todas aquellas que están en honor sobre la tierra.

16-De la antigüedad de la Religión

En esta suposición, sería muy cierto que las instituciones de las que hablamos, no siendo mas que la obra de la debilidad o del interés, no solamente el hombre verdadero podría despreciarlas, sino aún él debería emplear sus esfuerzos, para eliminar hasta el menor rastro en él mismo y en todos sus semejantes.

Mas, tras haber asegurado todos nuestros principios, basándolos, como nosotros lo hemos hecho, sobre la naturaleza del hombre, tras haber reconocido la universalidad de una base fundamental a todas las Religiones de los pueblos, se debería estar suficientemente persuadido que este sentimiento nace con el hombre, y por lo tanto toda dificultad debería cesar sobre el origen de esta idea de un Ser superior o del culto que le es debido.

No se verá más en el acuerdo y la conformidad de las ideas de los Pueblos sobre estos dos puntos, que los frutos naturales de este germen indestructible, innato en todos los hombres, y que les ha hablado en todos los tiempos, aunque nosotros no podemos negar los usos bizarros y falsos que ellos han hecho casi siempre; se puede decir también de las Leyes uniformes que ellas deberían todas observar en su culto; porque, aunque por una funesta consecuencia de su Libertad, ellos se alejan y desconocen casi continuamente la Causa física superior, propuesta para dirigir este culto, así como todas sus otras acciones, se verá pronto que ellas jamás han sido privadas de la facultad de sentirla y escucharla, porque desde que ellas están ligadas al tiempo, esta Causa activa e inteligente, que vigila esencialmente sobre el tiempo, no ha podido jamás perderla de vista, como ellas mismas habrían todavía tenido esta ventaja a su respecto, si ellos no fuesen los primeros en huir y abandonarla.

Si queremos convencernos todavía mejor de las relaciones que se encuentran entre el hombre y estas verdades luminosas, de la que nosotros las anunciamos como depositario, no tenemos mas que reflexionar sobre la naturaleza del pensamiento; veremos pronto que siendo simple, única e inmutable, no puede haber mas que una sola especie de Seres que sean susceptibles, porque nada es común entre Seres de diferente naturaleza; nosotros veremos que si el hombre tiene en él esta idea primitiva de un Ser superior, y de una Causa activa e inteligente que ejecuta sus voluntades, él debe ser de la misma Esencia que este Ser superior y que la Causa que corresponde de uno al otro; nosotros vemos, dije, que el pensamiento les debe ser común, mientras que todos los Seres que no pueden recibir ninguna comunicación de este pensamiento, dando el menor testimonio, serán excluidos necesariamente de la clase de aquellos de los que hablamos.

17-De la afinidad de los Seres pensantes

Y es bien por esto que el hombre podría adquirir luces sobre él mismo, aprendiendo a distinguirse de todos los Seres pasivos y corporales que lo rodean. Porque, cualquier esfuerzo que él emplee para hacerse escuchar de

alguno de ellos, sobre los principios de la justicia, sobre el conocimiento de un Ser superior y de otros objetos que son del resorte de su pensamiento, él no percibirá en este Ser corporal y sensible ningún signo, ninguna demostración que le anuncie que él haya sido escuchado. Todo lo que él podrá obtener, y no todavía de todos los animales, es el de hacerle concebir y ejecutar los actos de su voluntad, sin que ellos entiendan sin embargo la razón; sin embargo, sería necesario, por la perfección de este comercio, que el hombre pueda recordar su lenguaje natural del que ha perdido el conocimiento; porque los medios fácticos de que él se sirve hoy para suplirse, no son mas que pruebas de su impotencia, y no sirven mas que para demostrarle que la grandeza no consiste en la industria, sino en la fuerza y en la autoridad.

Cuando el hombre al contrario, cesando de fijar sus ojos sobre los Seres sensibles y corporales, los reúne sobre su propio Ser, y que en el deseo de conocerle, él hace uso con cuidado de su facultad intelectual; su vista adquiere una extensión inmensa, él concibe y toca, por así decir, rayos de luz que él siente bien que están fuera de él, pero del cual él siente también toda la analogía con él mismo; ideas nuevas descienden en él, pero él se sorprende, admirándose, de no encontrarlas extrañas. Porque, ¿no se vería tanta relación con él mismo, si su fuente y la suya no fuesen semejantes? ¿Se encontraría él tan cómodo y tan satisfecho, a la vista de los destellos de la verdad que se comunican a él, si su Principio y el suyo no tuviesen la misma esencia?

Es esto lo que nos hace reconocer que el pensamiento del hombre siendo semejante a aquel del Ser primero, y a aquel de la Causa activa e inteligente, debió existir entre ellos una correspondencia perfecta desde el momento de la existencia del hombre. Entonces, si es verdaderamente sobre esta afinidad necesaria entre todo Ser pensante, que están fundadas todas las Leyes que deben dirigir al hombre, tanto en el conocimiento del Ser superior, como en aquel del culto que él debe rendirle, podemos ver al presente, con evidencia, cual ha debido ser el origen de la Religión entre los hombres, y si ella n es tan antigua como ellos mismos.

Sin embargo, la similitud que yo vengo de hacer entrever entre todos los Seres que están dotados del pensamiento, exige que yo haga remarcar en este momento, una distinción importante que escapa a la más grande parte de los hombres, lo que los retiene en espesas tinieblas, y los expone a los desprecios menos excusables.

En efecto, si ellos conceden el pensamiento a un Ser inmaterial, tal como el hombre, y admiten, como yo lo he hecho, que el Principio de la Materia es inmaterial, ellos verían también que este Principio tenía pensamiento, y no concebirían que se lo pudiera rechazar.

Por otro lado, si yo rechazo el pensamiento en el Principio inmaterial de la Materia, ellos no sabrían mas si no deberían rechazar también al Principio inmaterial del hombre, porque ellos no ven en estos dos diferentes Seres inmateriales, mas que una misma naturaleza, y por consiguiente, las mismas propiedades. Pero es siempre el mismo error del que abusan; es siempre para no querer desenredar dos naturalezas tan distintas, que ellos se dejan llevar a

las más grandes diferencias sobre este tema. Así que les recuerdo los primeros Principios sobre los cuales nosotros estamos ya apoyados.

Todos los Seres inmatrimales provienen mediatamente o inmediatamente, de la misma fuente, y sin embargo ellos no son iguales. Nosotros no podemos dudar de esta desigualdad de los Seres, porque el hombre, que es un Ser inmaterial, reconoce por encima de él, Seres inmatrimales a los cuales le debe homenaje y cuidados asiduos, como estando en su dependencia; él reconoce que aunque sea semejante a estos Seres inmatrimales, por su naturaleza inmaterial y por su pensamiento, sin embargo él es infinitamente inferior a ellos, ya que él puede perder el uso de sus facultades y extraviarse, mientras que los Seres que lo dominan están a cubierto de este funesto peligro.

18-Diferencias entre los seres pensantes

Lo mismo, el Principio de la Materia es inmaterial e indestructible como el Principio inmaterial del hombre, pero lo que pone entre ellos una distinción fuera de toda relación, es que uno tiene el pensamiento y el otro no lo tiene, y esto porque, como yo vengo de decir, el Ser inmaterial del hombre proviene inmediatamente de la fuente de los Seres, en lugar que el Ser inmaterial de la Materia que no proviene mas que mediatamente.

Yo no creo hacer una indiscreción confesando que es un NUMERO lo que los distingue, lo que será explicado luego. Yo creo al mismo tiempo hacer un servicio esencial a mis semejantes, induciéndoles a creer en Seres inmatrimales que no piensan. Porque muchos Observadores de mi tiempo han creído no ser mas Materialistas ya que han llegado a admitir y reconocer como yo, un Principio inmaterial en la Materia. ¿Pero el Materialismo consiste únicamente en no tener un conocimiento perfecto, ni una idea justa de la Materia y de su Principio? Y el verdadero Materialista no es mas bien, y no será siempre aquel que pone en la misma clase y en el mismo rango, al Principio inmaterial del hombre intelectual, y el Principio inmaterial de la Materia.

Yo no puedo entonces recomendar lo suficiente el no confundir las verdaderas nociones que nosotros hemos establecido en nosotros sobre estos objetos, y de creer en Seres inmatrimales que no piensan; es una distinción y una verdad que debe resolver todas las dificultades que se han enseñado sobre este objeto.

Si sin embargo todavía quedan dudas sobre el Pensamiento, que yo he presentado como debiendo ser común y uniforme en todos los Seres distintos de la Materia y de lo sensible, y que, para apoyar estas dudas, se objeta esta diferencia tan remarcable entre las facultades intelectuales de los hombres, que cada uno de ellos parece no ser en este género compartido mas igualmente que en las facultades corporales y sensibles; yo convendría con aquellos que tendrían esta incertidumbre, que en efecto, a juzgar según la diferencia universal que se percibe en las facultades intelectuales de los hombres, parece difícil de creer que ellas puedan tener todas una idea igual de su Ser, así como del culto el cual ellos tienen hacia él.

Pero nosotros jamás hemos pretendido que las ideas de todos, fuesen iguales sobre este objeto, nos es suficiente que ellas sean semejantes. No es necesario, no es aún posible que todos los hombres sientan igualmente su Principio, pero es constante que todos lo sienten, y que no hay nadie que no haya tenido una idea cualquiera. Este reconocimiento es todo lo que nosotros deseamos de su parte, y es a la Causa activa e inteligente a quien hay que dejarle el resto.

No será alejarme mucho de mi tema, detenerme un instante sobre la diferencia natural que nosotros percibimos en las facultades intelectuales del hombre, y será útil aprender a conocer lo que ellos habrían sido sin su origen primero, si se hubiese mantenido en su gloria, y lo que ellos son hoy que él ha descendido.

Cuando aún el hombre habría conservado todas las ventajas de su primer estado, es cierto que las facultades intelectuales de cada uno de los hombres de su posteridad habrían anunciado diferencias, porque estas facultades siendo todas el signo del Principio primero del que ellas emanan, y este Principio siendo siempre nuevo, aunque siempre el mismo, los signos que lo representan, deben manifestar por ellos mismos su renovación continua, y hacer conocer por eso tanto mas su fecundidad. Pero, más allá de estas diferencias hubiesen producido una imperfección, ni causado penas y humillaciones entre los hombres, ninguno de ellos se hubiese dado cuenta solo; muy ocupados en gozar, ellos no habrían tenido el placer de comparar, y aunque las medidas de sus facultades no hubiesen sido iguales, ellas habrían cada una satisfecho abundantemente a aquellos a quienes ellas habrían sido repartidas.

En el estado actual del hombre, al contrario, entre estas mismas desigualdades originales que han tenido siempre lugar, él está sujetado a aquellas que provienen de las Leyes de la región sensible que él habita, lo que hace mucho más penoso todavía el ejercicio de sus facultades primeras, multiplicando al infinito las diferencias. Sin embargo, no estando condenado a la muerte, o a la privación perpetua de estas mismas facultades primeras, la región elementaria no hace más que presentarle un obstáculo más, teniendo siempre la obligación indispensable de trabajar para superarla; en fin hoy, como en su primer estado, la medida de sus dones sería suficiente, si él tuviera siempre la firme resolución de emplearlas en su provecho.

Pero que no sabe que lejos de aprovechar de estos obstáculos, y de hacerles dar vuelta para su gloria, el hombre los aumenta todavía por el uso falso de su voluntad, por las generaciones irregulares, por la ignorancia en la que él se recubre todos los días sobre las cosas que le convienen, o que le son contrarias, así como por una multitud de otras causas que ocasionan sin cesar el descenso de estas mismas facultades, y que las desnaturalizan al punto de hacerlas casi irreconocibles.

También, en este estado de degradación donde el hombre se deja llevar, él pierde la verdadera noción de los privilegios que le pertenecen, su corazón se vacía, y no conociendo mas sus verdaderos goces, él se rebaja, y no se estima

mas que sobre diferencias convencionales, que no existen mas que en su voluntad desarreglada, pero a las cuales él se aferra con tanto más ardor, que habiendo dejado escapar su único apoyo, no tiene nada mas que lo sostenga.

Sin embargo, a pesar de estas diferencias originales, multiplicadas todavía, sea por las trampas de la región sensible, sea por los viciosos hábitos de los hombres, ¿podríamos jamás decir que el hombre haya cambiado de naturaleza, mientras que nosotros hemos visto que los Seres corporales mismos no sabrían cambiar, a pesar de la multitud de revoluciones, a las cuales su propia Ley y la mano del hombre pueden sujetarlos?

Porque, si es de la naturaleza y de la esencia de los hombres el confesar un Ser superior, y de sentir que estando ligados a la región sensible, él debe tener un medio sensible de hacerle llegar sus homenajes, es cierto que, a pesar de todas sus aberraciones, la Ley no sabría jamás variar para ellos. Ellos podrían hacer su tarea más larga y más difícil, como ellas lo son en efecto todos los días por su ceguera y su imprudencia, pero ellos no se dispensarán jamás de la obligación de llenarla. Sea que una se encuentre más cargada que la otra por su naturaleza, sea que devenga por su propia falta, es necesario sin embargo que el tributo de cada uno se pague, y este tributo no es otra cosa, de parte del hombre, que el sentimiento, la admisión y el justo empleo de las facultades que la constituyen.

19-Tributo impuesto al Hombre

Entonces, algo desfigurado que sea el hombre, debemos siempre encontrar en él su Ley primera, porque su naturaleza es siempre la misma, nosotros debemos siempre encontrarla semejante al Ser que le comunica el pensamiento, porque este pensamiento no puede corresponder mas que en Seres de la misma naturaleza; nosotros debemos, dije, reconocerlo como inseparablemente ligado a la idea de su Principio, y a aquella de los deberes que se le asignan, porque siendo convenido que estas ideas son universales entre los hombres, no vamos a negar que ellas no nacen y que ellas no viven perpetuamente con ellos. Es por esto que nosotros hemos llegado hasta el origen mismo del hombre, la época del nacimiento de su Religión.

¿Qué caso podemos hacer entonces de las opiniones imprudentes e insensatas, que han hecho nacer esta institución sagrada, del temor y de la timidez de los hombres? ¿Cómo semejantes debilidades les habrían hecho dar una idea tan sublime que aquella de un guía que puede iluminarlos y sostenerlos en todos sus pasos, si el germen no estuviese en su seno? Y porque ellos llevan este germen en ellos mismos, ¿porqué buscarle otro origen?

No, sin duda, no se dirá más que las terribles revoluciones de la Naturaleza hayan dado nacimiento a esta idea en el hombre. A lo sumo, habrían sido ellas uno de los medios propios para reanimar en él las facultades preciosas que son tan frecuentemente latentes; pero jamás ellas habrían comunicado el germen de estas facultades, porque no es mas que por esto que él es hombre.

20-Error sobre el origen de la Religión

Bien menos todavía, le habrían ellas dado todas las luces y todos los conocimientos necesarios para el entero cumplimiento de los deberes relativos a su religión y a su culto, porque al mismo tiempo que el hombre siente que estas luces le faltan, él siente que no puede tenerlas sino de una Causa inteligente, que estando por encima de él, está con mas fuerte razón por encima de la Naturaleza material, Porque, si el hombre, a pesar de su miseria y su privación, está todavía por su esencia por encima de la Naturaleza material, ¿Cuáles son entonces los socorros y las luces que él podría esperar?

Se ve por eso qué mediocres frutos todas las revoluciones de la Región elementaria han podido producir en el hombre, y cuan irrazonable sería buscar la fuente de sus virtudes y de su grandeza.

No es, como yo vengo de decir, que los terribles eventos a los cuales la Naturaleza elementaria está expuesta, no hayan servido con frecuencia para revelar las facultades intelectuales entumecidas en el hombre, recordándole a la vez la idea del Ser primero, y a la necesidad de honrarlo.

Incluso en la desgraciada situación en la que él se encuentra frecuentemente, y que debió devenir todavía mas horrible por la ignorancia a la cual el está casi siempre abandonado, él ha elegido entre los objetos esparcidos alrededor de él, aquellos que le han parecido los más poderosos, y que les ha dirigido oraciones para obtener recursos contra los males que lo asedian; yo veo que habiendo así elegido a sus Dioses, él les ha rendido un culto todavía sensible y que les ha ofrecido sacrificios; yo veo que el mismo error ha tenido lugar diversamente en diferentes partes de la Tierra, según que el hombre haya sido más o menos asustado, porque esta es una de las causas que han producido la variedad que se encuentra entre todas las Religiones.

¿Qué podríamos decidir después de lo que es contrario al principio que yo defiendo? ¿No se ve cual ha sido el móvil de estas Instituciones? ¿No se ve cual es el objeto frívolo? No se ve en fin que aquellos que las han establecido, no podían ocultar la enfermedad de sus ídolos; han buscado apuntalarlas multiplicando el número, que con frecuencia ellos los han repudiado para reemplazarlos enseguida a su voluntad, y que ellos han visto la misma inconstancia en la elección de los medios que ellos habían empleado para hacerlos favorables. Porque, si esta era la luz fija que los había dirigido, ellos estarían junto con sus obras a cubierto de todas estas contradicciones.

Es entonces evidente que aquellos que han observado hechos parecidos, han llevado muy lejos las consecuencias. Desde que el temor y la superstición han hecho nacer instituciones Religiosas en diferentes lugares, o, lo que es todavía más cierto, han introducido variedades en las religiones ya establecidas, no sería justo concluir que tal ha sido la fuente de todas las Religiones, y que es allí donde el hombre ha extraído los principios y las nociones que les son comunes universalmente con sus semejantes. Pero no es absolutamente imposible de mostrar todavía más claramente la causa de este error, y de ponerlo enteramente a descubierto.

¿No he anunciado al hombre como siendo un conjunto de facultades sensibles y de facultades intelectuales? No se ha debido concebir por esto que sus facultades sensibles le eran comunes con las bestias, y que entonces se hizo susceptible de hábitos como ellas; pero también que estos hábitos, tendiendo todos a lo sensible, no podían nacer mas que por la ayuda de causas y medios sensibles.

No se puede concebir, al contrario, que las facultades intelectuales del hombre siendo de un orden superior a las causas sensibles, no pueden ser comandadas por estas causas sensibles, y lo que sería necesario, para moverlas y animarlas, sería la reacción de una causa y de un agente de otro orden, es decir que fuese de la misma naturaleza que el Ser intelectual del hombre.

Es entonces allí que se encuentra la solución del problema; es necesario distinguir las obras sensibles del hombre con sus ideas primeras que no pertenecen mas que a su Ser intelectual; era necesario ver que el clima, la temperatura y todos los accidentes más o menos considerables de la Naturaleza material y sensible podían bien operar sobre las costumbres, los hábitos y las acciones exteriores del hombre, para que ellos puedan aún por la ligazón del hombre a lo sensible, operar pasivamente sobre sus facultades intelectuales; pero que el concurso de todas las revoluciones elementarias cualesquiera no le darán jamás la menor idea de una Causa superior, ni de puntos fundamentales que nosotros hemos descubierto en él, porque en una palabra todas las causas que nosotros examinamos en este momento, siendo por su naturaleza, en el orden sensible, no pudiendo operar activamente mas que sobre lo sensible y jamás así sobre lo intelectual.

Entonces nosotros no veríamos en todos estos frutos de la debilidad y del temor del hombre, mas que un uso falso y una aplicación insensata de sus facultades intelectuales; pero nosotros no veríamos jamás su origen. Porque si aún estas facultades intelectuales actúan sobre lo sensible, ellas lo hacen mover simplemente, y no lo crean, aunque ellas le son superiores; con mas fuerte razón lo sensible les es inferior, ellas podrían ser afectadas, cuando él actuara sobre ellas, pero ellas no reciben jamás el nacimiento y la vida.

21-Germen intelectual del Hombre

Nosotros volvemos de nuevo a nuestro principio, que ha sido el de colocar la existencia de la Religión en el primer momento de la existencia del hombre.

Si después de semejantes demostraciones, aquellos que han avanzado la opinión contraria, persisten todavía en sostenerla, y en querer que el hombre hubiese encontrado en las causas inferiores y sensibles, la fuerza de las nociones y de todas las luces de las que anunciamos que él porta el germen en sí mismo; nosotros no tendríamos, para revertir absolutamente su sistema, mas que una sola cosa para demandarle: a saber, porqué, si según ellos, las revoluciones de la Naturaleza material han dado a los hombres una Religión, las Bestias no han tenido también ellas la suya; porque ellas han estado presentes, como los hombres, en todas estas revoluciones.

Cesemos entonces de detenernos en una opinión semejante, y adhirámonos más bien a reconocer todo el precio del germen que ha sido colocado en nosotros mismos; atengámonos a sentir lo que este germen precioso debe darnos frutos sin número, cuando él halla recibido su CULTURA natural; él no podrá también anunciar que la confusión y el desorden cuando él reciba CULTURAS extranjeras. En fin, no atribuyamos mas que a estas falsas CUKLTURAS, las incertidumbres que el hombre ha mostrado en todos los pasos que da sin su guía.

Mas yo presiento la curiosidad de mis Lectores sobre esta CULTURA natural, sobre los efectos invariables de la Causa activa e inteligente que yo he reconocido como la luz indispensable del hombre; en una palabra, sobre esta Religión y este culto único, que según los principios que yo expuse, reunirían todos los cultos a la misma Ley.

22-Primera religión del Hombre

Aunque yo he anunciado que no es de la mano de su semejante, que el hombre debía esperar las pruebas y los testimonios ciertos de estas verdades; él puede al menos recibir la imagen, y yo me propongo presentársela.

Yo no le ocultaré sin embargo todos los esfuerzos que yo me hago a mí mismo para realizarlo. Yo no lanzo los ojos sobre la ciencia, que yo se cubierta de vergüenza, viendo todo lo que el hombre ha perdido, y yo querría que nada de mí no fuese mas que sobre lo que yo he hecho; es por esta razón que yo no puedo expresarme jamás sobre estos temas que mediante símbolos.

La Religión del hombre en su primer estado, estaba sometida a un culto, como ella lo está todavía hoy, aunque su forma sea diferente; la principal Ley de este hombre era la de llevar continuamente su vista desde el ORIENTE hasta el OCCIDENTE, y después desde el NORTE hasta el SUR; es decir, determinar las LATITUDES y las LONGITUDES en todas las partes del Universo.

Es por eso que él tenía un conocimiento perfecto de todo lo que sucedía, que él purgaba de criminales todo su imperio, que él aseguraba la ruta a los viajeros bien intencionados, y que él establecía el orden y la paz en todos los Estados sometidos a su dominación; por eso también, él manifestaba plenamente la potencia y la gloria de la Causa primera que lo había cargado de estas sublimes funciones, y esto le hacía rendir los homenajes más dignos a ella, y los únicos capaces de honrarla y complacerla; porque siendo UNA por esencia, ella no ha tenido jamás otro objeto que el de hacer reinar su UNIDAD, es decir, de hacer el bien a todos los seres.

23-Segunda Religión del Hombre

Sin embargo, si el hombre no hubiese sido secundado en el ejercicio del empleo inmenso que le estaba confiado, él no habría podido abarcar solo todas las partes: así tenía él a su alrededor Ministros fieles que ejecutaban sus órdenes con precisión y celeridad. Él pensaba, sus Ministros hacían su voluntad, y los escribían con caracteres tan claros y tan expresivos que ellos estaban a cubierto de todo equívoco.

La primera Religión del hombre siendo invariable, está, a pesar de su caída, sometida a los mismos deberes; pero como él ha cambiado de clima, él ha tenido también que cambiar de Ley para dirigirse en el ejercicio de su religión.

Porque, este cambio no es otra cosa que el de estar sometido a la necesidad de emplear medios sensibles para un culto que no debía jamás conocerlos. Sin embargo como estos medios se presentan naturalmente a él, él no ha tenido mas que poco cuidado para conocerlos, pero mucho mas, es cierto, para hacerlos valer y servirse con éxito.

Primeramente, no se puede dar un paso sin encontrar su ALTAR; y este ALTAR está siempre guarnecido de LÁMPARAS que no se extinguen, y que subsistieron tanto tiempo como el ALTAR mismo.

En segundo lugar, él lleva siempre el INCIENSO con él, de manera que en todos los instantes él pueda dedicarse a los actos de su Religión.

Mas con todas estas ventajas, es aterrador pensar cuanto el hombre está alejado de su término, cuantas tentativas tiene que hacer antes de llegar al punto de poder cumplir enteramente sus primeros deberes; y aún todavía cuando él habría llegado, restaría siempre en una sujeción irrevocable y que él haría sentir hasta el fin el rigor de su condenación.

Esta sujeción es la de no poder absolutamente nada de él mismo, y de estar siempre en la dependencia de esta Causa activa e inteligente que puede sola colocarlo sobre la vía cuando él se aleja; que puede sola sostenerlo, y que debe dirigir hoy todos sus pasos, de suerte que sin ella no solamente él no puede conocer nada, sino que él no puede extraer el menor fruto de sus conocimientos y de sus propias facultades.

24-De la Lectura y de la Escritura

Además, no es mas como durante su gloria donde él leía hasta los pensamientos más íntimos de sus Superiores y de sus Subordinados, y donde él podía, en consecuencia, comerciar con ellos según su voluntad. Pero en la horrible expiación en la cual él está expuesto, él no puede ufanarse de restablecer este comercio hasta que él no comience a aprender a ESCRIBIR; feliz luego si él se encuentra en el caso de aprender a LEER, porque existen muchos hombres, y aún de los más célebres por sus conocimientos, que pasan su vida son haber LEÍDO jamás.

No es que algunos no hayan LEÍDO sin haber jamás ESCRITO; pero estos son privilegios particulares, y la Ley general es la de comenzar por ESCRIBIR; en lugar que el hombre, en su primer estado, podía a su voluntad ocuparse continuamente en la LECTURA. Ahora, como la expiación del hombre debía suceder en el tiempo, es esta Ley del tiempo que lo sujeta a una gradación penosa e indispensable en la recuperación de sus derechos y de sus conocimientos, mientras que en su primer origen, nada sabría esperar, y que cada una de sus facultades respondiendo siempre a sus necesidades, actuaba sobre el campo según su deseo.

Estas ventajas inexpresables estaban unidas a la posesión y a la inteligencia de un Libro sin precio, que estando en el número de los dones que el hombre había recibido con el nacimiento. Aunque este Libro no contiene mas que diez hojas, él encierra todas las luces y todas las Ciencias de eso que ha sido, de eso que es y de eso que será; y el poder del hombre estaba tan extendido entonces, que él tenía la facultad de leer a la vez en las diez hojas del Libro y de abarcarlas de un golpe de vista.

25-Del Libro del Hombre

Durante su degradación, el mismo Libro le ha quedado, pero él ha sido privado de la facultad de poder leerlo tan fácilmente, y él no puede mas conocer todas las hojas mas que una después de la otra. Sin embargo él no estará jamás enteramente restablecido en sus derechos hasta que él no las haya estudiado; porque, aunque cada una de estas diez hojas contiene un conocimiento particular y que le es propio, ellas están sin embargo de tal manera relacionadas, que es imposible poseer una perfectamente, sin haber llegado a conocerlas todas; y aunque ya he dicho que el hombre no puede mas que leerlas sucesivamente, ninguno de sus pasos será firme, si no las ha recorrido por entero, y principalmente la cuarta, que sirve de punto de manifestación para todas las otras.

Es una verdad sobre la cual los hombres han podido fijar su atención, es sin embargo aquella que le era infinitamente necesaria de observar y de conocer: porque ellos nacen con todo el Libro a la mano; y si el estudio y la inteligencia de este Libro son precisamente la tarea que ellos tienen que cumplir, se puede juzgar con qué interés es para ellos no hacer un malentendido.

Mas su negligencia sobre este tema a sido llevada a un punto extremo; no es de entre ellos que habiendo observado esta unión esencial de las diez hojas del Libro, por la cual ellas son absolutamente inseparables. Unos se han detenido en la mitad de este Libro, otros en la tercer hoja, otros en la primera; lo que ha producido a los Ateos, los Materialistas y los Deístas; algunos se han dado buena cuenta de la ligazón, pero no han obtenido la distinción importante que había que hacer entre cada una de estas hojas, y encontrándolas ligadas, ellos las han creído iguales y de la misma naturaleza.

¿A dónde se ha llegado? Es que limitándose al lugar del Libro al que ellos no tenían el coraje de pasar, y apoyándose sobre lo que ellos hablaban sin embargo mas que según el Libro, ellos han pretendido que lo poseían por entero, y creyéndose por ello infalibles en su doctrina, ellos han hecho todos sus esfuerzos para persuadirlo. Pero estas verdades aisladas, no recibiendo ningún alimento, han pronto perecido entre las manos de aquellos que las habían así separado, y no les ha quedado a estos hombres imprudentes mas que un vano fantasma de Ciencia, que ellos no podían dar como un cuerpo sólido, ni como un Ser verdadero, sin haber recurrido a la impostura.

Es de allí precisamente de donde han salido todos los errores que nosotros habremos de examinar a continuación de este Tratado, así como todas aquellas que nosotros ya hemos identificado sobre los dos Principios opuestos, sobre la Naturaleza y las Leyes de los Seres corporales, sobre las diferentes

facultades del hombre, sobre los principios y el origen de su Religión y de su culto.

Veremos más adelante sobre qué parte del Libro han caído principalmente los errores; pero, antes de llegar a eso, completaremos la idea que se debe tener de este Libro incomparable, dando el detalle de las diferentes Ciencias y de las diferentes propiedades, de las que cada una de sus hojas encierra el conocimiento.

La primera trata del Principio universal, o del Centro, de donde emanan continuamente todos los Centros.

La segunda, de la Causa ocasional del Universo; de la doble Ley corporal que la sostiene; de la doble Ley intelectual, actuando en el tiempo, de la doble naturaleza del hombre, y generalmente de todo lo que está compuesto y formado de dos acciones.

La tercera, de la base de los Cuerpos; de todos los resultados y de las producciones de todos los Géneros, y es aquí que se encuentra el NÚMERO de los Seres inmateriales que no piensan.

La cuarta, de todo lo que es activo; del Principio de todas las Lenguas, sean temporales, sean fuera del tiempo; de la religión y del culto del hombre, y es aquí que se encuentra el NÚMERO de los Seres inmateriales que piensan.

La quinta, de la Idolatría y de la putrefacción.

La sexta, de las Leyes de la formación del Mundo temporal, y de la división natural del Círculo por el radio.

La séptima, de la causa de los Vientos y de las Mareas; de la Escala geográfica del hombre; de la verdadera Ciencia y de la fuente de sus producciones intelectuales o sensibles.

La octava, del NÚMERO temporal de aquello que es el solo apoyo, la sola fuente y la sola esperanza del hombre, es decir, de este Ser real y físico, que tiene dos NOMBRES y cuatro NÚMEROS, mientras que él es a la vez activo e inteligente, y que su acción se extiende sobre los cuatro Mundos. Ella trata también de la Justicia y de todos los poderes legislativos; lo que comprende los derechos de los Soberanos, y la autoridad de los Generales y los Jueces.

La novena, de la formación del hombre corporal en el seno de la mujer, y de la descomposición del triángulo universal y particular.

La décima en fin es la vía y el complemento de las nueve precedentes. Esta es sin duda la más esencial, y aquella sin la cual todas las otras no serían conocidas, porque al disponerlas todas las diez en circunferencia, según su orden numérico, ella se encuentra con mayor afinidad con la primera, de donde todo emana; y si se quiere juzgar de su importancia, que se sepa que es por

ella que el Autor de las cosas es invencible, porque es una barrera que lo defiende de todas partes y sin la cual ningún Ser puede pasar.

Así, como se ve encerrado en esta enumeración, todos los conocimientos donde el hombre pudo aspirar, y las Leyes que le son impuestas, es claro que él no poseerá jamás ninguna ciencia, ni que él podrá jamás realizar ninguno de sus verdaderos deberes, sin ir a beber de esta fuente; nosotros sabemos también actualmente cual es la mano que debe conducirla, y que si por él mismo él no sabría hacer un paso hacia esta fuente fecunda, él puede estar seguro de llegar, olvidando su voluntad, y dejando actuar aquella de la Causa activa e inteligente que debe actuar solamente por él.

Felicitémosle entonces de poder todavía encontrar un apoyo semejante en su miseria; que su corazón se rellene de esperanza, viendo que él puede aún hoy descubrir sin error, en este precioso Libro, la esencia y las propiedades de los Seres, la razón de las cosas, las Leyes ciertas e invariables de su religión y del culto que él debe necesariamente rendir al Ser primero; es decir, que siendo a la vez intelectual y sensible, y no teniendo nada que no sea lo uno o lo otro, él debe conocer las relaciones de él mismo con todo lo que existe.

Porque, si este Libro no tiene mas que diez hojas, y que sin embargo contiene todo, nada puede existir, sin pertenecer por su Naturaleza a una de las diez hojas. Ahora, no hay un Ser que no indique él mismo cual es su clase y a cual de las diez hojas pertenece. Cada Ser nos ofrece entonces por eso los medios de instruirnos de todo lo que le concierne. Mas, para dirigirse en estos conocimientos, es necesario saber distinguir las Leyes verdaderas y simples que constituyen la naturaleza de los Seres, con aquellas que los hombres suponen y las sustituyen todos los días.

Llegamos a esta parte del Libro, de la que yo enuncié que es de la que más se ha abusado. Es esta cuarta hoja que ha sido reconocida como teniendo la mayor relación con el hombre, en lo que se trata de sus deberes y las verdaderas Leyes de su Ser pensante, lo mismo que los preceptos de su Religión y de su culto.

En efecto, siguiendo con exactitud, con constancia y con una intención pura, todos los puntos que estaban claramente enunciados, él podía obtener socorros de la mano misma que lo había castigado, elevarse por encima de esta Región corrompida, en la cual él está relegado por condenación, y encontrar rastros de esta antigua autoridad, en virtud de la cual él determinó antiguamente las LATITUDES y las LONGITUDES para el mantenimiento del orden universal.

Mas, como es a esta cuarta hoja que están unidos tan potentes recursos, es también, como nosotros lo hemos dicho, sobre esta parte del Libro, que sus errores deben ser los más importantes; y en efecto si el hombre no hubiese rechazado sus ventajas, todo estaría todavía feliz y en paz sobre la Tierra.

26-Errores sobre el Libro del Hombre

El primero de estos errores ha sido el de trasponer esta cuarta hoja, y sustituirla por la quinta, o aquella que trata de la idolatría; porque entonces el hombre desfigurando las Leyes de su Religión, no podía retirar los mismos frutos, ni los mismos socorros como si él hubiese perseverado en el verdadero culto. Al contrario, no recibiendo más que tinieblas por recompensa, él se enterró al punto mismo de no desear mas la luz.

Tal fue la marcha de este Principio, del que nosotros hemos dicho al comienzo de esta Obra, que se había hecho malo por su propia voluntad; tal ha sido aquella del primer hombre, y tal ha sido aquella de muchos de sus descendientes, sobre todo entre las Naciones que tienen su ORIENTE al SUR de la Tierra.

Es este error o este crimen, el que no se perdona, y que, al contrario, sufre indispensablemente los castigos más rigurosos. Pero la multitud de los hombres está a cubierto de estas distracciones; porque no es mas que marchando que se cae, y el mayor número no marcha; sin embargo, ¿cómo avanzar sin marchar?

El segundo error es el de haber tomado una idea grosera de las propiedades añadidas a esta cuarta hoja, y de haber creído poder aplicarlas a todo; porque, atribuyéndoles a objetos a los cuales no podía convenir, le era imposible encontrar nada.

También, quien sabe cual es el poco éxito de aquellos que fundan la Materia sobre cuatro Elementos, que no osan rechazar el pensamiento a las bestias, que se esfuerzan en hacer cuadrar el cálculo Solar con el cálculo Lunar, que buscan la longitud sobre la Tierra y la cuadratura del círculo; en una palabra, que intentan todos los días una infinidad de descubrimientos de esta naturaleza, y en los cuales ellos no tienen jamás resultados satisfactorios; ¿cómo continuaremos nosotros para hacerlo ver en lo que sigue de este Tratado? Pero, este error no estando dirigido directamente contra el Principio universal, aquellos que lo siguen, no son castigados mas que por la ignorancia y ella no pide expiación.

Hay un tercer error, por el cual, con esta misma ignorancia, el hombre se ha creído muy ligeramente en posesión de las ventajas sagradas que esta cuarta hoja podría en efecto comunicarle; en esta idea, ha esparcido entre sus semejantes las nociones inciertas que él se hizo de la Verdad, y ha vuelto sobre él los ojos de los Pueblos, que no debían llevarlos mas que hacia el Ser primero, hacia la Causa Física activa e inteligente, y hacia aquellos que por sus trabajos y sus VIRTUDES habían obtenido el derecho de representarla sobre la Tierra.

27-Origen de la diversidad de las Religiones

Este error, sin ser tan funesto como el primero, es sin embargo infinitamente más peligroso que el segundo, porque él da a los hombres una idea falsa y pueril del Autor de las cosas, y de los senderos que llevan hacia él; porque en fin cada uno de aquellos que han tenido la imprudencia y la audacia de anunciarse así, han por así decirlo, establecido tantos Sistemas, tantos dogmas y tantas Religiones. Ahora, estos establecimientos ya poco sólidos por ellos mismos, y por el vicio de su Institución, no han podido faltar de experimentar todavía alteraciones, de forma que siendo oscuros y tenebrosos, desde el momento de su origen, ellos han a lo largo de los tiempos, descubierto plenamente su deformidad.

Unamos entonces los enormes abusos que han sido hechos de los conocimientos encerrados en la cuarta hoja de este Libro del que nosotros somos todos depositarios; unamos la confusión que ha venido, a todo lo que nosotros hemos observado sobre la ignorancia, el temor y la debilidad de los hombres; y dejando allá los símbolos, vamos a tener la explicación y el origen de esta multitud de Religiones y de cultos en uso entre las Naciones.

No podremos mas que despreciarlas, sin duda, percibiendo esta variedad que las desfigura, y esta oposición mutua que descubre la falsedad; pero cuando no perdemos de vista estas diferencias y estas bizarrías no han podido jamás caer mas que sobre lo sensible; cuando nosotros recordamos que el hombre por su pensamiento, siendo la imagen y la similitud del primer Ser pensante, lleva con él todas sus Leyes, reconocemos entonces que su Religión nació igualmente con él mismo; que lejos que ella haya sido una consecuencia del ejemplo, del capricho, de la ignorancia, y del miedo que han podido inspirarle las catástrofes de la Naturaleza, son, al contrario, todas estas causas que lo han desfigurado con frecuencia, y han llevado al hombre al punto de desafiar él mismo el único remedio que él tenía para estos males. Nosotros reconocemos muy bien todavía que él es el único que sufre de sus variaciones y de sus debilidades; que la fuente de su Existencia y la vía que le es acordada para llegar, no serán jamás menos puras, y que él será siempre seguro de encontrar un punto de reunión que le sea común con sus semejantes, cuando él lleve los ojos hacia esta fuente, y hacia la sola luz que debe conducirle.

Tales son las ideas que nosotros debemos tener de la verdadera Religión del hombre, y de todas aquellas que han usurpado este nombre sobre la tierra. Ahora busquemos la causa de los errores que los Observadores han hecho en la política; porque, tras haber considerado el hombre el sí mismo, y relativamente a su Principio, parece muy importante considerarlo en sus relaciones con sus semejantes,

FIN DE LA PRIMER PARTE

DE LOS ERRORES Y DE LA VERDAD

SEGUNDA PARTE

DE LOS ERRORES Y DE LA VERDAD

SEGUNDA PARTE

DE LOS ERRORES Y DE LA VERDAD O LOS HOMBRES LLAMADOS AL PRINCIPIO UNIVERSAL DE LA CIENCIA

Obra en la cual, haciendo remarcar a los Observadores la incertidumbre de sus Investigaciones, y sus Errores continuos, se les indica la ruta que ellos deberían seguir, para adquirir la evidencia Física sobre el origen del Bien y del Mal, sobre el Hombre, sobre la Naturaleza material, la Naturaleza inmaterial, y la Naturaleza sagrada, sobre la base de los Gobiernos políticos, sobre la Autoridad de los Soberanos, sobre la Justicia Civil y Criminal, sobre las Ciencias, las Lenguas y las Artes.

POR UN F(ilósofo)..... DES (conocido)...

Segunda Parte

EDIMBURGO
1782

**DE LOS ERRORES Y DE LA VERDAD
O LOS HOMBRES LLAMADOS
AL PRINCIPIO UNIVERSAL
DE LA CIENCIA**

CAPITULO 5

1-Incertidumbre de los Políticos

Considerando al hombre en sus relaciones políticas, él presenta dos puntos de vista como en las observaciones precedentes: la primera, aquella de que él podría y debería estar en el estado de sociedad; la segunda, aquella de que él está en ese mismo estado. Ahora, es estudiando con cuidado lo que él debería ser en el estado de sociedad, que nosotros aprenderemos a juzgar mejor lo que él es hoy. Esta confrontación es el único medio, sin ninguna duda, de poder desarrollar claramente los misterios que velan todavía el origen de las sociedades, de sentar los derechos de los Soberanos, y de colocar las reglas de administración por las cuales los Imperios podrían y deberían sostenerse y gobernarse.

La mas grande vergüenza que han experimentado los Políticos que han buscado mejor seguir la marcha de la Naturaleza, ha sido la de conciliar todas las Instituciones sociales con los principios de justicia e igualdad que ellos percibían en ellos. Desde que se les ha hecho ver que el hombre era libre, ellos lo han creído hecho para la independencia, y por eso ellos han juzgado que todo sometimiento era contrario a su verdadera esencia.

Así, en la verdad, según ellos, todo Gobierno sería un vicio, y el hombre no debería tener otro jefe que él mismo.

A pesar de este vicio pretendido de la dependencia del hombre y de la autoridad que lo somete., subsistente generalmente bajo sus ojos, ellos no han podido resistir a la curiosidad de buscarle un origen y una causa; es allí donde su imaginación tomando la cosa misma por el Principio, está librada a todas sus diferencias, y donde los Observadores han mostrado tanta insuficiencia como cuando han querido explicar el origen del mal.

Ellos han pretendido que la dirección y la fuerza habían puesto la autoridad en las manos de aquellos que gobernaban a los hombres; y que la Potencia soberana no estaba fundada mas que sobre la debilidad de aquellos que se habían dejado subyugar. Por esto, este derecho invalido no teniendo ninguna consistencia, esta, como se lo ve, sujeto a vacilación, y a caer sucesivamente en todas las manos que tengan la fuerza y los talentos necesarios para apoderarse de él.

Otros se han puesto a detallar los medios violentos o expertos, que según ellos, han presidido el nacimiento de los Estados; y en esto ellos no han hecho mas que presentar el mismo sistema más extendido; tales son los vanos razonamientos de aquellos que han dado por móvil de estos establecimientos,

las necesidades y la ferocidad de los primeros hombres, y han dicho que vivían como cazadores y en los bosques, estos hombres frenéticos hacían incursiones sobre aquellos dedicados a la agricultura y al cuidado de las tropillas, y eso con el objeto de colocar en su provecho todas las ventajas; que luego para mantenerse en este estado de autoridad la violencia había sido formada, y que se convirtió en una verdadera opresión, los usurpadores fueron forzados a establecer leyes y penas, y es así que el más hábil, el más duro y el más ingenioso llegaron a convertirse en los amos, y para asegurar su despotismo.

Mas Se ve que no pudo ser esta la primer sociedad, porque se la supone ya de agricultores y pastores. Sin embargo he aquí cual es en breve la principal opinión de aquellos de los Políticos que han decidido que jamás un Principio de justicia y de equidad no pudo ser la base de los Gobiernos, y es a esta conclusión que ellos han atraído todos sus sistemas, y las observaciones en las que se han apoyado.

Algunos han creído remediar esta injusticia estableciendo toda sociedad sobre el acuerdo común y la voluntad unánime de los individuos que la componen, y que no podían cada uno en particular, soportar las consecuencias peligrosas de la libertad y de la independencia natural de sus semejantes, y se han visto forzados a poner en las manos de uno solo o de un pequeño número , los derechos de sus estados de naturaleza, y de ocuparse en concurrir ellos mismos por la reunión de sus fuerzas, para mantener la autoridad de aquellos que ellos habían elegido por Jefes.

2-De la Asociación forzada

Entonces siendo esta cesión voluntaria, no tiene injusticia, dicen ellos, en la autoridad que emana. Fijando luego por el mismo acto de asociación los poderes del Soberano, así como los privilegios de los Súbditos, he aquí los Cuerpos políticos todo formados, y no habrá más diferencia entre ellos que en los medios particulares de administración, que pueden variar según los tiempos y las ocurrencias.

Esta opinión es aquella que parecería la más juiciosa, y que llenaría mejor la idea natural que se nos quiere dar de la justicia de los Gobiernos, donde las personas y los bienes están todos bajo la protección del Soberano, y donde este Soberano no debiendo tener por objeto mas que el bien común, no está ocupado mas que en sostener la Ley que la debe procurar.

En la asociación forzada, se ve al contrario, la imagen de una atrocidad repulsiva, donde los Súbditos son sus víctimas, y donde el Tirano lleva a él solo las ventajas de la sociedad de la cual él se ha vuelto el amo. Yo no detendré entonces mas vi visto por mucho tiempo sobre esta especie de gobierno, aunque ella no sea sin ejemplo; mas no viendo ningún trazo de justicia, ni de razón, ella no puede conciliarse con ninguno de los verdaderos principios naturales del hombre; de otra manera sería necesario decir que una banda de ladrones forma así un Cuerpo político.

No es suficiente que nosotros hallamos presentado la idea de una asociación voluntaria; no es suficiente tampoco que se pueda encontrar en la forma de los Gobiernos que han aparecido, más regularidad que en todos aquellos que la violencia ha podido hacer nacer; es necesario todavía examinar con cuidado si esta asociación voluntaria es posible, y si este edificio no es tan imaginario como aquel de la asociación forzada. Es necesario examinar además si en el caso donde esta convención sería posible, el hombre ha podido legítimamente tomar sobre él la forma.

Es después de este examen que los Políticos podrían juzgar de la validez de los Derechos que han fundado las Sociedades; y si nosotros los encontramos evidentemente defectuosos, se percibirá pronto, descubriendo por dónde ellos se inclinan, cuales son aquellos que necesariamente deben sustituirse.

No es necesario reflexionar mucho tiempo para sentir cuanto la asociación voluntaria de todo un Pueblo es difícil de concebir. Para que las voces fuesen unánimes, se necesitaría que la manera de considerar los motivos y las condiciones del nuevo emprendimiento, lo fuesen también: lo que no ha tenido ni tendrá jamás lugar en una Región y en las cosas que no tienen mas que lo sensible por base y por objeto, porque no se debe dudar mas que todo es relativo en lo sensible, y que en él nada es fijo.

3-De la Asociación Voluntaria

Además que sería necesario suprimir en cada uno de los Miembros, la ambición de ser el Jefe, o de pertenecer al Jefe, se necesitaría todavía el concurso de una infinidad de opiniones, que no se han encontrado jamás entre los hombres, tanto sobre la forma más ventajosa de Gobierno, que sobre el interés general y particular, y sobre la multitud de objetos que deben componer los Artículos del Contrato.

Observaciones más extensas serían por lo tanto inútiles, para hacernos reconocer que un Estado social, formado libremente de parte de todos los individuos, está absolutamente fuera de toda verosimilitud, y para confesar que es imposible que haya existido jamás algo semejante.

Pero admitamos la posibilidad, supongamos este concurso unánime de todas las voces, y que la forma, así como las Leyes que pertenecerían al gobierno de que se trata, hayan sido fijadas de común acuerdo; resta todavía preguntar si el hombre tiene el derecho de tomar un emprendimiento similar, y si sería razonable que reposaran sobre aquellos que él hubiese formado.

Tras el conocimiento que se ha debido adquirir del hombre, por todo lo que hemos visto sobre este tema, es fácil de presentir que un derecho similar no le puede ser acordado jamás, y que este Acto sería nulo y superfluo. Primeramente, recordemos esta brújula invariable que hemos reconocido por su guía: teniendo siempre delante de los ojos que todos los pasos que podríamos hacer sin ella, serían inciertos, porque sin ella el hombre no tiene luz, y que ella es nombrada por su Esencia misma para conducirlo y presidir sobre todas las acciones.

Así que, sin la admisión de esta Causa que vigila sobre él, el hombre tendría un compromiso de una importancia tan grande que aquella de someterse a otro hombre, él debería dudar primero que su paso fuese conforme a su propia Ley, y por consecuencia, que ella fuese apropiada para hacerlo feliz; lo que sería suficiente para detenerlo, por poco que él escuchase a la prudencia.

Reflexionando enseguida con mas cuidado sobre su conducta, no reconocería que no solamente él está expuesto a equivocarse, sino que aún él ah atacado directamente todos los principios de la Justicia, transfiriendo a otros hombres derechos que él no puede legítimamente disponer, y que él hace residir esencialmente en la mano que debe hacer todo por él?

En segundo lugar, este compromiso, seria vago e irrazonable, porque, si es cierto que esta Causa de la que hablamos, debe ser universalmente la guía del hombre, y que ella tenga todos los poderes, es absolutamente inútil tratar de usar otra parte. Con mas fuerte razón diremos la misma cosa del hombre, considerado a la manera de los Políticos; es, según ellos, la impotencia del hombre y la dificultad que experimenta para soportar el estado de la Naturaleza, que lo impulsa a darse Jefes y Protectores. En efecto, si este hombre tenía la fuerza de sostenerse, él no tendría necesidad de apoyos extranjeros; pero en fin, si ya no está esta fuerza, si es después de haberla perdido que él quiere revestir a otro hombre, que le da a él entonces, y dónde encontrar eso que constituye la materia del Contrato?

La asociación voluntaria entonces no es realmente más justa ni más sensata, en cuanto no es practicable; porque por este Acto, sería necesario que el hombre otorgue a otro hombre un derecho del que él mismo no tiene la propiedad, aquel de disponer de sí; y porque, si él transfiere un derecho que no tiene, él hace una convención absolutamente nula, y que ni el Jefe, ni los Súbditos, pueden hacer valer, visto que él no los puede unir ni a los unos ni a los otros.

Así, retomando todo lo que nosotros acabamos de decir, si la asociación forzada es evidentemente una atrocidad; si la asociación voluntaria es imposible, y al mismo tiempo opuesta a la Justicia y a la razón, ¿dónde encontraremos entonces los verdaderos Principios de los Gobiernos? Porque en fin, son los Estados que los han conocido y que los siguen.

4-Falsa conclusión de los Políticos

Es, como ya lo he dicho, a esta búsqueda que los Políticos consumen todos sus esfuerzos; y lo que nosotros venimos de ver es exactamente todo lo que ellos han encontrado sobre esta materia, nosotros podemos asegurar con razón que ellos no han dado todavía los primeros pasos hacia su Ciencia.

Hay bien en ellos una voz secreta que los lleva a convenir, que cualquiera haya sido la causa de la asociación de un Cuerpo político, el Jefe se encuentra esencialmente depositario de una suprema autoridad, y de una potencia que por ella misma debe subordinar a él a todos sus súbditos; ellos reconocen, dije, en los Soberanos una fuerza superior que inspira naturalmente para ellos el respeto y la obediencia.

Es también por lo que me siento orgulloso de profesar altamente con los Políticos; pero, como ellos no han podido desenmarañar de donde debía provenir esta superioridad, ellos no se han formado una idea neta, y entonces las aplicaciones que ellos han querido hacer, no les han ofrecido mas que falsedades o contradicciones.

También la mayor parte de ellos, poco satisfechos de sus descubrimientos, y no encontrando ningún medio de explicar el hombre en sociedad, han recorrido a su primer idea, y se han reducido a decir que él no debía estar en sociedad; pero se verá muy ciertamente que esta conjetura no está mejor fundada que aquellas que ellos han formado sobre los medios de asociación, y que ella es mas bien una prueba evidente de su incertidumbre y de la precipitación de sus Juzgamientos.

5-De la sociabilidad del Hombre

No hace falta mas que lanzar un momento los ojos sobre el hombre, para decidir esta cuestión. ¿Su vida no es una cadena de dependencias continuas? El acto mismo de su ingreso en la vida corporal ¿no lleva el carácter del sometimiento donde él va a ser condenado durante su curso? ¿No hay necesidad para nacer mas que una causa exterior que viene a fecundar su germen, y darle una reacción sin la cual él no viviría? ¿Y no es por eso esta humillante sujeción que le es común con todos los Seres de la Naturaleza?

Desde que él ha recibido el día, esta dependencia deviene todavía más sensible, siendo a los ojos corporales de los hombres sus testigos. Es entonces que en una impotencia absoluta, y una debilidad verdaderamente afrentosa, el hombre tiene necesidad, para no morir, que Seres de su especie le den socorro y cuidados sin número, hasta que llegue a la edad de poder estar sin ellos en cuanto a las necesidades de su cuerpo, él se hace a sí mismo, y goza de todas las ventajas y de todas las fuerzas de su Ser corporal.

Mas tal es la naturaleza del hombre y la sabiduría del ojo que vela sobre él, que habiendo llegado a este término de independencia corporal, él experimenta una necesidad de otro género, y que lo liga más estrechamente a la mano que ha sostenido su infancia; es aquel de su Ser intelectual, el cual comenzando sentir su privación, se agita y se libra ciegamente a todo lo que pueda darle el reposo.

Todavía incapacitado a esta edad, él se dirige naturalmente a todo lo que le rodea, y sobretodo a aquellos que alivian cada día sus necesidades corporales, parece deber ser por ley, los primeros depositarios de su confianza. Es a ellos que él pide a cada paso la ciencia de él mismo; y no es mas que de ellos, en efecto, que él debería esperarla, porque es a ellos a quien se dirige, para sostenerlo, para esclarecerlo, según su edad, para armarlo contra el avance del ERROR y prepararlo para el COMBATE; en una palabra, es a ellos que debe su Ser intelectual eso que ellos han hecho sobre su cuerpo en un tiempo donde él experimentó los dolores, sin tener la fuerza de soportarlos, ni de garantizarlos. He aquí, no lo dudemos, la verdadera fuente de la sociedad entre los hombres, y al mismo tiempo la imagen donde el hombre puede aprender cual es el primero de sus deberes cuando él se haga Padre.

Por qué no encontramos nada de semejante entre las bestias, es porque ellas no tienen por naturaleza el conocimiento de necesidades semejantes; es que la bestia, no dirigiéndose mas que por lo sensible, cuando esa necesidad no le habla mas, ella no conoce nada; es que la afección corporal, siendo la medida de todas sus facultades, cuando esta afección es satisfecha, no hay mas sensibilidad para ella, ni deseo; tampoco hay para ella lazo social.

No se me debe citar el acercamiento de algunos Animales, sea entre ellos, sea hacia el hombre; nosotros no hablamos aquí mas que de la marcha, y de los movimientos naturales de los Seres; y todos los ejemplos que se nos podría oponer serían seguramente el fruto del hábito, que como lo hemos dicho antes, puede convenir y encontrarse en la bestia, en calidad de Ser sensible.

Tampoco se me debe citar esos conjuntos de ciertos Animales que viven y viajan juntos, sea sobre la tierra, sea en el agua, sea en el aire; no es mas que la necesidad particular y sensible que los reúne; y hay poco acercamiento verdadero entre ellos, pues uno puede perecer y desaparecer sin que los otros se den cuenta.

Nosotros vemos entonces ya por estas observaciones sobre los primeros tiempos de nuestra existencia material, que el hombre no ha nacido para vivir aislado.

Nosotros vemos que luego que su dependencia corporal ha cesado, a él le queda un lazo infinitamente mas fuerte, en lo que se relaciona con su Ser propio; nosotros vemos, dije, que por un interés inseparable de su estado actual, él buscará siempre a sus semejantes, y que si a él no lo engañaran jamás, o que él no estuviese ya corrompido, él no pensaría en alejarse de ellos, lo mismo que su cuerpo no tendría necesidad de sus socorros.

Es entonces un mal propósito que se ha buscado la fuente de la sociabilidad en las solas necesidades sensibles y en ese medio poderoso por el cual la Naturaleza aproxima al hombre a los Seres de su especie, para operar la reproducción; porque, como esto es semejante en las bestias, y sin embargo la bestia no vive en estado de sociedad; este medio solo no sería suficiente para poder establecer aquella del hombre. También, yo no me ocupo mas que de las facultades que lo distinguen, y por las cuales él es llevado a efectuar con sus semejantes un comercio de acciones morales, de donde debe derivar toda asociación para ser justo.

Cuando, en una edad mas avanzada, las facultades intelectuales del hombre comienzan a elevarse por encima de aquello que él ve, y que él llega a percibir algunas luces en medio de las tinieblas en las que estamos hundidos, es entonces que un nuevo orden de cosas nace para él; no solamente todo le interesa, ¿mas cuanto de este interés no debe acrecentarse para aquellos que le hubieran hecho gustar la felicidad de ser hombre, lo mismo que para aquellos a quien él podría hacerles gustar a su turno?

A medida que él marcha en la carrera de la vida, ese lazo social se fortifica todavía por la extensión que reciben sus puntos de vista y sus pensamientos; en fin, al declinar de sus días, sus fuerzas vienen a degenerar, él cae corporalmente en ese estado de debilidad que había acompañado su infancia, él deviene por segunda vez el objeto de la piedad de los otros hombres, y entra de nuevo bajo su dependencia, justo hasta que la Ley común a todos los cuerpos termina de cumplirse sobre el suyo y viene a terminar el curso. ¿Qué mas es necesario para convenir que el hombre no está destinado a pasar sus días solo y sin ningún lazo social?

Se ve también que en esta simple sociedad natural, hay siempre Seres que dan y otros que reciben; que existe siempre superioridad y dependencia, es decir, que existe el verdadero modelo de lo que debe ser la sociedad política.

Es eso sin embargo lo que aquellos que han tratado estos temas no han considerado, cuando han dicho que el estado de Sociedad era contrario a la Naturaleza, y que no encuentran medio de justificar esta sociedad, ni de conciliarla con sus principios de Derecho natural, ellos han tomado la resolución de proscribirla.

6-Fuente de los Errores Políticos

Para nosotros, que sentimos la indispensable necesidad de la ligazón y de la frecuentación mutua de los hombres, no seremos detenidos por la falsedad e injusticia de algunos de los lazos que los han puesto a menudo en el Cuerpo social; estaremos muy persuadidos aún que los hombres no han nacido como ellos son, con estas necesidades recíprocas, y con estas facultades que les prometen tantas ventajas, si no hubiera medios legítimos para darles valor, y retirar todos los frutos de los que ellos son susceptibles.

Ahora, el uso de estos medios, no pueden tener lugar mas que en el comercio mutuo de los individuos, y este comercio, visto el estado actual del hombre, estando sujeto a inconvenientes sin número, no rechazaremos por eso a los Cuerpos políticos, no haremos mas que indicar una base mas sólida que aquella que se ha dado hasta este día, y principios más satisfactorios.

Pero se debe ver actualmente que las tinieblas donde los políticos están envueltos sobre este punto, tienen la misma fuente que aquellas que cubren todavía hoy a los Observadores de la Naturaleza; es por haber, como ellos, confundido el Principio con su envoltorio, su fuerza convencional del hombre con su verdadera fuerza, que ellos han oscurecido por completo y desfigurado por completo.

7-Del primer Imperio del Hombre

Además, nosotros hemos visto los pocos frutos que han producido todas estas observaciones sobre la Naturaleza por las cuales se la ha querido separar de una Causa activa e inteligente, cuyo concurso y poder han sido demostrados de una necesidad absoluta.

Por lo tanto, puede que la marcha de los Políticos siendo semejante, deba ser igualmente infructuosa; ellos han buscado en el hombre aislado los principios

del Gobierno, y ellos no los han encontrado, pues los Observadores no han encontrado en la Materia la fuente de sus efectos y de todos sus resultados.

Así, lo mismo que una circunferencia sin centro no puede concebirse, lo mismo ninguna de estas Ciencias no puede marchar sin su apoyo; esta es la razón por la cual todos estos sistemas no pueden sostenerse, y caen sin otra causa que aquella de su propia debilidad.

Si por su origen primero, el hombre estaba destinado a ser jefe y a comandar, así como nosotros lo hemos establecido bastante claramente, ¿qué idea debemos formarnos de su Imperio en este primer estado, y sobre qué Seres aplicaremos su antigüedad? ¿Será sobre sus iguales? Mas en todo lo que existe y en todo lo que podemos concebir, nada nos da el ejemplo de una Ley similar, todo nos dice al contrario que él no sabría tener autoridad mas que sobre Seres inferiores, y que esta palabra AUTORIDAD lleva necesariamente con ella misma la idea de superioridad.

Sin detenernos entonces más tiempo para examinar sobre qué Seres se extendían entonces los derechos del hombre, nos es suficiente reconocer que esto no podía ser sobre sus semejantes. Si este hombre hubiese quedado en este primer estado, es cierto entonces que jamás habría reinado sobre los hombres, y que la sociedad política no habría existido jamás para él, porque no habría tenido lazos sensibles, ni de privación intelectual, que su solo objeto habría sido ejercer plenamente sus facultades, y no como hoy en operar penosamente la rehabilitación.

Cuando el hombre se encontró despojado de este esplendor, y que él fue condenado a la infeliz condición en la cual se halla reducido al presente, sus primeros derechos no fueron abolidos, ellos no fueron mas que suspendidos, y le ha quedado siempre el poder de trabajar y regresar por sus esfuerzos a remitirlos a su primer valor.

Él podría entonces aún hoy día gobernar como en su origen, y eso sin tener a sus semejantes por sujetos. Pero este imperio del que hablamos, el hombre no lo puede recobrar y gozar mas que por los mismos títulos que lo han hecho maestro antes, y no es mas que absolutamente que llevando su ANTIGUO CETRO, que él llegará a retomar con fundamento el nombre de Rey. Era esta su condición primera, y aquella a la cual podría pretender todavía por la esencia invariable de su naturaleza; en una palabra, tal es su antigua autoridad, en la cual, lo repetimos, los derechos de un hombre sobre otro hombre no eran conocidos, porque él estaba fuera de toda posibilidad que estos derechos existían entre Seres iguales, en su estado de gloria y perfección.

8-Del nuevo Imperio del Hombre

Ahora, en el estado de expiación que el hombre sufre hoy, no solamente él es llevado a recuperar los antiguos poderes que todos los hombres habrían gozado, sin que sus sujetos fuesen tomados ente su especie, sino que él puede adquirir además otro derecho del que no tenía conocimiento en su

primer estado; es aquel de ejercer una verdadera autoridad sobre otros hombres; y he aquí de donde procede este poder.

En este estado de reprobación donde el hombre está condenado a arrastrarse, y donde él no percibe mas que el velo y la sombra de la verdadera luz, él conserva mas o menos el recuerdo de su gloria, el alimenta más o menos el deseo de ascender, todo en razón del uso libre de las facultades intelectuales, en razón de los trabajos que le son preparados por la justicia, y del empleo que él debe tener en le OBRA.

Los unos se dejan subyugar, y sucumben en las trampas sembradas sin número en esta cloaca elementaria, los otros tienen el coraje y la felicidad de evitarlas.

Se debe decir entonces que aquel que persevere mejor, tendrá menos desfigurada la idea de su Principio, y estará menos alejado de su primer estado. Ahora, si los otros hombres no han hecho los mismos esfuerzos, que ellos no tengan los mismos éxitos, ni los mismos dones; está claro que aquel que tenga todas estas ventajas sobre ellos, debe ser su superior, y gobernarlos.

Primeramente él les será superior por el hecho mismo, porque él tendrá entre ellos y él una diferencia real fundada sobre facultades y poderes cuyo valor será evidente; él lo será además por necesidad, porque los otros hombres siendo menos ejercitados, y no habiendo recibido los mismos frutos, tendrán verdaderamente necesidad de él, como estando en la indigencia y en el oscurecimiento de sus propias facultades.

Si existe un hombre en que este oscurecimiento lo haya llevado justo hasta la DEPRAVACIÓN, aquel que se halla preservado de uno y del otro, se convierte en su amo no solamente por el hecho y por necesidad, sino también por deber. Él debe apoderarse de él y no dejarle ninguna libertad en sus acciones, tanto para satisfacer a las leyes de su Principio, que por la seguridad y el ejemplo de la Sociedad; él debe en fin ejercer sobre él todos los derechos de la esclavitud y de la servidumbre; derechos tan justos y tan reales en este casi, como inexplicables y nulos en toda otra circunstancia.

9-Del Poder Soberano

He aquí entonces cual es el verdadero origen del imperio temporal del hombre sobre sus semejantes, como los lazos de su naturaleza corporal han sido el origen de la primer sociedad.

Este imperio sin embargo, lejos de contradecir y de generar la sociedad natural, debe ser visto como siendo el más cerrado apoyo, y el medio más seguro por el cual ella pueda sostenerse, sea contra los crímenes de sus miembros, sea contra los ataques de todos sus ENEMIGOS.

Aquel que se encuentra revestido, no pudiendo ser feliz mas que sosteniéndose en las VIRTUDES que le han hecho adquirir, busca por su propio interés hacer la felicidad de sus súbditos. Y que no se crea que esta

ocupación debe ser vana y sin fruto; porque el hombre del que ofrecemos aquí la idea, no puede ser tal sin tener en él todos los medios para conducirse con certitud, y sin que sus búsquedas no le proporcionen resultados evidentes.

En efecto, la luz que esclarece al hombre en su primer estado, siendo una fuerza inagotable de facultades y de VIRTUDES, mientras más se aproxime él, más debe extender su imperio sobre los hombres que se alejan de este, y tanto más él debe conocer lo que puede mantener el orden entre ellos, y asegurar la solidez del Estado.

10-De la Dignidad de los Reyes

Por el auxilio de esta luz, él debe poder abarcar, y tratar con éxito todas las partes del Gobierno, conocer evidentemente los verdaderos principios de las Leyes y de la Justicia, las reglas de la disciplina militar, así como esa multitud de resortes que son los móviles de la Administración.

Él debe asimismo llevar sus opiniones y extender su autoridad justo hasta esas partes de la Administración, que no son hoy el objeto principal en la mayor parte de los Gobiernos, pero que, en aquel del que hablamos, debiendo ser el más fuerte lazo, a saber, la Religión y la curación de las enfermedades. En fin, incluso en las Artes, sea de aprobación, sea de utilidad, lo que puede llevar la marcha e indicar el verdadero objetivo. Porque la llama que él es bastante afortunado de tener en la mano, esparciendo una luz universal, debe iluminar sobre todos estos objetos, y hacerle ver la relación.

Esta imagen, tan quimérica como pueda parecer, no tiene sin embargo nada que no sea conforme a la idea que nosotros encontraremos tener de los Reyes, cuando lo queramos profundizar.

Al reflexionar sobre el respeto que nosotros les damos, ¿no vemos que los miremos como debiendo ser la imagen y los representantes de una mano superior, y como tales susceptibles de más VIRTUD, de fuerza, de luz y de sabiduría que los otros hombres? ¿No es con una suerte de lamento que los vemos expuestos a las debilidades de la humanidad? ¿Y no nos parece que nos gustaría que ellos fuesen conocidos solo por actos grandes y sublimes como la mano que se supone haberlos puesto a todos sobre el Trono?

Qué dije, ¿no es bajo esta autoridad sagrada que ellos se anuncian, y que ellos hacen valer sus derechos? Aunque nosotros no tengamos la certeza que ellos actúan por ella, ¿no es a causa de que sentimos la posibilidad, que nace esta especie de temor que resulta de su potencia, y esta veneración que ellos nos inspiran?

Todo esto nos indica entonces que su primer origen es superior a los poderes y a la voluntad de los hombres, y nos debe confirmar en la idea que ya he presentado, que su fuente está por encima de aquellas que la Política les ha buscado.

11-De la Ciencia de los Reyes

En cuanto a estas facultades y a estas VIRTUDES innumerables que nosotros hemos mostrado, como debiéndose encontrar en los Reyes que habrían recuperado su antigua luz; estos son además los Jefes de las Sociedades establecidas que nos lo anuncian, porque ellos actúan como teniendo el disfrute de todo lo que nosotros sentimos deber estar en ellos.

¿su nombre no es el sello de todas las potencias que ellos vierten en sus Imperios? Generales, Magistrados, Príncipes, todos los Órdenes del Estado no tienen su autoridad, y cuando esta misma autoridad se transmite de mano en mano hasta las últimas ramas del árbol social, no es siempre en virtud de la primer emanación? ¿No debemos añadirle siempre el ejercicio de talentos útiles, y algunas veces talentos que no son mas que agradables?

En todos estos casos, los Soberanos ¿no dan ellos mismos un signo evidente que ellos son como el centro y la fuente de donde deben salir todos los privilegios y todos los poderes que ellos comunican? Por el acto mismo de esta comunicación, y las formalidades que la acompañan, muestran siempre que ellos son, o que ellos pueden ser dirigidos en sus elecciones por una luz segura, y que ellos son iluminados sobre la capacidad de los sujetos a que ellos consienten una parte de sus derechos. Y mismo estas precauciones de su parte, así como las decisiones que resultan, suponen no solamente su capacidad personal, sino también ellas son como todos los testimonios.

Porque todas las informaciones que los Soberanos toman en los diferentes casos que se presentan, y la adhesión que ellos aportan a las luces y a las decisiones de sus diferentes Tribunales, no deben ser vistos como frutos de su ignorancia sobre las diferentes materias sometidas a su Legislación. No es que se suponga que ellas no puedan conocer todo por ellas mismas; al contrario, no se puede dispensar de suponerlo, porque son ellos mismos que crean estas jurisdicciones; mas es haciendo en lo temporal las funciones de un Ser verdadero e infinito, ellas están cargadas como él de la acción total e infinita, y están como él en la necesidad indispensable de no poder operar las acciones limitadas y particulares, que por sus atributos y por los agentes de sus facultades.

Si nosotros entramos en el detalle de todos los resortes que actúan y funcionan en los Gobiernos políticos, haríamos la misma aplicación a las facultades de los Jefes que la dirigen; el ejercicio de la Justicia tanto civil como criminal, aunque haciéndose por otras manos que las suyas, mas siempre por su autoridad, anunciaría bastante claramente que ellos podrían tener los medios de descubrir los derechos y las faltas de sus Súbditos, y de fijar con certeza la extensión y el sostén de los unos, al mismo tiempo que la reparación de los otros. El cuidado que ellos toman de vigilar por la conservación de las Leyes de Gobierno, la pureza de las costumbres, el mantenimiento de los Dogmas y las prácticas de la Religión, la perfección de las Ciencias y las Artes, todo aquello, yo dije, nos recordará que debe haber en ellos una luz fecunda que se extiende a todo, y por consecuencia que conoce todo.

12-De la Legitimidad de los Soberanos

No nos apartamos entonces de la Verdad, atribuyendo al hombre revestido de todos los privilegios de su primer estado, las ventajas que los Reyes nos retratan tan sensiblemente como imagen, y podemos decir con razón que ellos nos instruyen por eso, de lo que el hombre podría y debería ser, aún en medio de la Región impura que él habita hoy.

Yo no me disimulo, sin embargo, la multitud de objeciones que debe hacer nacer este punto de vista bajo el cual yo vengo de presentar a los Reyes, y en general a todos los Jefes de las Sociedades, Acostumbrados, como son los hombres, a explicar las cosas por ellas mismas, y no por su principio, debe ser nuevo para ellos de percibir, para todos sus derechos y para todas sus potencias, una fuente que no sea más que ellos; pero que sin embargo es similar con ellos.

13-De los Gobiernos legítimos

Así acostumbrados a sus principios, ellos comenzarán por preguntarme qué prueba las Naciones podrían tener de la legitimidad de sus Jefes, y sobre las cuales ellos podrían juzgar que aquellos que ocupan el lugar, no las hayan abusado.

Yo no temo adelantarme mucho, diciendo que los testimonios serán evidentes, sea para los Jefes, sea para los Súbditos, que hará juzgar como justo y útil el uso de sus facultades intelectuales, y yo remito para este artículo, a lo que yo he dicho precedentemente sobre los testimonios de una Religión verdadera. La misma respuesta puede servir para la objeción presente, porque la Institución sagrada y la Institución política no deberían tener mas que el mismo objetivo, la misma guía y la misma ley; así deberían ellas estar siempre en la misma mano, y cuando ellas están separadas, ellas han la una y la otra, perdido de vista su verdadero espíritu, que consiste en una perfecta inteligencia y en la unión.

La segunda pregunta que se nos podrá hacer, es a saber, si admitiendo la posibilidad de un Gobierno, tal como aquel que yo vengo de representar, se pueden encontrar ejemplos sobre la Tierra.

No se me creería, sin duda, si yo quisiera persuadirlos que todos los Gobiernos establecidos lo son conforme al modelo que venimos de ver, porque en efecto el más grande número está muy alejado; pero yo ruego a todos mis semejantes, que e convenzan que los verdaderos Soberanos, así como los legítimos Gobiernos, no son Seres imaginarios, que han existido en todo tiempo, que existen actualmente, y que los habrá siempre, porque eso entra en el Orden universal, porque en fin eso tiende a la GRAN OBRA, que no es otra cosa que la Piedra Filosofal.

Una tercer dificultad, que se presentará naturalmente tras los principios que han sido establecidos, es haber visto que todo hombre por su naturaleza, puede esperar recuperar la luz que ha perdido, y sin embargo yo los reconozco como Soberanos entre los hombres; porque, si cada hombre llega al término de su rehabilitación, ¿Quiénes serán los Jefes? ¿No serán iguales todos los hombres, no serán ellos todos Reyes?

Esta dificultad no puede subsistir mas, tras lo que yo he dicho sobre los obstáculos que detienen tan frecuentemente al hombre en su carrera, y que, multiplicados todavía por sus imprudencias y el uso falso de su voluntad, son de su parte tan raramente y tan desigualmente superados.

14-De la Institución Militar

Se podrá lo mismo recordar aquí lo que yo he dicho sobre las diferencias naturales de las facultades intelectuales, de los hombres, de donde se puede remarcar que aún comparándolos bajo este punto de vista, quedaría siempre una desigualdad entre ellos, pero una desigualdad que no se sería punible, y que no los humillaría, porque su grandeza sería real en cada uno de ellos, y no relativa, como aquella que no es mas que convencional y arbitraria.

Esto es lo que nos está representado de alguna manera en las leyes de la institución Militar, aquella de todas las obras de los hombres que nos pinta más fielmente el estado primero, y que, como tal, es la más noble de todos sus Establecimientos; aunque no teniendo una base mas cierta, ni más sólida que sus otras obras, esta no debe tener a los ojos del hombre sensato, sino el primer rango en el orden de los prejuicios; mas, yo lo repito, ella es tan noble, posee tantas virtudes, que se olvida uno casi ella tendría necesidad de ser verdad.

Así, mirando esta institución, como aquella a la que se aplica mejor el Principio del hombre, nosotros remarcaremos que todos los Miembros que componen un Cuerpo Militar, se supone revestido y dotado cada uno de facultades particulares que son propias de su grado. Se supone que ellos, cada uno en su clase, han alcanzado y cumplido el objetivo que les está asignado.

Sin embargo, aunque estos Miembros sean todos desiguales, no hay deformidad en su conjunto, ni humillación para los individuos, porque el deber de cada uno está fijo, y no es vergonzoso ser inferior a otros Miembros del mismo Cuerpo, sino solamente ser inferior en su Grado.

Al mismo tiempo, estos Cuerpos Militares, estando compuestos de Miembros desiguales, no pueden jamás permanecer un momento sin Jefe, porque habría siempre uno de estos Miembros que sería superior al otro.

Si estos Cuerpos no fuesen la obra de la mano del hombre, las diferencias y la superioridad de sus Miembros serían fijas, y esta sería la cualidad y el precio real del sujeto que serviría de regla. Pero, como el Legislador no está conducido por su verdadera luz, y que sin embargo él siempre actúa, él ha proporcionado un valor y un mérito más fáciles de conocer, y que no tienen necesidad del auxilio de ojos corporales para ser determinado. Es la antigüedad, que tras la diferencia de Grados fija los derechos en los Cuerpos Militares, y si no hay mas que dos Soldados en un Puesto, la Ley quiere que el más antiguo comande al otro.

15-De la desigualdad de los Hombres

Esta Ley, completamente práctica como ella es, ¿no es un índice de la justicia del principio que yo he expuesto, y suponiendo todos los hombres en posesión de sus Privilegios, como no habría jamás una entera igualdad entre ellos, no se podría creer que ellos tuvieron siempre Reyes?

Esta sería no obstante la más grande de las absurdidades, que tomar esta comparación al pie de la letra; los Cuerpos Militares, no siendo mas que la obra del hombre, no pueden tener mas que diferencias convencionales, también así vemos que el superior y el inferior son por su naturaleza de la misma especie, y a pesar de las diferencias tan importantes, todo se junta en el fondo, porque son siempre hombres en la privación.

Pero en el Orden natural, si cada hombre alcanzara el último grado de su potencia, cada hombre sería entonces un Rey, de modo que los Reyes de la Tierra no reconocerían a los otros Reyes como sus Amos, y que por consecuencia ellos no estarían sujetos los unos a los otros; lo mismo, en el caso que se trata, si todos los hombres estuviesen plenamente rehabilitados en sus derechos, los Amos y los Súbditos de los hombres no podrían encontrarse entre los hombres, y ellos serían todos Soberanos en su Imperio. Pero, yo lo repito, este no es el estado actual de las cosas, que los hombres alcanzaran todos este grado de grandeza y de perfección, que los volvería independientes los unos de los otros; así, desde que este estado de reprobación subsiste, si ellos han tenido siempre Jefes tomados de entre ellos, es necesario esperar que ellos los tendrán siempre, y que esto es mismo indispensable, hasta que el tiempo de la punición se encuentre enteramente cumplido.

Es entonces con confianza que yo establezco sobre la rehabilitación de un hombre en su Principio, el origen de su autoridad sobre sus semejantes, aquella de su potencia, y de todos los títulos de la Soberanía política.

Yo no temo siquiera asegurar que este es el solo y único medio de explicar todos los derechos, y de conciliar la multitud de opiniones diferentes que los Políticos han dado nacimiento sobre esta materia; porque, para reconocer una superioridad en un Ser, sobre los Seres de la misma clase, no es en aquello que se le asemeja donde es necesario buscarlo, sino en aquello en que él puede ser distinguido.

Puesto que, por su naturaleza actual, los hombres siendo condenados a la privación, se asemejan absolutamente todos en este punto, con algunos matices; no es mas entonces que esforzándose en hacer desaparecer esta privación, que ellos pueden esperar establecer diferencias reales entre ellos.

16-De la Antorcha de los Gobiernos

Yo no creo poder ofrecer a mis semejantes un cuadro mas satisfactorio, que aquel de esta sociedad que, como nosotros lo hemos dicho, estaría fundada sobre las necesidades corporales de los hombres, y sobre el deseo que ellos tienen de conocer, y darse un Jefe tal como vengo de describir, que completa y confirma la idea natural de que todos nosotros llevamos secretamente en nosotros, del hombre social, y del principio de los Gobiernos.

En efecto, no veríamos reinar mas que un orden y una actividad universal, que formarían un tejido de delicias y de gozo para todos los Miembros del Cuerpo político; nosotros veríamos que sus males corporales mismos habrían encontrado allí reblandecimiento; porque, según lo que yo he indicado, la luz que hubiera dirigido la asociación, habría abarcado e iluminado todas las partes. Entonces, si hubiera estado en medio de las cosas perecederas, se nos presentaría la imagen mas grande y la idea más justa de la perfección; si hubiéramos recordado esta feliz edad que se dice no existir mas que en la imaginación de los Poetas, porque nosotros nos hemos alejado, y no conociendo mas la dulzura, nosotros tenemos la debilidad de creer que, puesto que ella había pasado para nosotros, ella había debido cesar de ser.

Al mismo tiempo, si tal es la Ley que debería ligar y gobernar a los hombres; si esta es la única antorcha que puede, sin injusticia, reunirlos en cuerpos, es cierto entonces, que abandonándola, ellos no pueden esperar mas que la ignorancia, y todas las miserias inevitables para aquellos que caminan en la oscuridad.

17-De la Sumisión a los Soberanos

Entonces, si por el examen que se va a ver de los Gobiernos recibidos, se encuentran deformidades, se podrá concluir con razón que ellas no subsisten mas que por el alejamiento de esta misma luz, y porque aquellos que han fundado los Cuerpos políticos, no han conocido los principios, o que sus sucesores han dejado alterar la pureza.

Pero habiendo emprendido este importante examen, yo debo tranquilizar a los Gobiernos quisquillosos, que podrían alarmarse de nuestros sentimientos, y temer que se devele su defectuosidad, yo aniquilo el respeto que les es debido; y aunque yo lo he demostrado ya, en algunos lugares del tema que me ocupa actualmente, mi veneración por la persona de los Soberanos, tanto como por su carácter, es conveniente aquí reiterar esta protesta, a fin de persuadir bien a todos aquellos que leyeron esta Obra, que yo no respiro mas que el orden y la paz, que yo hago a todos los Súbditos un deber indispensable la sumisión a sus Jefes, y que yo condeno sin reserva toda subordinación y toda revuelta, como siendo diametralmente contraria a los principios que yo me propongo establecer.

No podrá dispensarse de añadir fe a esta auténtica declaración, cuando se quiera recordar lo que he establecido precedentemente sobre la Ley que debe dirigir aquí abajo al hombre en toda su conducta. ¿No he demostrado que el encadenamiento de sus sufrimientos no era mas que una consecuencia del falso uso de su voluntad; que el uso de esta voluntad no se hizo falsa mas que cuando el hombre abandonó su guía, y que, por consecuencia, si él tenía la misma imprudencia hoy, no sería mas que para perpetuar sus crímenes, y aumentar mas sus infelicidades?

Yo condeno absolutamente la rebelión, aún en el caso mismo donde la injusticia del Jefe o del Gobierno estaría en su máximo, y donde ni uno ni el otro conservarían ningún rastro de los poderes que los constituyen; porque, toda inicua, toda repulsiva que pudiera ser una Administración semejante, yo

hice ver que no es el Súbdito quien ha establecido sus Leyes políticas y sus Jefes, y que no le corresponde a él derribarlas.

Pero es necesario dar razones mas sensibles además; si el mal no está mas que en la Administración, y que el Jefe ha conservado en esta fuerza y estos derechos incontestables que nosotros lo suponemos, como siendo el fruto de su trabajo y de sus EJERCICIOS que él habría hecho, él tendrá en él todas las facultades necesarias, para desenredar el vicio del Gobierno y remediarlo, sin que el Súbdito sea capaz de poner las manos.

Si el vicio está al mismo tiempo , en el Gobierno y en el Jefe, pero que el Súbdito se ha preservado, cumpliendo esta obligación común a todos los hombres de no apartarse jamás de la Ley invariable que debe conducirlos, aquel se pondrá a cubierto de las vejaciones, sin emplear la violencia: o bien él sabrá reconocer si no se trata de una mano superior que inicia el flagelo; entonces él se guardará de murmurar, ni de oponerse a la Justicia.

En fin, si el vicio estaría a la vez en el Jefe, en la Administración y en el Súbdito, entonces no me pregunten qué se debería hacer; porque esto no sería un Gobierno, este sería un robo; pues, para los ladrones, no existen Leyes.

Lo mismo sería inútil anunciar a los hombres en un desorden semejante, que cuanto más se liberen, más sufrimientos y aflicciones obtendrán; que el interés de su verdadera felicidad los defenderá siempre de rechazar la injusticia por la injusticia, y que los males les perseguirán, tanto como ellos no se esfuercen en plegar su pensamiento, su voluntad, a su regla natural. Este discurso no encontraría ningún acceso en esta condición tumultuosa; porque ellos son el lenguaje de la razón, y el Ser librado a sí mismo no razona.

Que no se me objete de nuevo, esta dificultad de saber con qué signos se podrá discernir si las cosas están o no en orden, y cuando se deberá actuar o detenerse. Yo he hecho entender que todo hombre nació para tener la certeza de la legitimidad de sus acciones, que ello es indispensable para fijar la moralidad de su conducta, y que tanto como esta prueba le falte, él se expone si da un paso.

De esto, se puede juzgar si yo permito al hombre la menor imprudencia, y con mas fuerte razón el menor acto de violencia y de autoridad privada.

Yo creo por lo tanto que esta admisión de mi parte puede reasegurar a los Soberanos sobre los principios que me conducen; ellos no verán jamás mas que una adhesión inviolable por su persona, y que el más sublime respeto por el rango sagrado que ellos ocupan; ellos verán que aún si hubiera entre ellos usurpadores y tiranos, sus Súbditos no tendrían ningún pretexto legítimo, para hacer el menor daño.

Si los Reyes leen alguna vez este escrito, ellos no se persuadirán, yo pienso, que por esta sumisión que yo les dedico, yo en nada aumento sus poderes, y que yo los dispense de esta obligación donde ellos son como hombres, de sujetar su marcha a la regla común que debería dirigirnos a todos.

18-De las Obligaciones de los Reyes

Al contrario, si no es mas que por el íntimo conocimiento que ellos deben tener de esta regla, y por su fidelidad para observar que ellos tienen que llevar el título de Reyes, les diera derecho a apartarse, esto sería favorecer la impostura, e insultar el nombre mismo que nosotros les hacemos honrar.

Así, si el Súbdito no tiene el derecho de vengar una injusticia de su parte, ellos deben saber que tienen menos todavía el de cometerlo; porque en calidad de hombres, el Soberano y el Súbdito tienen la misma Ley; que el Estado político no cambia nada de su naturaleza de Seres pensantes, que no es mas que una carga para ambos, y que uno y otro no pueden y no deben hacer nada por ellos mismos.

Yo pensé que era necesario hacer esta formal declaración antes de entrar en el examen de los Cuerpos políticos, y yo creo actualmente poder seguir mi objetivo sin inquietud, porque por mas defectuosos que aparezcan los Gobiernos , yo no puedo ser sospechado de trabajar para arruinarlos; porque al contrario, todo lo que yo habría de ambicionar, sería el hacerles gustar los únicos medios que son evidentemente apropiados a su felicidad y a su perfección.

19-De la Inestabilidad de los Gobiernos

En primer lugar, lo que debe hacer presumir que la mayor parte de los Gobiernos no tienen por base el principio que yo acabo de establecer aquí, a saber, la rehabilitación de los Soberanos en su luz primera, es que casi todos los Cuerpos políticos que han existido sobre la tierra, han pasado.

Esta simple observación no nos permite apenas ser persuadidos que ellos tuviesen un fundamento real, y que la Ley que los había constituido, era la verdadera; porque esta Ley de la que hablé antes, por su naturaleza, una fuerza viviente e invencible, todo lo que ella hubiera ligado, debería estar indisoluble, tanto que aquellos que hubieran sido empleados para ser los ministros, no lo habrían abandonado.

Es necesario entonces, o que ella haya sido desconocida en el origen de los Gobiernos de que se trata, o que ella haya sido descuidada en el tiempo que ha seguido a su institución, porque sin aquello ellas subsistirían todavía.

Y ciertamente, esto no repugna la idea que llevamos en todos nosotros, de la estabilidad de los efectos de una Ley semejante; según las nociones de verdad que están en el hombre, eso no sucede, y la duración es para nosotros la prueba de la realidad de las cosas. Así que cuando los hombres se han acostumbrado a mirar a los Gobiernos como pasajeros y sujetos a las vicisitudes, es que ellos los han puesto en el rango de todas las instituciones humanas, que no tienen mas que sus caprichos, y su imaginación desarreglada por apoyo, pudiendo vacilar en sus manos, y ser destruidas por otro capricho.

Sin embargo, y por una contradicción intolerable, ellas han exigido nuestro respeto para estas suertes de establecimientos de los cuales ellos mismos reconocen la caducidad.

¿No es cierto entonces que en su ceguera misma, el Principio les habla todavía, y que ellos sentían que todo lo viciosas y todo lo frágiles que fuesen sus Instituciones sociales, ellas representan una que no debe tener ninguno de estos defectos?

Esto sería suficiente para apoyar lo que yo he dicho sobre la Ley fija que debe presidir a toda Asociación; pero, sin duda, a pesar de la idea que nosotros tenemos de una Ley semejante, se vacilará siempre en añadir la fe, porque habiendo visto desaparecer todos los Imperios, viene como evidente que ellos no pueden ser durables, y se tendrá pena en creer que existan algunos que no han desaparecido.

Esta es sin embargo una de las verdades que yo puedo afirmar mejor, y yo no me adelanto mucho, certificando a mis semejantes, que hay Gobiernos que se sostienen desde que el hombre está sobre la tierra, y que subsistirán hasta el fin de los tiempos; y esto, por las mismas razones que me han hecho decir que aquí abajo siempre han existido, y que siempre existirán Gobiernos legítimos.

20-De los Gobiernos estables

No será difícil hacer entender que si los Cuerpos políticos que han desaparecido de sobre la tierra, si hubiesen estado fundados sobre un Principio verdadero, ellos estarían todavía en vigor; que aquellos que subsisten hoy, desaparecerán infaliblemente, si ellos no tienen un principio semejante por base, y que si ellos se han alejado, el mejor medio que ellos tienen de sostenerse, sería el de aproximarse a este Principio.

Para la duración que anuncio de un Gobierno como susceptible, es claro que yo no entiendo hablar mas que de una duración temporal, porque ellos no están establecidos mas que en el tiempo. Mas cuando ellos fuesen a terminar con las cosas, esto sería siempre gozar de la plenitud de su acción, el de llevarla a este término: y es lo que ellos podrían esperar, si ellos supiesen apoyarse en su Principio.

Yo no me detendré a citar por prueba este orgullo con el cual los Gobiernos se vanaglorian de su antigüedad, ni los cuidados que ellos se dan para retroceder a su origen; yo no recordaré tampoco, las precauciones que ellos toman para su conservación y para su duración, ni todos esos establecimientos que ellos forman sin cesar, en vistas lejanas, y cuyos frutos no pueden ser recogidos mas que después de siglos; se ve que estos serían como índices secretos de la persuasión donde ellos están que deberían ser permanentes.

Entonces por lo tanto, yo lo repito, cuando vemos extinguirse un Estado, podemos presumir sin temor, que su nacimiento no ha sido legítimo, o que los Soberanos que lo han gobernado sucesivamente, no han buscado conducirse por la luz de esta llama natural que nosotros consideramos como debiendo ser la guía del hombre y de los suyos.

Por la razón contraria, no sería todavía el momento de pronunciarse sobre los Gobiernos actuales, si nosotros no tuviéramos mas que este solo motivo para dirigir nuestros juicios; porque, tanto como nosotros los veríamos subsistir,

podríamos suponer que son conformes al Principio que debería constituirlos a todos, y no sería mas que en su destrucción que nosotros descubriríamos que ellos son defectuosos.

Pero existen otros puntos de vista sobre los cuales nosotros tenemos todavía que considerarlos, y que nos pueden ayudar a instruirnos de sus defectos y de sus irregularidades.

21-De la Diferencia de los Gobiernos

El segundo vicio que nosotros no podemos disimular en los Gobiernos, es que ellos son diferentes los unos de los otros. Porque, si fuera un Principio verdadero el que los hubiese formado, este Principio siendo único y siempre el mismo, se habría manifestado por todas partes de la misma manera, y todos los Gobiernos que él habría producido serían semejantes. Así, desde que existe diferencia entre ellos, nosotros no podemos admitir mas la Unidad de su Principio, y muy ciertamente debe haber entre ellos los que son ilegalmente establecidos.

Yo no me detengo en estas diferencias locales, que siendo traídas por las circunstancias y por el curso continuo de las cosas, deben diariamente hacerse sentir en la administración. Como la marcha de esta administración debe ser reglada ella misma por el Principio constitutivo universal, lejos que las diferencias que ella admita, según el tiempo y los lugares, la pudiesen alterar, ellas nos mostrarán bien pronto su sabiduría y su fecundidad.

Yo no voy entonces a tener en cuenta en este momento mas que las divisiones fundamentales, que tienen que ver con la constitución del Estado.

De este número son las diversas formas de Gobierno, de las que yo mostraré las dos principales, porque todas las otras son mas o menos; a saber, aquella donde la suprema potencia está en una sola mano, y aquella donde ella está a la vez en muchas.

Si, de estas dos formas de Gobierno, se supone que una está conforme al Principio, se debe presumir con razón que la otra es la opuesta; porque una y la otra, siendo tan diferentes, no pueden tener razonablemente la misma base, ni el mismo origen.

Yo no puedo, por consecuencia, admitir esta opinión generalmente recibida, que determina la forma de un Gobierno según su situación, su extensión, y otras consideraciones de esta naturaleza, por las cuales se pretende fijar la especie de Legislación más conveniente a cada Pueblo o a cada País.

Según esta regla, sería en las Causas secundarias que se encontraría absolutamente la razón constitutiva de un Estado, y esto es lo que repugna enteramente la idea que ya he dado de esta Causa o de este Principio constitutivo. Porque, como Principio, debe dominarlo todo, dirigirlo todo. Siendo luminoso, él puede, es cierto, acomodarse a las circunstancias que yo acabo de citar, pero él no debe jamás plegarse frente a ellas, al punto de desnaturalizarse, y de producir efectos contradictorios. En una palabra, esto

sería renovar el error que nosotros hemos develado hablando de la religión; es decir, que sería buscar en la acción y las Leyes de las cosas sensibles, la fuente de un Principio verdadero, porque son ellos que se han alejado y que la desfiguran. Así yo persisto en sostener que de las dos formas de Gobierno, de las que vengo de hablar, necesariamente una debe ser viciosa.

22-Del Gobierno de uno solo

Si se me presiona absolutamente a decidir sobre cual merece mi preferencia, aunque mi plan sea el de exponer mas bien los Principios, que de dar mi consejo, yo no podría dispensarme de afirmar que el Gobierno de uno solo, es sin contradicción el mas natural, el más simple y el más análogo a las Leyes verdaderas, que yo he expuesto precedentemente como siendo esenciales al hombre.

Es en efecto en él mismo y en la llama que lo acompaña, que el hombre debe basar sus consejos y todas sus luces; si este hombre es Rey, sus deberes como hombre, no cambian, no se extinguen. Así, en este rango elevado, teniendo siempre la misma obra para hacer, él tiene también siempre los mismos socorros que esperar.

No es en los otros miembros de su Estado, que él debe buscar sus guías, y si él es hombre, será suficiente consigo mismo. Todas las manos que serán empleadas necesariamente en la Administración, aunque siendo la imagen del Jefe, cada uno en su clase, no tendrán por objeto mas que secundarlo, y no instruirlo e iluminarlo, porque nosotros hemos reconocido en él la fuente de los inmensos poderes que se esparcen en todo su Imperio.

Entonces, si nosotros concebimos que un hombre puede reunir en él estos privilegios, sería muy inútil que hubieran muchos hombres a la cabeza de un Gobierno, porque uno solo puede entonces hacer la misma cosa que todos los otros.

Así, aunque algunas ventajas pueden encontrarse en el Gobierno de muchos, yo no puedo considerar esta forma como la más perfecta, porque habría un defecto que sería la superfluosidad, y que en la idea que tenemos de un Gobierno verdadero, no debe encontrarse defectos.

Sin embargo, aunque yo doy la preferencia al Gobierno de uno solo, yo no decido que todos aquellos que tengan esta forma sean verdaderos, según toda la regularidad del Principio. Porque en fin, mismo entre los Gobiernos de uno solo, se encuentran todavía diferencias infinitas.

En unos, el Jefe no tiene casi ninguna autoridad; en otros, él la tiene absoluta; en otros, él está en el medio entre la dependencia y el despotismo; nada está fijo, nada es estable en este género. Es por eso que es muy probable, que si no es todavía por esta Ley invariable, de la que nos ocupamos, que han sido dirigidos todos los Gobiernos donde la potencia está en una sola mano, y que así nosotros no debemos adoptarlas todos.

23-De la Rivalidad de los Gobiernos

Pero el tercero, y al mismo tiempo el más poderoso motivo que nos debe tener en suspenso sobre la legitimidad de todas las Instituciones sociales de la Tierra, tanto aquellas donde no hay más que un Jefe, como aquellas que tienen muchos, es que ellas son universalmente enemigas las unas de las otras; porque, muy ciertamente esta enemistad no habría tenido lugar, si el mismo Principio hubiese presidido a todas estas Asociaciones, ya que él dirigiría continuamente la marcha. Porque el objeto de este Principio siendo el orden, tanto general como particular, todos los Establecimientos a los cuales él habría presidido, no habrían tenido sin duda más que el mismo objetivo; y lejos de que este objetivo hubiese puesto en contra a los unos y los otros, él habría sido, al contrario, un sostén mutuo contra el vicio natural y común que prepara sin cesar su destrucción.

Entonces cuando yo los veo emplear recíprocamente sus fuerzas los unos contra los otros, y apartarse tan groseramente de su objeto, yo debo presumir sin temor, que en el número de estos Gobiernos, no puede haber más que irregularidades y vicios.

24-Del Derecho de la Guerra

Los Políticos, yo lo sé, emplean todos sus esfuerzos por paliar esta deformidad. Ellos consideran a las Instituciones sociales como formadas para instar las obras de la Naturaleza; olvidando enseguida todo lo que está sobre sus manos; la copia no puede ser igual a su modelo, ellos transportan y atribuyen a estos Cuerpos fácticos la misma vida, la misma facultad y los mismos poderes que aquellos con que los Seres corporales de la Naturaleza están revestidos; ellos les pretenden la misma actividad, y por consecuencia, el mismo derecho a conservarse, y por consecuencia aquel de rechazar igualmente los ataques, y combatir a sus enemigos.

Es por eso que ellos justifican la guerra entre las Naciones, y la multitud de las Leyes establecidas, por la seguridad, tanto interior como exterior de los Estados.

Pero los Legisladores mismos no pueden disimular su debilidad y la defectuosidad de los medios que ellos emplean para mantener estos derechos, y para la conservación de los Cuerpos políticos: ellos ven evidentemente que si el Principio activo que ellos suponen en su Obra, estuviese vivo, él animaría sin violencia, y conservaría sin destruir, así como el Principio activo de los Cuerpos naturales.

25-De los verdaderos Enemigos del Hombre

Porque, desde que él llega absolutamente a todo lo contrario, desde que las Leyes cualesquiera de los Gobiernos no tienen fuerza mas que para negarlos, y que ellas no crean nada, el Jefe no encuentra mas una verdadera potencia en el instrumento del que se sirve, y él no puede negarse a sí mismo, que el principio que ha hecho componer su Ley, no lo ha engañado.

Entonces, yo pregunto cual puede ser este error, si no es el de abusarse sobre el género de combate que él tiene que hacer; de tener en su debilidad de creer

que sus enemigos siendo hombres, y formando los Cuerpos políticos; que así es contra estos Cuerpos, que él debía voltear todas sus fuerzas y toda su vigilancia. Porque, como esta idea es una de las más funestas consecuencias de las tinieblas donde el hombre está hundido, no es asombroso que los derechos que ella ha hecho establecer sean igualmente falsos, y por eso que no puedan producir nada.

No se deben sorprender de verme anunciar que el hombre no puede tener a los hombres por sus verdaderos enemigos, y que por la Ley de su naturaleza, no hay nada verdaderamente que temer de su parte; que en efecto, como se ha reconocido que ellos no sabrían por sí mismos, convertirse en Superiores los unos de los otros, y que ellos están todos en la misma debilidad y la misma privación, es cierto que en ese estado, ellos no tienen ninguna ventaja real sobre su semejante; y si ellos tratan de hacer uso contra él de ventajas corporales que estarían en ellos; como la dirección, la agilidad o la fuerza, vendrían sin duda a preservarse dejando conducir por la Ley primera y universal, que yo presenté como siendo la guía indispensable del hombre.

Si, al contrario, fuera en virtud de las facultades de esta misma ley, y por la potencia del Principio que la ha prescripto, que el hombre encontrara realmente Superiores, como aquellos que tuvieran estos poderes no los emplearían mas que para su propio bien y para su real felicidad; es claro que no habría nada que temer de su parte; y que él no debería mirarlos como sus enemigos.

Es entonces por debilidad y por ignorancia, que el hombre es tímido con sus semejantes; es por haber sujetado mal el objetivo de su origen, y el objeto de su destino sobre la Tierra; y si, como nosotros lo hemos observado, se ve, entre los diferentes Gobiernos, una celosa y ávida enemistad, nosotros debemos creer que este error no tiene otra fuente, ni otro principio, y que por consecuencia, la luz que ha presidido su asociación no tiene todos los derechos que ella tendría para nuestra confianza, si ella hubiese sido tan pura como ella habría debido ser.

26-De los tres Vicios de los Gobiernos

Independientemente de los vicios de administración de los que hablaremos enseguida, nosotros observaremos aquí tres vicios esenciales, a saber, la inestabilidad, la disparidad, y el odio, que se muestran claramente entre los Gobiernos recibidos, cuando se los considera en ellos mismos y en sus relaciones respectivas; sobre esto solo, yo tendría derecho de asegurar que estas asociaciones están formadas por la mano del hombre, y sin el auxilio de la Ley superior que debe darle la sanción, y que esta sanción habiendo sido negada, los Gobiernos, que no pueden sostenerse sin ella de ninguna manera, han degenerado de su primer estado.

Pero como yo me he impuesto la Ley de no pronunciarme sobre ninguno, yo no emitiré aquí mi Juzgamiento, siempre que cada uno de estos Gobiernos pudiera encontrar objeciones a hacer para defenderse del cargo, Si aquellos que han desaparecido han sido falsos, aquellos que subsisten pueden no serlo; si entre estos yo remarqué una diferencia casi universal, de donde yo concluí que debe haber necesariamente malos, yo no he condenado, y mismo todavía

en general, mas que a los Gobiernos de muchos; así los Gobiernos de uno solo no están comprendidos en este juicio.

27-De la Administración

En fin, si yo encuentro aún entre los Gobiernos de uno solo, un odio marcado, o para hablar más decentemente, una rivalidad general, cada uno de ellos podría oponer que él es depositario de estos derechos recibidos que deberían presidir a toda Sociedad, y entonces que es su deber el estar en guardia contra los otros Estados.

Son todas estas razones reunidas que me impedirán siempre dar mi sentimiento sobre alguno de los Cuerpos Políticos actuales; pero, como mi deseo es al mismo tiempo, de ponerlos todos en el caso de poder juzgarse ellos mismos, yo voy a ofrecerles otras observaciones que los ayudarán a dirigir sus juicios sobre lo que ellos son y sobre lo que ellos deberían ser.

Es sobre su administración que yo voy actualmente a lanzar la vista, porque para que un Gobierno sea conforma al Principio verdadero, su administración debe ser conducida por Leyes ciertas y dictadas por la verdadera Justicia; si al contrario, ella se encuentra injusta y falsa, esto será a los Gobiernos que la emplean, extraer las consecuencias sobre la legitimidad del Principio y del móvil a los cuales ellos deben su nacimiento.

28-Del Derecho público

La administración de los Cuerpos políticos tiene dos cosas principales a reglamentar; primeramente los derechos del estado y de cada uno de los miembros, lo que es el objeto del Derecho público y de la Justicia civil; segundamente, ella tiene que vigilar la seguridad de la Sociedad tanto general como particular, lo que es el objeto de la Guerra, de la Policía y de la Justicia criminal. Cada una de estas ramas tiene Leyes para dirigirse, no hace falta para asegurarnos de su justicia, que examinar si estas Leyes emanan directamente del Principio verdadero, o si ellas han sido establecidas por el hombre solo, privado de su guía. Comencemos por el Derecho público.

Yo no examinaré mas que un solo artículo, porque será suficiente para indicar la oscuridad donde esta parte de la administración está hundida todavía; es aquella de los intercambios que los soberanos hacen con frecuencia entre ellos, de diferentes partes de sus Estados, según su conveniencia.

Yo pregunto, en efecto, si después que un Súbdito ha prestado, o supuestamente prestado juramento de fidelidad a un Soberano, aquel tiene el derecho de soltarlo, y esto mismo a pesar de todas las ventajas que pueden resultar para el Estado. El uso que hacen los Soberanos de no permitir el ingreso de los Habitantes de los países que ellos intercambian, no anuncia que el antiguo juramento no ha sido libre, y que el nuevo no lo será tampoco. Porque, esta conducta puede ella jamás estar conforme a las ideas que los Legisladores quieren darnos de un Gobierno legítimo?

29-De los Intercambios y de las Usurpaciones

En aquél donde yo he anunciado la Verdad y la Existencia indestructible, estos intercambios están igualmente en uso, y aquellos que se practican entre los Gobiernos recibidos, no son mas que la imagen, porque el hombre no puede inventar nada; pero las formalidades son diferentes, y dictadas por los motivos que hacen a todos los actos iguales; es decir, que el intercambio es libre y voluntario de una parte y de la otra; que no se ve a los hombres como adheridos al suelo, y haciendo parte del Dominio; en una palabra, que no se confunde su naturaleza con aquella de las posesiones temporales.

Yo no oso hablar aquí de esas ilustres usurpaciones por las cuales los diferentes Gobiernos pretenden adquirir un derecho de propiedad sobre Naciones pacíficas e ignoradas, o aún sobre Países vecinos y sin defensa, por el solo hecho que ellos manifiesten contra ellos su fuerza y su codicia. Es cierto que todo se hace por reacción en el Universo, la Justicia con frecuencia ha dejado armar Pueblos para el castigo de Pueblos criminales; pero sirviéndose recíprocamente de Ministros para su venganza, ellos no hacen mas que aumentar sus propios crímenes y su propia deshonra, y estas horribles usurpaciones de las que tenemos bajo los ojos tantos horribles ejemplos, han podido ser tal vez menos funestos para aquellos que han sido las víctimas, que para aquellos que los han operado. Vayamos al examen de la Ley civil.

30-De la Ley Civil

Yo supongo todos los derechos de propiedad establecidos, yo supongo el compartir de la tierra hecho legítimamente entre los hombres, así como ha tenido lugar en el origen, por medios que la ignorancia miraría hoy como imaginarios. Entonces, cuando la avaricia, la mala fe, la incertidumbre misma vinieron a producir luchas, que pudieran terminarse? Quien podrá asegurar derechos amenazados por la injusticia, y rehabilitar aquellos que se hubiesen deteriorado? Quien podrá seguir la filiación de los herederos y de las mutaciones, desde la primera partición hasta el momento de la lucha? Y sin embargo, cómo remediar tantas dificultades, sin tener el conocimiento evidente de la legitimidad de estos derechos, y sin poder con seguridad designar el verdadero propietario? Cómo juzgar sin tener esta certidumbre, y cómo osar pronunciar sin estar seguro que no se está coronando una usurpación?

Pues, ninguna persona osará negar que esta incertidumbre no sea como universal, de donde nosotros concluimos valientemente que la Justicia civil es con frecuencia imprudente en sus decisiones.

31-De la Prescripción

Pero he aquí donde ella es mas condenable todavía, y donde ella muestra al descubierto su temeridad; es cuando en la extrema vergüenza donde ella se encuentra frecuentemente, de reconocer el origen de los diferentes derechos y de las diferentes propiedades, ella fija un límite a sus búsquedas, asignando un tiempo durante el cual toda posesión pacífica se convierte en legítima, y es lo que se denomina PRESCRIPCIÓN; yo pregunto, en el caso en que la posesión sería mal adquirida, si hay un tiempo que pueda borrar una injusticia.

Es entonces evidente que la Ley civil actúa ella misma en ese momento, es evidente que es ella quien crea la Justicia, mientras que ella no hace mas que ejecutarla, y que ella repite por eso este error universal por el cual el hombre confunde siempre las cosas con su Principio.

Sería suficiente tal vez limitarme a este solo ejemplo sobre la Justicia civil, aunque ella pudiera ofrecermé muchos otros que depondrían igualmente contra ella, tales que estas variedades, estas contradicciones donde ella está expuesta a cada paso, y que la obligan a rechazarse ella misma en mil ocasiones.

32-Del Adulterio

Yo añadiré solamente que hay una circunstancia donde ella descubre bastante su imprudencia y su ceguera, y donde el principio de Justicia que debería siempre dirigir su marcha, es herido bien gravemente que cuando emite juicios aventurados sobre simples posesiones. Es entonces cuando por otras causas que las del adulterio, ella pronuncia la separación de las personas ligadas por el matrimonio. En efecto, el adulterio es el único motivo sobre el cual ella puede legítimamente desunir a los esposos, porque es la única contravención que hiere directamente la alianza, y que por esto solo ella rompe, porque era sobre esta unión sin división que ella estaba fundada. Así cuando la Ley civil se deja guiar por otras consideraciones, ella anuncia con evidencia, que ella no es la primer idea de un suceso semejante.

Yo no puedo entonces dispensarme de admitir cuanto la marcha de la Ley civil es defectuosa, tanto en lo que respecta a la persona de los miembros de la Sociedad, como en lo que respecta a todos sus derechos de propiedad; lo que me impide absolutamente mirar esta Ley como conforme al principio que debería haber dirigido la asociación, y me fuerza a reconocer aquí la mano del hombre, en lugar de esta mano superior y esclarecida que debería hacer todo en su lugar.

Yo me detendré sobre la primer parte de la Administración de los Cuerpos políticos, pero antes de pasar a la segunda, yo creo a propósito decir una palabra sobre el ADULTERIO que nosotros hemos anunciado como siendo la única causa legítima de la disolución de los Matrimonios.

El ADULTERIO es el crimen del primer hombre, aunque antes de cometerlo, él no tenía mujeres. Desde que la tuvo, la trampa que lo condujo a su primer crimen, subsiste siempre, y además los hombres están expuestos al Adulterio de la carne. De manera que este último Adulterio no puede tener lugar sin ser precedido del primero.

Esto que yo digo se hará evidente, si se concibe que el primer Adulterio se cometió porque el hombre se alejó de la Ley que le había sido prescripta, y que él siguió una completamente opuesta; ahora, el Adulterio corporal repite absolutamente la misma cosa, porque el Matrimonio pudiendo ser dirigido por una Ley pura, no debió ser la obra del hombre mas que de sus otras acciones; porque este hombre no habiendo formado él mismo su lazo, no tiene en él el derecho de poder romperlo; porque en fin librarse al Adulterio, es revocar de su

propia autoridad la voluntad de la Causa universal temporal, que se supone haber concluido el compromiso y escuchar una que ella no puede aprobar. Así, la voluntad del hombre precediendo siempre sus acciones, no puede olvidar en sus actos corporales, sin ser antes olvidado de su voluntad, de forma que se dedican hoy al Adulterio de la carne, en lugar de un crimen, y se cometen dos.

Si aquel que lee hasta aquí es inteligente, podrá descubrir en el adulterio de la carne, algunos indicios mas claros del adulterio cometido por el hombre antes que estuviese sometido a la Ley de los Elementos. Pero aunque tanto me gustaría, tanto mis obligaciones me impiden el menor esclarecimiento sobre este punto; y además, para mi propio bien, yo prefiero mejor enrojecer del crimen del hombre, que hablar de él.

Todo lo que voy a decir, es que si hay algunos hombres a quienes el adulterio les parece indiferente, no es seguramente mas que aquellos que son bastante ciegos como para ser Materialistas. Porque en efecto, si el hombre no tuviera sentidos, no existiría el adulterio para él, porque la Ley de los sentidos no es fija, sino relativa, todo para ellos debe ser igual. Pero, hay mas de una facultad que debe medir aún las acciones de sus sentidos, facultad que le hace conocer hasta en la elección y en la delicadeza en la que asienta sus placeres corruptos, se ve que el hombre puede tener buena fe para persuadirse de la indiferencia de semejantes Actos.

Así, lejos de adoptar esta opinión depravada, yo emplearía todos mis esfuerzos para combatirla. Yo aseguraré fuertemente que el primer adulterio que ha sido la causa de la privación es de la ignorancia donde el hombre está todavía hundido, y que es allí que ha cambiado su estado de luz y de esplendor, en un estado de tinieblas y de ignominia.

El segundo adulterio, otro que hace más riguroso el primer Decreto, expone al hombre temporalmente a desórdenes inexpresables, a sufrimientos crueles, y a infelicidades de las que él ignora la fuente principal, y que él está bien lejos de suponer que está tan cerca de él; lo que no impide sin embargo que ellos no puedan tener una multitud de otras causas.

Es todavía en este adulterio corporal que el hombre podría fácilmente formarse la idea de los males que él prepara en los frutos de sus crímenes, reflexionando que esta Causa temporal universal, o esta voluntad superior no preside asambleas que no haya aprobado, ni con mas fuerte razón aquellas que ella condena; que si su presencia es necesaria para todo lo que existe temporalmente, sea sensible, sea intelectual, el hombre destituye su posteridad de este sostén, cuando él engendra según una voluntad ilegítima; y que, por consecuencia, él expone esta posteridad a castigos inauditos, y al despojo terrible de todas las facultades de su ser.

33-De las especies de Hombres irregulares

Mas será en los diversos adulterios originales, que los hombres ávidos de Ciencias encontrarán la explicación de todas estas poblaciones bastardeadas, de todas estas Naciones donde la especie está tan bizarramente construida, así como de todas estas generaciones monstruosas y mal coloreadas de la que

la Tierra está cubierta, y que los Observadores buscan en vano una clase en el orden de las Obras regulares de la Naturaleza.

Que no se me objete por esas bellezas arbitrarias, fruto del hábito, que son admitidas en los diversos países: no son mas que los sentidos que lo juzgan, y los sentidos se acostumbran a todo. Existe muy ciertamente para la especie humana una regularidad fija e independiente de la convención y del capricho de los Pueblos; porque el cuerpo del hombre ha sido constituido por un NÚMERO. Hay también una Ley para su color, y ella nos es bastante claramente indicada por el arreglo y el orden de los Elementos en la composición de todos los cuerpos, donde se ve siempre la sal en la superficie. Es por eso que las diferencias del clima y aquellas de la manera de vivir operan con frecuencia, tanto sobre la forma como sobre el color de los cuerpos, no destruyendo el principio que viene de ser establecido, porque la regularidad de la estatura de los hombres no consiste en la igualdad de su grandor recíproco, sino en la justa proporción de todas sus partes.

34-Del Pudor

Lo mismo, aunque haya matices en su verdadero color, sin embargo hay un grado que ellas no pueden pasar, porque los Elementos no sabrían cambiar de lugar, sin una acción contraria a aquella que le es natural.

Así, atribuimos sin temor a los desarreglos de los Ancestros de las Naciones, todas estas figuras corporales, que son un índice llamativo de una deshonra original; atribuimos a la misma fuerza el embrutecimiento donde Pueblos enteros están totalmente hundidos, que ellos han perdido todo sentimiento de pudor y de vergüenza, y que no solamente ellos no interfieren con el adúltero, sino que lo mismo ellos son poco sorprendidos de las desnudeces, que para algunos de entre ellos, el acto de la generación corporal se ha convertido en una ceremonia pública o religiosa. Aquellos que tras estas observaciones han juzgado que el sentimiento del pudor no es natural en los hombres, no han prestado atención que ellos toman sus ejemplos entre Pueblos bastardeados; ellos no han visto que aquellos que muestran al menos repugnancia y delicadeza a este respecto, son también los más abandonados a la vía de los sentidos, y tan poco adelantados en el gozo y la utilización de sus facultades intelectuales, que ellos no difieren casi nada de las bestias que por algunos vestigios de Leyes que les han sido transmitidas, y que ellas conservan por hábito y por imitación.

Cuando los Observadores han querido, al contrario, tomar sus ejemplos en las Sociedades civilizadas, donde el respeto del lecho conyugal y el pudor son casi nunca mas que el efecto de la educación, ellos se han encontrado todavía equivocados en sus juzgamientos, porque estas Sociedades no esclarecen al hombre sobre los derechos de su verdadera naturaleza, y suplen por instrucciones y sentimientos falsos, que el tiempo, los lugares, el género de vida, hacen desaparecer; también, considerando estas Sociedades civilizadas el exterior de la decencia recibida, o un apego más o menos fuerte a los principios de la primera educación, no se encontrará tal vez realmente mas pudor que entre las Naciones más groseras; pero esto no probará jamás nada contra la verdadera Ley del hombre, porque en estos dos ejemplos, los Pueblos

de que se trata se han alejado igualmente, los unos por falta de cultura y los otros por depravación; de suerte que ninguno de ellos están en su estado natural.

35-De las dos Leyes Naturales

Para resolver la dificultad, sería necesario remontarse hasta ese estado natural del hombre; entonces se habría visto que la forma corporal siendo el Ser mas desproporcionado con el hombre intelectual, le ofrecía el espectáculo más humillante; y que si él conociese el Principio de esta forma, él no podría considerarla sin enrojecer, aunque sin embargo cada una de las partes de este mismo cuerpo tenga un objetivo y un empleo diferente, ellas no fueron completamente apropiadas para inspirarle el mismo horror. Se habría visto, dije, que este hombre habría temblado a la sola idea del adulterio, en que ella se habría retratado el recuerdo afrentoso y desesperante de este primer adulterio, de donde han salido todos sus males. ¿Pero cómo los Observadores habrían considerado al hombre en su Principio? Ellos no han conocido ninguno, entonces ¿qué confianza podríamos entonces asignar a sus opiniones?

No olvidemos entonces jamás que todas las deformidades y todos los vicios que las diferentes Naciones muestran, sea en sus cuerpos, sea en su Ser pensante, vienen de que sus Ancestros no han podido seguir su Ley natural, o que ellos mismos se han apartado.

Que los Materialistas no crean que estoy de acuerdo con ellos, que él sigue su Ley natural, sino que diferimos, en que ellos quieren que él siga la Ley natural de la bestia, y yo aquella que lo distingue, es decir, aquella que esclarece y asegura todos sus pasos, aquella, en una palabra, sosteniendo la antorcha de la Verdad.

36-De los dos Adulterios

No olvidemos, yo lo repito, que el segundo crimen del hombre o el adulterio corporal, no toma su fuente mas que en el primer adulterio, o aquel de la voluntad, por el cual el hombre ha seguido en su obra una Ley corrompida, en lugar de la Ley pura que le era impuesta. Porque, si el hombre puede cometer hoy el adulterio con la mujer, él puede todavía mas, como en el origen, cometer un adulterio sin la mujer, es decir, un adulterio intelectual; como tras la primer Causa temporal, nada en el tiempo es mas poderoso que la voluntad del hombre, y porque ella tiene poderes, aun cuando ella es impura y criminal, en similitud del Principio que se ha hecho malo.

Que se examine enseguida, si el hombre que se encontrara ser el autor de todos los desórdenes que venimos de exponer, debería jamás ser feliz y en paz, y si el pudiera ocultarse a sí mismo que él debe mas tributos a la Justicia que a su infeliz posteridad.

Aquellos que creen remediar todos estos males, haciendo nulos los resultados de sus crímenes, no pretenderán jamás de buena fe hacer adoptar esta opinión depravada; y ellos no pueden dudar, al contrario, que esto no haría mas que volver contra ellos el río todo entero, mientras que su posteridad lo habría podido compartir con ellos. Además, es dar a este mismo río una extensión sin

medida, porque por este acto criminal, de todas las Leyes que forman la Esencia del hombre, no hay una que no haya sido violada.

Yo no podría sin indiscreción extenderme más sobre este objeto: las Verdades profundas no convienen a todos los ojos; pero, aunque yo no expongo a los hombres mas que la Razón primera de todas las Leyes de la Sabiduría, ellas no son menos a ser tenidas en cuenta, porque ellas son sensibles, y que el hombre puede conocer todo lo que es sensible. Además, aunque se recibido también entre ellos que la Generación es un misterio, no es menos cierto que hay en el hombre una Ley y un orden desconocido por el bruto, y que los derechos que le son asignados son los mas bellos testimonios de su grandeza, como también la fuente de su condenación y de su miseria.

Dejemos a nuestros Lectores meditar sobre este punto, y pasemos a la segunda parte de la Administración social, a saber, aquella que vigila la seguridad exterior e interior del Estado.

Nosotros hemos visto que esta segunda parte teniendo dos objetos, debió tener también dos fuentes de Leyes para dirigirse; las primeras, encargadas de vigilar por fuera, forman las Leyes de la guerra y los derechos políticos de las Naciones. Mas, como yo he hecho ver que la manera de ser de los Pueblos, y el hábito donde ellos se consideran respectivamente como enemigos, siendo falsos, yo no puedo tener mas confianza en las Leyes que ellos hacen sobre estos objetos.

37-De la Administración Criminal

Se estará fácilmente de acuerdo conmigo, si se examinan estas incertidumbres continuas donde se ve el error de los Políticos que quieren buscar entre las cosas humanas, una base para sus Establecimientos. Como ellos no conocen por principio de los Gobiernos mas que la fuerza o la convención; cómo ellos no intentan más que separarse de su único punto de apoyo; cómo ellos quieren abrir, y que sin embargo ellos persisten en no querer servirse mas que de la sola clave con la cual ellos podrían lograr, sus búsquedas permanecen absolutamente sin fruto. Es por eso que yo no me extenderé más allá de lo que he dicho sobre este tema.

No será entonces mas que sobre la segunda especie de Leyes, o sobre aquellas que se ocupan de la seguridad interior del Estado, que se dirigirán mis observaciones, es decir, sobre esta parte de la Administración que concierne con la Policía y las Leyes criminales; yo reuní estas dos ramas bajo un solo punto de vista, porque, a pesar de la diferencia de los temas que ellas abarcan, ellas tienen cada una por objeto el mantenimiento del orden y la reparación de los delitos; lo que les da a la una y la otra el mismo origen, y las hace igualmente derivar del derecho de castigar.

38-Del Derecho de punición

Pero en el examen que yo voy a hacer, mi objetivo será siempre el mismo que en todo el curso de esta Obra, y yo continuaré buscando en todo, si las cosas están o no conformes a su Principio, a fin de que cada uno extraiga las consecuencias, y se instruya por sí mismo, mas bien que por mis propios juzgamientos.

Yo examinaré entonces aquí en qué mano debe residir el derecho de castigar principalmente, y luego de qué manera deberá estar revestido legítimamente y proceder; porque, sin todos estos esclarecimientos, sería extrañamente temerario tomar la espada, porque podría caer igualmente sobre el inocente como sobre el culpable, y aunque lo mismo no existiera este inconveniente de temer, y que fuese posible que los golpes no cayesen jamás mas que sobre criminales, restaría todavía la incerteza de saber si aquél que ha golpeado tiene el derecho de hacerlo.

Si existe un Principio superior, único y universalmente bueno, como todos mis esfuerzos han tendido hasta el presente a establecer; si existe un Principio malo del que yo también demostré la existencia, que trabaja sin cesar para oponerse a la acción de este Principio bueno, es como inevitable que en esta clase intelectual, no haya crímenes.

Porque, la Justicia siendo uno de los atributos esenciales de este Principio bueno, los crímenes no pueden sostener un solo instante su presencia, y la pena es indispensable como sistema; es esto lo que prueba la necesidad absoluta de castigar, en este Principio bueno.

El hombre, en su primer origen, experimenta físicamente esta Verdad, y él ha sido solemnemente revestido de este derecho de castigar; es incluso la que tiene su semejanza con su Principio; y es también en virtud de esta semejanza que su Justicia era exacta y segura; que sus derechos eran reales, esclarecidos, y no habrían sido jamás alterados, si él hubiera querido conservarlos; es entonces, dije, que él tenía verdaderamente el derecho de vida y de muerte sobre los malhechores de su Imperio.

Pero recordemos bien que no era sobre sus semejantes que él tendría que ejercerlo, porque, en la Región en la que habitaba entonces, él no podía tener Súbditos entre Seres semejantes.

Cuando degeneró de este estado glorioso, él fue precipitado en el estado de la naturaleza, de donde resulta el estado de la Sociedad, y pronto aquel de corrupción, él se encontró en un nuevo orden de cosas, donde él tuvo para temer y para castigar crímenes nuevos. Pero, lo mismo que ningún hombre, en el estado actual, no puede tener una justa autoridad sobre sus semejantes, sin haber, por sus esfuerzos, recuperado las facultades que él perdió; lo mismo, cualquiera que sea esta autoridad, ella no puede hacer descubrir en él el derecho de castigar corporalmente a sus semejantes, ni el derecho de vida y de muerte sobre los hombres; porque este derecho de vida y de muerte corporal, él no la tenía durante su gloria, sobre los Súbditos sometidos a su Dominación.

39-Del Derecho de Vida y de Muerte

Sería necesario para esto que, por su caída, su imperio se hubiese extendido, y que él hubiese adquirido nuevos Súbditos. Pero, lejos de haber aumentado el número, nosotros vemos al contrario que él ha perdido la autoridad que él tenía sobre los antiguos; nosotros vemos aún que la única especie de superioridad que él podía adquirir sobre sus semejantes, es aquella de dirigirlos cuando ellos se apartan; de DETENERLOS, cuando ellos se dedican al CRIMEN, o mas bien aquella de sostenerlos, aproximándoseles, por su ejemplo y por sus virtudes, en el estado del que ellos no pueden disfrutar mas; y no aquella de poder por él mismo, ejercer sobre ellos un imperio que su propia naturaleza desfavorece.

Sería entonces en vano que nosotros buscáramos hoy en él los títulos de un Legislador y de un Juez, según las Leyes de la Verdad, nada debe permanecer impune, y es inevitable que la Justicia no siga universalmente su curso con la exactitud más precisa, tanto en el estado sensible como en el estado intelectual. Entonces, si el hombre por su caída, lejos de adquirir nuevos derechos, se ha dejado despojar de aquellos que tenía, es absolutamente necesario encontrar además que en él, aquellos de que tiene necesidad para conducirse en este estado social al cual está ligado al presente.

40-Fuente del Derecho a castigar

¿Y dónde podríamos mejor descubrirlos que en esta misma Causa temporal y física que ha tomado el lugar del hombre, por orden del primer Principio? ¿No es por ella, en efecto, que ha sido sustituido en el rango que el hombre ha perdido por su falta? ¿No es por ella donde el destino y el empleo han sido de impedir que el enemigo no permaneciera amo del Imperio del que el hombre había sido echado? En una palabra, no es por ella que está propuesta para servir de canal al hombre, y para esclarecerlo en todos sus pasos?

Es entonces por ella sola que debe operar hoy, y la obra que el hombre tuvo que hacer antiguamente, y aquella que él se impone a sí mismo, vienen a habitar un lugar que no había sido creado para él.

He allí lo que puede explicar solo y justificar la marcha de las Leyes criminales del hombre. La Sociedad donde él vive necesariamente y a la cual él está destinado, hace nacer crímenes; él no tiene ni el derecho, ni la fuerza para detenerlos; es necesario entonces absolutamente que alguna otra causa lo haga por él, porque los derechos de la Justicia son irrevocables.

Sin embargo, esta Causa estando por encima de las cosas sensibles, aunque ellas las dirige y ella las preside; y las puniciones del hombre en sociedad deben ser sensibles como lo son sus crímenes, es necesario que ella emplee medios sensibles para manifestar sus decisiones, lo mismo que para hacer ejecutar sus juzgamientos.

Es la voz del hombre que ella emplea para esta función, cuando sin embargo él se ha hecho digno; es a él que ella se encarga de anunciar la Justicia para sus semejantes, y de hacérselas observar. Así, lejos de que el hombre sea por su esencia el depositario de la espada vengadora de los crímenes, sus funciones

mismas anuncian que este derecho de castigar reside en otra mano de la que esta no debe ser mas que el órgano.

Se ven también qué ventajas infinitas resultan por el Juicio que debería obtener de ser verdaderamente el órgano de esta Causa inteligente, temporal, universal; se encontraría en ella una luz segura que él sabría discernir sin error el inocente del culpable; por eso él estaría a cubierto de las injusticias, él estaría seguro de medir las penas para los delitos, y no encargarse él mismo de los crímenes, trabajando para reparar aquellos de los otros hombres.

Esta inestimable ventaja, aunque desconocida que es entre los hombres en general, no ofrece sin embargo nada que deba asombrar, ni que sobrepase ninguna de aquellas de las que yo he hecho ver hasta el presente de las que el hombre sea susceptible; ellas provienen todas de las facultades de esta Causa activa e inteligente, destinada a establecer el orden en el Universo, entre todos los Seres de las dos naturalezas; y si, por su medio, el hombre puede asegurarse de la necesidad de la verdad de su Religión y de su culto; si él puede adquirir derechos incontestables que lo eleven, y que lo establezcan legítimamente por encima de sus semejantes, él puede sin duda esperar la misma ayuda para la Administración segura de la Justicia civil o criminal, en la Sociedad confiada a sus cuidados.

Además, todo lo que yo he adelantado se encuentra figurado e indicado por lo que se observa vulgarmente en la Justicia criminal. ¿El Juez no está obligado por él mismo, para devenir el simple agente y órgano de la Ley? Esta Ley, aunque humana, no es sagrada para él? ¿No toma todos los medios que él conoce para esclarecer su conducta y sus juicios, y para proporcionar, tanto como la Ley lo permite, la punición al crimen; o mas bien no es por lo mas frecuente esta Ley misma que es una medida; y cuando el Juez la observa, no se persuade de haber actuado según la Justicia?

41-De los Testigos

Sería entonces el hombre mismo quien nos instruiría de la realidad de este Principio, cuando además no tuviéramos la persuasión más íntima.

Pero al mismo tiempo, nos parece todavía más manifiesto que la Justicia criminal en uso entre las Naciones, no es en efecto mas que la figura de aquella que pertenece al Principio del que hablamos; y que no teniéndola por apoyo, ella marcha en las tinieblas, como todas las otras instituciones humanas, de donde resulta en los efectos una cadena afrentosa de iniquidades y de verdaderos asesinatos.

En efecto, esta obligación impone al Juez olvidarse de sí mismo y de su propio testimonio, para no escuchar mas que la voz de los testigos, anuncia bien, a la verdad, que hay testigos que no mienten, y que es su deposición que debería dirigirlo. Pero también, como esos testigos no deben ser susceptibles de corrupción, es bien evidente que la Ley se equivoca al no buscar mas que entre los hombres, de que ella puede temer y la ignorancia y la mala fe, porque entonces se expone a tomar la mentira por prueba, y hacerse a la vez inexcusable, porque no es que hacia un testigo seguro y verdadero, que el

Juez debe olvidarse de sí mismo, y transformarse en un simple instrumento; porque en fin la Ley falsa sobre la cual él cree poder apoyarse, no se encargará jamás de sus errores, ni de sus crímenes.

42-Del Poder humano

Es entonces por eso que a los ojos del Juez mismo, el más importante de sus deberes es el de buscar develar la verdad, en la deposición de los testigos; porque, ¿cómo podría tener éxito sin el socorro de esta luz que yo le indico como su sola guía en calidad de hombre, y como debiendo acompañarle en todos los instantes?

¿No es entonces ya un vicio enorme en las Leyes criminales, el no tener esta luz por principio; y este defecto no expone al Juez a los mas grandes abusos? Pero examinemos aquellos que resultaron de la potencia misma que la Ley humana se atribuye.

Cuando los hombres han dicho que la Ley política se encargaba de la venganza de los Particulares, y que ella los defendería entonces de hacerse justicia por ellos mismos, es cierto que ellos le han dado por eso privilegios que no podrían jamás convenirle mientras ella se vea reducida a ella misma.

Yo convengo sin embargo que esta Ley política, que puede de alguna forma medir sus golpes, encierra una fuerte ventaja, en que su venganza no será siempre ilimitada, como aquella de los individuos podría ser.

Mas primeramente, ella puede equivocarse sobre los culpables, y un hombre no se equivoca tan fácilmente sobre su propio adversario.

En segundo lugar, si esta venganza particular, aunque admisible que ella fuese en el caso donde el hombre no estaría dotado mas que de la naturaleza sensible, es sin embargo enteramente extraña a su naturaleza intelectual; si esta naturaleza intelectual no solamente no ha tenido jamás el derecho de castigar corporalmente, mas aún se encuentra hoy día despojada de toda especie de autoridad, y no puede de ninguna forma ejercer la Justicia, hasta que ella haya recobrado su estado original, es bien cierto que la Ley política que no será guiada por ninguna otra luz, cometerá las mismas injusticias bajo otro nombre.

Porque, si un hombre comete un delito en algún género que este sea, él es culpable según las Leyes de toda Justicia; si lo mismo, yo lo golpeo, yo derramo su sangre, o yo lo mato, yo fallo como él, a las Leyes de mi verdadera naturaleza, y a aquellas de la Causa inteligente y física que me debe guiar. Así que cuando la Ley política toda sola, toma mi lugar para la punición de mi enemigo, ella toma el lugar de un hombre de sangre.

En vano se me objetará al presente, que por la convención social, cada Ciudadano está sometido, en caso de prevaricación, a las penas contenidas por las diferentes Leyes criminales; porque, tal como se ha visto, si los hombres no han podido legítimamente establecer los Cuerpos políticos por el solo efecto de su convención, un Ciudadano no podrá transmitir mas a sus Ciudadanos el derecho de castigarlo; porque su verdadera naturaleza no le ha

dado, y porque el contrato que él ha supuesto haber hecho con ellos, no puede ampliar la esencia que constituye al hombre.

Se dirá que este acto de venganza política, no se considera mas como siendo operada por el hombre, sino por la Ley. Yo responderé siempre que esta Ley política, destituida de su llama, no es mas que pura voluntad humana a la que, la unanimidad misma de los sufragios no dan mas poder. Por lo tanto, si es un crimen para el hombre actuar por violencia y de su propio movimiento, si es un crimen para él esparcir la sangre, la voluntad reunida de todos los hombres de la tierra, no podrá jamás borrarla.

Para evitar este escollo, los Políticos han creído no poder hacer mejor que considerar a un criminal como un traidor, y como tal, enemigo del Cuerpo social; entonces colocándose de alguna manera en un estado de guerra, la muerte les parece legítima, porque los Cuerpos políticos siendo formados, según ellos, a la imagen del hombre, deben también vigilar como él, para su propia conservación. Así según estos principios, la autoridad soberana tiene derecho de disponer de todas sus fuerzas contra los malhechores que amenazan al Estado, sea en él mismo, sea en sus miembros.

Mas primeramente, se verá sin pena el vicio de esta comparación, cuando se observará que en un combate de hombre a hombre, es verdaderamente el hombre quien se bate, mientras que en la Guerra entre las Naciones, no se puede decir que son los Gobiernos quienes combaten, atento que no son mas que Seres morales, cuya acción Física es imaginaria.

En segundo lugar, otra cosa que yo he hecho ver es que la Guerra entre las Naciones no se ocupa de su verdadero objeto, su objeto mismo no es el destruir a los hombre, sino mas bien el de impedirles hacer daño: jamás se deberá matar un enemigo que cuando es imposible someterlo; y entre los Guerreros, será siempre más glorioso vencer una Nación, que aniquilarla.

Ahora, ciertamente la ventaja de un Reino entero contra un culpable es bastante manifiesta, porque el derecho y la gloria de matarlo desaparece.

Además, lo que prueba que este pretendido derecho no se asemeja en nada al derecho de la Guerra, es que la vida de cada Soldado esté en peligro, y la muerte de cada enemigo es incierta; en vez que un dispositivo inicuo acompañe las ejecuciones. Cien hombres se arman, se reúnen, y van con sangre fría a exterminar a uno de sus semejantes, a quien ellos no le dejan ni siquiera el uso de sus fuerzas; y se quiere que el simple poder humano sea legítimo, el que se puede equivocarse todos los días; el que pronuncia tan frecuentemente sentencias injustas; el que en fin, el que una voluntad corrupta puede convertir en un instrumento de asesinatos.

No, el hombre tiene sin duda en él otras reglas; si él sirve algunas veces de órgano a la Ley superior para pronunciar los oráculos, y para disponer de la vida de los hombres, es por un derecho respetable para él, y que al mismo tiempo puede enseñarle a dirigir su marcha sobre la justicia y sobre la equidad.

Si se quiere mejor todavía juzgar de su incompetencia actual, no es necesario para eso mas que reflexionar sobre sus antiguos derechos. Durante su gloria, él tenía plenamente el derecho de vida y de muerte incorporal, porque gozando entonces de la vida misma, él podía a su voluntad comunicarle a sus súbditos, o retirársela, cuando la prudencia le hacía juzgar necesario; y como no era mas que por su presencia que ellos podían vivir, él tenía también, solamente separándose de ellos, el poder de hacerlos morir.

Hoy, no hay mas que destellos de esta vida primera, y todavía no es mas hacia sus antiguos súbditos, sino hacia sus semejantes que él puede llegar a hacer uso.

En cuanto a este derecho de vida y de muerte corporal, que hace el objeto de la cuestión presente, nosotros podemos asegurar que él pertenece todavía menos al hombre considerado en sí mismo y tomado en su estado actual. Porque, ¿puede decirse que gozando y dispensador de esta vida corporal, que él está dotado y que él comparte con toda su especie? Sus semejantes, ¿tienen ellos necesidad de su socorro para respirar y para vivir corporalmente? Su voluntad, todas sus fuerzas mismas servirían para conservarle la existencia, y ¿no está él obligado en todo momento, de ver la Ley de la naturaleza actuar cruelmente sobre ellos sin que pueda detener el curso?

Lo mismo, ¿existe en él un poder y una fuerza inherente que pueden generalmente privarlo de la vida según su voluntad? Cuando su voluntad corrompe la puerta para pensar, ¿qué distancia no hay entre este pensamiento y el crimen que le debe seguir? ¿Qué obstáculos, que temblores entre el proyecto y la ejecución? ¿Y no se ve que los cuidados que él toma para disponer sus ataques, no responden casi nunca plenamente a sus puntos de vista?

Nosotros decimos entonces con verdad, que por las Leyes simples de su Ser corporal, el hombre debe encontrar por todos lados resistencia; lo que prueba que este Ser corporal no le da ningún derecho.

43-Del Derecho de Ejecución

Y en efecto, ¿no hemos visto bastante claramente que el Ser corporal no tenía mas que una vía secundaria, que estaba en la dependencia de otro Principio?; por consecuencia, ¿no es evidente que todo Ser que no tendría nada más, sería igualmente dependiente, y entonces tendría la misma impotencia?

No sería entonces, yo lo repito, en el hombre corporal, tomado en sí mismo, que nosotros podríamos reconocer este derecho esencial de vida y de muerte que constata una verdadera autoridad, y todo aquello no servirá para confirmar lo que ha sido establecido sobre la fuente donde el hombre debe hoy colocar un derecho similar.

Será entonces menos en él que encontraremos el derecho de ejecución; porque, si él no emplea la violencia o fuerzas extranjeras, sería difícil que él pudiera hacer perecer a un malhechor, a menos de haber recurrido a la traición

o la malicia, y estos medios estarían bastante alejados de anunciar un verdadero poder en el hombre.

Sin embargo la ejecución de las Leyes criminales es absolutamente necesaria para que la Justicia no sea inútil; mas bien, yo pretendo que ella es inevitable. Así, como este derecho no nos puede pertenecer, será necesario todavía remitirlo, así como el derecho de juzgar, en la mano que debe servirnos de guía. Es ella quien dará una verdadera fuerza al ARMA NATURAL del hombre, y que lo pondrá en el caso de hacer ejecutar los Decretos de la Justicia, sin atraer sobre él condenaciones.

Tales son por lo menos los medios que los verdaderos Legisladores han puesto en uso, aunque ellos no nos los hacen conocer mas que por Símbolos y Alegorías. Puede ser aún que ellos empleen la mano de sus semejantes, para operar en apariencia la punición de los criminales, para golpear por figuras sensibles los ojos groseros de los Pueblos que ellos gobiernan, y para cubrir de un velo los resortes secretos que dirigen la ejecución.

Yo hablo así con tanta mas seguridad, cuando se ve a estos Legisladores servirse del mismo velo, en la simple exposición de sus Leyes civiles y sociales. Aunque ellas fuesen la Obra de una mano segura y superior, ellas no están ligadas mas que a hablar a los sentidos, para no profanar su Ciencia.

Mas, en cuanto a sus Leyes criminales, ellos han pintado la imagen sensible con una extrema severidad, para hacer sentir a los Pueblos que les estaban sometidos, todo el rigor de la verdadera Justicia, y para hacer concebir que el menor de los Actos refractarios a la Ley, no podía permanecer impune. Es en este punto de vista, que algunos de ellos han puesto puniciones hasta sobre las bestias.

44-De la Relación de las Penas con los Crímenes

Todas estas observaciones nos enseñan de nuevo, que el hombre no puede encontrar en él, ni el derecho de condenar a su semejante, ni aquel de ejecutar la condena.

Mas, cuando este derecho sería realmente de la esencia de los hombres que gobiernan, o que están empleados en el mantenimiento de la Justicia criminal en los Gobiernos, de modo que todos ellos están persuadidos, quedaría siempre por decidir una cuestión todavía muy difícil , sería la de saber cómo ellos encontrarían una regla segura para dirigir sus Juicios, y para aplicar las penas con justicia, proporcionándolas exactamente en la extensión y la naturaleza de los crímenes; todas cosas sobre las cuales la Justicia criminal está ciega, incierta, y no tiene casi nada por guía mas que el prejuicio reinante, y el genio o la voluntad del Legislador.

Son los Gobiernos que, sentando su profunda ignorancia, han solicitado los consejos de hombres esclarecidos sobre estas materias. Yo alabo su celo de haber tomado sobre ellos hacer semejantes pedidos; pero yo no temo asegurarles que en vano ellos esperarán luces satisfactorias, mientras ellos las

busquen en la opinión e inteligencia del hombre, y ellos no tengan el coraje, ni la resolución de ir ellos mismos a obtenerlas en su verdadera fuente.

Porque los más célebres de los Políticos y de los Jurisconsultos no han esclarecido todavía esta dificultad; ellos han tomado a los Gobiernos tales como ellos eran; ellos han admitido, como el Vulgo, que la base era real, y que la ciencia y el derecho de castigar estaban en el hombre; luego ellos se han agotado en investigaciones para sentar un Edificio sólido sobre este fundamento; pero, como no se puede dudar que ellos construyeron sobre una suposición, es claro que los Gobiernos que quieran instruirse, deban dirigirse a otros Maestros.

Yo no decido entonces cuales son las penas que convienen a cada crimen, yo pretendo, al contrario, que no le es posible al hombre establecer jamás nada absolutamente fijo sobre estos asuntos, porque no existen dos crímenes iguales, y si la misma pena es pronunciada, resulta ciertamente una injusticia.

Mas si la simple razón del hombre debe al menos enseñarle a no buscar el castigo del culpable, mas que en el objeto y el orden que han sido heridos, y no tomarlos en otra clase, la cual no teniendo relación con el sujeto del delito, y se encontraría herido a su turno, sin que el delito fuese reparado.

45-De los Códigos Criminales

He aquí porqué la Justicia humana es tan débil y tan horriblemente defectuosa, mientras que su poder es nulo, como en el suicidio y en los crímenes que le son ocultados; a veces este poder no actúa mas que violando la analogía que debería guiarlo sin cesar, como se llega en todas las penas corporales que ella pronuncia para crímenes que no atacan a las personas, y que no caen mas que sobre las posesiones.

Entonces lo mismo que ella parece observar mas esta analogía, y que ella parece a este respecto conservar una suerte de luz, esta Justicia humana es todavía infinitamente ofensiva, puesto que ella no tiene mas que un muy pequeño número de castigos para infligir en cada clase, mientras que en cada una de estas clases, los crímenes que son innumerables siempre difieren.

He aquí también porqué las Leyes criminales escritas son uno de los más grandes vicios de los Estados, porque son Leyes muertas, y que permanecen siempre las mismas, mientras que el crimen crece y se renueva en todos los instantes. La represalia está casi enteramente desterrada, y en efecto, ellas no pueden casi nunca cubrir humanamente todas las clases, sea que ellas no conocen siempre todas las circunstancias de los crímenes, sea que cuando aún ellas las conocieran, ellas no son bastante fecundas por sí mismas, para producir siempre el verdadero remedio para los males tan múltiples.

46-De las Torturas

Entonces, ¿qué son estos Códigos criminales, si no los tenemos por esta represalia, la única Ley penal que sea justa, la única que pueda establecer con seguridad el camino del hombre. Y que, por consecuencia, no pudiendo venir

de él, es necesariamente la obra de una mano poderosa, cuya inteligencia sabe medir las penas, y las extiende o las refrena según la necesidad?

Yo no me detengo en esta costumbre bárbara, por la cual las Naciones no se contentan en condenar a un hombre ciegamente, sino que emplean además sobre él torturas para arrancar la Verdad. Nada anuncia mas la debilidad y la oscuridad donde languidece el Legislador, como, si el gozara de sus verdaderos derechos, él no tendría necesidad de estos medios falsos y crueles, que sirven de guías para sus Juicios; porque en una palabra la misma luz, que lo autorizaría a juzgar a su semejante, a hacer ejecutar sus condenas, y que lo instruiría de la naturaleza de las penas que él debe infligir, no lo dejaría más en el error sobre el género de los crímenes, ni sobre los nombres de los culpables y de los cómplices.

47-Ceguera de los Legisladores

Pero lo que nos descubre claramente la impotencia y la ceguera de los Legisladores, es ver que ellos no infligen penas capitales, mas que por los crímenes que caen sobre lo sensible y sobre lo temporal; mientras que se comete una multitud alrededor de ellos, que caen sobre temas mucho más importantes, y que escapan todos los días a su vista. Yo hablo de estas ideas monstruosas que hacen del hombre un Ser de la Materia; estas Doctrinas corrompidas y desesperantes que le impiden hasta el sentimiento del orden y de la felicidad; en una palabra, estos Sistemas infectos, que llevando la putrefacción justo en su propio germen, lo envilecen o lo hacen absolutamente pestilencial, y hacen que el soberano no haga más que reinar sobre viles máquinas, o sobre ladrones.

Es bastante escuchar sobre la defectuosidad de la Administración; limitémonos actualmente a recordar a aquellos que comandan y a aquellos que juzgan, cuales son las injusticias a las cuales ellos se exponen, cuando ellos actúan en la incertidumbre, y sin estar asegurados de la legitimidad de su marcha.

El primero de estos inconvenientes es el de correr el riesgo de condenar a un inocente. Porque los males que resultan son de una naturaleza que no puede ser jamás evaluada por el hombre, porque ellos dependen en gran parte de un daño más o menos considerable, que debe experimentar el condenado, en relación a los frutos que él habría podido recoger de sus facultades intelectuales, si él fuese a quedarse largo tiempo sobre la Tierra; y en comparación con la impresión descorazonadora que debe hacer sobre él, un suplicio infamante, cruel e inesperado; cómo el Juez podría entonces jamás estimar la extensión de estos males, si él no adquiriera un día el sentimiento amargo de sus imprudencias y de sus diferencias? Y sin embargo, cómo podría él satisfacer a la Justicia, si él no se sometiera rigurosamente a la expiación?

48-De los falsos Juzgamientos

El segundo inconveniente es aquel de infligir a un culpable, otra pena que aquella que era aplicable a su crimen. En este caso, he aquí la cadena de los males que el Juez imprudente prepara, sea a su víctima, sea a él mismo.

Primeramente, el suplicio al cual lo condena, no lo dispensa en nada de aquel que la verdadera Justicia le ha asignado. Mas bien, él no hace más que hacerlo más asegurado, porque, sin esta condenación precipitada, tal vez la verdadera Justicia hubiese ella dejado al culpable el tiempo de expiar su falta por remordimientos, y que todo rigurosa como ella es, ella hubiese reducido su tributo al arrepentimiento.

En segundo lugar, si el Juicio ligero y ciego del hombre, elimina el tiempo de arrepentirse del criminal, la atrocidad de la ejecución le quita la fuerza, y lo expone a perder en la desesperación una vida preciosa, del que un uso más justo y un sacrificio hecho a tiempo, abrían podido borrar todos sus crímenes; de manera de hacerle incurrir dos penas por una, y donde la primera, lejos expiar nada, puede al contrario hacerle multiplicar sus iniquidades, y hacer por eso la segunda pena mas inevitable.

Por lo tanto cuando el Juez tenga que considerar de cerca, él no podrá dispensarse de imputar la primera de estas penas que no difiere de un asesinato mas que por la forma: luego él estará obligado de imputar también todas las consecuencias funestas, que nosotros venimos de ver nacer de su temeridad y de su injusticia. Que él reflexione entonces sobre su situación, y que él vea que debe ser hecho en paz con él mismo.

Dejemos estas escenas de horror, y empleemos mas bien todos nuestros esfuerzos en llevar a los Soberanos y a los Jueces, al conocimiento de su verdadera Ley, y a la confianza en esta luz destinada a ser la antorcha del hombre; persuadirlos que si ellos fueran puros, ellos harían temblar mas a los malhechores, por su presencia y por su nombre, mas que por las horcas y andamios; persuadirlos que ese sería el solo y único medio de disipar todas estas nubes que nosotros hemos percibido sobre el origen de su soberanía, sobre las causas de la Asociación de los Estados políticos, y sobre las Leyes de la Administración civil y criminal de sus Gobiernos; hagamos en fin que ellos lancen sin cesar los ojos sobre el Principio que les hemos ofrecido como la única brújula de su conducta, y la única medida de todos sus poderes.

49-Derechos de los verdaderos Soberanos

Para aumentar la idea que los Soberanos deben tener, mostrémosle al presente, que este mismo Principio que ellos deberían esperar tanto auxilio, podría también comunicarles este don poderoso que yo he colocado precedentemente en el número de sus privilegios, aquel de curar las enfermedades.

Si esta Causa universal temporal, propuesta para dirigir al hombre y a todos los Seres que habitan en el tiempo, es a la vez activo e inteligente, y es cierto que no hay ninguna parte de las ciencias y de los conocimientos que ella no abarque; esto sería suficiente para hacer ver lo que se debería esperar aquel que estaría dirigido por ella.

Así no es estar en un error el decir que un Soberano que tuviera esta luz por guía, conocería los verdaderos Principios de los Cuerpos, o estos tres elementos fundamentales, de los que hemos hablado al comienzo de esta

Obra; que se distinguiría en aquella proporción su acción de manifestarse en los diferentes Cuerpos, según la edad, el sexo, el clima, y otras consideraciones naturales; que él concebiría la propiedad particular de cada uno de estos elementos así como la relación que debe siempre reinar entre ellos; y que cuando esta relación fue alterada o destruida, cuando los Principios elementarios tendieron a sobremontarse los unos y los otros, o a separarse, él vería prontamente y sin error, el medio de establecer el orden.

50-De la Curación de las Enfermedades

Es por esto, que la Medicina debe reducirse a esta regla simple, única, y por consecuencia universal: REUNIR LO QUE ESTÁ DIVIDIDO, Y DIVIDIR LO QUE ESTÁ REUNIDO. Pero a qué desórdenes y a qué profanaciones esta regla elaborada en la naturaleza misma de las cosas, no es ella expuesta pasando por la mano de los hombres; porque el menor grado de diferencia entre los medios que ellos emplean, y en la acción de los remedios, produce efectos tan contrarios a aquellos que ellos deberían esperar; porque la mezcla de estos Principios fundamentales, que están reducidos al número de tres, cambia sin embargo, y se multiplica de muchas maneras, que los ojos ordinarios no podrían jamás seguir todas las variedades; y porque, en este tipo de combinaciones, el mismo Principio viene con frecuencia a tener propiedades diferentes, según la especie de reacción que él experimenta.

51-Tres Elementos y Tres Enfermedades

Porque reconociendo en todo un fuego universalmente esparcido, como los dos otros Elementos, sin embargo se ve que el fuego interior crea, que el fuego superior fecunda, y que el fuego inferior consume. Se puede decir lo mismo de las sales, la interior excita la fermentación, la superior conserva, y la inferior roe. El mercurio mismo, aunque su propiedad general sea la de ocupar un rango intermediario entre los dos Principios enemigos de los que vengo de hablar, y por este medio establecer la paz entre ellos; sin embargo este mercurio, dije, los reúne en mil circunstancias, y encerrándolos en el mismo círculo, él deviene así la fuente de los más grandes desórdenes elementarios, y ofrece al mismo tiempo la imagen del DESORDEN UNIVERSAL.

¿Qué cuidados, qué precauciones no es necesario entonces para poder desenredar la naturaleza y los efectos de estos diferentes principios, que por su mezcla, ellos se diversifican todavía mas que por sus propiedades naturales? Pero a pesar de esta multitud infinita de diferencias que pueden observarse en las revoluciones de los Seres corporales, un ojo esclarecido, tal como debe ser aquel de un Soberano, no podrá jamás perderlo de vista; él reunirá siempre estas diferencias para las tres especies, en razón de los tres principios fundamentales de donde ellos emanan, y por consecuencia, él no reconocerá mas que tres enfermedades; y aún él sabrá que estas tres enfermedades deben tener signos tan marcados y tan distintos, que los tres principios fundamentales están ellos mismos en su acción y en su propiedad primitiva.

52-Enfermedades de la Piel

Estas tres especies de enfermedades conciernen cada una, a una de las sustancias principales de la que el cuerpo animal está compuesto; es decir, la sangre, el hueso y la carne, tres partes que están relacionadas con cada uno

de los tres elementos de los que ellas provienen. Será entonces por los mismos Elementos que ellas podrán recibir su curación: así, la carne se curará por la sal, la sangre por el azufre, y los huesos por el mercurio; todo con las PREPARACIONES y los TEMPERAMENTOS convenientes.

Se dice, por ejemplo, que las enfermedades de la carne y de la piel, provienen del espesamiento y de la corrupción de las secreciones salinas en los vasos capilares, donde ellas pueden ser fijadas por la muy viva y muy súbita acción del aire, lo mismo que por la muy débil acción de la sangre. Es entonces natural oponer a estos licores estancados y corruptos, una sal que los divida sin repercutir; que los corroa y los roa en su hogar, sin hacerlos entrar en la masa de la sangre, a la cual ellas comunicarían su propia putrefacción. Mas aunque esta sal sea la mas común de aquellas que produce la Naturaleza, es necesario convenir sin embargo que esta es todavía, por así decir, desconocida para la Medicina humana, lo que hace que ella esté tan poco avanzada en la curación de estas fuertes enfermedades.

53-Enfermedades de los Huesos y de la Sangre

En segundo lugar, en la enfermedad de los huesos, el mercurio debe ser empleado con mucha moderación, porque el liga y encierra mucho a los dos otros principios que sostienen la vida de todos los cuerpos, y es por las barreras que él pone principalmente al azufre que él es el destructor de toda vegetación, tanto terrestre como animal. La prudencia exigiría por consiguiente, que se lo deje simplemente actuar al mercurio innato en el cuerpo del hombre, porque la acción de este mercurio conciliándose con aquella de la sangre, no crea más que aquella, y la contiene bastante para que ella no se debilite y no se evapore, pero no bastante para sofocar y para extinguirla. Así la Naturaleza nos da para este sujeto la lección más clara y más instructiva, reparando las fracturas de los huesos por su propia virtud, y sin socorrerle de ningún mercurio extranjero.

En cuanto a las enfermedades de la sangre, el azufre debe ser empleado con infinitamente más cuidado todavía, porque los cuerpos siendo mucho más volátiles que fijos, aumentan su acción sulfurosa e ígnea, lo que sería exponerlos a volatilizarse todavía más; el hombre verdaderamente instruido no aplicaría entonces jamás este remedio que con la más grande sobriedad, tanto mas que él sería cuando la humedad radical es alterada la humedad grosera no puede jamás sola repararla; y es por eso que él se uniría al húmedo radical mismo, obteniéndolo de la fuente, que no está toda entera en la médula de los huesos.

54-De la Farmacia

Y, sea dicho al pasar, esta es la razón de la frecuente insuficiencia y peligro de la Farmacia, que buscando con tanto empeño los principios volátiles de los cuerpos medicinales, descuida mucho el uso de los principios fijos, de los que la necesidad era de tal manera universal, que él sería excluido, si el hombre fuese sabio. También, que no sabe que esta Farmacia destruye mas de lo que ella no conserva; que ella actúa y quema en lugar de reanimar, y que cuando al contrario ella se propone calmar, ella no lo hace y procede mas que por absorbentes y por pociones?

Se ve entonces a qué se limitaría la Medicina entre las manos de un hombre que estaría restablecido en los derechos de su origen; +el se daría a sí mismo una actividad saludable para todos los remedios, y haría por estos curaciones infalibles, cuando sin embargo la Causa activa, de la que él sería el órgano, no tendría el orden de disponerla de otra manera.

Él haría bien en guardarse de emplear en esta digna y útil Ciencia, los cálculos materiales de la Matemática humana, que no operan jamás que sobre resultados, son nulos o peligrosos en la Medicina, cuyo objeto es de operar sobre los principios mismos que actúan en los cuerpos.

Por esta misma razón, él no está adherido a las fórmulas, que en el arte de curar son la misma cosa que los Códigos criminales en la Administración de los Estados; porque de todas las enfermedades, no hay dos jamás que presenten absolutamente los mismos matices, es imposible que el mismo remedio no sea perjudicial al uno o al otro.

55-De los Privilegios de los Soberanos

Mas cómo en esta cualidad de SOBERANO, este hombre habría conocido las virtudes de los seres corporales, él habría conocido también los desarreglos; y por ello él habría estado al abrigo del error sobre la aplicación del remedio: pues, que no se olvide que por venir de allí, el hombre no debe tomar la Materia por el Principio de la Materia, porque nosotros hemos visto que este error era la principal causa de su ignorancia.

Que no se crea que este poder inestimable esté fuera del alcance del hombre; él entra al contrario, en el número de las Leyes que le han sido dadas, relativamente a la tarea que él tiene que cumplir durante su pasaje sobre la tierra, porque si es sobre su envoltura corporal, que se dirigen sobre él los ataques, es necesario que él no sea enteramente privado de los medios para sentirlos y rechazarlos; así, desde que el uso de este privilegio puede ser común a todos los hombres, con mas fuerte razón debería ser él particularmente el propio de los Soberanos, cuyo verdadero destino es, tanto como ellos pueden, de preservar a sus Súbditos, de los males de toda especie, y defenderlos en lo sensible, como en lo intelectual.

Así que cuando, si este privilegio no les es mas conocido que todos los otros derechos, esta es una razón de mas para ellos de sentir, si ellos han sido puestos a la cabeza de los hombres por el Príncipe del que yo les mostré la potencia, y que es absolutamente necesario para la regularidad de todos sus enfoques. Este es, dije, un medio mas que yo les ofrezco para juzgarse ellos mismos.

Que ellos unan entonces las observaciones que yo vengo de hacer sobre el arte de curar, a todas aquellas que yo hice con aquellas sobre los vicios de la administración política, civil y criminal de los Estados; sobre los vicios de los Gobiernos mismos, que nos han develado aquellos de su Asociación; así como sobre la fuente donde los jefes deben señalar sus diferentes derechos; luego que ellos decidan si ellos reconocen en ellos los trazos de esta luz que se

supone les habría constituido todo, y no dejarlos un instante; porque no es mas que por esto que ellos pueden estar seguros de la legitimidad de su potencia, y de la justicia de las instituciones a las cuales ellos presiden.

Sin embargo, repetimos en este momento con tanta firmeza como franqueza, que un Súbdito que perciba todas estas dificultades en un Estado, y que viendo a los Soberanos mismos se sienta estar por encima de lo que ellos deberían ser, se creería liberado del menor de sus deberes hacia ellos, y de la sumisión a sus decretos, desde entonces se alejaría sensiblemente de su Ley, y marcharía directamente contra todos los principios que establecimos.

Que todo hombre se persuada al contrario, que la Justicia no le imputará jamás mas que sus propias faltas; que así, un Súbdito no haría mas que aumentar los desórdenes, pretendiendo oponerse y combatirlos, porque esto sería marchar por la voluntad del hombre, y que la voluntad del hombre no lleva mas que al crimen.

Yo creería entonces que a pesar de todas las aplicaciones que los Soberanos pudieran hacerse a ellos mismos de todo lo yo expongo a sus ojos, ellos no deberían jamás imputarme de haber establecido principios contrarios a su autoridad, mientras que mi solo deseo sería el de persuadirlos que ellos pueden tener uno invencible e inquebrantable.

Para seguir el encadenamiento de nuestras Observaciones, vamos a pasar al examen de los errores que han sido hechos por las altas Ciencias, porque los Principios de estas Ciencias tienen la misma fuente que las Leyes Políticas y Religiosas, su conocimiento debe igualmente entrar en el número de los derechos del hombre.

CAPITULO 6

1-De los Principios Matemáticos

Yo examinaré principalmente aquí la Ciencia Matemática, como siendo aquella a la cual todas las altas Ciencias están ligadas, y como teniendo el primer rango entre los objetos de razonamiento o de la facultad intelectual del hombre; y primero, para tranquilizar a aquellos a quienes el nombre de las Matemáticas podría detener, yo los prevendré que no solamente no es necesario ser avanzado en esta Ciencia, para seguirme en las observaciones de las que ella estará sujeta, sino que apenas será necesario para esto, de tener las mas ligeras nociones, y que la manera en que yo la trato, puede convenir a todos los Lectores.

Esta ciencia nos ofrecerá sin duda, pruebas todavía mas llamativas de los Principios que han sido avanzados precedentemente, lo mismo que de los errores a los cuales ella ha dado lugar, cuando los hombres se han lanzado a ciegas a los juicios de sus sentidos.

Y esto debe parecer natural, porque los Principios matemáticos, sin ser materiales, son sin embargo la verdadera Ley de lo sensible, y los Geómetras son a la verdad siempre los maestros de razonar de la naturaleza de estos Principios a su manera; pero, cuando ellos vienen a la aplicación de las ideas que ellos se han formado, es necesario que ellos admitan sus malentendidos, porque entonces no es que sean ellos quienes impulsen el Principio, sino que es el Principio quien los mueve; así nada será mas apropiado para hacer discernir lo verdadero de lo falso, que un examen exacto de la marcha que ellos han seguido, y de las consecuencias que resultarían, si nosotros lo adoptáramos.

2-De los Axiomas

Yo comenzaré por hacer observar que nada es demostrado en Matemática, si no está relacionado a un axioma, porque no hay mas que esto de verdad; yo rogaré al mismo tiempo de remarcar por qué razón los axiomas son verdaderos; es que ellos son independientes de lo sensible o de la Materia, y que ellos son puramente intelectuales; esto puede confirmar todo lo que ya he dicho sobre la ruta que es necesario tomar para arribar a la Verdad, y al mismo tiempo tranquilizar a los Observadores sobre esto que no está sometido a su vista corporal.

Es entonces claro que si los Geómetras no hubiesen perdido de vista los axiomas, ellos no se habrían jamás apartado en sus razonamientos, porque los axiomas están adheridos a la Esencia misma de los Principios intelectuales, y por eso reposan sobre la certidumbre mas evidente.

La producción corporal y sensible, que se hace según estas Leyes intelectuales, es sin duda perfectamente regular, tomada en su clase, en lo que ella está exactamente conforme al orden de este Principio intelectual, o a los axiomas que dirigen por todas partes la existencia y la ejecución. Sin embargo, como la perfección de esta producción corporal no es mas que dependiente, o

relativa al Principio que la ha engendrado, no es en esta producción que puede residir la regla y la fuente.

No sería entonces mas que comparando continuamente esta producción sensible con los axiomas, o con las Leyes del Principio intelectual, que se podría juzgar de su regularidad, esto no sería, dije, que por este medio que se llegaría a demostrar la justicia.

Mas, si esta regla es la única verdadera, si al mismo tiempo ella es puramente intelectual, ¿cómo los hombres podrían entonces esperar de compensar por una regla tomada en lo sensible? ¿Cómo podrían ellos ufanarse de remplazar un Ser verdadero, por un Ser convencional y supuesto?

Cómo dudar sin embargo que no es hacia allí donde tienden todos los esfuerzos de los Geómetras, porque nosotros vemos que tras haber establecido los axiomas, que son los fundamentos de todas las Verdades que ellos quieren enseñarnos, ellos no nos proponen para enseñarnos a evaluar la extensión, mas que una medida tomada en esta misma extensión, o de números arbitrarios que tienen siempre necesidad ellos mismos de una medida sensible para realizarse a nuestros ojos corporales?

Entonces, ¿debe tenerse a una tal demostración, y observar similares pruebas como evidentes? Porque la medida reside siempre en el Principio donde la producción sensible ha tomado nacimiento, esta producción sensible y pasiva puede ella servirse a ella misma de medida y de prueba? ¿Y hay otros Seres que aquellos que no son creados, o los Seres verdaderos, que puedan probarse por ellos mismos?

Lejos de contestar la evidencia de los Principios intelectuales matemáticos, o de los axiomas, nosotros debemos reconocer la débil idea que los Geómetras han tomado, y el poco uso que ellos han hecho para llegar a la ciencia de la extensión y de las otras propiedades de la Materia; debemos decir que si ellos no conocen nada sobre este tema, es por estar caídos en el mismo desprecio que los Observadores han hecho sobre todos los otros temas que yo he pasado revista; es decir, que ellos han separado la extensión de su verdadero Principio, o mas bien que ellos han buscado este Principio en ella, que ellos los han confundido con ella, y que ellas no han visto mas que siendo dos cosas distintas, aunque indispensablemente reunidas para constituir la existencia de la Materia.

3-De la Extensión

Para hacer esto todavía mas palpable, es a propósito fijar nuestras ideas sobre la naturaleza de la extensión. La extensión es, así como todas las otras propiedades de los cuerpos, una producción del Principio generador de la Materia, según las Leyes y el orden que son prescriptos a este Principio inferior por el Principio superior que lo dirige. En este sentido, la extensión no siendo mas que una producción secundaria, no puede tener las mismas ventajas que los Seres comprendidos en la clases de las producciones primeras; estos tienen en ellos mismos sus Leyes fijas; todas sus propiedades son invariables, porque ellas están unidas a su Esencia; esto es en una palabra donde los

pesos, el número y la medida son de tal manera arreglados, que ellos no pueden mas ser alterados que el Ser mismo no puede ser destruido.

Mas, en cuanto a las propiedades de los Cuerpos, o de los Seres secundarios, nosotros hemos visto bastante ampliamente que esto no debe ser así, porque no teniendo absolutamente para nuestros sentidos ninguna propiedad fija, ellos no sabrían jamás tener valor a nuestros ojos, que por comparación con los Seres de su misma clase.

Si esto es así, la extensión de los Cuerpos no está entonces determinada por nosotros con más certeza, que sus otras propiedades. Así que cuando se requiere conocer el valor de esta extensión, se servirá de una medida que será tomada en esta misma extensión, esta medida que se empleará estará sujeta al mismo inconveniente que el objeto que se quería medir, es decir, que su extensión no será más seguramente determinada; de manera que nos será todavía necesario buscar la medida de esta medida; por cualquier medio que nosotros queramos emplear, veremos claramente que no será jamás en esta extensión donde nosotros descubriremos su verdadera medida, y por consecuencia, será siempre necesario recurrir al Principio que ha engendrado la extensión, y todas las propiedades de la Materia.

4-De la Medida de la Extensión

Es entonces por esto que demostramos completamente la insuficiencia del trabajo de los Geómetras, cuando ellos pretenden fijar la verdadera medida de los Seres corporales. Es cierto, y yo convengo, que ellos añaden números a esta extensión extendida y sensible a la cual ellos han recurrido. Pero no solamente los números de los que ellos se sirven no son en sí mismos mas que relativos y convencionales, no solamente el hombre es libre de variar los informes y establecer tal escala que él juzgará a propósito, mas todavía esta escala, aunque útil que ella sea para medir en general todas las extensiones de una especie, no convendrá del todo para medir las extensiones de otra especie, y los hombres tienen todavía que encontrar una base fija, invariable y universal, a la cual pudiesen relacionarse todas las especies de extensiones cualesquiera.

5-Naturaleza de la Circunferencia

Se ve aquí de dónde viene la vergüenza que los Geómetras experimentan cuando ellos quieren medir curvas, porque la medida de la que ellos se sirven habiendo sido hecha para la línea recta, no se acomoda mas que a esta suerte de línea, y ofrece dificultades insuperables, cuando se la quiere aplicar a la línea circular, así como a toda otra curva que se derive.

Yo digo que esta medida ofrece entonces dificultades insuperables; porque, aunque los Geómetras habiendo cortado el nudo, dándonos la línea circular como un montaje de líneas rectas infinitamente pequeñas, ellos estarían lejos de creer haber resuelto la cuestión por eso, porque jamás una falsedad ha podido resolver nada.

Ahora, yo no puedo dispensarme de considerar esta definición como falsa, porque ella combate directamente la idea que ellos mismos y la Naturaleza nos

dan de una circunferencia, que no es otra cosa que una línea de la que todos los puntos están igualmente alejados de un centro común; y yo no sé cómo aún los Geómetras pueden razonablemente apoyarse sobre dos proposiciones tan contradictorias; pues en fin, si la circunferencia no es mas que un montaje de líneas rectas, tan infinitamente pequeñas como se las supone, jamás todos los puntos de esta circunferencia estarán igualmente alejados del centro, porque estas líneas rectas ellas mismas estarían compuestas de muchos puntos, entre los cuales aquellas extremidades y aquellas intermediarias no estarían seguramente a la misma distancia del centro; entonces el centro no sería más común, entonces la circunferencia no sería una circunferencia.

6-De los dos tipos de Líneas

Esto entonces es querer reunir a los contrarios, es querer tratarlos como no teniendo mas que la misma naturaleza, dos cosas que son de una naturaleza muy opuestas, es, yo lo repito, querer someter al mismo número dos tipos de Seres, que siendo diferentes el uno del otro, deben sin duda calcularse diferentemente.

Es necesario entonces confesar, que es aquí que los hombres nos muestran más claramente su afición natural de confundir todo, y no ver en los Seres clases diferentes mas que una uniformidad tramposa, por medio de la cual ellos intentan asimilar las cosas que mas se repugnan. Porque es imposible concebir nada que sea más opuesto, más contrario el uno al otro, en una palabra, más contradictorio que la línea recta y la línea curva.

También las pruebas morales que se encuentran sea en las relaciones de la línea recta con la regularidad y la perfección de la unidad; sea en aquellas de la línea circular con la impotencia y la confusión adheridas a la multiplicidad de la que esta línea circular es la imagen, yo puedo además dar razones tanto mas convincentes, que ellas serán tomadas en los Principios intelectuales, los solos que se debe admitir como reales y haciendo Ley en la búsqueda de la naturaleza de las cosas; los solos dije, que son inquebrantables como los axiomas.

Yo advertiré sin embargo que estas verdades no serán claras para el común de los hombres, y bien menos para aquellos que no hayan caminado justo hasta este día, que tras los falsos principios que yo combato; el primer paso que habría que darse para comprenderme, sería estudiar las cosas en su fuente misma, y no en las nociones que la imaginación y los juicios precipitados han dado.

Mas yo sé cuan poco los hombres son capaces de tener el coraje; y cuando yo los supondría en gran número, yo debería suponer también que pocos entre ellos llegarán a un pleno éxito mientras las primeras fuentes de la Ciencia han sido infectadas de error y de veneno.

Si yo he hecho presentir que todo tiene su NÚMERO en la Naturaleza, si es por eso que todos los Seres cualesquiera son fáciles de distinguir los unos de los otros, como todas sus propiedades no habrían de ser mas que resultados conformes a las Leyes encerradas en su NÚMERO; es constante que la línea

recta y la línea curva siendo de naturaleza diferente, así como ya lo he indicado, deben tener cada una su NÚMERO particular, que designa su diferente naturaleza, y nos impide igualarla en nuestro pensamiento, tomándolas indiferentemente la una por la otra.

Cuando uno reflexiona un instante sobre las funciones y propiedades de estas dos tipos de líneas, es suficiente para convencerse de la realidad de lo que yo vengo de decir. ¿Cuál es el objeto de la línea recta, no es el de perpetuar hasta el infinito las producciones del punto de la que ella emana? ¿No es acaso, como perpendicular, regular la base y el asiento de todos los Seres, y de trazarles a cada uno sus Leyes?

Al contrario, la línea circular no limita en todos sus puntos, con las producciones de la línea recta? Por consecuencia, no tiende ella continuamente a destruir, y no puede ser ella considerada de cualquier manera como su enemigo? Entonces, como sería posible que dos cosas tan opuestas en su marcha, y que tienen propiedades tan diferentes, no fuesen distinguidas en su NÚMERO, como ellas lo son en su acción?

Si se hubiese hecho esta importante observación, se hubiesen ahorrado penas y trabajos infinitos a todos aquellos que se ocupan de la Ciencia Matemática, y se hubiesen impedido de buscar, como ellos lo hacen, una medida común a dos tipos de líneas que no tendrían jamás nada de común entre ellas.

7-Número de cada tipo de Línea

Es entonces después de haber reconocido esta diferencia esencial que las distingue en su figura, en su empleo y en sus propiedades, que yo no debo temer afirmar que su NÚMERO es igualmente diferente.

Si se me pide que me exprese más claramente, e indique cual es el NÚMERO que yo atribuyo a cada una de estas líneas en particular, yo afirmaré sin pena que la línea recta lleva el número CUATRO, y la línea circular, el número NUEVE: y yo osaré asegurar que no hay otro medio de llegar a conocerlas; porque la extensión más o menos grande de estas líneas, no cambiará en nada el NÚMERO que yo les atribuyo en particular, y ellas conservarán siempre el mismo NÚMERO cada una en su clase, cualquiera que sea la extensión que se quiera darles.

Yo se, yo lo repito, que esto no podrá ser bien entendido, tanto la Materia ha hecho progreso en la inteligencia de mis semejantes. Es entonces que, a pesar de la claridad de mi proposición, podrían inferir falsamente que una línea grande y una pequeña tienen, según yo, el mismo NÚMERO, debiendo por consecuencia ser iguales.

Mas, para prevenir esta paradoja, yo añadiré que una grande, como una línea pequeña, no son cada una mas que el resultado de su Ley y de su NÚMERO; y que así, aunque la una y la otra tengan siempre, en la misma clase, la misma Ley y el mismo NÚMERO, esta Ley y este NÚMERO actúan siempre diversamente en cada una de ellas, es decir, con más o menos fuerza, actividad o duración; de donde se ve que el resultado que provendrá, debe

expresar a los ojos todas estas diferencias sensibles, aunque el Principio que varía su acción, sea él mismo invariable.

Es esto, no hay duda, lo único que puede explicar la diferencia universal de todos los Seres de las dos naturalezas, tanto de aquellos que en una u otra ocupan clases diferentes, como de aquellos que son de la misma clase y de la misma especie; es esto lo que puede hacer comprender cómo todos los individuos de una misma clase son diferentes, aunque ellos tengan la misma Ley, la misma fuente y el mismo NÚMERO.

Es por eso también que son negados los números convencionales y arbitrarios, que los Geómetras emplean en sus medidas sensibles, y verdaderamente los inconvenientes donde esta medida tiene que ver, nosotros vamos a ver claramente las defectuosidades. Porque, querer elegir la medida de la extensión, en la extensión, es suponer estar obligado a tronchar esta medida, o prolongarla, cuando la extensión sobre la cual se la sienta viene a recibir variaciones; y como estas variaciones no llegan siempre justo bajo números múltiples o sub múltiples de la medida dada; que ellos puedan caer sobre partes de números que no sean enteros por relación al número principal, es necesario que la medida dada sufra la misma mutilación; es necesario en fin admitir lo que los calculadores denominan fracciones de unidad, como si jamás un Ser simple, o una unidad pudiera dividirse.

8-Del Cálculo del Infinito

Si los Matemáticos se sintiesen adheridos a esta última reflexión, ellos habrían tomado una más justa idea de un sabio cálculo que ellos han inventado: a saber, es aquel del INFINITO. Ellos habrían visto que no podrían jamás encontrar lo INFINITAMENTE GRANDE en la Materia que está limitada a TRES Elementos, ,as bien que en los NÚMEROS que son las potencias de todo lo que existe, y que verdaderamente no tiene límites, ni en nuestro pensamiento, ni en su esencia. Al contrario, ellos habrían reconocido que no podían encontrar el cálculo de lo INFINITAMENTE PEQUEÑO mas que en la Materia, donde la división indefinida de las moléculas se concibe siempre posible, aunque nuestros sentidos no puedan siempre operarlo; pero ellos no hubiesen jamás buscado esta suerte de infinito en los números, porque la unidad siendo indivisible, ella es el primer término de los Seres, y no admite ningún número antes que ella.

9-De las Medidas convencionales

Nada está entonces menos conforme al Principio verdadero, que esta medida convencional que el hombre se ha establecido en los procedimientos geométricos, y por consecuencia, nada es menos propio para avanzar en los conocimientos que le son absolutamente necesarios.

El socorro de una tal medida es, yo lo sé, de la más grande utilidad en los detalles materiales del comercio de la vida social y corporal del hombre; también yo no pretendo que sea culpable de aplicarla a este empleo; todo lo que yo les pediré, será no tener la imprudencia de llevarla hasta en sus búsquedas sobre las Verdades naturales, porque en este género, ella no puede más que engañar; que los errores, aún los más simples, son aquí de la más

importante consecuencia, y que todas las Verdades estando ligadas, no hay una que pueda recibir la menor atención sin comunicarla a todas las otras.

Los números CUATRO y NUEVE, que yo anuncio como perteneciendo esencialmente, uno a la línea recta y el otro a la línea curva, no tienen el inconveniente que yo vengo de remarcar en el método arbitrario; porque estos números permanecen siempre intactos, aunque su facultad se extiende o se encierra en todas las variaciones donde la extensión es susceptible; también, en la realidad de las cosas, no hay jamás fracción en un Ser, y si nosotros recordamos lo que ha sido dicho precedentemente sobre la naturaleza de los Principios de los Seres corporales, veremos que porque ellos son indivisibles en calidad de Seres simples, los números que no hacen mas que representarlos y hacerlos sensibles, deben gozar de la misma propiedad.

Mas, yo lo repito todavía, todo esto está fuera de lo sensible y de la Materia, así que no me ufano de que un gran número me entienda. Es por eso que yo espero que se vuelva todavía a la carga, y que se me pregunte cómo será posible de evaluar las diferentes extensiones del mismo orden, si yo doy sin excepción a todas las líneas rectas, el número CUATRO, y a todas las líneas circulares y curvas, el número NUEVE. Se me preguntará, dije, a qué signo se podrá conocer fijamente las diferentes maneras con que el mismo número actúa sobre extensiones desiguales, y cómo hará para determinar con justicia una extensión cualquiera.

Me resulta inútil buscar otra respuesta que aquella que hice sobre este tema. Yo diré entonces que si aquel que me hace esta pregunta, no tiene en vista conocer la extensión que por su propio uso corporal, y por las necesidades o sus gustos sensibles, como no hay nada en este género que no sea relativo, las medidas convencionales y relativas son suficientes; porque, por el solo socorro de los sentidos, se puede usar la regularidad justo hasta el punto de hacer el error inapreciable a los sentidos.

Mas, si se trata de conocer mas que este valor relativo y de aproximación, si se demanda encontrar el valor fijo y real de la extensión; como este valor está en razón de la acción de su NÚMERO, y que el NÚMERO no es Materia, es fácil de ver si es en la extensión material, que se puede encontrar la regla que se desea, y si nosotros nos hemos desviado de decir que la verdadera medida de la extensión nos abría ser conocida por los sentidos corporales: entonces, si no es en los sentidos corporales que esta medida se puede encontrar, no habrá que reflexionar mucho tiempo para juzgar dónde debe estar ella, porque nosotros no hemos cesado de representar que no había en todo lo que existe aquí, mas que de lo sensible y de lo intelectual.

Nosotros vemos por lo tanto lo que los Geómetras nos han enseñado, y cuales son los errores que nos han enseñado desde la cuna de nuestra inteligencia, ofreciendo mas que medidas tomadas en lo sensible, y por consecuencia relativas, mientras ella concibe que son verdaderas, y que se hace para saber.

Nosotros vemos al mismo tiempo reaparecer aquí esta Verdad universal que es el objeto de esta Obra, a saber, que es en el Principio solo de las cosas que es

posible evaluar bien las propiedades, y que cualquier dificultad que exista para aprender a leer, es incontestable que este Principio reglamenta todo, midiendo todo, desde que al alejarse, no se encuentra nada.

10-De la verdadera Medida

Yo debo añadir sin embargo, que aunque sea posible por el socorro de este Principio, de llegar a juzgar con seguridad de la medida de la extensión, porque es él mismo quien la dirige, sería una verdadera profanación emplearla para combinaciones materiales, porque él puede hacernos descubrir Verdades más importantes que aquellas que no tendrían relación mas que con la Materia; y los sentidos, como nosotros lo hemos dicho, son suficientes para dirigir al hombre en las cosas sensibles. Nosotros vemos también que los Seres por debajo del hombre, no tienen otra Ley, y que sus sentidos son suficientes para sus necesidades; así, para este objeto puramente relativo, la Matemática verdadera y justa, en una palabra, la Matemática intelectual sería no solamente superflua, sino que ella misma no sería comprendida.

¿Qué más grande inconsecuencia no es entonces la de querer sujetar y subordinar esta Matemática invariable y luminosa a aquella de los sentidos, que es tan limitada y tan oscura; de querer que esta tenga lugar en la otra; en fin, de querer que sea lo sensible lo que sirve de regla y de guía a la intelectual?

Nosotros no hacemos sin embargo mas que mostrar de nuevo el inconveniente al cual los Geómetras se encuentran expuestos; porque, buscando en la extensión una medida sensible, y nosotros dándola como real, ellos no han visto mas que ella era variable como la extensión misma, y que lejos de dirigir la Materia, ella misma estaba dependiendo de esta Materia, porque ella seguía necesariamente el curso y todos los resultados de la relación.

Entonces, desde que los números CUATRO y NUEVE, que yo he abogado ser la medida de las dos suertes de líneas posibles, están enteramente a cubierto de esta sujeción, yo no debo temer errar al dar toda mi confianza, anunciándolos, así como yo lo he hecho, como la verdadera medida, cada uno en su clase.

Yo abogaré que me es duro no poder exponer estas Verdades, sin sentir cuanto ellas son humillantes para los Geómetras, porque, por los esfuerzos que ellos hacen diariamente para confundir estas dos medidas, ellos nos obligan a decir que aún los más célebres de entre ellos no conocen la diferencia de una línea derecha a una línea curva, así como se verá dentro de poco en detalle.

Mas el error que se viene de presentar no es el único que ellos han hecho sobre la extensión: no solamente es en ella que ellos han buscado la medida, como nosotros lo hemos hecho observar, pero aún todavía ellos han buscado la fuente del movimiento. No osan jamás elevarse por encima de esta tenebrosa materia que los rodea, ellos han creído poder fijar un espacio y un límite en el principio de este movimiento, de forma que según este sistema, no es mas posible, fuera de este límite, concebir nada activo y que se mueva.

11-Del Movimiento

Si ellos no se han formado todavía una idea más justa del movimiento, no es siempre por el mismo malentendido que les hace confundir las cosas más distintas, no es por eso que ellos no buscan mas que en la extensión, en lugar de buscar en su Principio?

Porque esta extensión no teniendo mas que propiedades relativas, o abstracciones, le es imposible ofrecer nada de fijo y que sea bastante estable para que la inteligencia del hombre repose de una manera satisfactoria; y querer encontrar en ella la fuente de su movimiento, es repetir todas estas tentativas insuficientes que han sido ya invertidas, y querer someter el Principio a su producción, mientras que según el orden natural y verdadero de las cosas, la obra está siempre por debajo de su Principio generador.

Es entonces en el Principio inmaterial de todos los Seres, sean intelectuales, sean corporales, que reside esencialmente la fuente del movimiento que se encuentra en cada uno de ellos. Es por la acción de este Principio, que se manifiestan todas sus facultades, según su rango y su empleo personal, es decir, intelectuales en el orden intelectual, y sensibles en el orden sensible.

Porque, si la sola acción del Principio de los Seres corporales es el movimiento, si es por eso solo que ellos crecen, que ellos se alimentan, en fin, que ellos se manifiestan y se hacen sensibles y aparentes todas sus propiedades, y por consecuencia la extensión misma, ¿cómo puede entonces hacer depender este movimiento de la extensión o de la Materia, porque al contrario es la extensión o la Materia que viene de él? ¿Cómo se puede decir que este movimiento pertenece esencialmente a la Materia, mientras que es la Materia quien pertenece esencialmente al movimiento?

Es incontestable que la Materia no existe mas que por el movimiento; porque nosotros vemos que cuando los cuerpos son privados de aquello que les es acordado por un tiempo, ellos se disuelven y desaparecen insensiblemente. Es totalmente cierto, por esta misma observación, que el movimiento que la vida a los cuerpos, no les pertenece como propio, porque nosotros la vemos cesar en ellos, antes de que ellos hallan cesado de ser sensibles a nuestros ojos; igualmente nosotros no podemos dudar que ellos no estando absolutamente en su dependencia, porque la cesación de este movimiento es el primer acto de su destrucción.

Además, recordemos esta Ley de reacción universal a la cual todos los Seres corporales están sometidos, y reconozcamos que si los Principios inmateriales de los Seres corporales están ellos mismos sometidos a la reacción de otro Principio, con mas fuerte razón los resultados sensibles de estos Principios, tales como la extensión y otros, deben necesariamente experimentar esta sujeción.

Concluimos entonces, que si todo desaparece a medida que el movimiento se retira, es evidente que la extensión no existe mas que por el movimiento, lo que es bien diferente de decir que el movimiento es la amplitud y el alcance.

Sin embargo, de esta afirmación de que es el movimiento quien hace la extensión, se podría inferir que el movimiento es de la Esencia de los Principios inateriales, que nosotros debemos reconocer al presente como indestructibles, es imposible que este movimiento no exista siempre, y por consecuencia, que la extensión o la Materia no sea eterna; lo que nos hundirá en estos precipicios tenebrosos, de los que he tenido tanto cuidado de preservar a mis Lectores; porque, yo lo se, se me podría objetar que no puedo concebir movimiento sin extensión.

12-De los dos tipos de Movimientos

Esta última proposición es cierta en el orden sensible, donde no se puede concebir movimiento que no produzca extensión, o que no e haga en la extensión; pero, aunque los Principios que dan nacimiento al movimiento en el orden sensible, sean inateriales, esto sería estar en el error que admite su acción como necesaria y como eterna, porque nosotros hemos visto que no siendo ellos mas que Seres secundarios, no teniendo mas que una acción particular y no infinita, y que ellos están absolutamente en la dependencia de una Causa activa e inteligente, que les comunica esta acción por un tiempo, como ella se lo retira, según el orden y la Ley de la Causa primera.

Más aún, es en este orden sensible mismo, donde nosotros podemos encontrar pruebas de un movimiento sin extensión; aunque en esta región sensible, él se hace siempre en la extensión. A este efecto, remarcamos que en razón de esta doble Ley universal que rige la Naturaleza corporal, se encuentran dos tipos de movimientos en todos los Cuerpos.

Primeramente, aquél de su crecimiento, donde la acción misma que manifiesta y sostiene su Existencia sensible.

En segundo lugar, aquel de su tendencia hacia la Tierra, que es su centro común; tendencia que se hace conocer, tanto en la caída de los Cuerpos, como en la presión que su propia pesadez hace sobre ellos mismos, o sobre la superficie terrestre.

Estos dos movimientos están directamente opuestos el uno al otro. También el segundo de estos movimientos, o la tendencia de los Cuerpos hacia su Centro terrestre, aunque no puede hacerse mas que en la extensión, no produce sin embargo extensión, como el primer movimiento, o aquel del crecimiento y existencia de estos mismos Cuerpos.

Al contrario, uno tiende a destruir lo que el otro tiende a producir; porque, si los Seres corporales pudiesen reunirse en su CENTRO, ellos estarían desde ese momento sin movimiento, y por consecuencia sin extensión; porque es cierto que todos estos efectos no tienen lugar mas que porque los Seres que los producen están separados de su CENTRO.

Pues sí, de estos dos movimientos, del que uno produce la extensión, como nosotros lo hemos dicho, hay uno que la destruye, aquel al menos no podrá mirarse como perteneciente a la extensión, aunque él no haya tenido lugar mas que en la extensión; sería entonces allí donde se aprendería a resolver esta

objeción, que no se puede concebir movimiento sin extensión, y para no creer mas generalmente que el movimiento sea de la Esencia de todas las clases de Seres inmatriciales, porque aquellos de la clase sensible no son depositarios mas que por un tiempo.

13-Del Movimiento inmaterial

Fortificamos además esta verdad, que puede haber movimiento sin extensión. No hemos admitido que no debería haber mas que Seres sensibles y Seres intelectuales; si es la clase de estos últimos que rige a la otra, y que les hace dar este movimiento productor de las cosas sensibles, es el que por Esencia debe ser la verdadera fuente del movimiento; como tal, ella es de otro orden que la clase de los Principios inmatriciales corporales que le están subordinados; debe haber entonces, en esta clase, una acción y resultados que sean como ella, distintos e independientes de lo sensible, es decir, en los cuales lo sensible no sea para nada.

Así, como lo sensible no está para nada en todas las acciones que pertenecen a la Causa primera, y en todos los resultados inmatriciales que se derivan; si no es mas que recibiendo la vida pasiva que le sostiene durante la duración del tiempo; si en fin todos los efectos sensibles, durante el tiempo actual de su existencia misma, son absolutamente sin ninguna influencia sobre la clase puramente intelectual, con mas fuerte razón esta clase puede actuar antes de la existencia de las cosas sensibles, y puede actuar tras su desaparición, porque el momento donde estas cosas sensibles habrían vivido, no habrían alterado ni un instante la acción de la Causa primera.

Entonces, aunque en lo sensible, el movimiento y la extensión están necesariamente ligados el uno al otro, lo que no impide que en la clase superior, ellos no deban tener eternamente un movimiento o una acción, cuando nada de lo sensible estaría existiendo, y en este sentido se puede decir con certeza, que aunque no se pueda concebir extensión sin movimiento, es sin embargo incontestable que no se puede concebir un movimiento sin extensión, porque el Principio del movimiento, sea sensible, sea intelectual, está fuera de la extensión.

Reuniendo enseguida todas estas observaciones, se debe ver si es posible atribuir jamás con razón ningún movimiento a la extensión, como necesario para su esencia, y si el hombre no se desvía, cuando el busca allí el principio y el conocimiento.

14-Del Número del Movimiento

Ya dije en general que el movimiento no es otra cosa que el efecto de la acción, o mas bien la acción misma, porque ellas son inseparables. Yo he reconocido además, que en las cosas sensibles, había dos tipos de movimientos o de acciones opuestas, a saber, el crecimiento y el decrecimiento, o la fuerza que aleja los cuerpos de su Centro, y su propia Ley que tiende a aproximarlos. Pero, como el último de estos movimientos no hace mas que volver sobre los pasos del otro, al mismo tiempo, y según la misma Ley en el orden inverso, no tememos equivocarnos, anunciando como

provinendo las dos del mismo NÚMERO; y el menor de los Geómetras hace que este número sea el CUATRO.

¿Quién no sabe, en efecto, que todos los movimientos y todas las revoluciones posibles en los cuerpos, están en Progresión geométrica cuaternaria, sea ascendente, sea descendente? ¿Quién no sabe que este número CUATRO es la Ley universal del curso de los Astros, aquella de la Mecánica, de la Pirotecnia, aquella, en una palabra, de todo lo que se mueve en la región corporal, sea naturalmente, sea por la mano de los hombres?

Y verdaderamente, si la vida actúa sin interrupción, y que su acción es siempre nueva; es decir, si ella crece o decrece sin cesar en los Seres corporales sujetos a la destrucción, qué otra Ley que aquella de la Progresión geométrica ascendente o descendente sabría convenir a la Naturaleza?

En efecto, la Progresión aritmética es enteramente prohibida, porque ella es estéril y ella no puede abarcar mas que hechos limitados o resultados siempre iguales y siempre uniformes. Así los hombres no deberían jamás aplicarla mas que a los objetos muertos, las divisiones fijas, o a ensamblajes inmóviles; y cuando ellos han querido emplearlo para designar las acciones simples y vivientes de la Naturaleza, como aquellas del Aire, aquellas que producen el calor y el frío, y todas las otras causas de las revoluciones de la Atmósfera, sus resultados o sus divisiones han sido muy viciosas, en lo que ellas han dado a la multitud, una idea falsa del Principio de vida o de acción corporal, cuya medida no siendo sensible, no puede sin el mas grueso error trazarse sobre la Materia.

15-Del Número de la Extensión

Nosotros no induciremos entonces a ninguna persona en el error, dando la Progresión geométrica cuaternaria, o asegurando, aunque desconocido que sea este lenguaje, que el NÚMERO de toda acción es CUATRO.

Pero lo que nosotros no hemos hecho todavía, es anunciar cual es el NÚMERO de la extensión; es necesario entonces decirlo: es este mismo número NUEVE que ha sido aplicado antes a la línea circular. Sí, la línea circular y la extensión tienen una tal relación, ellas son de tal manera inseparables, que ellas llevan absolutamente el mismo número, que es NUEVE.

Si ellas tienen el mismo número, ellas tienen necesariamente la misma medida y el mismo peso; porque estos tres principios marchan siempre de acuerdo, que uno no puede ser determinado, sin que se determine igualmente a los otros dos.

16-De la Línea Circular

Efectivamente, algo nuevo que pueda parecer, yo no puedo dispensarme de admitir que la extensión y la línea circular no son mas que una misma cosa; esto es decir, que no hay más extensión que por la línea circular, y recíprocamente que no hay línea circular que sea corporal y sensible; esto es decir, en fin, que la Naturaleza material y la extensión no pueden estar formadas mas que por líneas que no son rectas, o, lo que es la misma cosa,

que no existe una sola línea recta en la Naturaleza, como se verá a continuación.

Yo no tengo mas que una palabra que decir antes de continuar, que es, que si los Observadores hubiesen examinado esto más de cerca, ellos habrían resuelto desde hace largo tiempo una cuestión que no está todavía claramente decidida entre ellos, a saber, si la generación y la reproducción son por huevos, o por lombrices o Animales espermáticos; ellos habrían visto que nada está sin envolver aquí abajo, y todo envoltorio, o toda extensión, siendo circular, todo está bloqueado en la Naturaleza, porque todo es huevo; y recíprocamente todo es huevo, porque todo está bloqueado. Yo volveré a mi tema.

No es suficiente, yo lo se, haber excluido de la Naturaleza, la línea recta, es necesario exponer las razones que me determinan.

Primeramente, si nosotros seguimos el origen de todas las cosas sensibles y materiales, no podremos negar que el Principio de los Seres corporales no es el Fuego, sino que su corporificación viene del agua, y que así los Cuerpos comienzan por el fluido.

En segundo lugar, no podremos negar también que este fluido no sea el principio que opera la disolución de los cuerpos, y que entonces el Fuego no opera la reintegración, porque una de las más bellas Leyes de la Verdad es que el orden directo y el orden inverso tienen un curso uniforme en sentido contrario.

Pero todo fluido no es mas que un ensamblaje de partículas esféricas; y es esta misma forma esférica de estas partículas que da al fluido la propiedad que él tiene de extenderse y de circular. Entonces, si los Cuerpos tienen allí su nacimiento, es por lo tanto constante que ellos deben conservarse en su estado de perfección, la misma forma que ellos han recibido en su origen, como ellos la representan todavía en su disolución en partículas fluidas y esféricas; y por esta razón los Cuerpos deben considerarse como un ensamblaje de estos mismos glóbulos esféricos, pero que han tomado la consistencia, en proporción de lo que su Fuego más o menos deseca la parte grosera de su humedad. En cualquier grado que se lleve este ensamblaje de glóbulos esféricos, es evidente que el resultado será siempre esférico y circular como su Principio.

¿Se quiere convencer materialmente de esto que yo admito? Que se fije con atención los cuerpos cuyas dimensiones nos parecen rectas, observaremos las superficies más unidas; cada uno sepa que no podrá descubrir mas que desigualdades, elevaciones y hundimientos; sepa cada uno, dije, viendo las superficies de los Cuerpos de cerca, que no ofrecen a los ojos mas que una multitud de surcos.

Pero estos surcos mismos están compuestos de desigualdades, y esto al infinito; y tanto como nuestros ojos o los instrumentos con los que los podríamos extender, no veremos jamás, sea en las superficies de los Cuerpos, sea en los surcos que ellos nos presentan, mas que una reunión de muchas

partículas esféricas que no se tocan mas que por un punto de su superficie. Que se examine entonces si es posible admitir una línea recta.

Que no se me objete este intervalo que existe entre dos puntos dados, y entre los cuales se puede suponer una línea recta que corresponde el uno con el otro.

Primeramente, estos dos puntos, así separados, no se supone que constituyan un cuerpo en conjunto. Así la línea recta que se supondría entre ellos, estaría puramente en el pensamiento, y no podría ser concebida como corporal y sensible.

17-De la Línea Recta

En segundo lugar, este intervalo, que los separa, está él mismo lleno de partículas mercuriales aéreas, que siendo esféricas, como aquellas de otros Cuerpos, no podrían tocarse jamás mas que por su superficie; así este intervalo sería un cuerpo, y por esta razón sujeto a las mismas desigualdades que los Cuerpos; lo que está de acuerdo enteramente con lo que ha sido dicho precedentemente sobre los principios de la Materia, que, a pesar de su unión, no sabrían jamás confundirse.

No habiendo entonces ninguna continuidad en los cuerpos, siendo todo sucesivo e interrumpido, es imposible en ningún sentido suponer y reconocer líneas rectas.

Otra de las razones que acabamos de ver, está en otras que vienen a apoyarlo, y que confirman la evidencia de este principio. Yo me siento decidido a convenir que el número CUATRO es el número de la línea recta: yo he visto después, de concierto con todos los Observadores, que el número CUATRO era también aquel que dirigía toda especie de movimientos cualesquiera; hay entonces una gran analogía entre el Principio del movimiento y la línea recta, porque nosotros vemos que llevan el mismo número, porque además hemos reconocido que en este movimiento residía la fuente y la acción de las cosas corporales y sensibles, y que al mismo tiempo hemos visto que la línea recta era el emblema del infinito y de la continuidad de las producciones del punto de la que ella emana.

Ahora, yo he demostrado bastante que el movimiento, aunque produciendo las cosas corporales y sensibles o la extensión, no sabría sin embargo pertenecer jamás propiamente a esta misma extensión, ni depender de esta; entonces ahora, si la línea recta tiene el mismo número que este movimiento, ella debe tener la misma Ley y la misma propiedad; es decir, que aunque ella dirige las cosas corporales y extendidas, jamás podrá mezclarse con ellas, ni confundirse y hacerse sensible, porque el principio no puede confundirse con su producción.

Estas son todas las razones reunidas que deben impedir de jamás admitir a la línea recta en la Naturaleza corporal.

Recordemos entonces aquí todos nuestros principios: el número CUATRO es aquel del movimiento, es aquel de la línea recta, en una palabra, es el número de todo lo que no es corporal y sensible. El número NUEVE es aquel de la extensión y de la línea circular, que constituye universalmente la extensión, es decir, que es el número de los cuerpos y de todas las partes de los cuerpos; porque es necesario absolutamente considerar a la línea circular como la producción necesaria del movimiento que se hace en el tiempo.

18-De la Cuadratura del Círculo

Estas son las dos solas y únicas Leyes que nosotros podemos reconocer, y con ellas nosotros podemos sin duda abarcar todo lo que existe; porque no hay nada que no este, o en la extensión, o fuera de la extensión; que no sea pasivo o activo, resultado o Principio, pasajero o inmutable, corporal o incorporeal, perecedero o indestructible.

Tomando entonces estas dos Leyes por guía, nosotros volveremos a la manera en que nosotros hemos visto que los Geómetras han considerado las dos tipos de líneas posibles, la recta y la curva; y nosotros juzgaremos si es cierto que el círculo sea, como ellos lo pretenden, un conjunto de líneas rectas, porque al contrario, no existen líneas rectas, tomadas en lo corporal, que no sea un conjunto de líneas curvas.

Es por lo tanto, culpa de haber discernido los diferentes números de estas dos líneas distintas, que desde su exilio el hombre busca conciliarlas, o lo que es la misma cosa, trata de descubrir lo que se denomina la cuadratura del círculo. Antes de su caída, conociendo la naturaleza de los Seres, él no estaba consumido en esfuerzos inútiles, y no estaba dedicado a la búsqueda de un descubrimiento del que conocía evidentemente su imposibilidad; él no hubiese sido bastante ciego, ni bastante imprudente, para querer aproximar principios tan diferentes como aquellos de la línea recta y de la línea curva; en una palabra, no hubiera llegado jamás a su pensamiento la creencia de poder cambiar la naturaleza de los Seres; y hacer de manera que el NUEVE valiese CUATRO, o que CUATRO valiese NUEVE, lo que es a la letra el objeto del estudio y de la ocupación de los Geómetras.

Que se trate de conciliar estos dos números, cómo se tendrá éxito; cómo adaptar el NUEVE con el CUATRO, cómo dividir NUEVE por CUATRO, o, lo que es la misma cosa, dividir nueve en cuatro partes iguales sin admitir fracciones, lo que, según se ha visto, no puede encontrarse en los Principios naturales de las cosas, aunque ellas puedan operar sobre sus resultados, que no son mas que ensamblajes. Porque, luego de haber encontrado DOS por cociente, no nos restaría siempre una Unidad, que sería necesario dividir igualmente por este mismo número CUATRO?

Nosotros vemos entonces que esta cuadratura es impracticable en la figura, o en lo corporal y lo sensible, de manera que ella no sabría jamás tener lugar mas que en número e inmaterialmente; es decir, admitiendo el Centro que es corporal y Cuaternario, como se convencerán dentro de poco. Yo dejo entonces pensar al presente si esta cuadratura es admisible, de la manera en que los hombres se ocupan de ella; si la imposibilidad no está evidentemente

demostrada, y si entonces nosotros no debemos asombrarnos que nadie se haya ocupado todavía de este objeto; porque en hechos de Verdad, una aproximación, o nada, es la misma cosa.

19-De la Longitud

Es necesario decir también de la longitud, que si un número tan grande de hombres busca sobre la superficie terrestre con tanta emulación; y para juzgar, sería suficiente observar la diferencia que existe entre la longitud y la latitud.

La latitud es horizontal y va de Sur a Norte. Ahora, como este Sur no está designado mas que por algunos puntos imaginarios, inventados por los Astrónomos para explicarnos el Universo, mas muy ciertamente para el Sol, cuyo Mediodía vertical varía, elevándose o ocultándose cada día en relación al día precedente, se desprende que esta latitud es necesariamente circular y verdadera; y como tal, ella lleva el número NUEVE según todos los principios que vienen de ser establecidos.

Al contrario, la longitud es perpendicular y viene del Estado que está siempre en el mismo punto de elevación, aunque este se muestra cada día en diferentes puntos del horizonte. Así la longitud siendo fija y siempre la misma, es la imagen real de la línea recta, y por consecuencia lleva el número CUATRO. Ahora nosotros acabamos de ver la incompatibilidad de los dos números CUATRO y NUEVE; cómo entonces es posible encontrar la perpendicular en la horizontal, cómo asimilar lo superior a lo inferior, cómo en fin descubrir el Este sobre la superficie terrestre, pues él no está en su Región?

Cuando yo he dicho que el Este era fijo, se vio bien que yo no hablaba de aquel que da la salida del Sol, porque cambia todos los días. Además la especie de longitud, que el Sol da de esta manera, no es siempre horizontal sino en relación a nosotros, como la latitud; y por eso sólo ella es muy defectuosa.

Pero yo hablo del verdadero Este donde la salida del Sol no es mas que el signo indicativo, y que se manifiesta visiblemente y mas justo en la plomada y la perpendicular; de este Este, que por su número CUATRO, puede solo abarcar todo el espacio, porque al unirse al número NUEVE que es aquel de la extensión, es decir, uniendo el activo con el pasivo, se forma el número TRECE, que es el número de la Naturaleza.

Por lo tanto no es posible encontrar esta longitud sobre la Tierra, que de conciliar la línea recta con la línea curva, y que de encontrar la medida de la extensión y el movimiento, en la extensión; nueva prueba de la verdad de los principios que acabamos de exponer.

20-Del Cálculo Solar y Lunar

Nosotros debemos todavía aplicar además esta Ley a otra observación, y decir que es por la razón de esta misma diferencia del número CUATRO al número NUEVE, que no e ha podido hasta el presente y que no e podrá jamás hacer cuadrar justo el cálculo Lunar con el cálculo Solar. Porque la Luna es NOVENARIA, como estando ligada a la Tierra que no tiene mas que curvas en latitud; el Sol, al contrario, aunque designando la latitud por el Sur, es sin

embargo, en su Este terrestre o en el lugar de su levante, la imagen del principio de la longitud o de la línea recta, y como tal él es CUATERNARIO. Además él es claramente distinto de la región de la Tierra, a la cual él comunica la reacción necesaria para su facultad vegetativa, nuevo índice de su actividad Cuaternaria; en una palabra, su cuaternario se manifiesta sobre la Luna misma por las cuatro fases que nosotros percibimos en ella, y que se determinan por sus diferentes posiciones, por relación con el Sol de quien ella recibe la luz.

Así aplicando a este ejemplo el principio que nos ocupa en el presente, se verá claramente por qué el cálculo Solar y el cálculo Lunar son incompatibles, y que el verdadero medio de llegar al conocimiento de las cosas, es el de comenzar por no confundirlas, sino seguirlas y examinarlas a cada una según el NÚMERO y las Leyes que le son propias.

¿Que no me está permitido extenderme mas a lo largo, sobre este número NUEVE que yo atribuyo a la Luna, y por consecuencia a la Tierra de la que ella es el Satélite? Yo mostraré por el número de esta Tierra, cual es su empleo y su destinación en el Universo; esto mismo podrá darnos índices sobre la verdadera forma que ella porta, y extenderse más días sobre el sistema actual que no lo admite como inmóvil, pero, al contrario, como recorriendo una gran órbita.

Porque los Astrónomos se han apurado un poco en sus juzgamientos; y antes de dar toda su confianza a sus observaciones, ellos habrían debido examinar cual entre los Seres corporales debía actuar más, o de aquel que da la reacción, o de aquel que la recibe; si el fuego no es el más móvil de los Elementos, y la sangre más ágil que los cuerpos en los cuales ella circula: ellos habrían debido pensar que la Tierra, aunque no ocupando el centro de las órbitas de los Astros, podía sin embargo servirles de RECIPIENTE, y que por eso ella debía recibir y esperar sus influencias, sin ser forzada de añadir una segunda acción corporal, a la acción vegetativa que le es propia, y de la que estos Astros están privados.

En fin, las más simples experiencias sobre el Cono, les habrían probado la verdadera forma de la Tierra; y nosotros podríamos ofrecerles, en la destinación de esta misma Tierra, en el rango en que ella ocupa entre los Seres creados, y en las propiedades de las perpendiculares o de la línea recta, las dificultades insuperables que sus sistemas no podrían resolver.

21-De los Sistemas Astronómicos

Se llegaría también puede ser a que estas dificultades no serían sentidas, porque la Astronomía se encuentra aislada como todas las Ciencias donde el hombre ha puesto la mano, que ella ha considerado la Tierra, así como a cada uno de los cuerpos celestes, como Seres distintos y sin ligazón los unos con los otros; en una palabra, porque el hombre ha actuado allí tan inconsiderablemente que en todo el resto, es decir, que él no ha llevado la vista sobre el principio de la existencia de todo estos cuerpos, sobre aquel de sus Leyes y de su destino, y que por esta razón el no sabe todavía cual es el primer objeto.

Además, es por un motivo loable en apariencia, que él ha buscado tragarse la Tierra, comparándola con la inmensidad y la grandeza de los Astros; él ha tenido la debilidad de creer que esta Tierra no era mas que un punto en el Universo, mereciendo poco la atención de la Causa primera; que sería contra lo verosímil que esta Tierra fuese al contrario lo que hay de más precioso en la creación, y que todo lo que existe alrededor o por encima de ella, le viene a portar su tributo; como si fuera sobre una medida sensible, que el Autor de las cosas debía evaluar sus Obras, y que su precio no estuviese mas bien en la nobleza de su empleo y en sus propiedades, que en la grandeza del espacio y en la extensión que ellos ocupan.

22-De la Tierra

Es tal vez por esta falsa combinación que ha conducido al hombre a esta otra combinación más falsa todavía, por la cual él afecta de no creerse digno él mismo de las miradas de su Autor; él no ha creído escuchar mas que a la humildad, rehusando admitir que esta Tierra misma, y todo lo que el Universo contiene no han sido hechos mas que para él; él ha sentido temor de escuchar mucho a su orgullo, librándose a este pensamiento.

Pero él no teme la indolencia y la dejadez que provienen necesariamente de esta falsa modestia; y si el hombre evita el mirarse hoy como debiendo ser el Rey del Universo, es porque no tiene el coraje de trabajar ara recuperar los TÍTULOS, que los deberes le parecen muy fatigosos, y que él teme menos renunciar a su estado y a todos sus derechos, que emprender en reutilizarlos en su valor. Sin embargo, si él quisiera un instante observarse a sí mismo, él vería pronto que él debería poner su humildad, y admitir que él está con razón por encima de su rango, mas no para creerse de una naturaleza que nunca jamás pueda preocuparle, y a la que nunca jamás podrá regresar.

23-De la Pluralidad de los Mundos

¿Qué no puedo entonces, yo lo repito, dedicarme a todo lo que tendría que decir sobre estas materias? ¿Qué no puedo yo mostrar las relaciones que se encuentran entre esta Tierra y el cuerpo del hombre, que está formado de la misma sustancia, ya que provino de esta? Si mi plan me lo permite, yo colocaré en su analogía incontestable, el testimonio de la uniformidad de sus Leyes y de sus proporciones, de donde será fácil de ver que ellos tienen el uno y el otro el mismo objetivo a cumplir.

Será lo mismo allí donde se aprendió porqué yo enseñé al comienzo de esta Obra, que el hombre estaba muy interesado en mantener su cuerpo en buen estado; porque si él está hecho a imagen de la Tierra, y que la Tierra es el fundamento de la creación corporal, él no puede conservar su semejanza con ella, mas que resistiendo como ella a las fuerzas que la combaten continuamente. Se verá también que esta Tierra le debe ser respetable como su madre, y que siendo, después de la Causa inteligente y el hombre, el mas poderoso de los Seres de la Naturaleza temporal, ella misma es la prueba que no existen otros Mundos corporales, que aquel que nos es visible.

Pues esta opinión de la pluralidad de los Mundos es todavía tomada en la misma fuente de todos los errores humanos; es por querer separar todo,

desmembrar todo, que el hombre supone una multitud de otros Universos, donde las Estrellas sean Soles, y que no tienen mas correspondencia entre ellos que con el Mundo que habitamos; como si esta existencia aparte, fuera compatible con la idea que nosotros tenemos de la Unidad, y como si, en el caso de que estos Mundos supuestos existiesen el hombre no tendría el conocimiento en calidad de Ser intelectual.

Entonces, si él puede y debe tener el conocimiento de todo lo que existe, es necesario que nada se encuentre aislado, y que todo esté unido; porque es con un solo y mismo principio que el hombre abarca todo, y que él no lo podría con este solo y mismo principio, si todos los Seres creados corporalmente no fuesen semejantes entre ellos y de la misma naturaleza.

Sí, sin duda, hay muchos Mundos, porque el mas pequeño de los Seres es uno, mas todos están en la misma cadena; y como el hombre tiene el derecho de colocar la mano justo en el primer anillo de esta cadena, él no podría aproximarse, sin tocar a la vez a todos los Mundos.

Se verá además en el cuadro de las propiedades de la Tierra, que para el bienestar del hombre, sea sensible, sea intelectual, ella es una fuerza fecunda e inagotable; que ella reúne todas las proporciones, tanto numéricas como de figura; que ella es el primer punto de apoyo que el hombre a reencontrado en su caída, y que en esto él no sabría descubrir la importancia, porque sin ella él habría caído mucho mas bajo.

24-Del Número Novenario

¿Qué sería entonces si yo oso hablar del Principio que la anima, y en el que residen todas las facultades de vegetación y otras VIRTUDES que yo podría exponer? Es bien entonces que los hombres aprenderían a tener veneración por ella, que ellos se ocuparían más de su CULTURA, y que ellos la verían como la entrada de la ruta que ellos tienen que recorrer para retornar al lugar que les ha dado nacimiento.

Pero yo ya he dicho mucho sobre estos temas, y si fuese más lejos, yo temería usurpar derechos que no me pertenecen. Yo regreso entonces a los números CUATRO y NUEVE, que yo anuncié como siendo propios, uno a la línea recta, y el otro a la línea curva; como siendo así, uno es el número del movimiento o de la acción, y el otro aquel de la extensión; porque parecería que estos números parecieran supuestos e imaginarios.

Es a propósito que yo hago ver por qué razón yo los empleo, y porqué yo pretendo que ellos convienen cada uno naturalmente a las líneas a las cuales yo los he atribuido; comenzamos por el número NUEVE, o aquel de la línea circular y de la extensión.

Sin duda, que no repugnará a ninguna persona considerar una circunferencia como un cero; ¿pues qué figura mejor que el cero asemeja una circunferencia? Repugnará menos todavía ver el centro como una Unidad, ya que es imposible que por una circunferencia, haya más de un centro; todo el mundo hace también que una Unidad unida a un cero da el DIEZ, de esta forma 10. Así

podemos considerar el círculo entero, como haciendo DIEZ o 10, es decir el centro con la circunferencia.

Pero nosotros podemos igualmente considerar el círculo entero, como un Ser corporal cuya circunferencia es la forma o el cuerpo, y cuyo centro es el principio inmaterial. Ahora nosotros hemos visto con bastante detalle, que no se debe jamás confundir este Principio inmaterial con la forma corporal y la extensión; que aunque es sobre su unión que está fundada la existencia de la Materia, sin embargo sería un error imperdonable tomarlos por el mismo Ser, y que la inteligencia del hombre podía siempre separarlos.

Entonces, separar este Principio de su forma corporal, no es la misma cosa que separar el centro de su circunferencia, y por consecuencia la misma cosa que eliminar la unidad 1 del denario 10. Pero, si se ha eliminado una unidad del denario 10 es bien cierto que no quedará más que NUEVE en número; sin embargo nos quedará en figura el cero, o, o la línea circular, o en fin la circunferencia. Que se vea entonces al presente si el número NUEVE y la circunferencia no se convienen en uno al otro, y si nosotros hemos hecho mal en dar a este número NUEVE toda la extensión, porque nosotros hemos probado que toda extensión era circular.

Que se vea también, según la relación existente entre el cero, que es como nulo por sí mismo, y el número NUEVE, o aquel de la extensión, si se habrían de avergonzar tan ligeramente aquellos que han pretendido que la Materia no era mas que aparente.

Yo sé que la mayor parte de los Geómetras, consideran el número de caracteres de la Aritmética, como dependiente de la convención del hombre, teniendo poca confianza en la demostración presente; yo sé también que está entre aquellos que han ensayado llevar justo a veinte el número de estos caracteres, para facilitar las operaciones de cálculo.

Mas, primeramente, si muchas Naciones tienen caracteres de Aritmética que no provienen mas que de su convención, los caracteres Árabes deben ser exceptuados, porque ellos están fundados sobre las Leyes y la naturaleza de las cosas sensibles, como así también las cosas intelectuales, tienen signos numéricos que les son propios.

En segundo lugar, como los Geómetras ignoran enteramente las Leyes y las propiedades de los NUMEROS, ellos no han visto que al multiplicarlos más allá del diez, ellos desnaturalizan todo, y querrían dar a los Seres un Principio que no era simple, y que no ofrecía punto de Unidad; ellos no han visto que la Unidad siendo universal, la suma de todos los NÚMEROS debía principalmente proporcionarnos su imagen, a fin que se muestren tan real y tan inalterable en sus producciones como en su Esencia, esta Unidad tuvo aspectos de derechos invencibles, y que el hombre fue inexcusable, si él venía a desconocerlos. Ellos no han visto, dije, que el número DIEZ era aquél que llevaba más perfectamente esta impronta, y que así la voluntad del hombre no podría jamás extenderse más allá de diez, los signos de los NÚMEROS o de las Leyes de la Unidad.

Así la experiencia ha confirmado plenamente este principio; y los medios que se habían tomado para combatirlo han permanecido sin ningún éxito. Yo puedo entonces emprender su defensa, atribuyendo el número UNO o la Unidad, al centro, atribuyendo el número NUEVE a la circunferencia o a la extensión.

25-De la División del Círculo

Yo no recordaré aquí lo que he dicho de la unión de los tres Elementos fundamentales, que se encuentran siempre los tres juntos ensamblados en cada una de las tres partes de los cuerpos; por donde se encontrará fácilmente una relación cierta del Número NUEVE con la Materia, o la extensión circular; yo no diré nada mas de la formación del cubo, sea algebraica, sea aritmética, que, aunque los factores no tienen mas que dos términos, no puede tener lugar mas que por nueve operaciones, porque, entre las diez que se debería contar en rigor, la segunda y la tercera no son mas que una repetición la una de la otra, y por eso se deben considerar como no siendo mas que una.

Mas yo apoyaré el principio que ya he establecido, de algunas observaciones sobre la naturaleza y la división del círculo; porque es necesario decir que son los Geómetras que lo han dividido en trescientos sesenta grados, como siendo la división más cómoda, y aquella que se prestaría más fácilmente a todas las operaciones de cálculo.

Esta división del círculo en trescientos sesenta grados, no es del todo arbitraria; es la Naturaleza misma que nos la da, porque el círculo no está compuesto más que de triángulos, y que hay seis de estos triángulos equiláteros en toda la extensión de este mismo círculo.

Que se siga entonces atentamente el orden natural de estos números, que se junte enseguida el producto que es la circunferencia o el cero, y que se vea si son los hombres quienes han establecido estas divisiones.

¿Es necesario que yo mismo exponga el orden natural de estos números? Toda producción cualquiera es ternaria, TRES. Hay seis de estas producciones perfectas en un círculo, o seis triángulos equiláteros, SEIS. En fin la circunferencia ella misma completa la obra, y da NUEVE o cero, o. Si se quiere entonces reducir en cifras a todos estos Números, tendremos primeramente 3, segundamente 6, y en fin, las cuales reunidas darán 360.

Que se tomen luego tales multiplicaciones como se quiera, sobre los Números que venimos de reconocer como constituyendo el círculo; entonces, como todos los resultados serán novenarios, no se dudará más de la universalidad del número NUEVE en la Materia.

No se dudará mas de la impotencia de este número, cuando se reflexione que con cualquier número que se lo junte, él no altera jamás la naturaleza; lo que, para aquellos que tengan la clave, será una prueba chocante de lo que acabamos de decir, que la forma o el envoltorio podían variar, sin que su Principio inmaterial cese de ser inmutable e indestructible.

26-Del Círculo Artificial

Es por estas observaciones simples y naturales que se puede llegar a percibir la evidencia del principio que yo expongo. Es este al mismo tiempo, uno de los medios que pueden indicar a los hombres cómo se debe proceder para leer en la naturaleza de los Seres; porque todas sus Leyes están escritas sobre su envoltura, en su marcha, y en las diferentes revoluciones a las cuales su curso está sujeto.

Por ejemplo, es por no haber distinguido la circunferencia natural de la circunferencia artificial, que viene el error que yo he elevado más alto sobre la manera en que debe ser considerada la circunferencia hasta el presente, es decir, como un ensamblaje de una infinidad de puntos reunidos por líneas rectas. Es verdad que la circunferencia que el hombre describe con la ayuda del compás, no puede formarse mas que sucesivamente; y en este sentido se la puede observar como el conjunto de muchos puntos, que no estando marcados mas que uno después del otro, no se espera tener entre ellos adherencia o continuidad; esto hace que la imaginación haya supuesto líneas rectas para reunirlos.

Mas, otra cosa que yo hago ver en su lugar que es lo mismo en el caso, la línea de reunión que se admitiría no sería recta, porque sensiblemente no hay un punto que lo sea, no hace falta mas que examinar la formación del círculo natural, para reconocer la falsedad de las definiciones que nos dan generalmente de la línea circular.

27-Del Círculo Natural

El círculo natural crece a la vez, y en todos los sentidos; ocupa y llena todas las partes de su circunferencia; porque no es mas que en el orden sensible y por los ojos de nuestra Materia, que percibimos desigualdades necesarias en las formas corporales; en lugar que por los ojos de nuestra facultad intelectual, nosotros vemos por todas partes la misma fuerza y la misma potencia, y no percibimos estas desigualdades, porque nosotros sentimos que la acción del Principio debe ser plena y uniforme; sin aquello él mismo estaría expuesto: y, sea dicho al pasar, es lo que hace caer todas estas disputas escolásticas y pueriles sobre la vacuidad; los ojos limitados del cuerpo del hombre deben encontrar para todo el paso, porque ellos no pueden leer más que en la extensión; su pensamiento no concibe ninguna parte, porque ella lee en el Principio, que ella ve que este Principio actúa por todas partes, que él llena necesariamente, porque la RESISTENCIA debe ser universal como la PRESIÓN.

No se puede entonces comparar en nada el círculo natural con el círculo artificial, porque el círculo natural se crea todo junto, por la sola explosión de su centro; en vez el círculo artificial no comienza mas que por el fin que es el triángulo; porque todo el mundo sabe, o debe saber, que el compás que tiene uno de sus puntos inmóvil, no puede hacer con el otro un solo paso, sin presentar un triángulo.

28-Del Número Cuaternario

Vayamos actualmente a las razones por las cuales el Número CUATRO es aquel de la línea recta, en el sentido que tiene según el lenguaje recibido, por el cual se expresa esta extensión que parece tener a nuestros ojos el mismo alineamiento; y en efecto, habiendo demostrado que no existe línea recta en la Naturaleza sensible, yo no podré adoptar la opinión vulgar a este respecto, sin tener una marcha contradictoria con todo lo que yo he establecido. Yo consideraré entonces solamente la línea recta como Principio, y como tal, siendo distinta de la extensión.

¿No hemos visto que el círculo natural, crece al mismo tiempo en todos los sentidos, y que el centro lanza a la vez fuera de él mismo la multitud innumerable e inagotable de sus rayos? ¿Cada uno de estos rayos no es visto como una línea recta en el sentido material? Y verdaderamente, por su rectitud aparente y por la facultad que tiene de poder prolongarse al Infinito, él es la imagen real del Principio Generador que produce sin cesar fuera de él, y que no se aparta jamás de su Ley.

Nosotros hemos visto además que el círculo no era él mismo más que un conjunto de triángulos, porque nosotros no hemos reconocido por todas partes mas que tres principios en los cuerpos, y que el círculo es un cuerpo. Ahora, si este rayo, si esta línea recta en apariencia, si en fin la acción de este Principio generador no puede manifestarse mas que por una producción ternaria, nosotros no tendríamos mas que reunir el número de la unidad del centro, o de este Principio generador, al número ternario de su producción, con la cual él está ligado durante la existencia del Ser corporal, y nosotros tendríamos ya un índice del cuaternario que buscamos en la línea recta, según la idea que nosotros hemos dado.

Mas para que no se crea que nosotros confundimos actualmente aquello que hemos distinguido con tanto cuidado, a saber, el centro que es inmaterial, con la producción o el triángulo que es material y sensible, es necesario que se recuerde lo que he dicho sobre los Principios de la Materia. Yo hago ver claramente que lo que sea que produce la Materia, ellos son sin embargo inmatrimales ellos mismos; entonces, tomado como tales, es fácil concebir una ligazón íntima del centro, o del Principio generador, con los Principios secundarios; y como los tres lados del triángulo, así como las tres dimensiones de las formas, nos han indicado sensiblemente que estos Principios secundarios no son mas que en número de TRES, su unión con el centro nos ofrece la idea más perfecta de nuestro CUATERNARIO inmaterial.

Además, como esta manifestación cuaternaria no ha tenido lugar mas que por la emanación de rayos fuera de su centro; que este rayo que se prolonga siempre en línea recta, es el órgano y la acción del Principio central; que la línea curva, al contrario, no produce nada, y que ella limita siempre la acción y la producción de la línea recta o del rayo; nosotros no podemos resistir ante esta evidencia, y aplicamos sin temor el número CUATRO a la línea recta o al rayo que la representa, porque es la línea recta y el rayo solo que nos pueden dar el conocimiento de este Número.

He aquí la ruta por la cual el hombre puede llegar a distinguir la forma y la envoltura corporal de los Seres, con sus Principios inmatriciales, y por eso hacerse una idea bastante justa de sus diferentes NÚMEROS, para evitar la confusión y marchar con seguridad en el sentido de las observaciones, he aquí, dije, el medio de encontrar esta Cuadratura de la que hemos hablado, y que no se podrá jamás descubrir mas que por el NÚMERO del centro.

Es cierto, en efecto, que esta línea recta, o este Cuaternario, es la fuente y el órgano de todo lo que es corporal y sensible, que está en el número CUATRO y en el cuadrado, que la Geometría junta todo lo que ella quiere medir; porque ella no considera a todos los triángulos que ella estableció en esta vista, mas que como la división y mitad de este mismo cuadrado; ¿ahora este cuadrado no está formado por cuatro líneas, y por cuatro líneas que son vistas como rectas, o semejantes al rayo, y por consecuencia cuaternarias como él?

¿Es necesario entonces alguna cosa mas, para demostrar que por su procedimiento mismo, los Geómetras prueban esto que yo les adelanto? Es decir, que el NÚMERO que produce los Seres, es el mismo que le sirve de medida; y así, que la verdadera medida de los Seres no puede encontrarse mas que en su principio, y no en su envoltura y en la extensión; porque al contrario, todo lo que está envuelto, todo lo que está extendido no puede evaluarse con precisión mas que aproximándose al centro y de este Número Cuaternario que denominamos el Principio Generador.

No se pensará, yo espero, objetarme que todas las figuras, denominadas rectilíneas en Geometría, estando limitadas por líneas esperadas rectas, llevan igualmente el cuaternario, y que así yo no debería limitarme al cuadrado para indicar la medida cuaternaria; lo que parecería contradecir la simplicidad y la unidad del Principio anunciado.

En cuanto al hecho no será para mí, cuando sería falso que los Geómetras, como vengo de decir, reúnan en el cuadrado todo lo que ellos quieren medir, sería suficiente lo que venimos de decir sobre este cuaternario inmaterial, para convenir que todas las cosas sensibles provienen de él, deben conservar sensiblemente sobre ellas la marca de este origen cuaternario; porque este cuaternario siendo absolutamente el único Principio Generador de las cosas sensibles, siendo el solo NÚMERO a que esta propiedad de producción sea esencial, es igualmente indispensable que no haya entre las cosas sensibles mas que una sola figura que nos lo indique, y esta figura, se ha dicho, es el cuadrado.

¿Y cómo esta verdad no se mostraría para nosotros entre las cosas sensibles, puesto que la encontramos indicada claramente y de una manera incontestable en la Ley numérica, es decir, en lo que el hombre posee aquí abajo de más intelectual y más seguro? ¿Cómo, dije, podríamos encontrar mas de una medida cuaternaria, o, lo que es la misma cosa, mas de un cuadrado, en las figuras sensibles y corporales que son el objeto de la Geometría, porque en esta Ley numérica o de cálculo, de la que venimos de hablar, es imposible encontrar más de un número cuadrado?

Yo se que esto debe asombrar, y aunque incontestable que sea esta proposición, ella parecería nueva sin duda; porque es generalmente entendido que un cuadrado numérico es el producto de un Número cualquiera, multiplicado por él mismo, y no se pone en duda que todos los Números tienen esta propiedad.

Mas, porque la analogía que nosotros hemos descubierto en todas las clases, entre los Principios y sus producciones, no es suficiente todavía para abrir los ojos sobre este punto; porque, a pesar de la unidad del cuadrado entre todas las figuras sensibles que el hombre puede trazar, los Geómetras están persuadidos que puede haber más de un cuadrado numérico; yo voy a entrar en otros detalles que confirmarán la verdad de lo que vengo de adelantar.

El cuadrado en figura es muy ciertamente el cuádruple de su base; y no es que la imagen sensible del cuadrado intelectual y numérico, de dónde él proviene, es necesario absolutamente que este cuadrado numérico e intelectual sea el tipo y el modelo del otro; es decir, que lo mismo que el cuadrado en figura es el cuádruple de su base, lo mismo el cuadrado numérico e intelectual debe ser el cuádruple de su raíz.

29-De la Raíz Cuadrada

Ahora, yo puedo certificar a todos los hombres, y ellos lo pueden conocer como yo, que no hay mas que un solo número que sea el cuádruple de su raíz. Yo me dispensaré también como pueda, de indicarles positivamente, sea porque es muy fácil para encontrar, sea porque estas son Verdades que yo no expongo mas que como lamento.

Mas, se me dirá, si yo no admito mas que un solo cuadrado numérico, cómo haría entonces para considerar los productos de todos los otros números multiplicados por ellos mismos? Porque en fin, si no hay mas que un solo cuadrado numérico, no puede haber también mas que una sola raíz cuadrada entre todos los números; y sin embargo no hay un solo número que no pueda multiplicarse por sí mismo; entonces todos los números pudiendo multiplicarse por ellos mismos, que serán entonces, si ellos no son raíces cuadradas?

Yo convengo que todo número cualquiera puede multiplicarse por él mismo, y por consecuencia que no hay nada en él que pueda considerarse como raíz; yo se también con el menor de los Calculadores que no hay raíz que no sea promedio proporcional entre su producto y la unidad; mas para que todos estos números tengan raíces cuadradas, sería necesario que ellas estuviesen todas en relación de CUATRO con la unidad; ahora entre esta multitud de diferentes raíces cuya cantidad no puede jamás ser fijada, atento que los números son sin límite, no hay absolutamente mas que un solo número o que una sola raíz, que esté en relación de CUATRO con la unidad; es entonces claro que el número que se encuentra tener esta relación, es el único que merece esencialmente el nombre de raíz cuadrada; y todas las otras raíces se encuentra tener relaciones diferentes con la unidad, podrían tomar números extraídos de diferentes relaciones, mas ellas no deberían jamás tomar el nombre de raíces cuadradas, porque su relación con la unidad no sería jamás cuaternaria.

Por la misma razón, aunque todas las raíces siendo multiplicadas por ellas mismas, dan un producto; sin embargo porque toda raíz es promedio proporcional entre su producto y la unidad, es necesario de toda necesidad que este producto mismo sea para su raíz lo que su raíz es para la unidad; entonces si no hay mas que una sola raíz que esté en la relación del CUATRO con la unidad, o que sea cuadrada, es incontestable que no puede haber mas que un solo producto que esté en relación de cuatro con su raíz, y por consecuente que no pueda tener mas que un solo cuadrado.

Todos los otros productos no estando en esta relación cuaternaria con su raíz, no deberían entonces considerarse como cuadrados, pero ellos llevarán los nombres de sus diferentes relaciones con su raíz, como las raíces que no son cuadradas, llevan los nombres de sus diferentes relaciones con la unidad.

En una palabra, si es cierto que todas las raíces tuviesen raíces cuadradas, todas las raíces en razón doble, darían ciertamente cuadrados que serían dobles los unos de los otros, y se sabe que el número aquel es absolutamente imposible: he aquí porqué nosotros no admitimos mas que un solo cuadrado, y que una sola raíz cuadrada. Es entonces por no haber tomado una idea bastante justa de una raíz cuadrada, que los Geómetras han atribuido las propiedades a todos los números, mientras que ellas no convenían exactamente mas que a un solo número.

Es necesario remarcar sin embargo que la diferencia que se encuentra entre esta sola Raíz cuadrada y todas las otras raíces, lo mismo que entre el único producto cuadrado admisible y todos los otros productos numéricos, no provienen mas que de la calidad de los factores, de donde ella se esparce sobre los resultados que se obtienen. En el hecho, es siempre el cuaternario que dirige todas estas operaciones cualesquiera; o, para hablar mas claramente, en toda especie de multiplicación, encontraremos siempre primeramente la unidad; en segundo lugar el primer factor; en tercer lugar el segundo factor, y en fin el resultado, o el producto que proviene de la acción mutua de los dos factores.

Y cuando yo digo, en toda especie de multiplicación; es lo que se encuentra verdadero, no solamente en todos los productos a los cuales nosotros conocemos dos Raíces en dos factores como en la multiplicación de dos diferentes números el uno por el otro; sino también en todos los productos donde nosotros conocemos solo una raíz, porque esta raíz multiplicándose por ella misma, nos ofrece siempre distintamente nuestros dos factores.

Es entonces eso que nos representa con una nueva evidencia, el poder real de este número CUATRO, Principio de toda producción, y generador universal, lo mismo que las virtudes de esta línea recta que es la imagen y la acción.

Es allí donde nosotros encontramos una nueva prueba de la distinción de las cosas sensibles y de las cosas intelectuales, así como todo lo que ha sido dicho sobre su diferente NÚMERO, porque en todas las multiplicaciones numéricas, nosotros conocemos sensiblemente tres cosas, a saber los dos factores y el producto, en lugar que nosotros no conocemos mas que

intelectualmente la unidad a la cual ellas están relacionadas; y que esta unidad no entra jamás en la operación de las cosas compuestas.

30-De los Decimales

Nosotros vemos entonces porqué hemos reconocido este cuaternario como siendo a la vez el Principio y la medida fija de todos los Seres, y porqué todo producto cualquiera, sea la extensión, sean todas las diferentes propiedades de esta extensión, son engendradas y dirigidas por este cuaternario.

Los Geómetras mismos nos confirman todas las ventajas que han sido atribuidas hasta aquí al cuaternario, y esto por las divisiones que ellos emplean sobre el radio para evaluar su relación con la circunferencia. Ellos tienen necesidad de dividirla en el más grande número de partes que les sea posible, a fin de hacer la aproximación menos defectuosa. Pero en todas las divisiones que ellos ponen en uso, es importante observar que ellos emplean siempre los decimales. Ahora, por un cálculo que nosotros expondremos aquí, aunque sea bastante conocido, no se puede negar que un decimal y el cuaternario, no tengan relaciones incontestables, porque los dos tienen el privilegio de corresponder y pertenecer a la unidad. Sirviéndose de los decimales, los Geómetras marchan entonces todavía por el cuaternario.

Yo se que en rigor se podría dividir el radio por otros Números que por los decimales; yo se también que estos decimales no dan jamás resultados justos, como la división del círculo en trescientos sesenta grados, de donde se podría inferir que ni los decimales, ni el cuaternario con el cual ellas están unidas de una manera inseparable, no son la verdadera medida.

Mas es necesario observar que la división del círculo en trescientos sesenta grados, es perfectamente exacta, porque ella cae sobre el verdadero NÚMERO de todas las formas; en lugar que la división decimal expresa el NÚMERO del principio inmaterial de estas mismas formas, no puede encontrarse justo en la naturaleza sensible, sobre el radio corporal, ni sobre ninguna especie de Materia.

Esto no impide que de todas las divisiones que el hombre puede elegir, los decimales no sean aquellos que más lo aproximen al punto que él desee; se puede decir igual que en esto, como en muchas otras circunstancias, él ha sido conducido sin saberlo, por la ley y el Principio de las cosas; que su elección es una consecuencia de la luz natural que está en él, y que tiende siempre a conducirlo a la Verdad, y que el medio que él ha tomado, completamente nulo e inútil para él, cuando desea hacerlo cuadrar con la extensión y con la Materia, es sin embargo lo mejor que él ha podido tomar en este género.

31-Del Cuadrado intelectual

Así, a pesar del poco éxito que el hombre ha obtenido de sus esfuerzos, estará siempre obligado a convenir que la división que él hace del radio en partes decimales, confirma lo que yo he dicho sobre la universalidad de la medida cuaternaria.

Alguna reserva que yo me he prometido, tras todo esto que yo he revelado tocante al número CUATRO y tocante a la raíz cuadrada, no es a ninguno de mis lectores que no juzguen que uno y el otro no sean los mismos; así no tendrá él mas tiempo que disimular; y aún estando avanzado hasta aquí, yo me encuentro como ocupado en admitir que en vano ellos buscarán la fuente de las ciencias y de las luces en algún otro lugar que en esta Raíz cuadrada, y en el cuadrado único que resulta.

Y verdaderamente, si es posible para aquellos que leyeron este Escrito, de obtener por ellos mismos la ligazón de todo lo que yo expongo a sus ojos, y de tomar una idea conveniente del cuadrado numérico e intelectual que yo les presento, yo estoy de alguna manera obligado a convenir de la verdad, y de n rehusarles mas una confesión que ellos me arranquen.

Yo voy a presentar entonces de antemano, tanto como la prudencia y la discreción me lo permitan, algunas de las propiedades de este CUATERNARIO, y para hacerme más inteligible, yo lo consideraré como el cuadrado sensible y corporal que es la figura y la producción, es decir, como teniendo cuatro lados visibles y distintos.

32-Efectos de la Circunferencia

Examinando cada uno de estos cuatro lados separadamente, se podrá convencer que el cuadrado que se trata, es verdaderamente la única ruta que puede llevar al hombre a la inteligencia de todo lo que está contenido en el Universo, lo mismo que es el único apoyo que debe sostenerlo contra todas las tempestades que él está obligado a enfrentar durante su viaje en el tiempo.

Mas para sentir mejor las ventajas infinitas ligadas a este cuadrado, recordemos lo que ha sido dicho comparándolo con la circunferencia; nosotros aprendimos que la circunferencia fue hecha para limitar y oponerse a la acción del centro o del cuadrado, y que ellos reaccionan mutuamente el uno sobre el otro, que por consecuencia ella detiene los rayos de la luz, mientras que el cuadrado siendo por sí mismo el Principio de esta luz, su verdadero objetivo es el de iluminar; en una palabra, que la circunferencia retiene al hombre en los lugares y en una prisión, mientras que el cuadrado le es dado para liberarse.

Es en efecto la inferioridad de esta circunferencia que hace todos los males del hombre, porque él no puede recorrer todos los puntos mas que sucesivamente, lo que le hace sentir en toda su extensión la pena del tiempo para lo cual él no está hecho; en lugar que el CUADRADO como correspondiendo con la unidad, no la sujeta a esta Ley, porque a la imagen de su Principio, su acción es entera sin interrupción.

Es necesario sin embargo admitir que la Justicia misma ha favorecido al hombre hasta en las puniciones que ella le ha infligido, y que esta circunferencia que le ha sido dada para limitarlo y hacerle expiar sus primeros desvíos, no lo deja sin esperanza y sin consuelo; porque en el medio de esta circunferencia, el hombre puede recorrer todo el Universo y regresar al punto del cual ha partido, sin estar obligado a retornar, es decir, sin perder de vista el centro. Es lo mismo para él el ejercicio más útil y saludable, como se ve cuando

se quiere imantar una lámina de hierro, es necesario después de cada frotamiento, juntarla al imán haciéndole hacer un circuito, sin que ella pierda la virtud que ella viene de recibir.

Sin embargo, a pesar de esta propiedad de la circunferencia, no tiene ninguna comparación para hacer con el cuadrado, porque este instruye al hombre directamente de las VIRTUDES del centro, y que sin salir de su lugar, este hombre puede por este medio obtener y abarcar las mismas cosas, que, por la ayuda de la circunferencia él no sabría conocer sin recorrer todos los puntos.

33-Superioridad del Cuadrado

En fin, aquel que ha caído en la circunferencia, da vueltas alrededor del centro, porque él se ha apartado de la acción de este centro o del radio que es recto, y él da vueltas siempre, porque la acción buena es universal, y él la encuentra por todas partes sobre su camino en oposición; en lugar de aquel que tiene al CENTRO, o al CUADRADO que es la imagen y el NÚMERO, es siempre fija y siempre la misma.

Es inútil, sin duda, llevar más lejos esta comparación alegórica, porque yo no dudo, que en lo que vengo de decir, los ojos inteligentes harán descubrimientos.

No es entonces sin razón que yo pude anunciar este cuadrado, como siendo superior a todo, porque no existen absolutamente mas que dos tipos de líneas, la recta y la curva; todo lo que no se atiene a la Línea recta, o al cuadrado, es necesariamente circular, por lo tanto temporal y perecedero.

Es entonces en virtud de esta superioridad universal, que yo he debido hacer presentir al hombre las ventajas infinitas que él podría encontrar en este cuadrado, o este número cuaternario, sobre el cual yo me propuse dar algunos detalles preliminares a mis Lectores.

34-Medida de la Circunferencia

Esperamos que se recuerde que el cuadrado generalmente conocido, no es mas que la imagen y la figura del cuadrado numérico e intelectual; se concebirá sin duda también, que nosotros no nos proponemos hablar mas que del cuadrado numérico intelectual que actúa sobre el tiempo y que dirige el tiempo; y que este mismo es la prueba que existe otro CUADRADO fuera del tiempo, pero cuyo conocimiento entero nos está prohibido, justo hasta que nosotros estemos fuera de la prisión temporal: y es por esto que yo no he podido hablar de los términos de la Progresión cuaternaria, que se elevan por encima de las Causas actuando en el tiempo.

Después de esto, para hacer concebir cómo este cuadrado contiene todo, y lleva al conocimiento de todo, observamos que en Matemática son los cuatro ángulos rectos quienes miden toda la circunferencia; y como estos cuatro ángulos designan cada uno una Región particular, está claro que el cuadrado abarca el Este, el Oeste, el Norte y el Sur, pues, si en todo lo que existe, sea sensible, sea intelectual, nosotros no haríamos mas que encontrar estas cuatro Regiones, ¿qué podríamos concebir más allá? Y cuando nosotros las

habríamos recorrido en una Clase, no deberíamos observar como cierto que no nos quedará más nada para conocer de esta Clase?

35-De la Medida por el Tiempo

Así es que, aquel que hubiera observado con cuidado y con perseverancia los cuatro puntos Cardinales de la Creación corporal, no tendría nada más que aprender en Astronomía, él podría ufanarse de poseer a fondo el Sistema del Universo, así como el verdadero arreglo de los Cuerpos Celestes; es decir, que él tendría el conocimiento de la propiedad de las Estrellas fijas, del Anillo de Saturno, de los Tiempos y de las Estaciones convenientes para la AGRICULTURA, y de las dos Causas que pueden tener los Eclipses; ahora es por no haber jamás querido reconocer que una Ley material y visible en estos Eclipses, que los Observadores han negado aquellas que provienen de otra fuente, y en un tiempo diferente del tiempo indicado para el orden sensible.

En cuanto al orden de los movimientos de los Astros, el hombre podría igualmente tener un conocimiento cierto, por un examen reflexivo de las cuatro divisiones que completan su curso temporal; porque el Tiempo es aquella de las medidas sensibles que es la menos sujeta a error, y es por esta razón que el Tiempo siendo la verdadera medida de los cuerpos de los Astros, se tiene que es más fácil estimar sus retornos periódicos por el cálculo del Tiempo, que evaluar con precisión la longitud de mi brazo, por las medidas convencionales tomadas en la extensión; porque ellas no tienen punto de base fijo, ni determinado por la Naturaleza sensible; es por esto que una multitud de Naciones miden el espacio mismo y las distancias itinerantes, por la duración o por el tiempo.

36-De las Revoluciones de la Naturaleza

Para la ayuda de este mismo cuadrado, el hombre debería liberarse de las tinieblas espesas que cubren todavía todos los ojos sobre la antigüedad, el origen y la formación de las cosas; él podría igual esclarecer todas las disputas relativas al nacimiento de nuestro Globo, y a todas las revoluciones que están escritas sobre su superficie, y cuyos rastros pueden también representar las continuaciones y los efectos de la primer explosión, que aquellas de las revoluciones posteriores y sucesivas, que el Universo experimenta continuamente desde su origen.

Y en efecto, estas revoluciones son siempre producidas por las fuerzas Físicas, aunque ellas hayan sido permitidas, por la Causa primera, y ejecutadas bajo los ojos de la Causa temporal superior, por la continua CONTRACCIÓN del Principio maligno, a quien inmensos poderes a menudo han sido concedidos sobre lo sensible para la purificación de lo intelectual; ahora, si es necesario decir, esta purificación de lo intelectual es la sola vía que lleva a la verdadera GRAN OBRA, o al restablecimiento de la UNIDAD; ahora, como esta purificación pudo tener lugar, sin su contrario o sin su reacción, porque ella debió hacerse en el tiempo, y que en el tiempo ninguna acción puede tener lugar sin el auxilio de una reacción.

Lo que esclarecería al hombre arriba mencionado, es que observando las cuatro Regiones de las que hablamos, él vería que hay una que dirige, una que

recibe, y dos que reaccionan; de allí se vería que los desastres de los que la Tierra ofrece los vestigios, pertenecen necesariamente a la acción de dos Regiones activas opuestas, a saber, aquella donde reina el Fuego, y aquella donde reina el Agua. Entonces él no atribuiría más los efectos de los que sus ojos son testigos todos los días, al único Elemento que parece producirlos, porque él reconocería que estas revoluciones son el resultado del combate continuo de estos dos enemigos, en el cual la ventaja habita tanto en uno y tanto en el otro; pero también en la cual ninguno de los dos puede ser el vencedor, sin que el lugar de la Tierra donde se ha realizado el combate no sufra en proporción, y no reciba alteraciones y cambios.

He aquí por qué nada de lo que nosotros vemos sobre la Tierra nos debe asombrar, porque, aún cuando en las revoluciones diarias, que no podemos negar, no tuvieran lugar, estos dos Elementos han sin embargo comenzado a actuar en oposición, desde el momento del origen de las cosas temporales.

He aquí porqué también nosotros debemos estar seguros que cada instante produce revoluciones nuevas, porque la acción de estos dos elementos el uno sobre el otro, es y será continua hasta la disolución general. Así todos estos prodigios que sorprenden tan fuerte a los Naturalistas, desaparecen; todas estas irregularidades, todas estas devastaciones que se operan bajo nuestros ojos, lo mismo que aquellas cuyos restos y escombros anuncian su antigüedad, no son mas difíciles de explicar, y se concilian perfectamente con todo lo que se ha visto sobre los Principios innatos de los Seres, sobre sus acciones diferentes y opuestas las unas a las otras, sin fin sobre las consecuencias funestas de la CONTRACCION universal.

Pero todos estos Fenómenos parecerían mucho menos asombrosos todavía, cuando recordamos que estos dos Elementos opuestos, o estos dos agentes, o esta doble Ley universal en la Materia, están siempre en dependencia de la Causa activa e inteligente que es el centro y el enlace, y que puede a su voluntad accionar el uno o el otro de los diversos Agentes que le son sometidos, y aún librarlos a una acción inferior y malévolas.

Nosotros tenemos entonces un medio mas de saber de dónde pueden provenir, en las grandes revoluciones, estos excesos prodigiosos del Agua sobre el Fuego, o del Fuego sobre el Agua; porque es necesario simplemente reflejar en la Causa activa e inteligente, y reconocer que, cuando los Principios de estos Elementos no están mas en sus límites naturales, es que ella abandona, o que ella acciona una mas que la otra por su propia VIRTUD, por la realización de los Decretos y de la Justicia de la Causa primera, y para dejar actuar, o para detener la mas grande CONTRACCIÓN del Principio malo que se le opone.

Se ve entonces por eso que para saber las razones de la marche que esta Causa tiene en el Universo, es en su Naturaleza inteligente y en todo lo que se le asemeja que es necesario buscarla; porque, como ella es a la vez activa e inteligente, es su actividad que hace producir los efectos sensibles, comunicando sus diversas acciones y reacciones a todos los Seres temporales; pero es su facultad inteligente sola que puede dar la explicación, atento a que es a este solo título que ella es admitida al CONSEJO; así no habrá jamás

ningún resultado satisfactorio para aquellos que no buscan esta explicación mas que en la Materia.

Que se aplique esto a todo lo que ha sido dicho sobre la manera de buscar en todo la verdad de las cosas; y se verá si los principios que nos conducen no son universales.

37-Curso temporal de los Seres

Además las luces que el conocimiento del cuadrado puede dar, sobre la constitución de los Seres corporales, sobre la armonía establecida entre ellos, lo mismo que sobre las causas de su destrucción; él abarca todavía los cuatro grados distintos, a los cuales su curso particular los sujeta, y que nos están claramente designados por las cuatro Estaciones; porque, ¿Quién no sabe las diferentes propiedades que tiene cada una de estas Estaciones? Quien no sabe que ningún Ser corporal no pudiendo recibir el nacimiento mas que por la reunión de dos acciones inferiores, es necesario primeramente y ante todo, que estas dos acciones se convengan y se acuerden mutuamente; es lo que se puede llamar ADOPCIÓN.

Ahora, es al Otoño que este acto de adopción es atribuido, porque entonces los Seres, para la Ley de su Principio inmaterial, lanzando fuera de ellos los gérmenes que deben servir para su reproducción; y esta Ley no comienza a actuar mas que cuando estos gérmenes se encuentran ubicados en su matriz natural. Está allí el primer grado de su curso; grado sobre el cual la reflexión y la inteligencia descubrirán fácilmente una infinidad de cosas que yo no debo decir.

Cuando los gérmenes son así adoptados por su matriz, las dos acciones concurren juntas, formando lo que debemos denominar la CONCEPCION, que según la Ley de esta misma naturaleza corporal, es indispensable para la generación de los Seres de la materia. Este segundo grado de su curso se pasa durante el Invierno, donde la influencia amenazadora de su fuerza los tiene en reposo, reuniendo todo su fuego en el mismo lugar, opera sobre ellos una reacción violenta que les hace hacer esfuerzo, y los hace más apropiados a relacionarse y comunicarse recíprocamente sus virtudes.

El tercer grado de su curso tiene lugar durante la Primavera, y nosotros podemos considerar este acto como aquel de la VEGETACION o de la corporificación; primeramente porque él es el tercero, y que nosotros hemos mostrado bastante que el número tres estaba consagrado a todo resultado, sea corporal, sea incorporeal; en segundo lugar, porque las influencias salinas del invierno vienen a cesar tras haber cumplido su Ley, que era la de reaccionar no solamente con los Principios de los gérmenes generadores, sino aún aquellos de sus producciones, los unos y los otros hacen uso de su facultad y de su propiedad natural manifestando fuera todo lo que tienen en ellos. También, es en esta estación de Primavera que comienzan a aparecer los frutos de esta propiedad vegetativa, y que nosotros los vemos salir del seno donde ellos tienen nacimiento.

En fin el Verano completa toda la obra; es entonces que todas estas producciones, saliendo de la matriz donde ellas habían sido formadas, reciben plenamente la acción del Sol que las lleva a su madurez, y este es el cuarto grado del curso de todos los Seres corporales terrestres.

Se siente sin embargo que es necesario exceptuar a la mayor parte de los animales, que a pesar de que ellos estén sujetos a los cuatro grados que yo vengo de reconocer en el curso particular de todos los Seres corporales, no siguen sin embargo siempre para su generación y su crecimiento, la Ley y la duración ordinaria de las estaciones; y esta excepción no debe asombrar al respecto, porque no siendo inherentes a la Tierra, aunque ellos vienen de ella, es cierto que su Ley no debe ser semejante a aquella de los Seres de vegetación adheridos a esta misma Tierra.

No se debería rechazar el Principio de la universalidad cuaternaria, porque se vería que aún entre los Seres de vegetación, unos no esperan la revolución entera de las cuatro estaciones para completar su curso, y que otros no llegan a este complemento mas que después de muchas revoluciones Solares anuales. Esta diferencia viene de que los unos tienen necesidad de una menor reacción, y los otros una mas considerable, para actuar y para operar su obra particular. Pero estos cuatro grados o estos cuatro actos que yo vengo de remarcar, no les convienen menos, y se realizan siempre con una perfecta exactitud en los Seres más precoces, como en aquellos que son los más tardíos, porque según lo que se ha visto sobre el número CUATRO en relación a la extensión, es aquel que mide todo, y que lleva su acción por todas partes, aunque él no lleve por todas partes su acción igual, y que él la proporciona universalmente a la diferente naturaleza de los Seres.

38-Época del Universo

Lo que se viene de ver sobre las propiedades asociadas a las cuatro estaciones, ¿no esparciría alguna luz sobre la época en la que el Universo ha podido tener nacimiento? Es cierto que esto no puede mirar mas que a aquellos que acuerdan un origen al Universo; porque para aquellos que han sido o bastante ciegos o con bastante mala fe, para no reconocer uno, esta búsqueda deviene superflua. Sin embargo, persuadido que aquellos mismos habrían aprovechado de lo que yo les diré a este respecto, yo voy, tanto como me sea permitido, a levantar una punta del velo delante de sus ojos.

Si, en el origen del mundo, se considera solamente el primer instante de la aparición de su corporización, es cierto que guiándose según el orden de las estaciones, uno estaría tentado atribuirlo a la Primavera, porque efectivamente este es el momento de la vegetación.

Pero si se lleva la vista un poco mas alto, y se examinan todos los actos que han debido preceder esta corporificación visible, se debería colocar necesariamente el origen del germen del mundo en otra estación que aquella de la Primavera. Porque se estaría obligado a convenir que la marcha actual de la Naturaleza universal siendo la misma que al momento de su nacimiento, la adopción de sus Principios constitutivos ha debido hacerse entonces por ella, en las mismas circunstancias y al mismo tiempo en el que nosotros vemos que

se hace hoy la adopción de los principios particulares que perpetúan su curso y su existencia; es decir, que esta adopción primitiva ha debido comenzar en el Otoño.

Es en efecto, cuando los Seres pierden el calor del SOL, es cuando este Astro se retira de ellos, que ellos se aproximan y se buscan, para suplir su ausencia comunicándose su propio calor; y este, como se ha visto, el primer acto de lo que debe pasar corporalmente entre los Seres particulares de la Naturaleza. Él debe ser entonces el mismo por lo universal; es cuando el SOL ha cesado de ser sensible a aquellos que él había calentado hasta entonces, que las cosas corporales han hecho el primer paso hacia la existencia, y que la Naturaleza ha comenzado.

Por la misma analogía, se podría presumir en que estación de esta Naturaleza debe descomponerse y cesar de existir; es decir, que siguiendo la Ley de su curso actual, se debería creer que es en el Verano, que este Universo adquirió el complemento de los cuatro actos de su curso universal, que este complemento habiendo llegado, terminará allí su carrera y que separándose de la rama, él desaparecerá totalmente mientras que el árbol al cual él estaba atado, permanecerá estable por siempre.

Esto que yo vengo de decir tiene por base una Ley generalmente reconocida, que es que las cosas terminan siempre por donde ellas han comenzado. Sin embargo yo lo repito, aunque los cuatro actos del curso temporal se realicen en cada uno de los Seres, no es sin embargo que esta ley opere en tiempos diferentes.

Entonces, si este curso varía del vegetal al animal, si aún en cada una de estas dos clases, se opera tan diversamente, tanto sobre las diferentes especies como sobre los diferentes individuos, con mas fuerte razón debe ser más difícil fijar las Leyes y la duración juzgando de lo particular a lo Universal. Así nada, no está mas lejos de mi pensamiento que querer determinar una estación temporal para estas grandes épocas. Y en verdad, estas cuestiones son enteramente superfluas para el hombre, ya que con la llama que lleva en él mismo, él puede adquirir sobre estos objetos luces más útiles, más seguras y más importantes que aquellas que no caen más que sobre los períodos de los Seres pasajeros.

39-De los lados del Cuadrado

Yo pido igualmente que no se me tache de contradicción o de inadvertencia, si se me ha escuchado hablar del Sol antes de la existencia de las cosas corporales; yo no olvido que el Sol visible a tenido nacimiento como todos los cuerpos, y con todos los cuerpos; pero yo se también que existe otro Sol muy físico del que aquel no es mas que la figura, y bajo los ojos del cual todos los actos del nacimiento y de la formación de la Naturaleza son operados, como la revolución diaria y anual de los Seres particulares se opera por el aspecto y por las Leyes de nuestro Sol corporal y sensible.

Así, por el interés de aquellos que leyeron esto, yo los exhorto a ser bastante reservados para no juzgarme antes de haberme comprendido; y si ellos quieren

comprenderme, es necesario que ellos lleven su vista mas lejos de lo que yo dije; porque, sea por deber, sea por prudencia, yo he dejado mucho por decir.

Tras haber mostrado en general muchas propiedades del cuadrado, que yo anuncio siempre como solo y único, yo expondré brevemente algunas de aquellas que se relacionan con cada uno de sus lados, reservándome de tratar este conjunto universal de una manera un poco mas extensa, en la división que seguirá aquella.

El primero de estos lados, como base, fundamento, o raíz de los tres otros costados, es la imagen del Ser primero, único, universal, que es manifestado en el tiempo, y en todas las producciones sensibles, sino que siendo su causa en ella misma y la fuente de todo Principio, tiene su morada en la parte de lo sensible y del tiempo; y para reconocer aquello que ya dije muchas veces; a saber, cuantas sean las producciones sensibles, aunque viniendo de él, son poco necesarias para su existencia, no es necesario mas que observar cual es el NÚMERO que le conviene, no hay persona que no sepa que es la Unidad.

Cualquier operación que se haga sobre este número tomado en él mismo, es decir, que se lo multiplique, que se lo eleve a tal potencia que la imaginación pueda concebir; que se busque sucesivamente la raíz de todas estas potencias, será siempre el mismo número de unidad que permanecerá por siempre como resultado, de forma que este número UNO siendo a la vez su raíz, su cuadrado y todas sus potencias, existe necesariamente por el e independientemente de todo otro Ser.

Yo no hablo de la división, porque esta operación de cálculo no puede tener lugar mas que sobre conjuntos, y jamás sobre un número simple como la unidad, lo que confirma lo que yo he dicho sobre la nulidad de las fracciones.

Yo no hablo mas de la operación de la adición, porque esta claro que ella no puede igualmente tener lugar mas que en las cosas compuestas, y que un Ser que tiene todo en sí no puede recibir la unión de ningún otro Ser, lo que sirve de prueba para todo lo que ha sido dicho antes sobre la Materia, donde nada de lo que es empleado en el crecimiento y la nutrición de los Seres corporales, no se mezcla con sus Principios.

Mas yo hablo de la multiplicación, o elevación de potencias, así como de la extracción de raíces, porque una es la imagen de la propiedad productora, innata en todo Ser simple, y la otra aquella de la correspondencia de todo Ser simple con sus producciones, porque es por esta correspondencia que se opera la reintegración.

Esto es lo que nos debe ayudar a confirmarnos que el primer lado del cuadrado, es el número UNO, o la Causa primera de la cual él es la característica, produce todo por ella, no recibe nada mas que de ella o que no sea de ella.

El segundo lado es aquel que pertenece a esta Causa activa e inteligente que yo he presentado en el curso de esta Obra, como teniendo el primer rango

entre las causas temporales, y que, por su facultad activa, dirige el curso de la Naturaleza y de los Seres corporales, lo mismo que por su facultad inteligente, ella dirige todos los pasos del hombre que le es semejante en calidad de Ser intelectual.

Nosotros atribuimos a esta Causa el segundo lado del cuadrado, porque lo mismo este segundo lado es el más cercano de la raíz; lo mismo la Causa activa e inteligente aparece inmediatamente después del Ser primero que existe fuera de las cosas temporales. Entonces, si nosotros lo metemos en paralelo con el segundo lado del cuadrado, nosotros debemos entonces también darle un número doble; y nosotros vemos que no sabríamos aplicar este doble número a ningún Ser con mas justicia que a esta Causa, porque ella nos lo indica ella misma, tanto por su rango secundario, como por la doble propiedad de la que ella está en posesión.

Y en los hechos, es cierto que esta Causa activa e inteligente es el primer Agente de todo lo que es temporal y sensible, que aquí nada hubiera existido jamás sin su ayuda, y por así decir, sin haber comenzado por ella.

¿El cuadrado mismo no nos ofrece la prueba? El segundo de sus lados, que nosotros examinamos por el momento, ¿no es el primer grado y el primer paso hacia la manifestación de las potencias de su raíz? En una palabra, ¿no es la imagen de esta línea recta, que es la primer producción del punto, y sin la cual no habría jamás tenido ni superficie ni sólido?

Nosotros encontramos entonces ya en el cuadrado, dos puntos de los mas importantes para el hombre, a saber, el conocimiento de la Causa primera universal, y aquella de la Causa segunda que la representa en las cosas sensibles, y que es su primer Agente temporal.

Ya me he extendido bastante, en su lugar, sobre los atributos inmensos que pertenecen a esta Causa segunda, activa e inteligente, para poder dispensarme de recordarlas aquí; y si se quiere tener de ella la idea que le conviene, será suficiente no olvidar jamás que ella es la imagen de la Causa primera, y cargada de todos sus poderes para todo lo que sucede en el Tiempo; es lo que se podrá concebir de más cierto sobre este tema; esto es al mismo tiempo lo que aprenderá el hombre, si no hay ningún Ser en el Tiempo, en que él pueda colocar mejor su confianza.

El tercer lado del cuadrado es aquel que designa todos los resultados cualesquiera, es decir, tanto aquellos que son corporales y sensibles, como aquellos que son inmateriales y fuera del Tiempo; ahora, lo mismo que hay un Cuadrado afectado al Tiempo, y un Cuadrado independiente del Tiempo, lo mismo hay resultados asignados a uno y otro de estos dos Cuadrados, porque cada uno de ellos tiene el poder de manifestar producciones; y como las producciones que se manifiestan en una y otra Clase, son siempre en número de TRES, es por esto que nosotros las aplicamos al tercer lado del cuadrado.

Esto está de acuerdo perfectamente con lo que se ha visto sobre las producciones corporales, que todas son mezclas de tres elementos; todo lo que

hay que observar, es la distinción considerable, que, a pesar de la similitud del NUMERO, se encuentra entre las producciones temporales y aquellas que no lo son; estas provienen directamente de la Causa primera, son Seres simples como ella, y tienen por consecuencia una existencia absoluta que nada puede negar; los otros no habiendo nacido mas que por una Causa secundaria, no pueden tener los mismos privilegios que las primeras, sino que deben necesariamente resentirse de la inferioridad de su Principio; así su existencia no es mas que pasajera, y ellas no subsisten mas que por ellas mismas, como los Seres que son de la realidad.

Esto es lo que el tercer lado del cuadrado nos hace conocer evidentemente; ahora, si el segundo nos ha dado la línea, el tercero nos dará la superficie; y porque el número TRES es al mismo tiempo el número de la superficie y el número de los Cuerpos, está entonces claro que los Cuerpos no están compuestos mas que de superficies, es decir, de sustancias que no son mas que el envoltorio o la apariencia exterior del Ser, pero a las cuales no pertenecen, ni la solidez, ni la vida.

Y en efecto, la última operación, indicada por la Geometría humana, para componer el sólido, no es mas que la repetición de aquellas que la han precedido, es decir, de aquellas que han formado la línea y la superficie; porque la profundidad que esta tercera y última operación engendra, no es otra cosa que la dirección vertical de muchas líneas reunidas, y toda la diferencia que se encuentra, es que en las operaciones precedentes la dirección de las líneas no era mas que horizontal; así esta profundidad es siempre el producto de la línea; y como tal, ella no puede ser otra cosa que un conjunto de superficies.

¿Se quiere, porque la ocasión lo amerita, aprender además a evaluar mas justo lo que son los Cuerpos? Para este efecto, no hay mas que seguir el orden inverso de aquel de su formación. Los sólidos se encontrarán compuestos de superficies, las superficies de líneas, las líneas de puntos, es decir, de Principios que no tienen ni longitud, ni ancho, ni profundidad; en una palabra, que no tienen ninguna de las dimensiones de la Materia, así como yo lo expuesto ampliamente cuando yo tuve lugar de hablar.

Que se reduzca por lo tanto así los Cuerpos a su fuente y a su Esencia primitiva, y que se vea por eso la idea que se debe tener de la Materia.

En fin, el cuarto lado del cuadrado, como repitiendo el Número cuaternario, por el cual todo ha tenido su origen, nos ofrece el NÚMERO de todo lo que es centro o Principio, en cualquier clase que sea; pero, como hemos hablado bastante del Principio universal que está fuera del Tiempo, y que es este cuadrado del que tratamos actualmente, tiene simplemente lo temporal por objeto, no se debe entender por su cuarto lado, mas que los diferentes Principios actuando en la clase temporal, es decir, tanto aquellos que gozan de las facultades intelectuales, como aquellos que están limitados a las facultades sensibles y corporales; y lo mismo, en cuanto a los Principios inmateriales de los Seres corporales, sobre los cuales nos hemos extendido bastante largamente lo que nos ha sido permitido de hacer, nosotros no recordamos

aquí ni sus diferentes propiedades, ni su acción innata, ni la necesidad de una segunda acción para hacer operar la primera, ni en una palabra, todas estas observaciones que han sido hechas sobre las Leyes y el curso de la Naturaleza material.

Nos contentamos de hacer remarcar, que la relación que puede encontrarse entre estos Principios corporales y el cuarto lado del cuadrado, es una nueva prueba que en calidad de cuaternarios o centros, ellos son Seres simples, distintos de la Materia, y por lo tanto indestructibles, aunque sus producciones sensibles, que no son mas que ensamblajes, estén sujetas por su naturaleza a descomponerse.

Es entonces solamente sobre los Principios inmateriales intelectuales, que nosotros debemos realmente fijar nuestra atención, y entre estos Principios, no hay ninguno sobre el que nosotros podamos fijar nuestra vista más a propósito que sobre el hombre en este momento; porque es él quien ha sido el principal objeto de este escrito; porque es en él que deberíamos considerar esencialmente todas las virtudes encerradas en este importante Cuadrado del que nos ocupamos; porque en fin, este Cuadrado no ha sido jamás trazado sino para el hombre, y que él es la verdadera fuente de las ciencias y de las luces de las que este hombre ha sido infelizmente despojado.

Sería entonces contemplando con cuidado el cuarto lado de este cuadrado, que el hombre aprendería verdaderamente a evaluar el precio y las ventajas. Sería allí al mismo tiempo donde él vería descubrir los Errores por los cuales los hombres han oscurecido el fundamento y el objeto mismo de las Matemáticas; cuanto ellos se equivocan, cuando ellos sustituyen las Leyes simples de esta sublime Ciencia, por sus decisiones falsas e inciertas, y cuanto ellos se interfieren ellos mismos, cuando ellos la limitan al examen de los Hechos materiales de la Naturaleza, mientras que haciendo otro uso, ellos podrían retirar frutos preciosos.

Mas se sabe que el hombre no puede mas hoy día observar este cuadrado bajo el mismo punto de vista que él lo hacía anteriormente, y que entre las cuatro diferentes clases que están contenidas, él no ocupa mas que la más mediocre y más oscura, en lugar que en su origen él ocupaba la primera y la más luminosa.

Era entonces que poseyendo los conocimientos en su fuente misma, y se acercan, sin fatiga y sin trabajo del Principio que le había dado el ser, él gozaba de una paz y de una felicidad sin límites, porque él estaba en su Elemento. Es por este mismo medio que él podía con ventaja y con seguridad dirigir su marcha en toda la Naturaleza, porque teniendo imperio sobre las tres clases inferiores del cuadrado temporal, él podía dirigirlas, a su voluntad, sin ser espantado ni detenido por ningún obstáculo; es, dije, por las propiedades asociadas a este sitio eminente, que él tenía una noción cierta de todos los Seres que componen esta Naturaleza corporal, y para los que él no estaba expuesto al peligro de confundir su propia Esencia con la suya.

40-Del Cuadrado temporal

Al contrario, relegado hoy a la última de las clases del Cuadrado temporal, él se encuentra en la extremidad de esta misma Naturaleza corporal que estaba sometida antes y de la que no tenía jamás que experimentar ni la resistencia, ni el rigor. Él no tiene mas esta ventaja inapreciable, de la que gozaba en toda su extensión, cuando estaba ubicado entre el Cuadrado temporal y aquel que está fuera del Tiempo, él podía a la vez leer en uno y en el otro. En vez de esta luz de la que él no debió separarse jamás, él no percibía más alrededor de él que una afrentosa oscuridad, que lo expone a todos los sufrimientos a los cuales le está sujeto en su cuerpo, y a todos los malentendidos a los cuales él es entrenado en su pensamiento, por el falso uso de su voluntad y por el abuso de todas sus facultades intelectuales.

Es muy cierto entonces que le es imposible al hombre alcanzar hoy sin auxilio, los conocimientos encerrados en el Cuadrado del que tratamos, porque no se presenta mas a él bajo la faz que solo puede hacerle inteligible.

Pero, yo lo prometí, yo no quiero descorazonar al hombre; yo quiero, al contrario, alumbrar en él una esperanza que no se extinga jamás; yo quiero verter cosuelos sobre su miseria, impulsándolo a compararlo con los medios que él tiene cerca de él para liberarse.

41-Recursos del Hombre

Yo voy entonces a fijar realmente su vista sobre un atributo incorruptible que él poseía plenamente en su origen, cuyo goce no le está prohibido hoy día, sino que es al mismo tiempo un derecho al cual puede pretender, y que le ofrece la única vía y el único medio de recuperar este lugar importante del que venimos de hablar.

Nada parecería menos imaginario que lo que yo adelanto, cuando se reflexione que aún en la privación, el hombre posee todavía las facultades del deseo y de la voluntad; que así teniendo facultades, le es necesario atributos para manifestarlas, porque la Causa primera ella misma está sometida, así como todo lo que tiende a su Esencia, a la necesidad de no poder manifestar nada sin el socorro de sus atributos.

Es cierto que las facultades de este Principio primero siendo también infinitas como los Números, los atributos que le responden deben ser igualmente sin límites; porque no solamente este Principio primero manifiesta producciones fuera del tiempo, por las cuales él emplea atributos inherentes en él, y no son distintos entre ellos mas que por sus diferentes propiedades; pero él manifiesta todavía producciones en el tiempo, y para las cuales, además del socorro de estos atributos inseparables con él mismo, tomó mas atributos fuera de él, viniendo de él, actuando por él, y que no eran de él; lo que constituye la Ley de los Seres temporales, y explica la doble acción del Universo.

Mas, aunque las manifestaciones que el hombre tiene que hacer no sean nada comparables a aquellas de la Causa primera, no se puede sin embargo contestarle las facultades que venimos de reconocer en él, así como la necesidad indispensable de atributos análogos a estas facultades, para poder

ponerlas en valor; y porque estos atributos son los mismos que aquellos por los cuales él ha probado anteriormente su grandeza, nosotros veremos que él debería esperar hoy los mismos socorros, si él tuviera una voluntad constante de hacer uso, y que él le da toda su confianza.

CAPITULO 7

ATRIBUTOS DEL HOMBRE

1-De las Lenguas artificiales

Estos atributos por encima de todo precio, y en los cuales se encuentra el único recurso del hombre, están encerrados en el conocimiento de las lenguas, es decir, en esta facultad común a toda la especie humana de comunicar sus pensamientos; facultad que todas las Naciones han en efecto cultivado; pero de una manera poco provechosa para ellas, porque ellas no la han aplicado a su verdadero objeto.

Nosotros vemos evidentemente que las ventajas asignadas a la facultad de hablar, son los derechos reales del hombre, porque por su medio él comercia con sus semejantes, y que les hace sensibles todos sus pensamientos y todos sus afectos. Es esto mismo lo que puede verdaderamente responder a sus derechos sobre este objeto; porque todos los signos que se han empleado para reemplazar a la palabra en aquellos que la tienen privada, sea por naturaleza, sea por accidente, no rempazan este propósito mas que muy imperfectamente.

Esto se limita entre ellos ordinariamente a negaciones y afirmaciones, todas cosas que no son mas que la continuación de una pregunta; y si se los interroga, ellos mismos no pueden hacernos concebir un pensamiento, a menos, lo que reviene al mismo, que el objeto no esté bajo sus ojos, y que por el tacto o cualquier otro signo demostrativo, ellos nos hagan comprender la aplicación que ellos quieren hacer.

Aquellos que han empujado la industria mas lejos, no pueden ser oídos mas que por los Maestros que les han enseñado, o toda otra persona que esté instruida de la convención; pero entonces, aunque eso sea bien una especie de lenguaje, sin embargo no podemos decir jamás que esta sea una verdadera Lengua, porque primeramente ella no es común a todos los hombres, y en segundo lugar, que ella peca fuertemente por la expresión, en lo que ella está privada de las ventajas inapreciables que se encuentran en la pronunciación.

No será entonces jamás allí, ni en ninguna de las Lenguas artificiales, que se encontrarán los verdaderos atributos del hombre, porque todo siendo convencional y arbitrario, y variando sin cesar, no anuncia una verdadera propiedad.

Según esta exposición, nosotros podemos ya concebir cual debe ser la naturaleza de las Lenguas: porque yo dije que ellas deben ser comunes a todos los hombres; ahora, cómo pueden ellas ser comunes a todos los hombres, si ellas no tienen todas los mismos signos; lo que es decir propiamente que no debe haber mas que una Lengua.

2-De la Unidad de las Lenguas

Yo no daré por prueba de lo que adelanto aquí, esta avidez con la cual los hombres buscan adquirir la pluralidad de las Lenguas, y esta suerte de admiración que nosotros tenemos por aquellos que tienen conocimiento de un gran número, aunque esta avidez y esta admiración, todas falsas como ellas sean, ofrecen un índice de nuestra tendencia hacia la universalidad o hacia la Unidad.

Yo no diré mas con qué predilección las Naciones difieren respecto de su Lengua particular, y cuanto cada Pueblo está celoso de la suya.

Mucho menos hablaré del uso establecido entre algunos Soberanos de no escribir mas que en una Lengua muerta y común entre ellos por las correspondencias de la pompa, porque no solamente este uso no es general, sino que tiene todavía un motivo muy frívolo, para poder ser de algún peso en la materia que yo trato.

Es entonces en el hombre mismo que es necesario encontrar la razón y la prueba que él no está hecho para tener mas que una Lengua, y de allí se podrá reconocer por cual Error se ha venido a negar esta Verdad, y a decir que las Lenguas no son mas que el efecto del hábito y de la convención, es inevitable que ellas varíen como todas las cosas de la Tierra; lo que ha hecho creer a los Observadores que puede haber a la vez muchas, igualmente verdaderas, aunque diferentes las unas de las otras.

3-De la Lengua intelectual

Para marchar con alguna certeza en esta carrera, yo los incitaré a considerar si ellos no reconocerían en ellos dos suertes de Lenguas; una sensible, demostrativa, y por medio de la cual ellos se comunican con sus semejantes; la otra, interior, muda, y que sin embargo precede siempre a aquella que ellos manifiestan fuera, y que es verdaderamente como la madre.

Yo les pediré luego examinar la naturaleza de esta lengua interior y secreta; de ver si ella es otra cosa que la voz y la expresión de un Principio exterior a ellos, pero que graba en ellos su pensamiento, y que realiza lo que sucede en él.

Ahora, tras el conocimiento que nosotros hemos tomado de este Principio, se puede saber que todos los hombres deben ser dirigidos por él, no debería encontrarse en todos mas que una marcha uniforme, que el mismo objetivo y la misma Ley, a pesar de la variedad innumerable de buenos pensamientos que le pueden ser comunicados por esta vía.

Pero, porque esta obra debería ser tan uniforme, porque esta expresión secreta debería ser la misma en todas partes, es cierto que los hombres, que no habiendo dejado desnaturalizar en ellos los restos de esta Lengua interior, la entenderían todos muy perfectamente; porque ellos encontrarían en todas partes una conformidad con lo que ellos sienten en ellos, y verían la similitud y la representación de sus mismas ideas, ellos aprenderían que fuera de aquellas que le vienen del Principio del mal, no hay nada que les sea extraño; en fin, ellos se convencerían de una manera chocante de la paridad universal el Ser intelectual que las constituye.

Es allí donde ellos reconocerían claramente que la verdadera Lengua intelectual del hombre siendo por todas partes la misma, es esencialmente una; que ella no podría jamás variar, y que no pueden existir dos, sin que una sea combatida y destruida por la otra.

Entonces, así como lo hemos visto, desde que la lengua exterior y sensible no es mas que el producto de la lengua interior y secreta; si esta lengua secreta era siempre conforme al Principio que debía dirigirla, que ella era siempre una y siempre la misma, ella produciría universalmente la misma expresión sensible y exterior; por consecuencia, aunque nos veamos obligados de emplear hoy órganos materiales, nosotros tendríamos todavía una lengua común, y que sería inteligible a todos los hombres.

4-De la Lengua Sensible

¿Cuándo es entonces que las lenguas sensibles han podido variar entre ellas? ¿Cuándo es que ellos se han dado cuenta de la disparidad en la manera en que ellos se comunicaban sus ideas? ¿No es acaso que esta expresión secreta e interior ha comenzado a variar ella misma, no es mas que cuando el lenguaje intelectual del hombre se oscureció, y no ha sido mas la obra de una mano pura? Entonces no teniendo mas su luz cerca de él, él ha recibido sin examen la primer idea que se ofrece a su Ser intelectual, y no ha sentido mas la ligazón, ni la correspondencia de lo que él recibía, con el Principio verdadero del que debía obtener todo. Entonces en fin, vuelto a sí mismo, su voluntad y su imaginación han sido sus solos recursos; y él ha seguido por necesidad como por ignorancia, todas las producciones que estas falsas guías le han presentado.

Es por eso que la expresión sensible ha sido totalmente alterada, porque el hombre no viendo mas las cosas en su naturaleza, les ha dado nombres que venían de él; y que no siendo análogos a estas mismas cosas, no pudiendo designarlas, como sus nombres naturales lo hacían sin equívoco.

Que algunos hombres hayan seguido solamente esta ruta errónea, y tan poco susceptible de uniformidad, entonces cada uno habrá seguramente dado a las mismas cosas nombres diferentes; esto repetido en un gran número, y perpetuado de mas en mas en la sucesión del tiempo, debe, a la verdad, ofrecernos el espectáculo más variable y más bizarro. No dudemos que este sea el origen de la diferencia y de la división de las lenguas, y después de todo lo que yo he dicho, cuando yo no tendría más pruebas, esto sería más que suficiente para convencernos que los hombres están prodigiosamente alejados de su Principio. Ahora, yo lo repito, si ellos fueran todos guiados por este Principio, su lengua intelectual sería la misma; y por consecuencia, sus lenguas sensibles y exteriores no tendrían mas que los mismos signos y los mismos idiomas.

No se me contestará, yo espero, lo que yo vengo de decir, sobre los nombres naturales y significativos de los Seres: aunque en las diferentes lenguas en uso sobre la tierra, los nombres no nos ofrecen nada de uniforme, sin embargo estamos obligados a creer que ellas no deberían emplear mas que nombres que indicasen universalmente y claramente las cosas; por esta razón estas

lenguas tan diferentes las unas de las otras no sabrían pasar razonablemente por verdaderas lenguas; y además cada una de estas lenguas considerada en sí misma, toda falsa que ella sea, nos ofrecerá claramente la prueba de lo que he adelantado.

Las palabras que cada una de estas lenguas emplea, aunque siendo convencionales, ¿no serán ellas para todos aquellos que estarán instruidos de esta convención, un signo cierto de los Seres que ellas representan? ¿No vemos también la adicción natural que tenemos para expresar las cosas por los signos o palabras que nos parecen más análogos? ¿Y no gustamos de un placer secreto mezclado de admiración, cuando se nos ofrece signos, expresiones y figuras que nos acercan más a la Naturaleza de los objetos que se nos quiere presentar, y que los concebimos mejor?

¿Qué hacemos entonces en esto que repetir la marcha de la Verdad misma, que ha establecido una lengua común entre todas sus producciones, y que les habiéndoles dado a cada una un nombre propio y ligado a su esencia, las ha puesto a cubierto de todo equívoco entre ellas? ¿No se preservará ella aún en medio de los hombres, que teniendo todos por objetivo restablecer su ligazón con sus obras, habrían de trabajar y llegar a conocer los verdaderos nombres?

No podemos negar entonces que en nuestra deformidad misma y en nuestra privación, que traicionamos emblemas expresivos de la Ley de los Seres, y que el uso falso que hacemos del lenguaje, no nos anuncia el empleo mas justo y mas satisfactorio que podemos hacer, sin salir por esto de la Naturaleza, y solamente no olvidando la fuente donde este lenguaje debería tener su origen.

5-Del Origen de las Lenguas

Es entonces cierto que si los Observadores se hubiesen remontado justo hasta esta expresión secreta e interior que el Principio intelectual opera en nosotros, ante de manifestarse por fuera, hubiera sido allí que ellos habrían encontrado el origen de la lengua sensible, como siendo el verdadero Principio, y no en las causas frágiles e impotentes que se limitan a operar su Ley particular, y que no pueden producir nada mas. Ellos no hubiesen buscado explicar por simples Leyes de la Materia, hechos de un orden superior, que han subsistido antes del tiempo, que subsistirán después del tiempo y sin interrupción, independientemente de la Materia. Esta no es la organización, este no es mas un descubrimiento de los primeros hombres, que pasando de edad en edad, se ha perpetuado justo hasta nuestros días entre la especie humana, por medio del ejemplo y de la instrucción; pero, así como nosotros lo veremos, este es el verdadero atributo del hombre, y aunque él haya sido despojado desde que se ha levantado contra su Ley, le han quedado a él vestigios que podrían conducirlo justo hasta su fuente, si él tuviera el coraje de seguirlas paso a paso, y de adherirse fuertemente.

Yo se que entre mis semejantes este punto es uno de los mas desafiados; que no solamente ellas son inciertas en cuanto a lo que pudo ser la primera lengua de los hombres, sino aún mismo que a fuerza de variar, ellos han podido llegar a creer que el hombre no tenía la fuente en él, y esto, porque ellos no le veían hablar naturalmente, cuando él está abandonado a sí mismo desde su infancia.

6-Experiencias sobre Niños

¿Pero no verían ellos jamás en qué peca su observación? No saben ellos que en el estado de privación donde el hombre se encuentra hoy, él está condenado a operar nada, aún por sus facultades intelectuales, sin el socorro de una reacción exterior, que los ponga en juego y en acción; y que así, privar al hombre de esta Ley, es quitarle absolutamente todos los recursos que la Justicia le había acordado, y ponerlo en el caso de dejar sofocar sus facultades, sin que ellas produzcan el menor fruto.

Sin embargo no se puede negar que este no sea el caso de los Observadores, por experiencias reiteradas que ellos han hecho sobre niños, para descubrir, si en ausencia de hablar delante de ellos, cual sería su lengua natural. Cuando ellos han visto luego que estos niños no hacían ningún uso de la palabra, o que ellos no hacían mas que sonidos confusos, ellos han interpretado todo a su voluntad, y han construido opiniones sobre hechos que ellos mismos habían arreglado. ¿Pero no es evidente que la Naturaleza sensible y la Ley intelectual apelan igualmente al hombre a vivir en sociedad? Ahora, ¿porqué el hombre se encuentra así ubicado en medio de sus semejantes que se espera haber hecho su rehabilitación, si no es para recibir todos los socorros de que tiene necesidad, para reanimar a su turno sus facultades adormecidas, y poder ejercerlas a su provecho?

Es por lo tanto actuar directamente contra estas dos Leyes y contra el hombre, el privarle de los socorros que él debía esperar; es ser poco sensato para juzgar, tras haberle quitado todos los medios de adquirir el uso de las facultades que se le pone a prueba, y de las que se busca creer incapaz. Valdría tanto colocar una semilla sobre una piedra, y negar luego que esta semilla pudiera producir frutos.

Mas, sin ir mas lejos, si es evidente cuando el hombre está privado de los socorros que le son indispensablemente necesarios, él no puede producir ninguna lengua fija, y que sin embargo hay lenguas entre los hombres; ¿dónde podría encontrarse entonces el origen de este lenguaje universal, y no sería necesario convenir que aquel que ha podido enseñar el primero, ha debido recibirlo más allá que de la mano de los hombres?

Hay, yo lo se, una especie de lenguaje natural y uniforme, que los Observadores concuerdan bastante generalmente en reconocer en el hombre, es aquel por el cual él designa sus afectos de placer y de dolor; lo que anuncia en él una suerte de sonidos apropiados a este uso.

7-Del Lenguaje de los Seres sensibles

Mas es bien claro que este lenguaje, si se trata de uno, no tiene mas que las sensaciones corporales por guía y por objeto; y la prueba mas convincente que nosotros tenemos, es que él se encuentra igualmente en las bestias, cuya mayor parte manifiestan por fuera sus sensaciones por movimientos y aún mediante sonidos característicos.

Sin embargo esta especie de lenguaje debe asombrarnos poco en el animal, si recordamos los principios establecidos aquí arriba. ¿El Principio corporal del

animal no es inmaterial, ya que no puede haber ningún Principio que no lo sea? Como tal, ¿no debe tener facultades, y si tiene facultades, no debe tener medios de manifestarlas? Pero también, los medios de los que cada Ser en particular puede hacer uso, deben siempre estar en razón de sus facultades; ahora, si no existiera allí una medida como en todo el resto, esto sería una irregularidad, y en las Leyes de los Seres no podríamos admitirlo jamás.

Es entonces por esta medida que se debe evaluar la especie de lenguaje por la cual las bestias demuestran sus facultades; porque estando limitadas a sentir, no les es necesario más que los medios de hacer conocer lo que ellos sienten, y ellos los tienen.

Los Seres que no tienen otras facultades que aquellas de la vegetación, demuestran también claramente esta facultad de vegetación por el hecho mismo, pero no lo demuestran.

Así, aunque la bestia tenga sensaciones, y que ella las expresa; aunque en el estado actual de las cosas estas sensaciones sean de dos tipos, la una buena y la otra mala, y que la bestia las exhibe a las dos, mostrando cuando ella es feliz y cuando ella sufre, no se puede dispensar de limitar a este solo objeto su lenguaje y todos los signos demostrativos que forman parte; y jamás se podrá considerar esta manera de expresarse como una verdadera lengua, porque una lengua tiene por objeto expresar los pensamientos, ya que los pensamientos son lo propio de los principios intelectuales, y que yo he demostrado bastante claramente que el Principio de la bestia no es intelectual, aunque sea inmaterial.

Si nosotros estamos basados en no considerar como una lengua real las demostraciones por las cuales la bestia hace conocer sus sensaciones; entonces, aunque el hombre como animal, tenga también estas sensaciones y los medios de manifestarlas, no admitiremos jamás la menor comparación, entre este lenguaje limitado y oscuro, y aquel del que la Naturaleza intelectual de los hombres los hace susceptibles.

8-Relación del Lenguaje con las Facultades

Sería sin duda un estudio interesante e instructivo, observar en toda la Naturaleza, esta medida que se encuentra entre las facultades de los Seres y los medios que les han sido otorgados para expresarlas. Nosotros veríamos, que en la proporción en que ellas están alejadas por su naturaleza del primer anillo de la cadena, sus facultades son menos extendidas. Nosotros veríamos al mismo tiempo que los medios que ellas tienen de hacerlas conocer, siguen con exactitud esta progresión, y en este sentido nosotros podríamos acordar una suerte de lenguaje justo en los menores de los Seres creados, porque este lenguaje no sería otra cosa que la expresión de sus facultades, y esta uniformidad sin la cual él no podría tener ni comercio, ni correspondencia, ni afinidad entre los Seres de la misma clase.

Él debe sin embargo en este examen tener la mas grande atención de tomar a todos los Seres cada uno en su clase, y de no atribuir a uno lo que pertenece al otro: él no debe atribuir al mineral todas las facultades de las plantas, ni de la

misma manera de manifestar aquellas que les son comunes, ni atribuir mas a la planta lo que se observado en el animal; mucho menos todavía él debe atribuir a estos Seres inferiores, y que no tienen mas que una acción pasajera, todo lo que venimos de descubrir en el hombre. Porque esto sería recaer en esta horrible confusión de lenguas, el principio de todos nuestros Errores y la verdadera causa de nuestra ignorancia, en lo que por lo tanto la naturaleza de todos los Seres estaría desfigurada para nosotros.

9-De la Lengua universal

Pero como este punto sería tal vez de una muy gran extensión para mi Obra, yo me contento con indicar, y yo lo dejo para tratar a aquellos que tuvieran la modestia de limitarse a sujetos aislados, y menos vastos que aquel que me ocupa.

Yo regreso entonces a esta lengua verdadera y original, el recurso mas precioso del hombre. Yo anuncio de nuevo, que como Ser inmaterial e intelectual, él ha debido recibir con su primer existencia, facultades de un orden superior, y por consecuencia los atributos necesarios para manifestarlos; que estos atributos no son otra cosa que el conocimiento de una lengua común a todos los Seres pensantes; que esta lengua universal debía serle dictada por un solo y mismo principio, del que ella es el verdadero signo; que el hombre no teniendo mas en él estas primeras facultades, porque hemos visto que él no tiene aún el pensamiento de esto, los atributos que las acompañaban, les han sido también quitadas, y que es por esto que nosotros no le vemos mas esta lengua fija e invariable.

Mas nosotros debemos repetir también que él no ha perdido la esperanza de recuperarla, y que con coraje y esfuerzo, él puede siempre pretender regresar a sus primeros derechos.

Si me fuera permitido citar pruebas, yo haría ver que la tierra está llena, y que desde que el mundo existe, hay una lengua que nunca se ha perdido, y que no se perderá aún después del mundo, aunque entonces ella debe estar simplificada; yo haría ver que los hombres de todas las Naciones han tenido conocimiento de ella; que algunos separados por siglos, aún como los contemporáneos, aunque a distancias considerables, se han entendido por medio de esta lengua universal e imperecedera.

Se aprenderá por esta lengua cómo los verdaderos Legisladores han sido instruidos de las Leyes y de los principios, por los cuales deben conducirse en todos los tiempos los hombres que han poseído la JUSTICIA, y cómo reglando su marcha sobre estos modelos, ellos han tenido la certeza que sus pasos eran regulares. Se vería también los verdaderos principios militares de los que los grandes Generales han adquirido el conocimiento, y que ellos emplean con tanto éxito en los COMBATES.

Ella dará la clave de todos los CÁLCULOS, el conocimiento de la construcción y de la descomposición de los Seres, lo mismo que de su reintegración. Ella hará conocer las VIRTUDES del Norte, la causa de la desviación de la brújula, la TIERRA VIRGEN, objeto del deseo de los aspirantes a la Filosofía oculta. En

fin, sin entrar aquí en un detalle más grande de sus ventajas, yo no temo poder asegurar que aquellos que ella puede procurar son sin número, y que no hay un Ser sobre el cual su poder y su llama no se extiendan.

Pero, como yo no podría extenderme mas sobre este tema, sin faltar a mi promesa y a mis deberes, sería muy inútil que yo hablase mas claramente, porque mis palabras serían perdidas para aquellos que no han dirigido su vista a este lado, y el número es como infinito.

En cuanto a aquellos que están en el camino de Ciencia, lo que he dicho les será suficiente, sin que sea necesario levantar para ellos otra punta del velo.

Todo lo que yo puedo hacer para mostrar la correspondencia universal de los principios que he establecido, es orar para que mis Lectores encuentren este libro de DIEZ HOJAS, dado al hombre en su primer origen, y que él ha guardado aún desde su segundo nacimiento, pero del cual se le ha quitado la inteligencia y la verdadera CLAVE; yo les ruego además examinar las relaciones que ellos puedan percibir entre las propiedades de este libro y aquellas de la lengua fija y única; de ver si no hay entre ellas una gran afinidad, y de tratar de explicar las unas por las otras; porque es efectivamente allí donde se encontrará la CLAVE de la ciencia, y si el libro en cuestión encierra todos los conocimientos, así como se lo ha visto en su lugar, la lengua de la que hablamos es el verdadero ALFABETO.

10-De la Escritura y de la palabra

Es con la misma precaución que yo debo hablar de otro punto que tiene que ver esencialmente con aquel del que vengo de tratar, a saber, de los medios por los cuales esta lengua se manifiesta. Es sin duda de dos maneras, como todas las lenguas, a saber, por la expresión verbal y por los caracteres o la escritura; una viniendo a nuestro conocimiento por el sentido del oído, la otra por el sentido de la vista, los únicos de nuestros sentidos que están relacionados con actos intelectuales: pero en el hombre solamente; ahora, aunque la bestia tenga también estos dos sentidos, ellos no pueden tener en ella mas que una destinación y un fin material y sensible, porque ella no tiene inteligencia; así, el oído y la vista en el animal no tienen por objeto, como todos sus otros sentidos, mas que la conservación del individuo corporal; lo que hace que las bestias no tengan ni palabra, ni escritura.

Es cierto entonces que es por estos dos medios que el hombre llega al conocimiento de tantas cosas elevadas, y esta lengua emplea realmente el socorro de los sentidos del hombre para hacerle concebir su precisión, su fuerza y su justicia.

¿Y cómo podría ser de otra manera, ya que él no puede recibir nada que no sea por sus sentidos, porque aún en su primer estado, el hombre tenía sentidos por los cuales operaba como hoy, con esta diferencia que ellos no eran susceptibles de variar en sus efectos, como los sentidos corporales de su Materia, que no le ofrecen mas que incertidumbre, y son los principales instrumentos de sus errores?.

Además, ¿cómo podría llegar a escuchar a los hombres que lo habían precedido, o que vivían alejados de él, si no es por el socorro de la Escritura? Es necesario convenir sin embargo que estos mismos hombres, o pasados, o alejados, pueden tener Intérpretes o comentadores, que instruidos como ellos de los verdaderos principios de la lengua de la que hablamos, haciendo uso en la conversación, se reúnen por ello, los tiempos y las distancias.

Esta es una de las más grandes satisfacciones que la lengua verdadera puede procurar, porque esta voz es infinitamente mas instructiva; pero es también la mas rara, y entre los hombres el talento de la escritura es mucho mas común que aquel de la palabra.

La razón de esto, es que en la condición actual, no podemos subir sino es por medio de gradaciones; y en efecto, por relación con todas las lenguas, el sentido de la vista está por debajo de aquel del oído, porque es por el oído que el hombre recibe en naturaleza, el medio de la palabra, la explicación viviente, o la intelectual de una lengua, en lugar que la Escritura no hace mas que indicarla, no ofreciendo a los ojos mas que una expresión muerta y objetos materiales.

Cualquiera que sea, por medio de la palabra y de la Escritura, que son apropiados para la verdadera lengua, el hombre pudo instruirse de todo lo que se relaciona con las cosas mas antiguas; porque ninguna persona ha hablado ni escrito tanto como los primeros hombres, aunque hoy se hacen infinitamente mas Libros que antes. Es cierto que entre los Antiguos y los Modernos, hay muchos que han desfigurado esta Escritura y este lenguaje, pero el hombre puede conocer aquellos que han hecho estos funestos malentendidos, y por eso él vería claramente el origen de todas las lenguas de la Tierra, como ellas se han alejado de la lengua primera, y la ligazón que estas diferencias han tenido con las tinieblas y la ignorancia de las Naciones, lo que las ha precipitado en los abismos de miseria de las que ellas han murmurado, en lugar de atribuírselas.

Se aprendería también cómo la mano que golpea así estas Naciones, no tenga en vista mas que punirlas y no liberarlas jamás a la desesperación; porque su justicia estando satisfecha, ella le ha rendido su primer lengua, y mismo con mas extensión que antes, a fin de que no solamente ellas pudiesen reparar sus desórdenes, sino que ellas tuviesen aún los medios de preservarse para el futuro.

Yo no me detendría, si me fuera permitido extenderme más lejos en la tabla de ventajas infinitas encerradas en los diferentes medios que esta lengua emplea, sea para el oído, sea para los ojos. Sin embargo, si se concibe que ella demanda por precio el sacrificio entero de la voluntad del hombre; si ella no es inteligible mas que para aquellos que se han obligado ellos mismos para dejar actuar plenamente sobre ellos la Ley de la Causa activa e inteligente que debe gobernar al hombre como a todo el Universo; se debe ver si ella puede ser conocida de un gran número. Sin embargo, esta lengua no está un instante sin actuar, sea por el discurso, sea por la escritura; pero el hombre no se ocupa

mas que de cerrar el oído, y él busca la escritura en los Libros. ¿Cómo la verdadera lengua sería entonces inteligible para él?

Un atributo tal como aquel del que yo vengo de dar la tabla, no puede sin duda sufrir comparación con ninguno otro. Es por esto que yo me siento bien fundado en anunciar como único, e independiente de todas las variaciones a las cuales los hombres pueden abandonarse sobre este tema.

11-De la uniformidad de las Lenguas

Pero no es suficiente haber probado la necesidad de un lenguaje similar en los Seres intelectuales para la expresión de sus facultades: no es suficiente aún haber asegurado la existencia, anunciando que era allí donde todos los verdaderos Legisladores y otros hombres célebres habían sacado sus principios, sus Leyes y los resortes de todas sus grandes acciones; es necesario todavía probar la realidad en el hombre mismo, a fin de que él no tenga mas ninguna duda sobre este punto; es necesario mostrar que la multitud de lenguas que están en uso entre sus semejantes, no han variado mas que sobre la expresión sensible, tanto en el lenguaje como en la escritura, pero en cuanto al Principio, no hay una que se haya apartado, que ellas siguen todas la misma marcha, que les es absolutamente imposible tener otra; en una palabra, que todas las Naciones de la Tierra no tienen mas que una misma lengua, aunque existan a penas dos que se entiendan.

No se puede negar, en efecto, que una lengua, aunque imperfecta como ella pueda ser, no está dirigida por una Gramática. Ahora, esta Gramática no siendo otra cosa que un resultado del orden inherente a nuestras facultades intelectuales, tiene cerca de su lengua interior, que se las puede considerar como inseparables.

12-De la Gramática

Es entonces esta Gramática que es la regla invariable del lenguaje entre todas las Naciones. Es esta Ley a la cual ellas están necesariamente sometidas, aun cuando ellas hagan el mas malo uso de sus facultades intelectuales, o de su lengua interior y secreta; porque esta Gramática no sirve mas que para dirigir la expresión de nuestras ideas, no juzga si ellas están o no conformes al único Principio que debe vivificarlas; su función no es otra que hacer de esta expresión regular; y es a esto a lo que nunca se puede faltar de llegar, porque, cuando la Gramática actúa, ella es siempre justa, o ella no dice nada.

Yo no emplearé por prueba, lo que entra en la composición del discurso, o lo que es conocido vulgarmente bajo el nombre de PARTES DE LA ORACIÓN, fundamentales e indispensables para completar la expresión de un pensamiento, y ellas son en número de tres. Las otras no son más que accesorios; también el número no está generalmente determinado.

Las tres partes fundamentales del discurso, sin las cuales es de toda imposibilidad hacer un pensamiento, son el nombre o el pronombre activos, el verbo que expresa la manera de existir, así como las acciones de los Seres, en fin el nombre o pronombre pasivo que es el sujeto o el producto de la acción. Que todo hombre examine esta proposición con el rigor que el juzgue a

propósito de emplear, él verá siempre que un discurso cualquiera no puede tener lugar sin representar una acción, que una acción no puede concebirse si ella no es conducida por un agente que la opera, y seguida del efecto que es, por necesidad, o puede ser el resultado; que si se suprime una u otra de estas tres partes, no podemos tener del pensamiento una noción completa, y que entonces sentimos que falta alguna cosa en orden de exigir nuestra inteligencia.

En efecto, un nombre o un sustantivo solo, no dice absolutamente nada, si no está acompañado de un agente que opere sobre él, y de un verbo que designe de qué manera este agente opera sobre este nombre y le proporciona. Si se quita uno u otro de estos tres signos, el discurso no ofrecerá mas que una idea truncada y de la que nuestra inteligencia siempre esperará el complemento, en vez que con estos tres signos solos, podemos completar un pensamiento, porque nosotros podemos representar al agente, la acción, y el producto o el sujeto.

Es entonces cierto que esta Ley de la Gramática es invariable, y que en cualquier lengua que se elija por ejemplo, se encontrará conforme al principio que yo vengo de tratar, porque es aquel de la Naturaleza misma, y Leyes establecidas por esencia en las facultades intelectuales del hombre.

Que se reflexione al presente sobre todo lo que yo he dicho del peso, del número y de la medida; que se vea si estas Leyes no comprenden al hombre en su imperio, con todo lo que está en él, y todo lo que proviene de él; que se recuerde todavía lo que yo he dicho de ese famoso TERNARIO del que anunció la universalidad; que se examine si hay algún objeto que él no abarque, y que se aprenda entonces a tener una idea mas noble de lo que se ha hecho hasta el presente, del Ser que, a pesar de su degradación, puede llevar su vista hasta allí; que puede obtener de él conocimientos similares, y hacer un conjunto también expandido.

Se me podrá entonces oponer que hay casos donde las tres partes que yo reconozco como fundamentales en el discurso, no están todas expresadas; que con frecuencia no hay mas que dos, alguna vez una, y algunas veces nada de nada, como en una negación o una afirmación. Pero esta objeción caerá por ella misma, cuando se observe que en todos estos casos, el número de tres partes fundamentales conserva siempre su poder, y que su Ley subsiste siempre, porque aquellas partes del discurso que no fueron expresadas, no serán mas que sub extensiones, que ellas tendrán siempre su rango, y que aún no será mas que por su ligazón tácita con ellas, que las otras producirán su efecto.

Y verdaderamente, cuando yo no respondería a una pregunta mas que por un monosílabo, este monosílabo ofrecería siempre la imagen del Principio ternario, porque ella anunciaría siempre de mi parte una acción cualquiera relativa al objeto que se me ha presentado, y es en la pregunta misma que se encontrarán expresadas las partes del discurso que estarían sobre entendidas en mi respuesta. Yo no daré un ejemplo, cada uno pueda formárselo fácilmente.

Así, yo veo entonces por todas partes con la más grande evidencia, los tres signos del agente, de la acción y del producto; y este orden siendo común a todos los Seres pensantes, yo no temo decir que cuando ellos lo quisieran, ellos no podrían alejarse.

Yo no hablo del orden en el cual estos tres signos deberían ser arreglados para estar de conformidad con el orden de las facultades que ellos representan; este orden ha sido sin duda invertido, pasando por la mano de los hombres, y casi todas las lenguas de las Naciones varían allí arriba. Pero la verdadera lengua siendo única, el arreglo de estos signos no hubiese estado sujeto a todos estos contrastes, si el hombre hubiese sabido conservarla.

No es necesario creer sin embargo que aún en la verdadera lengua, estos tres signos hubiesen estado siempre dispuestos en el mismo orden en que ellos están en nuestras facultades intelectuales; porque estos signos no son más que la expresión sensible, y yo estoy convencido que lo sensible no puede tener jamás la misma marcha que la intelectual, es decir, que la producción no puede jamás ser susceptible de las mismas leyes que su Principio generador.

Más la superioridad que ella hubiese tenido sobre todas las otras lenguas, es que su expresión sensible no habría jamás variado, y que esta expresión hubiese seguido, sin la menor alteración, el orden y las Leyes que son propias y particulares a su esencia. Esta lengua hubiese tenido además, así como ya se lo ha visto, la ventaja de estar a cubierto de todo equívoco, y de tener siempre la misma significación, porque ella se debe a la naturaleza de las cosas, y que la naturaleza de las cosas es invariable.

Entre los tres signos fundamentales a los cuales toda expresión de nuestros pensamientos está sometida, hay una que merece por preferencia nuestra atención, y sobre la cual nosotros vamos a lanzar un momento los ojos; es aquella que yace entre las dos otras, que es la imagen de la acción entre nuestras facultades intelectuales, y la imagen de Mercurio entre los principios corporales; en una palabra, es aquella que se denomina el VERBO entre los Gramáticos.

13-Del Verbo

No es necesario entonces olvidar que si él es la imagen de la acción, es sobre él que toda la obra sensible está apoyada; y que porque la propiedad de la acción es hacer todo, aquella de su signo o de su imagen es la de representar y de indicar todo lo que se hace.

También, que se reflexione sobre las propiedades de este signo en la composición del discurso, que se reconozca que cuanto más fuerte y expresivo es, más los resultados que provienen de él son sensibles y marcados; que se vea por una experiencia fácil de hacer, que mismo en todas las cosas sometidas al poder o a las convenciones del hombre, el efecto está reglado, determinado, animado principalmente por el Verbo. En fin, que los Observadores examinen si no es por este signo denominado VERBO, que se manifiesta todo lo que conocemos de más intelectual y de más activo en nosotros; si no es el único de los tres signos que sea susceptible de fortificar o

debilitar la expresión, mientras que los nombres del agente y del sujeto una vez fijados, permanecen siempre los mismos; es por esto que se juzgará si nosotros estamos fundados en atribuirle la acción, de la que él es verdaderamente depositario, y que se requiere absolutamente de su socorro para que alguna cosa se haga, o se exprese mismo tácitamente.

Es aquí el lugar de remarcar, porqué los Observadores pasivos y los Kabalistas especulativos no encuentran nada, es que ellos hablan siempre, y que ellos no VERBEAN jamás.

Yo no me extenderé mas sobre las propiedades del VERBO; los ojos inteligentes podrán, luego de lo que he dicho, hacer los mas importantes descubrimientos, y convencerse ellos mismos que en todos los instantes de su vida, el hombre representa la imagen sensible de los medios por los cuales todo ha tenido nacimiento, todo actúa, y todo está gobernado.

He aquí entonces una de las Leyes a las cuales todos los Seres que tienen el privilegio de la palabra, están obligados a someterse, y he aquí por qué he dicho yo que todas las Naciones de la Tierra no tienen mas que una lengua, aunque la manera en que ellas se expresan sea universalmente diferente.

Yo no he hablado de las otras partes que entran en la composición del discurso; yo las he anunciado simplemente como accesorias, no sirven mas que para ayudar a la expresión, a suplir la debilidad de las palabras, y a detallar algunas relaciones de la acción; o si se lo quiere, como imágenes y repeticiones de las tres partes que hemos reconocido como únicas esenciales para completar la tabla de un pensamiento cualquiera.

14-De las Partes accesorias del Discurso

En efecto, se debe saber que los Artículos, así como las terminaciones de los nombres en los lenguajes que no tienen artículos, sirven para expresar el número y el género de los nombres, y para determinar las relaciones esenciales que existen entre el agente, la acción y el sujeto; que los Adjetivos expresan las cualidades de los nombres, que los Adverbios son los adjetivos del verbo o de la acción; en fin, que las otras partes de la oración forman la ligazón del discurso, y hacen el sentido mas o menos expresivo, o los períodos mas armoniosos; pero el uso de estos diferentes signos no es uniformemente común para todas las lenguas; que debe mucho a las costumbres y a los hábitos de las Naciones, todas cosas que estando ligadas a lo sensible deben seguir las variaciones, no pudiendo admitirlas en el rango de las partes fijas e inmutables del discurso; así no las emplearemos en las pruebas de que aportamos de la unidad de la lengua del hombre.

Yo estimulo sin embargo a los Gramáticos a considerar su Ciencia con un poco mas de atención que la que ellos han tenido sin duda hasta el presente. Ellos admiten bien que las lenguas vienen de una fuente superior al hombre, y que todas las Leyes son dictadas por la Naturaleza; pero este sentimiento oscuro ha producido entre ellos poco efecto, y ellos se han alejado mucho de sospechar en las lenguas todo lo que ellos podrían encontrar.

15-Relaciones universales de la Gramática

Si se quiere saber la razón, es que ellos son a la Gramática lo que los Observadores son sobre todas las ciencias. Es decir, que ellos arrojan al pasar un golpe de vista sobre el Principio, pero no teniendo el coraje de fijarla mucho tiempo, ellos se empequeñecen sobre los detalles de orden sensible y mecánico, que absorben todas sus facultades, y dejan oscurecer en ellos lo mas esencial, aquella de la inteligencia.

Que los Gramáticos se persuadan entonces que las Leyes de su Ciencia teniendo al Principio como todas las otras, ellos pueden descubrir una fuente inagotable de luces y de Verdades, de las que apenas tienen ellos la menor idea.

El pequeño número que les ha sido ofrecido, debe parecerles suficiente para colocarlos sobre el camino; si ellos han visto claramente los signos representativos de las facultades de los Seres intelectuales, ellos podrían ver la misma cosa en relación con los Seres que no lo son. Ellos podrían tomar una idea neta de los Principios que han sido establecidos sobre la Materia, considerando simplemente la diferencia que hay entre el sustantivo y el adjetivo: uno es el Ser o el Principio innato, el otro expresa las facultades de todos los géneros que pueden ser sospechadas en su Principio; pero lo que es necesario observar con cuidado, es que el adjetivo no puede unirse él mismo al sustantivo, lo mismo que el sustantivo solo está en la impotencia de producir al adjetivo; los dos están en la espera de una acción superior que los aproxime y los ligue según su voluntad; y no es mas que en virtud de esta acción que ellos pueden recibir su unión y manifestar propiedades.

Remarquemos también que es la obra del pensamiento mismo y de la inteligencia, emplear a propósito los adjetivos; que es este pensamiento quien los percibe, o que los crea y los comunica de alguna manera, a los sujetos que ella quiere revestir; reconocemos entonces la propiedad inmensa de esta acción universal que nosotros hemos hecho observar antes, porque es cierto que la encontramos en todas partes.

Bien mas, esta misma acción, tras haber comunicado así facultades o adjetivos a los Principios innatos o a los sustantivos, puede a su voluntad extenderlos, disminuirlos, y aún retirarlos de hecho, y hacer así devolver al Ser a su primer estado de inacción, imagen bastante sensible de lo que ella opera en realidad sobre la Naturaleza.

Pero en esta disolución, los Gramáticos podrían ver también, sin temor a equivocarse, que el adjetivo que no es mas que la cualidad del Ser, no puede subsistir sin un Principio, un sujeto o sustantivo, en lugar que el sustantivo puede muy bien ser indicado en el discurso, sin sus cualidades o sus adjetivos; de donde ellos podrían ver una relación con lo que ha sido expuesto sobre la existencia de los Seres inateriales corporales, independiente de sus facultades sensibles; de donde ellos podrían comprender también lo que ha sido dicho de la eternidad del Principio de la Materia, aunque la Materia misma no puede ser eterna, por cuanto no siendo ella mas que el efecto de una reunión, ella no es mas que un adjetivo.

En consecuencia ellos podrían concebir cómo es posible que el hombre esté privado de sus primeros atributos, porque es por una mano superior que él ha sido revestido; pero al mismo tiempo reconociendo todavía con más certeza su propia insuficiencia, ellos admitirían que ser restablecido en estos mismos derechos, le sería absolutamente necesario el socorro de esta misma mano que lo ha despojado, y que no le pide, como yo lo he dicho mas arriba, que el sacrificio de su voluntad para hacerlo.

Ellos podrían encontrar todavía en los seis Casos, las seis principales modificaciones de la Materia, igual que el detalle de los actos de su formación y de todas las revoluciones que ella sufrió. Los géneros serán para ellos la imagen de los Principios opuestos y que son irreconciliables; en una palabra, ellos podrían hacer una multitud de observaciones de esta especie, que sin ser el fruto de la imaginación, ni de sistemas, los convencerían de la universalidad del Principio, y que es la misma mano que conduce todo.

16-De la verdadera Lengua

Mas después de haber establecido, como yo lo he hecho, esta lengua única, universal, ofrecida al hombre, aún en el estado de privación al cual él está reducido, debo esperar a la curiosidad de mis Lectores sobre el nombre y la especie de esta misma lengua.

En cuanto al nombre, yo no podré satisfacerlos, habiendo prometido no nombrarla; pero en cuanto a la especie, yo les confesaré que es esta lengua de la que ya les he dicho que cada palabra lleva consigo misma la verdadera significación de las cosas, y las designa tan bien, que las hace percibir claramente. Yo añadiré que es ella que es el objeto de los saludos de todas las Naciones de la Tierra, que dirige secretamente a los hombres en todas sus instituciones, que cada uno de ellos cultiva en particular y con cuidado sin saberlo, y que ellos tratan todos de expresar en todas las obras que ellos producen; porque ella está tan bien grabada en ellos, que ellos no pueden producir nada que no lleve su carácter.

Yo no puedo entonces hacer nada mejor para indicar el conocimiento a mis semejantes, que asegurarles que ella tiene a su Esencia misma, y que es en virtud de esta lengua sola que ellos son hombres. Entonces por lo tanto, que ellos vean si yo hice mal en decirles que ella era universal, y si a pesar de los falsos usos que ellos hacen, les será posible jamás olvidarla enteramente, porque para lograrla, sería necesario que ellos pudiesen darse otra Naturaleza. Es esto todo lo que yo puedo responder a la cuestión presente; prosigamos.

17-De las Obras del Hombre

Yo he dicho que esta lengua se manifestaba de dos maneras, como todas las otras lenguas, a saber por la expresión verbal y por la escritura; y como yo vengo de decir hace apenas un instante, que todas las obras de los hombres llevan su impronta, es necesario que recorramos algunas. A fin de ver mejor, todo lo falso que ellas son, la relación que ellas tienen con su fuente.

Consideremos primero aquellas de sus obras que, como imagen de la expresión verbal de la lengua por la que actúa, nos deben ofrecer la idea mas

justa y más elevada; consideraremos luego aquellas que tienen relación con los caracteres o la escritura de este lenguaje.

La primer especie de estas obras comprende generalmente todo lo que es visto entre los hombres como el fruto del genio, de la imaginación, del razonamiento y de la inteligencia, o en general lo que es el objeto de todos los géneros posibles de la Literatura y de las Bellas Artes.

En esta especie de producciones del hombre, que todas parecen hacer clase aparte, nosotros vemos sin embargo reinar el mismo diseño, nosotros vemos a todos animados del mismo motivo, que es aquel de pintar, de probar su objeto, y de persuadir la realidad, o al menos de darle las apariencias.

18-De las Producciones intelectuales

Si los partidarios de uno o del otro de estos géneros de producciones se dejan alguna vez sorprender por los celos, y si ellos tratan de establecer su crédito, esparciendo desprecio sobre las otras ramas que ellos no han cultivado, es un error evidente que ellos hacen a la ciencia, y no se puede dudar que entre los frutos de las facultades intelectuales del hombre, aquellas no tienen la preferencia, que sin quitar nada a las otras, se apuntalaron al contrario de su socorro, y ofrecieron por eso un gusto más sólido y bellezas menos equívocas.

Esta idea es ciertamente aquella de todos los hombres juiciosos y dotados de un gusto seguro y verdadero; ellos saben que no será jamás mas que en una unión íntima y universal, que sus producciones podrían encontrar más fuerza y más consistencia, y desde hace largo tiempo se sabe que todas las partes de la Ciencia están ligadas y se comunican recíprocamente socorros.

Y en efecto, es un sentimiento tan natural para el hombre, que él lo lleva por todas partes con él, incluso cuando él intenta una acción que este Principio desaprueta. Si un Orador quisiera condenar las Ciencias, sería necesario que se mostrase sabio; si un Artista quisiera deprimir la elocuencia, él no sería escuchado, si no emplea el lenguaje.

Sin embargo esta útil observación, tan justa como ella sea, habiendo sido hecha vagamente, no ha producido casi ningún fruto; y los hombres se han acostumbrado a eso, como en todo el resto, a hacer distinciones absolutas, y a considerar cada una de estas diferentes partes como a tantos objetos extraños los unos a los otros.

No es mas que en estas producciones de facultades intelectuales del hombre, que nosotros debemos discernir diferentes géneros, y que todo no debe representar mas que el mismo sujeto. Al contrario, porque estas facultades son ellas mismas diferentes entre ellas, y que podemos remarcar distinciones importantes, es natural pensar que sus frutos deben indicar esta diferencia, y que ellos no pueden asemejarse; pero al mismo tiempo, como estas facultades son esencialmente ligadas, y que es de toda imposibilidad que una actúe sin el socorro de las otras, nosotros vemos por eso que es necesario que la misma ligazón reine entre sus diferentes tipos de producciones, y que ellas anuncien todas el mismo origen.

Pero yo ya he dicho bastante sobre este objeto que no es accesorio para mi plan; yo regreso al examen que había comenzado sobre las relaciones que se encuentran entre la lengua única y universal, y las diferentes producciones intelectuales del hombre.

De cualquier especie que sean estas producciones, nosotros podemos reducirlas a dos clases a las cuales todas las otras se relacionarán, porque en todo lo que existe, no pudiendo tener mas que de lo intelectual y de lo sensible, todo lo que el hombre sabría producir, no sería jamás mas que uno u otro de estas dos partes por objeto. Y en efecto, todo lo que los hombres imaginan y producen diariamente en este género, se limita a instruir o a mover, a razonar o a tocar; le es absolutamente imposible decir o manifestar cualquier cosa fuera de ellos mismos que no tenga por objeto uno u otro de estos dos puntos; y algunas divisiones que se hacen de las producciones intelectuales de los hombres, se verá siempre que ellas se proponen esclarecer, y llevar al conocimiento de las Verdades cualesquiera, o de subyugar el hombre intelectual por lo sensible, y de hacerle experimentar situaciones, en las cuales no siendo mas el amo de sí mismo, se debe al poder de la voz que le habla, y sigue ciegamente el encanto bueno o malo que entraña.

Nosotros atribuiremos a la primera Clase todas las obras del razonamiento, o en general todo lo que no debería proceder mas que por axioma, y todo lo que se limita a establecer hechos.

Nosotros atribuiremos a la segunda todo aquello que tiene por objeto hacer sobre el corazón del hombre impresiones de cualquier género que sea, y de agitarlo no importa en qué sentido.

Ahora, en una u otra de estas clases, ¿Cuál es el objeto de deseo de los Compositores? ¿No es el de mostrar su tema bajo fases tan luminosas o tan seductoras, que aquel que las contempla no pueda contestar la verdad, ni resistir a la fuerza y a los atractivos de los medios de que hace uso para encantarlos? ¿qué recursos emplean ellos para esto? ¿No colocan ellos todos sus cuidados para aproximarse a la naturaleza misma del objeto que les ocupa? ¿No tratan ellos de remontarse hasta su fuente, de penetrar justo hasta su esencia? En una palabra, todos sus esfuerzos no tienden ellos a hacer acordar muy bien la expresión con lo que ellos conciben, y hacerla tan natural y verdadera, que ellos se sienten seguros de hacer efecto sobre sus semejantes, como si el objeto mismo estuviese en su presencia?

¿No sentimos sobre nosotros mismos más o menos este efecto sobre nosotros, según que el Compositor se aproxime mas o menos a su objetivo? Este efecto no es general, ¿no hay en este género de bellezas que son tales por toda la Tierra?

Es entonces para nosotros, la imagen de las facultades de esta verdadera lengua de la que tratamos, y es las mismas obras de los hombres y en sus esfuerzos, que nosotros encontramos los trazos de todo lo que ha sido dicho sobre la justicia y la fuerza de su expresión, así como sobre su universalidad.

No es necesario detenerse en esta desigualdad de impresiones que resulta de la diferencia de los idiomas y de las lenguas convencionales establecidas entre los diferentes Pueblos; como esta diferencia de lengua no es mas que una defectuosidad accidental, y no de naturaleza; que además el hombre puede llegar a borrar familiarizándose con los idiomas que le son extranjeros, ella no podría hacer nada contra el principio, y yo no temo decir que todas las lenguas de la Tierra son tantos testimonios que lo confirman.

Aunque yo he reducido a dos clases las producciones verbales de las facultades intelectuales del hombre, yo no pierdo de vista sin embargo la multitud de ramas y de subdivisiones de las que ellas son susceptibles, tanto por el número de objetos diferentes que son resorte de nuestro razonamiento, como por la infinidad de matices que nuestras afecciones sensibles pueden recibir.

Sin hacer la enumeración, no examinar cada una en particular, se puede solamente considerar en cada clase una principal y que tiene el primer rango, tales como la Matemática entre los objetos de razonamiento, y la Poesía entre aquellas que son relativas a la facultad sensible del hombre. Mas habiendo tratado precedentemente de la parte Matemática, yo lo reenvío al Lector, a fin de que confirme de nuevo la realidad y la universalidad de los principios que yo le expuse.

19-De la Poesía

Será entonces sobre la Poesía que yo detendré en este momento mi vista, considerándola la más sublime de las producciones de las facultades del hombre, aquella que más lo aproxima a su Principio, y que por los transportes que ella le hace sentir, prueba mejor la dignidad de su origen. Pero como este lenguaje sagrado se ennoblece mas elevándose hacia su verdadero origen, como pierde su dignidad rebajándose a temas fácticos o despreciables, a los cuales él no puede tocar sin experimentar como una especie de prostitución.

Aquellos mismos que están consagrados, nosotros los anunciamos siempre como el lenguaje de los Héroes y de los Seres benefactores que ellos pintan vigilando por la seguridad y por la conservación de los hombres. Ellos han sentido de tal manera la nobleza, que ellos no han temido atribuirles aún a aquellos que consideran como el Autor de todo; y es el lenguaje que ellos han elegido por preferencia cuando ellos han anunciado los oráculos, o que ellos han querido dirigirles homenajes.

Este lenguaje, sin embargo, ¿debo yo advertir que es independiente de esta forma trivial en la cual los hombres han convenido en las diferentes Naciones, de encerrar sus pensamientos? No es que sea una continuación de su ceguera haber creído por eso multiplicar las bellezas, mientras que ellos no han hecho mas que sobrecargar su trabajo, y que esta atención superflua a la cual ellos nos esclavizan, teniendo por objeto afectar nuestra facultad sensible corporal, no puede faltar de tomar tanto mas sobre nuestra verdadera sensibilidad.

Mas este lenguaje es la expresión y la voz de estos hombres privilegiados, que alimentados por la presencia continua de la Verdad, lo pintan con el mismo

fuego que le sirve de sustancia, fuego viviente en sí, y además enemigo de una fría uniformidad, porque él se entrega en todos los actos, que el se crea a sí mismo sin cesar, y que él es por consecuencia siempre nuevo.

Es en una Poesía tal que nosotros podemos ver la imagen más perfecta de esta lengua universal que nosotros tratamos de hacer conocer, porque cuando ella alcanza verdaderamente su objeto, no hay nada que deba plegarse frente a ella; porque ella tiene, como su Principio, un fuego devorador que la acompaña a todos lados, que debe ablandar todo, disolver todo, encender todo, y que aún es la primer Ley de los Poetas de no cantar cuando ellos no sienten su calor.

No es mas que este fuego el que debe producir en todas partes el mismo efecto: como todos los géneros son de su resorte, él se pliega a su diferente naturaleza, pero él no debe jamás parecer sin cumplir su objetivo, que es el de conmover todo cerca de él.

Que se vea al presente si una tal Poesía habría jamás podido tomar nacimiento en una fuente frívola o corrompida; si el pensamiento que da nacimiento no debe estar al más alto grado de elevación, y si no sería cierto decir que el primero de los hombres ha debido ser el primero de los Poetas?

Que se vea también, si la Poesía humana pudo ser ella misma esta lengua verdadera y única que nosotros sabemos pertenece a nuestra especie? No, sin duda; ella no es más que una débil imitación; pero como entre los frutos de los trabajos del hombre, es aquella que está más cerca de su Principio, yo la he elegido para dar la idea que conviene mejor.

También, se puede decir que estas medidas convencionales que los hombres emplean en la Poesía que ellos han inventado, aunque imperfectas como ellas parecen, no deben menos ofrecernos la prueba de la precisión y de la justicia de la verdadera lengua cuyo peso, número y medida son invariables.

Nosotros podríamos igualmente reconocer que esta Poesía aplicándose a todos los objetos, la verdadera lengua de la que ella no es mas que la imagen, debe con más razón ser universal y poder abarcar todo lo que existe. En fin, sería por un examen más detallado de las propiedades adjuntas a esta lengua sublime, que nosotros podríamos aproximarnos más cerca de su modelo, y leer hasta en la fuente.

Es donde nosotros veríamos la razón por la cual la Poesía ha tenido tanto imperio sobre los hombres de todos los tiempos, porqué ella ha operado tantos prodigios, y de donde viene esta admiración general que todas las Naciones de la Tierra conservan por aquellos que se distinguen en ella; lo que extendería más nuestras ideas sobre el Principio que le ha dado nacimiento.

Nosotros veríamos también que el uso que los hombres hacen con frecuencia, la degradan y la desfiguran al punto de hacerla irreconocible; lo que probaría que entre ellos, ella no es siempre el fruto de esta lengua verdadera que nos ocupa; que es una profanación emplearla en la alabanza de los hombres , una

idolatría la de consagrarla a la pasión, y que ella no debería jamás tener otro objeto que el de mostrar a los hombres el asilo de donde ella ha descendido con ellos, para hacerles nacer el virtuoso deseo de seguir sus trazos, y de retornar.

20-De los Caracteres de la Escritura

Pero me es suficiente haber puesto a la vista, para aquellos que tuvieran algún deseo, y puedan penetrar mucho más lejos en la carrera. Pasemos a la segunda manera de la que hemos visto que la verdadera lengua debía manifestarse, es decir, a los caracteres de la escritura.

Yo no temo asegurar que estos caracteres son tan variados y tan multiplicados en todo lo que está encerrado en la Naturaleza, que no hay un solo Ser que no pueda encontrar su lugar y servir de signo, y que todos encuentren su imagen y su representación verdadera; lo que lleva estos caracteres a un número tan inmenso, que es imposible para un hombre conservarlos todos en su memoria, no solamente por su multitud inconcebible, sino también por su diferencia y su capricho.

Aun cuando se supusiera que un hombre pudiera retener todas aquellas que estuvieran en su conocimiento, él no podría ufanarse de no tener nada más; porque todos los días la Naturaleza produce nuevos objetos, lo que, mostrándonos la infinidad de las cosas, nos muestra también el límite y la privación de nuestra especie que no puede jamás llegar a abarcarlas todas, porque aquí abajo ella no puede solamente llegar a conocer todas las letras de su alfabeto.

La variedad de estos objetos encerrados en la Naturaleza, se extiende no solamente sobre su forma, tal como uno puede fácilmente convencerse, sino también sobre su color y sobre el sitio que ocupan en el orden de las cosas; lo que hace que la Escritura de la lengua verdadera varíe tanto como la multitud de matices que se pueden ver sobre los cuerpos materiales, porque cada uno de estos matices posee tantas diferentes significaciones.

En fin, los caracteres que ella emplea son tan numerosos como los puntos del horizonte; y como cada uno de estos puntos ocupa un sitio que solo es para él, cada una de las letras de la verdadera lengua tiene también un sentido y una explicación que le son propias.

Pero yo me detengo, oh Verdad santa, pues sería usurpar tus derechos el publicar aún oscuramente tus secretos, pues eres tú sola quien los descubre a quien te place, y cómo te place. Yo debo limitarme a respetarlos en silencio, a reunir todos mis deseos para que mis semejantes puedan abrir los ojos a tu luz, a fin de que decepcionados de las ilusiones que los seducen, ellos sean bastante sabios y bastante felices para prosternarse todos a tus pies.

Teniendo entonces siempre a la prudencia por guía, yo diré que esta multitud infinita de caracteres de la lengua verdadera, y su enorme variedad que ha introducido en las lenguas humanas una diversidad tan grande, que puede de entre ellas servirse de los mismos signos, y que aquellas concuerdan sobre

este punto, varían además sobre su cantidad, admitiendo o rechazando algunos signos, cada uno según su idioma y su genio particular.

Mas, del mismo modo que los caracteres de la verdadera lengua son así multiplicados como los Seres encerrados en la Naturaleza, lo mismo es también cierto que ninguno de estos caracteres puede tener su origen mas que en esta misma Naturaleza, y que es en ella donde ellos pueden todo lo que sirve para distinguirlas, porque fuera de ella no hay nada sensible. Esto es lo que hace que a pesar de la variedad de caracteres que las lenguas humanas emplean, ellas no pueden salir jamás de estos mismos límites, y que es siempre en estas líneas y en las figuras, que ellas están obligadas a tomar todos los signos de su convención; lo que prueba de una manera evidente que lo hombres no pueden inventar nada.

Nosotros nos convenceremos de todo esto por algunas observaciones sobre el arte de la pintura, que se puede considerar como habiendo tenido nacimiento en los caracteres de la lengua en cuestión, así como la Poesía humana la había tomado de su expresión verbal.

21-De la Pintura

Si es cierto que esta lengua es única, y tan antigua como el tiempo, no se puede dudar que los caracteres que ella emplea, no hayan sido los primeros modelos. Los hombres que se sienten atraídos para estudiarla, han tenido necesidad con frecuencia de ayudar su memoria mediante notas y copias. Ahora, es en estas copias que careció de la más grande precisión, porque en esta multitud de caracteres que no son distinguidos algunas veces mas que por la más ligera diferencia, es constante que la menor alteración puede desnaturalizarlas y confundirlas.

Se debe saber que si los hombres hubiesen sido sabios, ellos no habrían hecho otro uso de la Pintura, y aún por el interés de este Arte, ellos hubiesen sido felices de dedicarse a la imitación y a la copia de estos primeros caracteres; porque si ellos son con razón tan delicados sobre la elección de los modelos, ¿dónde podrían ellos encontrar las más regulares y más verdaderas que aquellas que expresan la naturaleza misma de las cosas? Si ellos han trabajado sobre la cualidad y el empleo de los colores, ¿dónde podrían ellos mismos dirigirse sino a las formas que llevaban cada una su color propio? En fin, ellos deseando tablas durables, ¿cómo podrían tener éxito mejor que copiando según objetos siempre nuevos, y de los que ellos al mismo tiempo pueden en todo momento hacer comparación con sus producciones?

Pero la misma imprudencia que había alejado al hombre de su Principio, lo ha alejado todavía más de los medios que le fueron acordados para retornar; él ha perdido su confianza en estas guías verdaderas y luminosas, que secundando su intención pura, lo habrían llevado seguramente a su objetivo. Él no ha buscado mas sus modelos en estos objetos útiles y saludables, de los que él podía obtener continuamente su socorro, sino en formas pasajeras y engañosas, que no le ofrecían mas que rasgos inciertos y colores cambiantes, exponiendo todos los días a variar sobre sus propios principios y a despreciar sus obras.

Es lo que le llega diariamente, proponiéndose, como él hace, imitar a los cuadrúpedos, reptiles y otros animales, lo mismo que todos los otros Seres de los que él está rodeado; porque esta ocupación, completamente inocente y agradable como es ella en sí misma, acostumbra al hombre a fijar los ojos sobre lo que le es extraño, y le hace perder no solamente la vista, sino la idea misma de lo que le es propio; es decir, que los objetos de que el hombre se ocupa en representar hoy, no son mas que la apariencia de aquellos que él debería estudiar todos los días; y la copia que hace después, según todos los Principios establecidos, es además inferior a sus modelos, resultando que la Pintura actualmente en uso, no es otra cosa que la apariencia de la apariencia.

Sin embargo es aún por esta pintura grosera que nosotros podríamos convencernos perfectamente de esta verdad incontestable, anunciada mas arriba, a saber, que los hombres no inventan nada. ¿No es cierto en efecto que siempre ellos componen sus pinturas según los Seres corporales? ¿Pueden ellos tomar sus temas en algún otro lugar, puesto que la pintura no siendo mas que la ciencia de los ojos, ella no puede ocuparse mas que de lo sensible, y por consecuencia no encontrarse mas que en lo sensible?

¿Se dirá que la Pintura no puede solamente dejar de ver objetos sensibles, sino que aún se eleva por encima de ellos, al tomar temas que están en su imaginación? Esta objeción sería fácil de destruir; pero dejemos a la imaginación la carrera más libre, permitámosle todas las vías a las cuales ella podría dirigirse, yo pregunto si ella da nacimiento jamás a nada que esté fuera de la Naturaleza, y si jamás estará en el caso de decir que ella no ha creado nada. Sin duda que ella tendrá la facultad de representarse Seres bizarros y ensamblajes monstruosos, de los que esta Naturaleza, en verdad, no ofrecerá ejemplos; pero estos Seres quiméricos ellos mismos no serán el producto de piezas reacomodadas? Y de todas estas piezas, ¿no habrá jamás una que se encuentre entre las cosas sensibles de la Naturaleza?

Es cierto entonces que en la pintura, así como en toda otra Arte, las invenciones y las obras del hombre no son nada mas que transposiciones, y que lejos de producir nada de ellas mismas, todas sus obras se limitan a dar a las cosas otro lugar.

Entonces el hombre puede aprender a evaluar el precio de sus producciones en la Pintura como en las otras Artes, dedicándose por completo a esta encantadora ocupación, él cesará de creer en la realidad de sus obras, porque esta realidad no se encuentra siquiera en los modelos que él ha elegido.

Es inútil, yo pienso, decir que esta Pintura grosera no lleva menos con ella signos llamativos de que ella descende de un Arte más perfecto, y que en este sentido ella es para nosotros una nueva prueba de esta escritura superior, perteneciendo a la lengua única y universal, de la que hemos mostrado las propiedades.

En efecto, ella exige la semejanza de la Naturaleza sensible en todo aquello que ella representa; ella no quiere nada que choque a los ojos, ni al juicio; ella

abarca a todos los Seres del Universo, ella misma ha llevado su mano audaz hasta sobre Seres superiores.

Mas es entonces que ella es verdaderamente reprehensible, porque primeramente no pudiendo hacerlos conocer mas que por rasgos sensibles y corporales , por lo tanto ella ha puesto estos Seres a los ojos del hombre, quien no puede conocerlos mas que por la facultad sensible de su inteligencia, y jamás por lo sensible material, porque estos Seres no están en la Región de los cuerpos.

En segundo lugar, cuando la Pintura ha llevado lejos de ella el querer representarlas, dónde ha encontrado ella el modelo de los cuerpos que ellas no tenían, y que ella quería darles sin embargo? Esto no pudo ser sin duda sino entre los objetos materiales de la Naturaleza, o lo que es la misma cosa, en una imaginación poco arreglada, pero que en su desorden mismo, no podía jamás emplear mas que a los Seres corporales que rodean al hombre de hoy.

¿Qué relación podía entonces existir entre el modelo y la imagen que había sido sustituida, y qué idea este tipo de imágenes deben hacer nacer? No está claro que esta es una de las mas funestas consecuencias de la ignorancia del hombre, aquella que lo ha expuesto mas a la idolatría, y que contribuye sin cesar envolverlo en las tinieblas.

Y verdaderamente, qué puede producir una Materia muerta y de rasgos figurados según la imaginación del Pintor, sino el olvido de la simplicidad de los Seres, cuyo conocimiento es tan necesario para el hombre, y sin el cual toda su especie está librada a la más sorprendente superstición? Y no es así que los pasos del hombre, totalmente indiferentes como ellos son en apariencia, lo extravían insensiblemente, y lo lanzan en precipicios del que él no percibe pronto mas que los bordes?

El hombre entonces no está contentado en confundir la Pintura grosera y la obra de sus manos con os caracteres verdaderos copiados sobre la Naturaleza misma, él todavía ha desconocido el Principio de donde estos caracteres verdaderos extraen su origen; viendo, dije, que él era el dueño de emplear a su voluntad todos los diferentes rasgos de esta Naturaleza corporal para componer sus pinturas, él ha tenido la debilidad de reponerse con complacencia sobre su obra, y de olvidar a la vez la superioridad de los modelos que él debería elegir y la fuente que podía producirlos; o mas bien los han perdido de vista, y no ha supuesto siquiera su existencia.

22-Del Blasón

Se debe decir otro tanto del Blasón, que extrae igualmente su origen de los caracteres de la verdadera lengua. El hombre vulgar se enorgullece de la nobleza de sus Armas, como si los signos fuesen reales, y llevaran verdaderamente con ellos mismos los derechos que el prejuicio les atribuye. Se dejan cegar por las pueriles distinciones que él mismo añade a estos signos, él ha olvidado que ellas no son mas que las tristes imágenes de las ARMAS NATURALES acordadas físicamente a cada hombre para servirle de defensa, y ser al mismo tiempo el sello de sus VIRTUDES, de su fuerza y de su grandeza.

23-Errores sobre la verdadera Lengua

En fin él ha hecho la misma cosa sobre la expresión verbal de esta lengua sublime de la que se ha visto que había provenido la Poesía. Las palabras arbitrarias y las lenguas de su convención han tomado en su pensamiento el sitio de la verdadera lengua, es decir, que estas lenguas convencionales no tienen ninguna uniformidad, ni ninguna marcha fija a sus ojos, en cuando a la expresión, a los signos, y generalmente a todo lo que es sensible en ellas, él no ha visto sus relaciones universales con la lengua de las facultades intelectuales de las que ellas eran una imitación desfigurada. Por lo tanto la idea del Principio de esta lengua única y universal que solo podría iluminarlo, estando borrada en él, él no puede distinguir mas esta lengua de aquellas que él había establecido.

Ahora, si el hombre es bastante limitado para colocar sus obras al lado de aquellas de los Principios verdaderos e invariables; si su mano audaz cree poder ser igual a aquella de la Naturaleza; si aún él a confundido casi siempre las obras de esta Naturaleza con el Principio sea general sea particular que las manifiesta, no es necesario ser sorprendido que todas sus nociones sean tan confusas y tan tenebrosas, y que él haya no solamente perdido el conocimiento y la inteligencia de la verdadera lengua, mas aún que él no se ha persuadido mas que existe una.

24-Medios de recobrar la verdadera Lengua

Al mismo tiempo, si esta verdadera lengua es la única que puede devolverlo a sus derechos, hacerle gozar de sus atributos, hacerle conocer los principios de la Justicia, y conducirlo en la inteligencia de todo lo que existe, es fácil de ver cuanto ha perdido al alejarse, y si él tiene otros recursos que emplear en todos los momentos de su vida con el objeto de recuperar el conocimiento.

Mas, aunque inmensa, aunque asustadora que sea esta carrera, no hay ningún hombre que deba librarse a la desesperación y al descorazonamiento, porque yo anuncié siempre que esta lengua misma era el verdadero dominio del hombre; que él ha sido privado de ella por un tiempo; que lejos de ser despojado por siempre de ella, se le tiende la mano sin cesar, al contrario, para devolverlo: y verdaderamente el precio adjunto a esta gracia es tan módico y tan natural, que es una nueva prueba de la bondad del Principio que él exige, porque este se limita a pedir al hombre no asimilar los dos Seres distintos que lo componen; de reconocer la diferencia de los Principios de la Naturaleza entre ellos, y aquella que ellos tienen con la Causa temporal superior a esta misma Naturaleza: es decir, de creer que el hombre no es materia, y que la Naturaleza no se conduce sola.

25-De la Música

Nosotros tenemos todavía que examinar una de las producciones de esta lengua verdadera de la que yo trato de llevar la idea a los hombres, es aquella que se une a su expresión verbal, que pone en regla la fuerza y la medida en la pronunciación, es en fin este Arte que nosotros denominamos LA MUSICA, pero que entre los hombres no es todavía mas que la figura de la verdadera armonía.

Esta expresión verbal no puede emplear palabras sin hacer escuchar sonidos; ahora, es la íntima relación de los unos con los otros que forma las Leyes fundamentales de la verdadera Música; es esta que nosotros imitamos, tanto como ella está en nosotros, en nuestra Música artificial, por los cuidados que nosotros damos de pintar con sonidos los sentidos de nuestras palabras convencionales; pero antes de mostrar las principales defectuosidades de esta Música artificial, nosotros vamos a recorrer una parte de los verdaderos principios que ella nos ofrece; por eso se podrá descubrir relaciones bastante asombrosas con todo lo que ha sido establecido, para convencerse que ella tiende siempre a la misma fuente, y que por eso ella es del resorte del hombre; es también en este examen donde se podrá ver que aunque admirables que sean nuestros talentos en la imitación musical, nosotros permanecemos siempre infinitamente por debajo de nuestro modelo; lo que hará comprender al hombre, si este instrumento potente no le ha sido dado mas que para contribuir a diversiones pueriles, y si en su origen él no estaba destinado a un empleo más noble.

26-Del Acorde perfecto

Primeramente, lo que nosotros conocemos en la Música bajo el nombre de acorde perfecto, es para nosotros la imagen de esta Unidad primera que encierra todo en ella y de la que todo proviene, en lo que este acorde es solo y único, que él está enteramente lleno de sí mismo, sin tener necesidad de auxilio de ningún otro sonido mas que los suyos propios; en una palabra en que es inalterable en su valor intrínseco, como la Unidad; porque no hace falta contar mas que una alteración, la transposición de algunos de sus sonidos, de donde resultan acordes de diferentes denominaciones, atento a que esta transposición no introduzca ningún sonido nuevo en el acorde, y por consiguiente no puede cambiar la verdadera Esencia.

En segundo lugar, este acorde perfecto es el más armonioso de todos, aquel que conviene solo al oído del hombre, y que no le hace desear nada. Los tres primeros sonidos que lo componen están separados por dos intervalos de tercera que son distintos, pero que están ligados el uno con el otro. Es la repetición de todo lo que sucede en las cosas sensibles, donde ningún ser corporal puede recibir ni conservar la existencia sin el socorro y el apoyo de otro Ser corporal como él, que reanime sus fuerzas y que lo mantenga.

En fin, estas dos terceras se encuentran sobremontadas por un intervalo de cuarto, cuyo sonido que lo termina se llama OCTAVA. Aunque esta octava no sea mas que la repetición del sonido fundamental, es ella sin embargo quien designa completamente el acorde perfecto; porque ella es esencialmente, en lo que ella está comprendida en los sonidos primitivos que el cuerpo sonoro hace escuchar por encima del suyo propio.

Así, este intervalo cuaternario es entonces el agente principal del acorde; él se encuentra ubicado por encima de dos intervalos ternarios para presidir y dirigir toda la acción, como esta Causa activa e inteligente que nosotros hemos visto dominar y presidir a la doble Ley de todos los Seres corporales. Él no puede, así como ella, sufrir ninguna mezcla, y cuando él actúa solo, como esta causa universal del tiempo, es seguro que todos sus resultados son regulares.

Yo se sin embargo que esta octava no siendo en verdad, mas que una repetición del sonido fundamental, puede en rigor suprimirse, y no puede entrar en la enumeración de los sonidos que componen el acorde perfecto. Pero, primeramente, es ella quien termina esencialmente la gama; además es indispensable admitir esta octava, si nosotros queremos saber lo que es el ALFA Y EL OMEGA, y tener una prueba evidente de la unidad de nuestro acorde, todo por una razón de cálculo, que yo no puedo exponer de otra manera, mas que diciendo que la octava es el primer agente, o el primer órgano por el cual el DIEZ ha podido venir a nuestro conocimiento.

No hace falta exigir mas, en la imagen sensible que yo presento, una uniformidad entera con el Principio del cual no es mas que la imagen, porque entonces la copia sería igual al modelo. Pero también, aunque esta imagen sensible sea inferior, y que además pueda estar sujeta a variar, no existe menos de una manera completa, no representando menos el Principio, porque el instinto de los sentidos sule al resto.

Es por esta razón que habiendo presentado las dos terceras como ligadas la una a la otra, no dijimos que sea indispensable hacerlas escuchar a las dos; se sabe que cada una de ellas puede ser anunciada separadamente, sin que el oído sufra, pero la Ley no será menos verdadera por ello, porque este intervalo así anunciado conserva siempre su correspondencia secreta con los otros sonidos del acorde al cual pertenece; así es siempre la misma imagen, pero de la que no se ve mas que una parte.

Se puede decir también, cuando se quiere suprimir la octava, o aún todos los otros sonidos del acorde, y no conservar mas que uno, cualquiera que sea; porque un sonido escuchado solo no molesta al oído; y que además el mismo podría considerarse como el sonido generador de un nuevo acorde perfecto.

Nosotros hemos visto que la cuarta domina sobre las dos terceras inferiores, y que estas dos terceras inferiores es la imagen de la doble Ley que dirige a los Seres elementarios. ¿No es entonces que la Naturaleza misma nos indica la diferencia que hay entre un cuerpo y su Principio haciéndonos ver a uno en la sujeción y la dependencia, mientras que el otro es el jefe y el sostén?

Estas dos terceras nos representan en efecto por su diferencia el estado de las cosas precederas de la Naturaleza corporal, que no subsiste sino mas que por reuniones de acciones diversas; y el último sonido, formado por un solo intervalo cuaternario, es una nueva imagen del primer Principio; ahora esto nos recuerda la simplicidad, la grandeza y la inmutabilidad, tanto por su rango como por su NÚMERO.

No es que esta cuarta armónica sea mas permanente que todas las otras cosas creadas; desde que ella es sensible, ella debe perecer; mas esto no impide que aún en su acción pasajera, ella no proporcione a la inteligencia la esencia y la estabilidad de su fuente.

Se encuentra entonces en el ensamblaje de los intervalos del acorde perfecto, todo lo que es pasivo y todo lo que es activo, es decir, todo lo que existe y todo lo que el hombre puede concebir.

Pero no es bastante que hayamos visto en el acorde perfecto la representación de todas las cosas en general y en particular, nosotros podemos ver todavía mediante nuevas observaciones la fuente de estas mismas cosas, y el origen de esta distinción que se hace antes del tiempo entre los dos Principios, y que se manifiesta todos los días en el tiempo.

Por este efecto, no perdamos de vista la belleza y la perfección de este acorde perfecto que extrae de él solo todas sus ventajas; nosotros juzgaremos fácilmente que si él habitase siempre en su naturaleza, el orden y una justa armonía habrían subsistido perpetuamente, y el mal sería desconocido, porque no habría nacido, es decir, que él no habría tenido jamás mas que la acción de las facultades del Principio bueno que se hubiese manifestado, porque él es el único real y el único verdadero.

27-Del Acorde de Séptima

¿Cómo es entonces que el segundo Principio ha podido devenir malvado? ¿Cómo es que el mal ha tomado nacimiento y que él haya aparecido? ¿No es cuando el sonido superior y dominante del acorde perfecto, la octava en fin, ha sido suprimido, y que otro sonido ha sido introducido en su lugar? Ahora, ¿Cuál es ese sonido que ha sido introducido en el lugar de la octava? Es aquel que la precede inmediatamente, y se sabe que el nuevo acorde que es resultado de este cambio, se denomina ACORDE DE SÉPTIMA. Se sabe también que este acorde de séptima fatiga el oído, lo tiene en suspenso, y pide ser salvado, en términos del Arte.

Es entonces por la oposición de este acorde disonante y de todos aquellos que se derivan, para el acorde perfecto, que nacen todas las producciones musicales, las cuales no tienen otra cosa que un juego continuo, por no decir un combate entre el acorde perfecto o consonante y el acorde de séptima, o generalmente todos los acordes disonantes.

¿Por qué esta Ley, así indicada por la Naturaleza, no sería ella para nosotros la imagen de la producción universal de las cosas? ¿Por qué no encontraríamos aquí el Principio, como nosotros hemos encontrado más arriba la mezcla y la constitución en el orden de los intervalos del acorde perfecto? ¿Por qué, dije, no imputaríamos al dedo y a la oreja la causa, el nacimiento y las consecuencias de la confusión universal temporal, porque sabemos que en esta Naturaleza corporal hay dos Principios que están sin cesar opuestos, y que ella no puede sostenerse mas que por el socorro de dos acciones contrarias, de donde proviene el combate y la violencia que nosotros percibimos? Mezcla de regularidad y de desorden que la armonía nos representa fielmente por la mezcla de las consonancias y de las disonancias que constituye todas las producciones musicales.

Yo me ufano sin embargo que mis Lectores serán bastante inteligentes para no ver aquí mas que imágenes de hechos elevados que yo indiqué. Ellos sentirán

sin duda la alegoría, cuando yo les anunciaré que si el acorde perfecto había permanecido en su verdadera naturaleza, el mal estaría todavía por nacer; ahora, según el principio establecido, es imposible que el orden musical en su Ley particular sea igual al orden superior que él representa.

También, el orden musical estando fundado sobre lo sensible, y lo sensible no siendo mas que el producto de muchas acciones, si no se ofrece al oído mas que una continuidad de acordes perfectos, ella no sería sorprendida, a la verdad; pero otra sería la monotonía aburrida que resultaría, no encontraríamos ninguna expresión, ninguna idea; en fin, esto no sería para nosotros una Música, porque la Música, y generalmente todo lo que es sensible, es incompatible con la unidad de acción, como con la unidad de agentes.

Admitiendo entonces todas las leyes necesarias para la constitución de las obras de la Música, podemos sin embargo hacer la aplicación de estas mismas leyes a las verdades de otro rango. Es por eso que yo voy a continuar mis observaciones sobre el acorde de séptima.

Colocando esta séptima en lugar de la octava, hemos visto que esto era colocar un principio al lado de otro principio, de donde, según todas las luces de la mas sana razón, no puede resultar más que el desorden. Nosotros hemos visto esto todavía más evidentemente, remarcando que esta séptima que produce la disonancia, era al mismo tiempo el sonido que precede inmediatamente a la octava.

28-De la Segunda

Pero esta séptima que es tal por relación al sonido fundamental, puede entonces considerarse también como una segunda, por relación a la octava que es la repetición; entonces reconoceremos que la séptima no es del todo la única disonancia, sino que la segunda tiene también esta propiedad; que así toda ligazón diatónica es condenada por la naturaleza de nuestro oído, y que en todos lados donde ella haga sentir dos notas vecinas sonar juntas, ella será herida.

Entonces, como no hay nada absolutamente en toda la gama, mas que la segunda y la séptima que puedan encontrarse en esta relación con el sonido grave o con su octava, aquello nos hace ver claramente que todo resultado y todo producto, hecho en Música, está fundado sobre dos disonancias, de donde proviene toda reacción musical.

29-De las Disonancias y de las Consonancias

Por lo tanto a continuación de esta observación sobre las cosas sensibles, veremos con la misma evidencia, que ellas no han podido jamás, y que ellas no pueden jamás nacer que por medio de dos disonancias, y aunque hagamos algunos esfuerzos, no encontraremos jamás otra fuente para el desorden que el número asociado a estas dos tipos de disonancias.

Bien además, si se observa que lo que se denomina comúnmente séptima, es en efecto una novena, atento que es el conjunto de tres terceras bien distintas;

si verá si yo he abusado de mis Lectores, diciendo precedentemente que el número NUEVE era el verdadero número de la extensión y de la Materia.

Queremos, al contrario, lanzar la vista sobre el número de las consonancias o de los sonidos que se acuerdan con el sonido fundamental, nosotros veremos que ellas son en número de cuatro, a saber, la tercera, la cuarta, la quinta justa y la sexta; ahora aquí no es necesario hablar de la octava como octava, porque se trata de divisiones particulares de la gama, en las cuales esta octava no tiene otro carácter que el sonido fundamental mismo del cual ella es la imagen, si es que no se la quiere considerar como la cuarta del segundo Tetracordio; lo que no cambia nada en el número de las cuatro consonancias que nosotros establecimos.

Yo no podré jamás extenderme, tanto como quisiera, sobre las propiedades infinitas de estas cuatro consonancias, y yo estoy verdaderamente afligido, porque me sería fácil hacer ver con una claridad chocante su relación directa con la UNIDAD, de mostrar cómo la armonía universal está ligada a esta consonancia cuaternaria, y porqué sin ella es imposible que ningún Ser subsista en buen estado.

Mas a cada paso, la prudencia y el deber me detienen, porque en estas materias un solo punto lleva a todos los otros, y que aún cuando yo no hubiese emprendido jamás la empresa de tratar a ninguno, si los Errores de las Ciencias humanas emponzoñan mi especie, no hubiese tratado de tomar su defensa.

Yo estoy ocupado sin embargo en no terminar este tratado, sin dar algunas explicaciones más detalladas sobre las propiedades universales del cuaternario; yo no olvido mi promesa, y yo me propongo de cumplir tanto como me sea permitido hacerlo; pero, al presente, volvamos todavía a la séptima, y remarquemos que si es ella quien hace diversión con el acorde perfecto, es también por ella que se sabe la crisis y la revolución, de donde debe salir el orden y renacer la tranquilidad del oído, porque para la continuación de esta séptima está indispensablemente obligado de regresar al acorde perfecto. Yo no considero contrario a este principio, lo que se denomina en Música una secuencia de séptimas, que no es otra cosa que una continuidad de disonancias, y que no puede absolutamente dispensarse de terminar siempre por el acorde perfecto o sus derivados.

Será entonces todavía esta misma disonancia que nos repetirá lo que sucede en la Naturaleza Corporal, cuyo curso no es mas que una secuencia de perturbaciones y de rehabilitaciones. Ahora, si esta misma observación nos ha indicado precedentemente el verdadero origen de las cosas corporales, si ella nos hace ver hoy que todos los Seres de la Naturaleza están sujetos a esta ley violenta que preside su origen, a su existencia y a su fin, porqué no podríamos nosotros aplicar la misma ley al universo entero, y reconocer que si es la violencia quien la hace nacer y que la mantiene, debe ser también la violencia quien opera en la destrucción?

Es así que nosotros vemos que al momento de terminar un trozo de Música, se hace ordinariamente un batir confuso, un trino entre una de las notas del acorde perfecto y la segunda o la séptima del acorde disonante, cuyo acorde disonante está indicado por la base que tiene comúnmente la nota fundamental para reunir luego el total al acorde perfecto o a la unidad.

Se debe ver además, que tras esta cadencia musical, se vuelve necesariamente en el acorde perfecto que vuelve a poner todo en paz y en orden, es cierto que tras la crisis de los Elementos, los Principios que son combatidos deben también regresar a su tranquilidad, de donde haciendo la misma aplicación para el hombre, se debe aprender cuanto el verdadero conocimiento de la Música podría preservarlo del temor de la muerte, porque esta muerte no es mas que el trino que termina su estado de confusión, y lo retrae a sus CUATRO CONSONANCIAS.

Yo dije bastante para la inteligencia de mis Lectores, es para ellos que yo extiendo los límites que me he prescrito. Yo puedo presumir por consecuencia que ellos no considerarán las disonancias como vicios en relación a la Música, porque es de allí que ella extrae sus más grandes bellezas, pero solamente como el índice de la oposición que reina en todas las cosas.

Ellos concebirán aún que en la armonía, de donde la Música de los sentidos no es mas que la figura, se debe encontrar la misma oposición de las disonancias a las consonancias; pero lejos de causar el menor defecto, ellas son el alimento y la vida, y que la inteligencia no ve mas que la acción de muchas facultades diferentes, que se sostienen mutuamente, mas bien que ellas no se combatan, y que por su reunión hacen nacer una multitud de resultados siempre nuevos y siempre sorprendentes.

Esto no es mas que un extracto muy abreviado de todas las observaciones que yo podría hacer en este género sobre la Música, y las relaciones que se encuentran entre ella y las Verdades importantes; pero lo que yo he dicho es suficiente para hacer percibir la razón de las cosas, y para enseñar a los hombres a no aislar sus diferentes conocimientos, porque les mostraremos que ellas no son todas mas que las diferentes ramas del mismo árbol, y que la misma huella está por todos lados.

30-Del Diapasón

¿Es necesario hablar al presente de la oscuridad donde está todavía la ciencia de la Música? Nosotros podríamos comenzar por pedir a los Músicos que ella sea su regla para tomar el tono; es decir, que él es su A-MI-LA o su DIAPASÓN; y si no lo tienen, estando obligados de hacerse uno, ellos pueden creer tener alguna cosa de fijo en este género? Entonces si ellos no tienen Diapasón fijo, resulta que las relaciones numéricas que se pueden extraer de su Diapasón, con los sonidos que le deben ser correlativos, no son mas los verdaderos, y que los principios que los Músicos nos dan por verdadero bajo los números que ellos han admitido, pueden igualmente estar bajo otros números, según que el A-MI-LA sea mas o menos bajo; lo que hace absolutamente inciertas la mayor parte de sus opiniones sobre los valores numéricos que ellos atribuyen a los diferentes sonidos.

31-Principios de la Armonía

Yo no hablo aquí sin embargo mas que de aquellos que han querido evaluar estos diferentes sonidos por el número de vibraciones de las cuerdas u otros cuerpos sonoros; entonces se necesita un Diapasón fijo para que la experiencia sea justa; sería necesario por consecuencia cuerpos sonoros que fuesen esencialmente los mismos, para que se pueda establecer sobre sus resultados; pero estos dos medios no están de acuerdo con el hombre, visto que la Materia no es mas que relativa; es evidente que todo lo que se establecerá sobre una base semejante, será susceptible de muchos errores.

No sería entonces en la Materia que se debería buscar los principios de la armonía, porque, según todo lo que se ha visto, la Materia no estando fija jamás, no puede ofrecer el principio de nada. Mas es lo mismo en la Naturaleza de las cosas donde todo es estable y siempre lo mismo, no hace falta mas que dos ojos para leer la verdad. En fin el hombre hubiese visto que no tenía otra regla a seguir que aquella que se encuentra en la relación doble de la octava, o en esta famosa razón doble que está escrita sobre todos los Seres, y de donde la razón triple ha descendido; lo que le hubiese trazado de nuevo la doble acción de la Naturaleza, y esta tercera Causa temporal establecida universalmente sobre las dos otras.

32-De la Música artificial

Yo me limitaré aquí mis observaciones sobre la defectuosidad en la Música; porque todo lo que yo podría añadir tendería siempre a este primer error, y ella es bastante sensible para que no me adhiera mas. Yo advertiré solamente a los Inventores, reflexionar bien sobre la naturaleza de nuestros sentidos y observar que aquel del oído, es, como todos los otros, susceptible de hábito; que así ellos han podido ser engañados de buena fe, y hacerse reglas de cosas audaces, y de suposiciones que el tiempo solo les hará parecer verdaderas y regulares.

Me queda sin embargo examinar el empleo que el hombre ha hecho de esta Música a la cual él se ocupa casi universalmente, y a observar si él ha sospechado jamás la verdadera aplicación.

Independientemente de las bellezas innumerables de la que ella es susceptible, se le conoce una Ley estricta, es esta medida rigurosa de la que ella no puede apartarse. ¿Ella sola no anuncia que ella es un Principio verdadero, y que la mano que la dirige está por encima del poder de los sentidos, porque estos no tienen nada de fijo?

Pero si ella tiende a principios de esta naturaleza es cierto entonces que ella no debió jamás tener otra guía, y que ella estaba hecha para estar siempre unida a su fuente. Ahora, su fuente era, como lo hemos visto, esta lengua primera y universal que indica y representa las cosas al natural, no se puede dudar que la Música no fue la verdadera medida de las cosas, como la Escritura y la palabra expresan la significación.

Fue entonces únicamente adhiriéndose a este Principio segundo e invariable, que la Música pudo conservar los derechos de su origen, y llenar su verdadero

empleo; es por eso que ella pudo pintar imágenes semejantes, y que todas las facultades de aquellos a quien ella se hizo escuchar, hayan sido plenamente satisfechas. En una palabra, es por eso que la Música ha operado prodigios de los que ella es capaz, y que le han sido atribuidos en todos los tiempos.

Por consecuencia, separándola de su fuente, por no buscar en ella temas mas que de los sentimientos fácticos, o en las ideas vagas, se la ha privado de su primer apoyo, y se le han eliminado los medios de mostrarse en todo su esplendor.

También, ¿qué impresiones, qué efectos produce ella entre las manos de los hombres? ¿Qué ideas, que sentidos nos ofrece ella? Excepto aquel que compone, ¿hay muchos oídos que pueden tener la inteligencia de lo que ellas pretenden expresar por la Música recibida? Y todavía el compositor mismo, tras haberse librado a su imaginación, ¿no pierde él jamás el sentido de lo que ha pintado, y de lo que ha querido expresar?

Nada es entonces más informe, ni más defectuoso que el uso que los hombres han hecho de este Arte, y aquello únicamente porque estando poco ocupados de su Principio, ellos no han buscado apuntalarlas la una por la otra, y ellos han creído poder hacer copias sin tener su modelo delante de los ojos.

No es que yo culpe a mis semejantes de buscar en los recursos infinitos de la Música fáctica, los encantos y las distracciones que ella puede ofrecer, ni que yo quiera privarlos de los socorros que a pesar de su defectuosidad, este Arte les puede procurar todos los días. Este puede, yo lo sé, ayudar a algunas veces a revivir en ellos, muchas de estas ideas oscurecidas, que estando mejor depuradas, deberían ser su único alimento, y que pueden solos hacerles encontrar un punto de apoyo. Mas a este efecto, yo los alentaré siempre a llevar su inteligencia por encima de lo que sus sentidos escuchan, porque el elemento del hombre no está en los sentidos; yo los alentaré a creer que por mas perfectas que sean sus composiciones musicales, existe OTRO ORDEN Y MAS REGULARES; que no es mas que en razón de mayor o menor conformidad con ellas, que la Música artificial nos atrae y nos causa más o menos emoción.

33-De la Medida

Cuando yo apoyé sobre la precisión de la medida a la cual la Música está sujeta, yo no he perdido de vista la universalidad de esta Ley; yo me he propuesto al contrario regresar, para mostrar que al mismo tiempo que ella abarca todo, ella tiene por todos lados caracteres distintos. Y no hay nada aquí que no esté conforme a todo lo que ha sido establecido; se ha visto a la medida tener su lugar entre las facultades intelectuales del hombre, y entrar en el número de las Leyes que la dirigen; se ha podido juzgar por eso que estas facultades intelectuales son ellas mismas la semejanza de las facultades del Principio superior de donde el hombre obtiene todo, este Principio debe tener también su medida y sus Leyes particulares.

Por lo tanto, si las cosas superiores tienen su medida, nosotros no debemos encontrarnos asombrados de encontrar que las cosas inferiores y sensibles

que ellas han creado le estén sometidas; y por consecuencia, que encontremos en esta medida, una guía severa de la Música.

Mas por poco que reflexionemos sobre la naturaleza de esta medida sensible, veremos pronto la diferencia con la medida que regla las cosas de otro orden.

34-De la Medida sensible

En la Música, nosotros vemos que la medida es siempre igual; que el movimiento una vez dado, se perpetúa y se repite bajo la misma forma, y en el mismo número de tiempos; todo en fin, nos parece tan reglado y tan exacto, que es imposible no sentir la Ley, y no admitir la necesidad. También esta medida igual está ella tan bien afectada a las cosas sensibles, que nosotros vemos a los hombres aplicarla a todas aquellas de sus producciones que tienen lugar en una continuidad de acción; nosotros vemos que esta Ley es para ellos como un punto de apoyo sobre el cual ellos se recuestan con placer; nosotros los vemos servirse de ella en sus trabajos más rudos, y es entonces que nosotros podemos juzgar cual es la ventaja y la utilidad de este potente socorro, porque con él la maniobra parece suavizar las fatigas que sin aquella, le parecerían insoportables.

Mas también es esto lo que puede ayudar todavía a instruirnos sobre la naturaleza de las cosas sensibles; ahora, ofrecernos una igualdad tal en la acción, y yo puedo decir, un tal servicio, que nos anuncia claramente que el Principio que está en ellas, no es el amo de esta misma acción, sino que en él todo está constreñido y forzado, lo que vuelve a mostrarnos las diferentes partes de esta Obra, sobre la inferioridad de la Materia. Es por eso que nosotros ofrecemos solo una dependencia marcada, y todos los signos de una vida que no podemos reconocer mas que como pasiva; es decir, que no teniendo su acción para ella, está obligada a esperarla y recibirla de una Ley superior que la dispone y que la comanda.

Podemos remarcar en segundo lugar, que esta Ley que regla la marcha de la Música, se manifiesta de dos maneras, o por dos formas de medidas conocidas bajo el nombre de medida de dos tiempos y de medida de tres tiempos. No contamos la medida de cuatro tiempos, ni todas las otras subdivisiones que se pueden hacer, y que no son mas que múltiplos de las dos primeras medidas. Mucho menos podemos todavía admitir la medida de un tiempo, por esta razón que las cosas sensibles no son el resultado, ni el efecto de una sola acción, sino que ellas no tienen nacimiento y ellas no subsisten mas que por el medio de muchas acciones reunidas.

Ahora, es el número y la cualidad de estas acciones que encontramos al descubierto en las dos diferentes tipos de medidas afectadas a la Música, así como en el número de tiempos que estas dos suertes de medidas encierran. Y cierto, nada sería más instructivo que observar esta combinación de dos y de tres tiempos en relación a todo lo que existe corporalmente; sería de nuevo por esto que veríamos claramente la razón doble, y la razón triple dirigir el curso universal de las cosas.

Mas estos puntos no han sido mas que muy detallados, yo debo solamente incentivar a los hombres a evaluar lo que les rodea, y de ninguna manera comunicarles conocimientos que no pueden ser mas que el precio de sus deseos y de sus esfuerzos. En esta vista, yo terminaré prontamente lo que tengo que decir sobre las dos medidas sensibles de la Música.

Para saber cual de estas dos medidas es empleada en un trozo de música cualquiera, es necesario esperar necesariamente que la primer medida esté cumplida; o lo que es la misma cosa, que la segunda medida halla comenzado; no es mas que entonces que el oído está fijado, y que siente sobre qué número él puede apoyarse. Porque, tanto como una medida no sea completada de esta manera, no se puede saber jamás cual será su número, porque es posible siempre añadir tiempos a aquellos que han precedido.

¿No es entonces mostrarnos en la Naturaleza misma, esta verdad tan trillada, que las propiedades de las cosas sensibles, no son fijas, sino solamente relativas, y que ellas no se sostienen mas que las unas por las otras? Porque sin ello, una sola de sus acciones, manifestándose, llevaría su verdadero carácter con ella, y no esperaríamos, para hacerse conocer que se la compare.

35-De la Medida intelectual

Tal es entonces la inferioridad de la Música artificial y de todas las cosas sensibles, que ellas no abarcan mas que acciones pasivas, y que su medida, aunque determinada en ella misma, no puede sernos conocida mas que relativamente a las otras medidas con las cuales se hace la comparación.

Entre las cosas de un orden más elevado y absolutamente fuera de lo sensible, esa medida se anuncia bajo rasgos más nobles; entonces, cada Ser teniendo su acción con él, posee también en sus Leyes una medida proporcional a esta acción, mas al mismo tiempo como cada una de estas acciones es siempre nueva, y siempre diferente de aquella que la precede y de aquella que le sigue, es fácil de ver que la medida que las acompaña no puede jamás ser la misma, y que así no es en esta clase que es necesario buscar esta uniformidad de medida que reina en la Música y en las cosas sensibles.

En la Naturaleza perecedera, todo está en la dependencia, y no anuncia mas que una ejecución ciega, que no es otra cosa que el ensamblaje forzado de muchos agentes sometidos a la misma ley, los cuales concurren siempre al mismo objetivo y de la misma manera, cuando ellos no experimentan perturbación ni obstáculos para la realización de su acción.

36-De las Obras del Hombre

En la Naturaleza imperecedera, al contrario, todo está vivo, todo es simple, y por lo tanto cada acción lleva a todas partes sus Leyes con ella. Esto es decir, que la acción superior regla ella misma su medida, en lugar que sea la medida que regla la acción inferior, o aquella de la Materia y de toda la Naturaleza pasiva.

No es necesario nada más para sentir la diferencia infinita que debe existir entre la Música artificial, y la expresión viviente de esta Lengua verdadera que

anunciamos a los hombres como el más poderoso de los medios destinados a restablecerlos en sus derechos.

Que ellos aprendan entonces aquí a distinguir esta Lengua única e invariable, de todas las producciones fácticas que ellas colocan continuamente en su lugar: una llevando sus Leyes con ella misma, sin tener jamás mas que justas y conformes al Principio que las emplea; las otras son creadas por el hombre mientras él está en tinieblas, y él no hace mas que lo que le conviene o no a este Principio superior del que él está separado y que no conoce más.

Así cuando él verá variar las obras de sus manos, y multiplicarse al infinito los abusos que él hace de las Lenguas, tanto en el uso de la Palabra como en aquel de la Escritura y de la Música; cuando él verá nacer y perecer sucesivamente todas las Lenguas humanas; cuando él verá que aquí abajo no conocemos mas que el NÚMERO de las cosas, y que morimos casi todos nosotros sin haber sabido jamás los NOMBRES, no se creará por esto que el Principio, según el cual él da a luz a sus producciones, esté sujeto a la misma vicisitud y a la misma oscuridad.

Al contrario, él confesará que no pudiendo hacer nada hoy que por imitación, sus obras no tendrán jamás la misma solidez que las obras reales. Observen además si es posible que cada uno considere el modelo del mismo lugar, reconocerá porqué las copias son todas diferentes; pero él no sentirá menos que este modelo estando en el centro, permanezca siempre el mismo, como el Principio del que extrae las Leyes y la voluntad, y que si los hombres son bastante valerosos para aproximarse más, ellos verían desvanecer todas estas diferencias que no tienen lugar mas que porque ellas se han alejado.

Él no atribuirá entonces mas las propiedades del germen inapreciable que está en él mismo, a los hábitos y al ejemplo; sino que él convendrá al contrario que son los hábitos y el ejemplo lo que degradan y oscurecen las propiedades de este germen verdadero, simple e indestructible; en una palabra, que si el hombre hubiese sabido prevenir todos estos obstáculos, o que él hubiese tenido bastante fuerza para superarlos, habría una Lengua común a todos sus semejantes, como la esencia que los constituye y que establece entre ellos una semejanza universal.

37-Derechos de la verdadera Lengua

Es, en efecto, la unidad del Principio y de la esencia de los hombres lo que hace sentir mejor la posibilidad de la unidad de su lenguaje, porque si por los derechos de su naturaleza, ellos pueden tener todos las mismas nociones sobre las Leyes de los Seres, sobre las verdaderas reglas de la justicia, sobre su Religión y sobre su culto; si ellos pueden, dije, esperar recobrar el uso de todas sus facultades intelectuales; en fin si ellos tienden todos al mismo objetivo, si ellos tienen todos la misma obra para hacer, y que sin embargo ellos no pueden llegar sin el socorro de las Lenguas, es necesario que este atributo pueda actuar por una Ley uniforme, análoga a la universalidad y a la íntima unidad de todos sus conocimientos.

Así, sin volver a nombrar todo lo que hemos dicho de la superioridad de esta Lengua verdadera, creemos hacer concebir bastante claramente cuanto debe ser ella una y potente, repitiendo que esta es la única vía que puede conducir al hombre a la Unidad, y a la fuente de todas las Potencias; es decir, a la RAÍZ de este cuadrado del que el hombre tiene por tarea recorrer todos los lados, y del que yo hice aquí, según mi promesa, exponer las propiedades y las VIRTUDES.

Se ha visto precedentemente detalles bastante amplios sobre las relaciones de este cuadrado, o de este número cuaternario, con las causas exteriores al hombre y con las Leyes que rigen el curso de todos los Seres de la Naturaleza; pero es bastante instructivo por todo lo que ha precedido, para no poder dudar más que este emblema universal debe tener relaciones todavía más interesantes para el hombre, en que ellas son más directas con él mismo, y que le conciernen personalmente.

38-Propiedades de la Cifra universal

No existe entonces persona que no pueda reconocer una afinidad muy grande con la cuarta de las diez hojas de este Libro, que teniendo la reprobación del hombre, estaba siempre abierto e inteligible para él, pero que no puede él leer más hoy, ni comprender, que por la sucesión del tiempo. Se verá todavía con mayor facilidad, una similitud asombrosa con esta arma poderosa de la que el hombre había sido puesto en posesión en su primer nacimiento, y cuya búsqueda penosa es el único objeto de su curso temporal, y la primer ley de su condenación.

Bien más todavía se encontrará una analogía con este centro fecundo que el hombre ocupaba durante su gloria, y que él no conocerá jamás plenamente sin regresar.

Y verdaderamente, ¿qué puede mejor que este cuadrado recordarnos el rango eminente donde el hombre estuvo ubicado en su origen? Este cuadrado es solo y único, así como la raíz de la que él es el producto y la imagen: el lugar que el hombre ha habitado es tal que no podrá jamás compararlo con ningún otro. Este cuadrado mide toda la circunferencia: el hombre en el seno de su imperio abarca todas las regiones del Universo. Este cuadrado está formado de cuatro líneas: el lugar del hombre está marcado por cuatro líneas de comunicación que se extienden justo hasta los cuatro puntos cardinales del horizonte. Este cuadrado proviene del centro y está claramente indicado por las cuatro consonancias musicales que ocupan precisamente el medio de la gama, y son los principales agentes de todas las bellezas de la armonía: el trono del hombre estaba en el centro mismo de los Países de su dominación, y desde allí él gobernaba los siete instrumentos de su gloria, que yo he designado precedentemente bajo el nombre de siete árboles, y que un gran número será tentado de tomar por los siete planetas, pero que sin embargo no son ni árboles, ni planetas.

Entonces no se puede dudar mas que el cuadrado en cuestión no sea el verdadero signo de este lugar de delicias, conocido en nuestras Regiones bajo el nombre de PARAÍSO TERRESTRE; es decir, de este lugar del que todas las

Naciones han tenido la idea, que ellas han representado cada una bajo fábulas y bajo alegorías diferentes, según su sabiduría, sus luces, o su ceguera; y que los ingenuos Geógrafos han buscado limitar sobre la tierra.

No es necesario asombrarse más entonces de la inmensidad de los privilegios que nosotros le hemos atribuido en las diferentes partes de esta Obra de la que hemos hablado; y si es de un solo Principio que descienden todas las Verdades y todas las luces, si el conjunto cuaternario no es la más perfecta imagen, no hace falta asombrarse mas, dije, que este conjunto pueda iluminar el hombre sobre la ciencia de todas las Naturalezas, es decir, sobre las Leyes del orden inmaterial, del orden temporal, del orden corporal y del orden mixto, que son las cuatro columnas del edificio; en una palabra, es necesario convenir que aquel que pueda poseer la clave de esta Cifra universal, no encontrará nada más oculto para él en todo lo que existe, porque esta cifra es en ella misma del Ser que produce todo, que opera todo y que abarca todo.

Mas aunque innumerables que sean las ventajas que le corresponden, y por mas potente que sea esta lengua verdadera y única que conduce,, tal es, en los hechos, el estado infeliz del hombre actual, que él no puede, no solamente llegar al final, sino aún dar un solo paso en esta vía, sin que otra mano que la suya le abra la entrada, y lo sostenga en toda la extensión de la carrera.

39-Clave de la Cifra universal

Se sabe también que esta mano poderosa es esta misma Causa física, a la vez intelectual y activa, de la que el ojo ve todo, y cuyo poder sostiene todo en el tiempo; ahora, si sus derechos son exclusivos, ¿cómo el hombre en su debilidad y en la privación más absoluta, podría él, en la Naturaleza, estar sin un apoyo semejante?

Es necesario entonces que él reconozca aquí de nuevo la existencia de esta Causa, y la necesidad indispensable que él tiene de su socorro para restablecerse en sus derechos. Él estará igualmente obligado de confesar que si ella sola puede satisfacer plenamente sus deseos sobre las dificultades que lo inquietan, el primero y más útil de sus deberes es el de abjurar su frágil voluntad, así como los falsos matices con el que busca colorear los abusos, y no descansar absolutamente mas que sobre esta Causa poderosa, que hoy es la única guía que él tiene para tomar.

Y verdaderamente es aquella la que es propuesta para reparar no solamente los males que el hombre ha dejado hacer, sino también aquellos que él hizo por sí mismo; es esta quien tiene continuamente los ojos abiertos sobre él, como sobre todos los otros Seres del Universo, mas por lo cual este hombre es infinitamente más precioso, porque él es de la misma Esencia que ella, e igualmente indestructible; porque en una palabra, de todos los Seres que están en correspondencia con el cuadrado, ellos están revestidos del privilegio del pensamiento, mientras que esta Naturaleza percedera está frente a sus ojos, como una nada y como un sueño.

¿Cuanto no aumentará su confianza en esta Causa, en la que residen todos los poderes, cuando él sepa que ella posee eminentemente esta lengua verdadera

y única que él ha olvidado, y que él está obligado hoy de recordar penosamente en su memoria? Cuando él sabrá que no puede sin esta Causa conocer el primer elemento, y sobre todo cuando él vea que ella habita y gobierna soberanamente este cuadrado fecundo, fuera del cual el hombre no encontrará jamás ni el reposo ni la Verdad.

Entonces él no dudará más en aproximarse a ella, a la sola y verdadera luz que él tiene que alcanzar, y que él no encuentre con ella no solamente todos los conocimientos del los que hemos tratado, sino mas todavía, la ciencia de él mismo; porque esta Causa, aunque teniendo LA FUENTE DE TODOS LOS NÚMEROS, se anuncia sin embargo por todas partes especialmente por el número de este cuadrado, que es al mismo tiempo el NÚMERO DEL HOMBRE.

¡Que yo no puedo quitar aquí el velo que me cubre, y pronunciar el NOMBRE de esta Causa benefactora, la fuerza y la excelencia misma, sobre la cual yo querría fijar los ojos de todo el Universo! Pero, aunque este Ser inefable es la clave de la Naturaleza, el amor y el gozo de los simples, la llama de los Sabios, y aún el seguro socorro de los ciegos, no cesa de sostener al hombre en todos sus pasos, como él sostiene y dirige todos los actos del universo, sin embargo el NOMBRE que sería lo mejor conocer, sería suficiente, si yo lo profiriera, para que el más grande número desdeñase adherirse a sus VIRTUDES y desdeñaría toda mi doctrina; entonces designarla más claramente, sería alejarme del objetivo que yo quería hacer honrar.

Yo prefiero entonces descansar sobre la perspicacia de mis Lectores, muy persuadido de que a pesar de las envolturas con que yo he cubierto la Verdad, los hombres INTELIGENTES podrán comprenderla, los hombres verdaderos podrán saborearla, aún los hombres corruptos no podrán menos impedir sentirla; porque los hombres son de C-H-R.

Tales son las precisas reflexiones que yo me propuse presentar a los hombres, Si mis juramentos no me hubiesen retenido, yo habría podido recorrer un campo mucho más extenso. Sin embargo, en lo poco que he osado decirles, yo me ufano en no haberles ofrecido más que aquello que ellos tienen todos en sí mismos, lo que ellos deberían buscar con coraje, y defenderse a la vez de una credulidad ciega y de la precipitación en sus juicios, dos vicios que llevan igualmente a la ignorancia y al error.

CONCLUSION

Por lo tanto, aunque no tenga mi propia convicción por prueba, yo creeré siempre haberlos llamado de nuevo a su Principio y a la Verdad. En efecto, no será jamás engañar al hombre, el representarle con fuerza, cual es su privación y su miseria, tanto que está él ligado a las cosas pasajeras y sensibles; y mostrarle que entre esta multitud de Seres que le rodean, no hay más que él y su guía que gozan del privilegio del pensamiento.

Si él quiere convencerse, que consulte en esta clase sensible, todo lo que él percibe alrededor suyo; que él pregunte a los elementos porqué, aunque son enemigos, ellos se encuentran así reunidos para la formación y la existencia de los Cuerpos; que él pregunte a la Planta porqué ella vegeta; y al Animal, porqué él va de un lado a otro sobre esta superficie; que él pregunte lo mismo a los Astros porqué ellos iluminan, y porqué desde su existencia ellos no han cesado un solo instante de seguir su curso.

Todos estos Seres sordos a la voz que los interroga, continuarán haciendo cada uno su obra en silencio, pero ellos no darán ninguna satisfacción a los deseos del hombre, porque sus hechos mudos no hablan mas que a sus ojos corporales, sin tomar nada de su inteligencia. Además, que el hombre pregunte a este si es infinitamente más vecino de él mismo, yo diré, a este envoltorio corporal que él lleva probablemente con él; que él le pregunte, dije, porqué este se encuentra junto a un Ser el cual, siguiendo las Leyes que lo constituyen, es tan incompatible. Esta forma ciega no esclarece mejor esta nueva duda, y dejará al hombre en la incertidumbre.

¿No es entonces un estado más dependiente, y al mismo tiempo más humillante, que el estar relegado en la Región donde todos los Seres que la habitan, son como extraños para nosotros? ¿Donde la lengua que hablamos no puede ser entendida? Donde en fin, el hombre estando encadenado a pesar suyo a un cuerpo que no tiene nada más que todas las otras producciones de la Naturaleza, después de todo con el cual él no puede conversar?

Así, a pesar de la grandeza y la belleza de estas obras de la Naturaleza, entre las cuales estamos ubicados, desde que ellos no pueden ni comprendernos, ni hablarnos, es cierto que estamos en medio de ellos como en un desierto. Si los Observadores hubiesen sido persuadidos de estas verdades, ellos no habrían buscado entonces en esta Naturaleza corporal, explicaciones y soluciones que ella no puede darles jamás; no habrían buscado mas en el hombre actual el verdadero modelo de lo que él debería ser, porque él está tan horriblemente desfigurado; ni explicar el autor de las cosas por sus producciones materiales de quien la existencia y las Leyes siendo dependientes, no pueden hacer conocer nada de aquello que tiene todo en sí.

Entonces les digo que la vía que ellos han tomado pone ella misma el primer obstáculo a su progreso, y los aleja enteramente de la ruta de los descubrimientos, es decirles una verdad de la que ellos convendrán fácilmente, cuando ellos quieran considerarla.

Al mismo tiempo, porque ellos no pueden negar que no tengan una facultad inteligente, no es por hablarles el lenguaje de su razón misma, que decirles que ellos están hechos para conocerlo y abarcarlo todo; porque una facultad de esta clase no sería tan noble que no la sintamos, si entre las cosas pasajeras, no hay las que fuesen por encima de ella; y porque los esfuerzos continuos de los hombres tienden como por un movimiento natural, a liberarlos de las trabas de la ignorancia, y a aproximarlos a la Ciencia, como un dominio que les es propio.

Si ellos han aplaudido poco su éxito, no es por la debilidad de su naturaleza, ni por los límites de sus facultades que ellos deben atribuirlo, sino únicamente a la falsa ruta que ellos toman para llegar al objetivo: y porque ellos no observan con bastante atención que cada clase teniendo su medida y su Ley, es a los sentidos para juzgar de las cosas sensibles, porque, tanto que ellas no están para sentir a los cuerpos, ellas no son nada; porque es a la inteligencia a juzgar de las cosas intelectuales a las cuales los sentidos no pueden conocer nada; porque en fin, querer así aplicar a una de estas clases, las Leyes y la medida de la otra, es ir evidentemente contra la orden dictada por la naturaleza misma de las cosas, y por consecuencia alejarse del único medio que él tuvo para discernir la verdad.

Yo entonces puedo creer que no ofrezco a mis semejantes más que Verdades fáciles de percibir, diciéndoles que lo que buscan está solo en el centro; que por esta razón, mientras ellos no recurran a la circunferencia, ellos no encontrarán nada, y que este centro debe ser único en cada Ser, nos ha sido indicado por este cuadrado universal que se muestra en todo lo que existe, y se encuentra escrito por todas partes en caracteres imborrables.

Si yo no les he hecho conocer mas que algunos de los medios de leer en este centro fecundo, que es el único Principio de la luz, es que independientemente de mis juramentos, hubiese sido hacerles daño si les revelara más; porque muy ciertamente ellos no me habrían creído; es por lo tanto, como yo me lo he prometido, a su propia experiencia que yo los hago acordar, y jamás, como hombre, yo no he pretendido tener otros derechos. Mas aunque poco numerosos que sean los medios de los que yo les he dado las ideas, y los pasos que yo les he hecho hacer en la carrera, ellos no podrían faltar de tener alguna confianza, viendo la extensión que ella ha descubierto a sus ojos, y la aplicación que nosotros hemos hecho sobre un tan gran número de objetos diferentes.

Porque yo no presumo que este campo, por esta razón que él es infinitamente grande, pueda parecerles impracticable, y sería contrario a todas las Leyes de la Verdad, pretender que fuese la multitud y la diversidad de los objetos que fuesen prohibidos al conocimiento del hombre. No, si el hombre ha nacido en el centro, no hay nada que él no pueda ver, nada que él no pueda abarcar; al contrario, la única falta que él puede cometer, es la de aislar y desmembrar algunas partes de la ciencia, porque entonces esto es atacar directamente su Principio, en esto que es dividir la Unidad.

Y en este sentido, que mis Lectores decidan entre esta obra y la mía; porque, a pesar de la variedad prodigiosa de los puntos que me han ocupado, yo uní todo y no hice más que una Ciencia; en vez que los Observadores hacen mil, y que cada cuestión entre ellos deviene el objeto de una doctrina y de un estudio separado.

Yo no tengo más necesidad de hacerles observar que después de todas las observaciones que yo les he presentado sobre las diferentes ciencias humanas, ellos deben asumir al menos para mí las primeras nociones; ellos pueden además, tras la reserva marcada que reina en este escrito, y tras los velos que están esparcidos, presumir que probablemente yo tendría más que decirles que lo que ellos han visto, y más de lo que es conocido generalmente entre ellos.

Sin embargo, lejos de despreciarlos, considerando la oscuridad en la que ellos están todavía, todos mis deseos tienden a hacerlos salir para llevar sus pasos hacia los senderos más luminosos que aquellos donde ellos se arrastran. Lo mismo también, aunque yo he tenido la felicidad de haber sido conducido más lejos que ellos, en la carrera de la Verdad; lejos de enorgullecerme, y de creer que yo se alguna cosa, yo les confieso altamente mi ignorancia, y para prevenir sus suposiciones sobre la sinceridad de esta admisión, yo añadiré que me sería imposible abusarme yo mismo de lo mencionado; porque yo tengo la prueba de que yo no hago nada.

He aquí porqué yo anuncié tantas veces, como no pretendiendo llevarlos solo sino hasta el final; es bastante para mí el haberlos de alguna manera forzados a convenir que la marcha ciega de las ciencias humanas los aproxima mucho menos todavía al final al cual ellos tienden, porque ella los conduce a dudar aún cuando existiera solo uno.

Yo los obligo por eso a confesar que sacando a las ciencias del único Principio que las dirige, y del que ellas mismas son inseparables, lejos de iluminar, ellos no hacen más que empujar en la más horrible ignorancia, y que es únicamente por haberse alejado de este Principio, que los Observadores buscan por todas partes laboriosamente, y que ellos no están casi jamás de acuerdo. Es bastante entonces, yo lo repito, haberles descubierto hoy el nodo de las dificultades que los detienen: en el futuro la Verdad esparcirá más abundantemente sus rayos, y ella retomará A SU TIEMPO el imperio que las vanas ciencias le disputan hoy.

Para mí, muy poco digno de contemplarla, yo he debido limitar mis deseos a hacer sentir que ella existe, y que el hombre, a pesar de su miseria, podría convencerse todos los días de su vida, si él dirigiera mejor su voluntad. Yo creeré entonces gozar de la recompensa más deliciosa, si cada uno, después de haberme leído, diciéndose en el secreto de su corazón, que hay una Verdad, PERO YO PUEDO DIRIGIRME A MÍ MISMO MEJOR QUE A LOS HOMBRES, PARA CONOCERLA.

FIN DE LA OBRA

INDICE

Introducción	2
PRIMERA PARTE	
CAPITULO 1	
1-De la Causa de los Errores	5
2-De la Verdad	6
3-Del Bien y del Mal	6
4-Del Principio Bueno y del Principio Malo	7
5-Falsa doctrina sobre los dos Principios	8
6-De la diferencia de los dos Principios	8
7-El Mal, resultado de la Libertad	10
8-Origen del Mal	11
9-El Mal resultado de la Libertad	12
10-De la Libertad y de la Voluntad	12
11-Estado antiguo del Principio malvado	15
12-Estado actual del principio malvado	16
13-Incompatibilidad del Bien y del Mal	17
14-De los dos estados del Hombre	17
15-Estado primitivo del Hombre	19
16-Degradación del Hombre	19
17-Pena del Hombre	20
18-Vía de la rehabilitación	20
19-Socorros acordados al Hombre	21
20-Trabajos del Hombre	21
21-Doble efecto del Cuerpo del Hombre	22
22-Origen del Materialismo	23
23-Sistema de Sensaciones	23
24-Peligros de este Sistema	24
25-Facultad innata en el Hombre	25
26-De la antigua envoltura del Hombre	25
27-De la nueva envoltura del Hombre	25
28-Dos Seres en el Hombre	26
29-Lo sensible sólo en la Bestia	26
30-Del Ser activo en la Bestia	27
31-De los hábitos en la Bestia	27
32-De lo Intelectual y de lo Sensible	27
33-Manera de distinguir los tres Reinos	28
34-Progresión Cuaternaria Universal	29
35-Unión de los tres elementos	30
36-Superioridad del Hombre	30
37-Del pensamiento del Hombre	31
38-De los Sentidos del Hombre	31
39-Derechos del Hombre sobre su Pensamiento	32
40-Grandeza del Hombre	32
41-Desprecios sobre el Hombre	33
42-Medios de evitar estos Desprecios	33
43-Universalidad de estos Desprecios	34
44-De las Cualidades Ocultas	34

CAPITULO 2	36
1-Fuente universal de los Errores	36
2-De los Sufrimientos de la Bestia	36
3-De la doble acción	37
4-De las investigaciones sobre la Naturaleza	38
5-De la Materia y de su Principio	38
6-De la Divisibilidad de la Materia	39
7-Límites de los Matemáticos	40
8-De las Producciones y de sus Principios	41
9-De la Reproducción de las Formas	42
10-Inmutabilidad de sus Principios	42
11-De las Emanaciones de la Unidad	43
12-De los Seres Secundarios	43
13-De la Generación de los Cuerpos	44
14-De la Destrucción de los Cuerpos	46
15-De la Digestión	48
16-De la Reintegración de los Cuerpos	48
17-De la Mujer	49
18-De la Vegetación	49
19-De los alimentos	50
20-De la Mezcla de los Cuerpos	51
21-De la Simiente de los Insectos	52
22-Unidad de acción en los Principios	52
23-Falso sistema sobre la Materia	53
24-Diversidad de las Esencias Materiales	54
25-De los Sistemas de Desarrollo	54
26-Recapitulación	55
CAPITULO 3	57
1-Encadenamientos de los Errores	57
2-Derechos de los Seres inteligentes	58
3-Del Principio del Movimiento	59
4-Móvil de la Naturaleza	59
5-De los Desórdenes de la Naturaleza	60
6-Causa distinta de la Materia	61
7-De las Causas temporales	62
8-Del Ternario universal	63
9-Del Aire	64
10-División del Cuerpo Humano	66
11-El Hombre, espejo de la Ciencia	67
12-Armonía de los Elementos	68
13-Errores de los Observadores	68
14-De las Leyes de la Naturaleza	69
15-Rutas de la Ciencia	70
16-Del Mercurio	70
17-El Trueno	71
18-Preservativo contra el Trueno	74
19-Relaciones de los elementos con el Hombre	75

20-Errores principales	75
21-Del Peso, del Número y de la Medida	76
22-Diferentes acciones en el Animal	77
23-Diferentes acciones en lo Intelectual	77
24-De las dos Naturalezas del Hombre	78
25-De las dos Naturalezas universales	78
26-Sede del Alma corporal	78
27-Sede del Alma intelectual	79
28-Ligazón de lo intelectual a lo sensible	79
29-De las Deformidades y de las Enfermedades	80
30-Efectos de la Amputación	81
31-De las tres Acciones temporales	82
32-Fuente de la Ignorancia	83
33-Necesidad de una tercer Causa	83
34-Del Azar	84
35-De la tercer Causa	86
36-Observaciones sobre los dos Principios	86
37-Encadenamiento de las Verdades	87
CAPITULO 4: TABLA ALEGORICA	89
1-Imprudencias de los Observadores	89
2-Peligro de los Errores sobre el Hombre	90
3-De las diversas instituciones	92
4-Fuente de las falsas Observaciones	93
5-De la Institución Religiosa	94
6-De las falsas Religiones	94
7-Verdades independientes del Hombre	95
8-De la diversidad de las Religiones	97
9-Del celo sin Luz	98
10-Del móvil del Hombre	99
11-De la Unidad en el Culto	100
12-Incertidumbre del Hombre	101
13-Regla del Hombre	101
14-De los Dogmas Misteriosos	102
15-De la moral	104
16-De la antigüedad de la Religión	105
17-De la afinidad de los Seres pensantes	105
18-Diferencias entre los seres pensantes	107
19-Tributo impuesto al Hombre	109
20-Error sobre el origen de la Religión	110
21-Germen intelectual del Hombre	111
22-Primera religión del Hombre	112
23-Segunda Religión del Hombre	112
24-De la Lectura y de la Escritura	113
25-Del Libro del Hombre	114
26-Errores sobre el Libro del Hombre	117
27-Origen de la diversidad de las Religiones	118

SEGUNDA PARTE	119
CAPITULO 5	121
1-Incertidumbre de los Políticos	121
2-De la Asociación forzada	122
3-De la Asociación Voluntaria	123
4-Falsa conclusión de los Políticos	124
5-De la sociabilidad del Hombre	125
6-Fuente de los Errores Políticos	127
7-Del primer Imperio del Hombre	127
8-Del nuevo Imperio del Hombre	128
9-Del Poder Soberano	129
10-De la Dignidad de los Reyes	130
11-De la Ciencia de los Reyes	131
12-De la Legitimidad de los Soberanos	132
13-De los Gobiernos legítimos	132
14-De la Institución Militar	133
15-De la desigualdad de los Hombres	134
16-De la Antorcha de los Gobiernos	134
17-De la Sumisión a los Soberanos	135
18-De las Obligaciones de los Reyes	137
19-De la Inestabilidad de los Gobiernos	137
20-De los Gobiernos estables	138
21-De la Diferencia de los Gobiernos	139
22-Del Gobierno de uno solo	140
23-De la Rivalidad de los Gobiernos	141
24-Del Derecho de la Guerra	141
25-De los verdaderos Enemigos del Hombre	141
26-De los tres Vicios de los Gobiernos	142
27-De la Administración	143
28-Del Derecho público	143
29-De los Intercambios y de las Usurpaciones	144
30-De la Ley Civil	144
31-De la Prescripción	144
32-Del Adulterio	145
33-De las especies de Hombres irregulares	146
34-Del Pudor	147
35-De las dos Leyes Naturales	148
36-De los dos Adulterios	148
37-De la Administración Criminal	149
38-Del Derecho de punición	150
39-Del Derecho de Vida y de Muerte	151
40-Fuente del Derecho a castigar	151
41-De los Testigos	152
42-Del Poder humano	153
43-Del Derecho de Ejecución	155
44-De la Relación de las Penas con los Crímenes	156
45-De los Códigos Criminales	157
46-De las Torturas	157

47-Ceguera de los Legisladores	158
48-De los falsos Juzgamientos	158
49-Derechos de los verdaderos Soberanos	159
50-De la Curación de las Enfermedades	160
51-Tres Elementos y Tres Enfermedades	160
52-Enfermedades de la Piel	160
53-Enfermedades de los Huesos y de la Sangre	161
54-De la Farmacia	161
55-De los Privilegios de los Soberanos	162
CAPITULO 6	164
1-De los Principios Matemáticos	164
2-De los Axiomas	164
3-De la Extensión	165
4-De la Medida de la Extensión	166
5-Naturaleza de la Circunferencia	166
6-De los dos tipos de Líneas	167
7-Número de cada tipo de Línea	168
8-Del Cálculo del Infinito	169
9-De las Medidas convencionales	169
10-De la verdadera Medida	171
11-Del Movimiento	172
12-De los dos tipos de Movimientos	173
13-Del Movimiento inmaterial	174
14-Del Número del Movimiento	174
15-Del Número de la Extensión	175
16-De la Línea Circular	175
17-De la Línea Recta	177
18-De la Cuadratura del Círculo	178
19-De la Longitud	179
20-Del Cálculo Solar y Lunar	179
21-De los Sistemas Astronómicos	180
22-De la Tierra	181
23-De la Pluralidad de los Mundos	181
24-Del Número Novenario	182
25-De la División del Círculo	184
26-Del Círculo Artificial	185
27-Del Círculo Natural	185
28-Del Número Cuaternario	186
29-De la Raíz Cuadrada	188
30-De los Decimales	190
31-Del Cuadrado intelectual	190
32-Efectos de la Circunferencia	191
33-Superioridad del Cuadrado	192
34-Medida de la Circunferencia	192
35-De la Medida por el Tiempo	193
36-De las Revoluciones de la Naturaleza	193
37-Curso temporal de los Seres	195

38-Época del Universo	196
39-De los lados del Cuadrado	197
40-Del Cuadrado temporal	202
41-Recursos del Hombre	202
CAPITULO 7: ATRIBUTOS DEL HOMBRE	204
1-De las Lenguas artificiales	204
2-De la Unidad de las Lenguas	205
3-De la Lengua intelectual	205
4-De la Lengua Sensible	206
5-Del Origen de las Lenguas	207
6-Experiencias sobre Niños	208
7-Del Lenguaje de los Seres sensibles	208
8-Relación del Lenguaje con las Facultades	209
9-De la Lengua universal	210
10-De la Escritura y de la palabra	211
11-De la uniformidad de las Lenguas	213
12-De la Gramática	213
13-Del Verbo	215
14-De las Partes accesorias del Discurso	216
15-Relaciones universales de la Gramática	217
16-De la verdadera Lengua	218
17-De las Obras del Hombre	218
18-De las Producciones intelectuales	219
19-De la Poesía	221
20-De los Caracteres de la Escritura	223
21-De la Pintura	224
22-Del Blasón	226
23-Errores sobre la verdadera Lengua	227
24-Medios de recobrar la verdadera Lengua	227
25-De la Música	227
26-Del Acorde perfecto	228
27-Del Acorde de Séptima	230
28-De la Segunda	231
29-De las Disonancias y de las Consonancias	231
30-Del Diapasón	233
31-Principios de la Armonía	234
32-De la Música artificial	234
33-De la Medida	235
34-De la Medida sensible	236
35-De la Medida intelectual	237
36-De las Obras del Hombre	237
37-Derechos de la verdadera Lengua	238
38-Propiedades de la Cifra universal	239
39-Clave de la Cifra universal	240
CONCLUSION	242